
Autor best seller de Perdidos en Nunca Jamás
AIDEN THOMAS
LAS PRUEBAS DEL SOL
VR YA

AIDEN THOMAS

LAS PRUEBAS DEL SOL

TRADUCCIÓN:
MARÍA LAURA SACCARDO



Índice

CADA DIEZ AÑOS SE LLEVAN A CABO LAS PRUEBAS DEL SOL

Solo los diez semidioses más dignos y poderosos son escogidos por Sol para participar en ellas.

El ganador se convertirá en el Portador de la luz. El perdedor será sacrificado.

Teo es el hijo trans de la diosa de las aves, y nunca se ha preocupado por las Pruebas... al menos no cuando los candidatos más probables son su mejor amiga, Niya, la heroína más fuerte de su generación, y Aurelio, un famoso semidiós Dorado.

Pero por primera vez en más de un siglo, Sol elige a dos semidioses que no son Dorados: Xio, el hijo del Dios Mala Suerte y... a Teo.

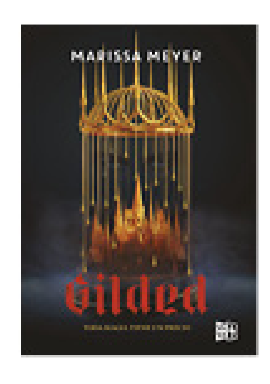
Ahora deberán competir en cinco pruebas misteriosas, contra oponentes más poderosos y mejor entrenados que ellos. Y Teo está dispuesto a lograrlo.

POR LA FAMA. POR LA GLORIA. POR SU PROPIA SUPERVIVENCIA.

Si te gustó este libro, no puedes perderte…



LAS CHICAS GRIMROSE,
Laura Pohl



GILDED,
Marissa Meyer



AIDEN THOMAS

Es un autor best seller de *The New York Times* con una maestría en Escritura Creativa del Mills College.

Como queer, trans y latinx, lucha por la representación diversa en todos los medios y contenido.

Sus talentos especiales incluyen: citar a *The Office*, terminar todas las oraciones diciendo “es mi FAVORITO” y matar arañas. Es notablemente malo para adivinar el final de libros y películas, y reconocido por ordenar por color su biblioteca.

¡Visítalo!

www.aiden-thomas.com

ENCUÉNTRANOS EN

Argentina:

facebook.com/VREditorasYA

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

México:

facebook.com/vryamexico

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

LAS PRUEBAS DEL SOL



A mis amigos, mis musas,
mis caballeros en armaduras doradas:

Alex

Anda

Austin

Bird

Ezrael

Katie

Max

Mik

Raviv

Samantha

Teddy



En un principio, solo existía Sol entre un mar de estrellas.

Juntos crearon al mundo recogiendo polvo estelar en sus manos. Del polvo entre sus dedos crecieron montañas. De sus lágrimas de soledad surgieron océanos y ríos. Con su agua, en la tierra desolada crecieron árboles frondosos y junglas.

De ese nuevo terreno surgió Tierra.

Y Sol ya no estuvo sole.

El mundo era hermoso y excitante, pero la pareja estaba sola en el universo, sin nadie con quien compartirlo.

Entonces, decidieron crear una raza de dioses como sus hijos.

Primero, Tierra hizo emerger oro de las profundidades, y Sol lo moldeó para crear a los Dorados.

Los Dorados eran poderosos, pero vanidosos. Su único interés era poner a prueba los límites de su fuerza y se concentraban en su trabajo en lugar de pasar tiempo con sus creadores. Entonces, Sol y Tierra lo intentaron otra vez.

A continuación, Tierra hizo emerger jade de las cavernas en las que el océano se unía con la costa, y Sol lo moldeó para crear a los Jades.

Los Jades eran amables, pero muy determinados. Estaban tan

concentrados en descubrir nuevas formas de usar sus poderes que no pensaban en su familia. Entonces, Sol y Tierra lo intentaron otra vez.

Por último, Tierra hizo emerger obsidiana de los límites de las llamas más ardientes, y Sol la moldeó para crear a los Obsidianos.

Los Obsidianos eran apasionados, pero egoístas. Solo buscaban destrucción, no hacer florecer su hogar.

Al final, Sol y Tierra se cansaron de crear dioses. Sol bajó a la tierra y hundió el corazón en la profundidad de la superficie para estar más cerca de su amor. La sangre de le diose se mezcló con el polvo humilde y, de forma inesperada, nacieron los humanos.

Los pequeños mortales fueron bien recibidos y se les dio un hogar en el Reino del Sol. Por la naturaleza fugaz de su existencia, los humanos eran más compasivos y empáticos y amaban con más fuerza de lo que cualquier dios podía amar en toda la eternidad.

Sol y Tierra amaban a los humanos más que a nada, por eso les encomendaron a los otros dioses que cuidaran de las frágiles criaturas, que velaran por ellas, las inspiraran y aprendieran de ellas.

Dorados, Jades y Obsidianos lucharon intensamente respecto a los aspectos de la vida que querían gobernar. Sol le puso fin a la batalla al crear una estrella de arcilla de siete puntas y llenarla con todos los poderes que los dioses podían tener.

Todos los dioses se turnaron para golpear la estrella con una vara, pero fue la diosa Dorada, Luna, la que logró romperla. Del interior de la figura de arcilla llovieron estrellas, y los Dorados recogieron las más brillantes, las que tenían las mayores responsabilidades. Entre las estrellas más pequeñas, los Jades buscaron las más preciadas para ellos. Los Obsidianos recogieron las suyas del polvo y las escondieron en la profundidad de la tierra, en donde el calor abrazador y la presión de su ambición las volvieron negras y quebradizas.

Agua se convirtió en guardiana de los océanos y de la vida en ellos. Pan Dulce fue la custodia de los hogares y le dio el nombre al dulce preferido de los mortales, suave y colorido.

Fauna creó a todos los animales. Guerrero moldeó a los gatos a su imagen y semejanza; Quetzal moldeó a las aves a la suya; y todas las criaturas fueron amadas.

Los Obsidianos, Venganza, Chupacabra y Caos, comenzaron a

enfadarse. Estaban celosos del amor que Sol sentía hacia los humanos y, en lugar de celebrar la vida como los demás inmortales, querían que los humanos los sirvieran y adoraran.

Caos anhelaba el mundo como era antes de esa estructura rígida; Chupacabra estaba sediento de sangre; y Venganza ideó un plan para erigirse por sobre todos los demás. Juntos, engañaron a Tierra, que estaba protegiendo el corazón de Sol en su centro. El astuto Chupacabra cojeó y gimoteó frente a Tierra para distraerlo mientras Venganza y Caos se robaban el corazón de Sol.

Sin el calor del corazón de Sol calentando el mundo, los Obsidianos convirtieron a los adorados humanos de Sol y Tierra en criaturas mecánicas que solo vivían para adorar a los dioses.

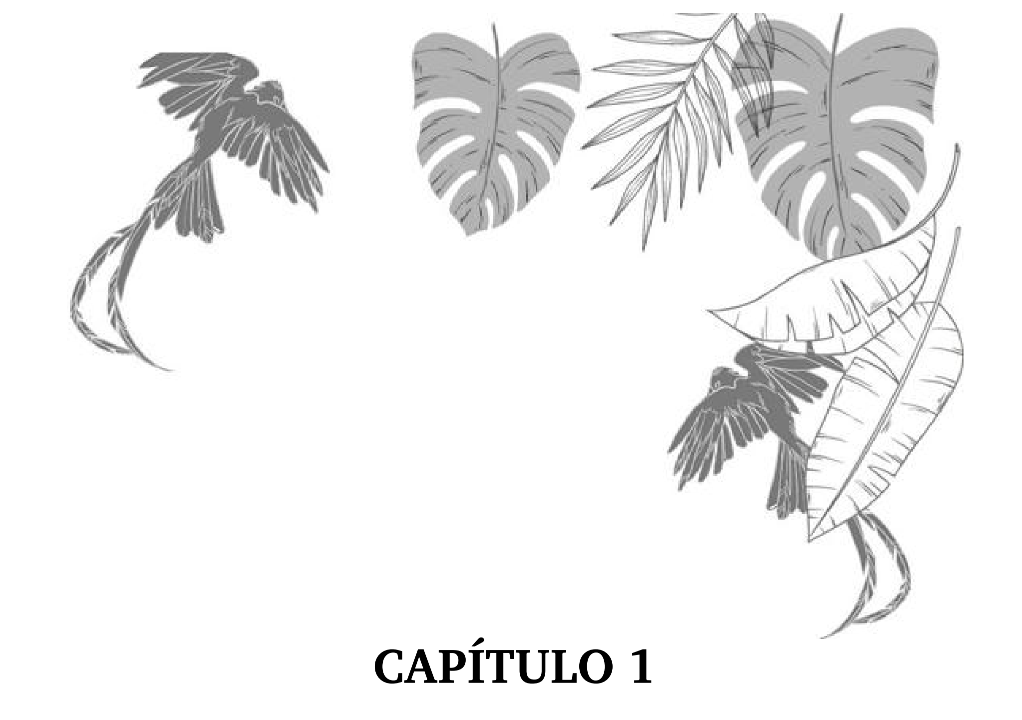
Para salvar a la humanidad, Sol subió a lo alto de su templo y, sobre un altar de roca, se enterró una daga en el pecho. Cuando la última gota de sangre se escurrió de su cuerpo, resurgió en el cielo como una estrella ardiente y brillante. Desde allí, pudo atrapar a los dioses traidores en el cielo con ataduras celestiales.

En el altar, su cuerpo se convirtió en lava ardiente sobre la roca de sacrificio. Sin embargo, aunque podía mantener a los Obsidianos atrapados durante el día, no había nada que pudiera hacer durante la noche.

Tierra intervino, tomó el cuerpo fundido de su amade en sus brazos y, a pesar de que le quemaba la piel, moldeó el cráneo de Sol para formar la Piedra Solar, que brilló con fuerza en la cima del templo dorado. Luego convirtió el resto del cuerpo en Piedras Solares más pequeñas, que les entregó a los demás dioses para que las colocaran en las cimas de sus templos y así evitar que los Obsidianos regresaran a Reino del Sol.

Sol ascendió al firmamento, desde donde custodiaba la tierra y mantenía a los Obsidianos encerrados en una prisión celestial entre las constelaciones. Cada noche, los dioses traidores intentaban escapar, pero las Piedras Solares los mantenían lejos hasta que Sol volvía a ascender por la mañana.

Mientras que el sol brillara y las piedras estuvieran en su sitio, los dioses traidores no podrían regresar.



CAPÍTULO 1

—¡Cuidado! No queremos meter la pata y que nos atrapen otra vez —susurró Teo mientras voces apagadas discutían dentro de su mochila. Cuando por fin lo liberaron de su período de detención usual, estaba ansioso por poner en acción el plan al que le había dedicado dos días. Mientras se mentalizaba, avanzó por la calle hacia el objetivo de su broma del día. El anuncio de la Academia, pegado en una pared de ladrillo de la escuela, era imposible de ignorar. En letras grandes y doradas, decía:

Venga a ver a los talentos de la Academia competir en

LAS PRUEBAS DEL SOL

Sobre el fondo negro del anuncio, figuras altas estaban formadas como una flecha en posiciones de poder, sonriendo para la cámara. Teo reconocía a la mujer que estaba parada en el centro, Brilla, quien había sido coronada como Portadora del Sol en las últimas pruebas.

En sus flancos se encontraban Portadores del Sol anteriores, identificables por las coronas doradas con forma de rayos de sol que usaban sobre sus cabezas.

La imagen le provocaba náuseas y, ya que estaba obligado a verla a diario, pensó que al menos podía añadirle un poco de su estilo artístico. Por desgracia, el anuncio era al menos tan alto como él (orgulloso de su metro cincuenta y cinco, muchas gracias) y estaba fuera de su alcance. Allí entraban en escena Peri y Pico. La mayoría de los habitantes de Quetzlan tenían aves que, más que mascotas, eran compañeros. Existía un lazo de por vida entre el humano y el ave, pero solo Teo y su madre (Quetzal, diosa de las aves) podían comunicarse con ellas. O, en caso de él, hacer equipo con ellas para vandalizar un poco la propiedad escolar.

—No hay moros en la costa, salgan —dijo mientras abría la cremallera de la mochila. Al instante, dos aves asomaron las cabezas. —¿Recuerdan cómo usar esto? —preguntó mostrándoles las latas de pintura en aerosol más pequeñas que había podido encontrar en la tienda.

—*¡Por supuesto!* —pio Peri.

—*¡Me encanta!* —agregó Pico y destapó su lata con el pico como un experto.

Los dos caiques jóvenes eran los cómplices de Teo y siempre estaban listos para la acción. Habían accedido a ayudarlo incluso antes de que les ofreciera el mango seco que tenía en la mochila.

—*¿Cuál es el plan?* —preguntó Pico con la cabeza asomada para mirarlo.

—Creo que un poco de humildad no les haría nada mal —dijo Teo mientras miraba a los Dorados. —¿Hacerles rostros ridículos? —sugirió. —Estoy abierto a sus ideas artísticas.

—*¡Buena idea!* —asintieron los dos antes de despegar.

—¡Intenten apresurarse! —gritó Teo tras ellos mientras miraba la hora en su teléfono.

—*¡Cuenta con nosotros!*

La mejor parte de la broma era que, para cuando alguien viera su última creación, él llevaría ya un rato en el Templo del Sol.

Durante las Pruebas del Sol se daban las vacaciones más largas en

Reino del Sol. Se trataba de una competencia entre los mejores semidioses para mantener al sol con vida y garantizar la seguridad del mundo durante otros diez años. Había iniciado como un ritual sagrado hacía miles de años y se había convertido en un evento televisado y patrocinado que dominaba a las ciudades. Y Teo y su madre debían asistir.

Como un simple Jade, él sabía que no había posibilidades de que le omnisciente Sol lo eligiera para competir; algo que recordaba constantemente gracias a los anuncios que estaban pegados en los edificios y en los postes de luz hacía semanas. También estaban en todas las redes sociales, por lo que eran imposibles de ignorar.

Al igual que sus padres, los hijos de los dioses Dorados eran más fuertes y poderosos que los semidioses Jades; algunos podían crear y controlar los elementos o incluso mover montañas. Asistían a una academia sofisticada, con uniformes sofisticados y entrenamientos elegantes desde los siete años, para convertirse en Héroes del Sol. Eran a quienes se les pedía ayuda siempre que había una emergencia o una catástrofe.

Por otro lado, Teo y los demás Jades no eran considerados tan poderosos como para asistir a la Academia, por lo que tenían que ir a escuelas públicas con los chicos mortales. La Secundaria Quetzlan estaba atada con alambre y el único uniforme que Teo había recibido era un pantalón corto de gimnasia horrible, de color verde lima, y una camiseta gris que no le quedaba. Mientras que los Dorados viajaban por Reino del Sol salvando vidas, la responsabilidad más interesante de Teo era ser jurado en la exhibición anual de aves de Quetzlan. Estaba cansado de que le restregaran en el rostro todos los privilegios de los Dorados.

Pico y Peri usaron las garras para sostenerse del lienzo del anuncio mientras esgrimían las latas de pintura en aerosol para ponerse a trabajar.

—*¡Me estoy volviendo bueno en esto!* —dijo Pico mientras le daba picotazos sin parar a la boquilla del aerosol para rociar con color azul los rostros sonrientes de los semidioses Dorados.

Peri estaba concentrado solo en Brilla y, cuando Teo le preguntó qué estaba dibujando, anunció con orgullo:

—Dijiste que les hiciéramos rostros ridículos. ¡Nada más ridículo que un gato!

—Muy astuto —coincidió el chico. El *graffiti* quedó descuidado y, sin dudas, lucía como si lo hubieran hecho dos aves, pero sí que era satisfactorio ver esas expresiones petulantes cubiertas de pintura. —¡Hora del toque final! —Mientras Pico y Peri descendían para posarse en sus hombros, Teo desplegó un trozo de papel en el que había escrito durante el período de detención. —¿Pueden escribir esto en la parte superior?

—¡Ah, es buena, Hijo de Quetzal! —Pico rio antes de tomar el papel con el pico y salir volando.

—¿Qué dice? —Teo escuchó susurrar a Peri cuando voló detrás de Peri con el aerosol listo.

—¡No sé, no sé leer! —Peri sostuvo el papel mientras Pico se esforzaba por recrear las palabras lo mejor posible. El resultado no tuvo ningún sentido, y Teo ocultó la risa con la mano para no herir los sentimientos de las aves.

—¡Debía ser un bucle, no un garabato! —protestó Peri.

—¡Es un bucle!

—¿Por qué no vuelas aquí para enseñarle cómo se hace, Hijo de Quetzal? —bufó Peri.

—¡No le digas eso! ¡Sabes que es sensible respecto a sus alas!

—¡No hace falta que sea perfecto! —Teo fingió que no las escuchaba, aunque sus alas se sacudieron en la faja de compresión debajo de su camiseta. Tenían que largarse de allí antes de que alguien los viera. Una lata de aerosol se disparó y cubrió el pecho blanco de Pico con pintura pringosa azul. —¡No hagan tanto ruido! —siseó el chico.

—¡Mi plumas! —chilló el ave al tiempo que agitaba las alas con asombro.

—¿Teo?

—¡Nos descubrieron!

—¡Aborten, aborten!

Las latas de aerosol rebotaron contra el suelo cuando las aves salieron volando sin dejar de chillar. Al oír pasos, Teo se agachó a recoger las latas para guardárselas en la mochila. Temeroso de quién

podía haberlo visto, giró hacia la voz. Por suerte, solo era Yolanda, una de las carteras de la ciudad, que iba acompañada por un loro de plumaje rojo que entregaba cartas por las ventanas abiertas de los vecinos.

—*¡Hola, Hijo de Quetzal!* —chilló el loro e inclinó la cabeza con respeto.

—¿Qué haces todavía en la escuela? —preguntó Yolanda.

—¡Corría para encontrarme con Huemac! —respondió el chico y cerró la cremallera con seguridad antes de alejarse.

—¡No lo hacías! —Yolanda lo miró como si supiera lo que hacía en realidad.

—Bueno, ahora sí. —Teo mostró los dientes en una sonrisa no del todo inocente. La mujer se echó a reír y le indicó que se fuera.

—Ve. Intenta comportarte durante las pruebas. Huemac ya no es tan joven.

Huemac y los habitantes de Quetzal habían criado a Teo. Su padre mortal había muerto cuando él era un bebé y su madre estaba ocupada con las responsabilidades de una diosa, así que el pueblo había sido su familia. Aunque ya tenía diecisiete años, aún lo cuidaban, a veces demasiado.

—¡Siempre me comporto! —exclamó por encima del hombro mientras corría hacia la acera contraria.

—¡Hablas como un verdadero revoltoso! —La voz de Yolanda voló tras él.

Todas las ciudades de Reino del Sol adoraban a un dios. Las del centro eran más grandes y bellas, y eran devotas a los grandes dioses Dorados como Agua y Tierra. Por su parte, las ciudades más pequeñas de las afueras adoraban a dioses Jades menores como Quetzal.

Teo caminó tranquilo a través de árboles selváticos que se intercalaban con edificios envueltos en enredaderas. Desde afuera, Quetzal lucía como una ciudad que había perdido la batalla contra la naturaleza y había sido devorada por el follaje. Sin embargo, a pesar de estar un poco deteriorada, era una ciudad orgullosa, a la que sus habitantes mantenían con amor. Su rasgo característico era la abundancia de aves tropicales que adornaban los árboles como si fueran frutas de colores vivos; estaban en cada rincón y vivían alegres

con sus compañeros humanos. Allí, las personas y la naturaleza estaban conectadas de forma íntima e inquebrantable. Teo esquivó a la multitud al pasar por un camino elevado, que cruzaba uno de los tantos canales en donde los mercaderes transportaban sus mercancías colgadas en botes y canoas. Al pasar por la lavandería, se cubrió la cabeza con la mochila para protegerse de los colibríes de colores pastel que se lanzaban hacia los transeúntes que se acercaban demasiado a su farola.

Dado que las Pruebas del Sol iniciaban de forma oficial esa noche, había más emoción de la habitual en las calles. Había letreros que rezaban "¡Vea las Pruebas del Sol aquí!" en las ventanas de bares y restaurantes, junto a fotografías de postres con forma de sol y bebidas inspiradas en la deidad. Un grupo de personas se había amontonado frente a la tienda de tecnología para ver las pantallas de televisión en las que pasaban imágenes de Héroes Dorados. Teo intentó escabullirse sin que nadie lo viera, pero, casi al instante, una mano sujetó su mochila.

—¡Teo! —El señor Serrano, un hombre de rostro redondeado, lo arrastró dentro del grupo. —¿A quién crees que elijan para competir? —preguntó señalando una de las pantallas.

En la imagen partida, algunos Dorados posaban sonrientes con sus uniformes almidonados, mientras del otro lado mostraban videos de los semidioses salvando a gente de catástrofes diversas. En la esquina de la pantalla había una lista de las estadísticas de cada uno.

—A los mejores de los mejores, supongo —respondió el chico, esforzándose por sonar respetuoso a pesar de estar lleno de resentimiento. Por suerte, todos los presentes estaban demasiado ocupados con sus teorías como para notarlo.

—Seguro que le hije de Guerrero —dijo la señorita Morales mientras rascaba el cuello del amazona de corona lila que tenía en el hombro.

—¡El chico Agua es mucho más impresionante!

—¡Ocelo puede acabarlo de un solo golpe!

—¡Sol no se fija solo en la fuerza!

Teo puso los ojos en blanco y aprovechó la discusión para escabullirse. No podía escapar de ellos, hasta los chicos de la escuela

intercambiaban tarjetas de Héroes Dorados y apostaban sobre a quién elegirían para la competencia. Lo atosigaban a preguntas para tener una opinión interna, como si a él le importaran los Dorados como para estar al tanto.

La luz del semáforo cambió, y Teo cruzó la calle esquivando a un hombre que empujaba su carro de duritos y a una mujer que cargaba una pila de cajas. En la esquina había una bodega, ubicada entre una tienda de alimentos para aves y una de especias. Se trataba de un edificio bajo de paredes anaranjadas, cuyas ventanas estaban cubiertas de anuncios y publicidades. Sobre la puerta, había un letrero con la inscripción "El Pájaro" escrita en letras negras junto a la pintura delicada de un quetzal. En la entrada, un hombre se estaba esforzando para descargar cajas de un camión pequeño.

—¡Espera, déjame ayudarte! —exclamó Teo y corrió para tomar las cuatro cajas con una sola mano sin problemas. La capacidad de cargar más cajas que un hombre de mediana edad promedio era otra de las habilidades útiles que tenía como Jade.

—¡Con cuidado! —El hombre lo miró sorprendido. Luego, cuando Teo movió la pila de cajas y pudo verle el rostro, sonrió de inmediato. —*¡Pajarito!* —dijo con calidez y extendió los brazos a los lados.

—¿Qué hay, Chavo? ¿Necesitas ayuda? —preguntó sonriente.

—Mi espalda ya no es la misma de antes —confesó el hombre con una risita y le dio una palma en el hombro. Tenía una camiseta de color azul cobalto y un cordel con plumas pequeñas del mismo tono alrededor del cuello. —¿Cómo va todo, chico? —Antes de que Teo pudiera responder, Chavo frunció el ceño, confundido, y preguntó—: ¿No deberías estar yendo al Templo del Sol?

—Solo pasé a buscar mi orden antes —respondió él y cargó otra pila de cajas con la mano libre.

—Vamos, vamos, ¡siempre la tengo lista! —dijo el hombre mientras lo instaba a entrar a la bodega. —Huemac se molestará contigo —agregó con expresión entretenida.

—Dime algo nuevo —bufó el chico. Tarde era tarde, así que no importaba cuánto tiempo fuera, le darían un sermón de todas formas.

Cuando Chavo abrió la puerta, sonó una campanada.

——Una voz enfadada chilló: *¡Sin gatos!*

—Hola, Macho —saludó Teo al dejar las cajas. Macho, un periquito, bajó y aterrizó en el mostrador.

—*¡Ah, eres tú, Hijo de Quetzal!* —respondió distraído mientras inclinaba la cabeza para mirar hacia la puerta.

—¿Por qué está tan alterado? —preguntó Teo cuando Chavo fue detrás del mostrador.

—Ah, no le prestes atención. Es que ese gato callejero anduvo por aquí otra vez.

—*¡Siempre se mete para intentar robar!* —gritó Macho y agitó las plumas azules mientras saltaba frente al aparador de tabaco. —*¡Sin gatos!*

Chavo sacó una bolsa de papel, tan llena que había tenido que cerrarla con una engrapadora.

—¡Aquí tienes!

—¿Recordaste los Chupa Chups?

—¡Por supuesto! —respondió Chavo al tiempo que pasaba la orden por su caja registradora antigua. —¡Nunca los olvidaría!

—Genial —sonrió Teo.

—No bromeabas al decir que llevarías provisiones —comentó el hombre con una sonrisa.

—Las necesitaré. —El chico sacó la cartera de su mochila. —El Dios Maíz no permite “azúcar refinado ni porquerías procesadas” en el Templo del Sol.

—Hombre, lo que daría por ir al Templo del Sol —confesó Chavo con un suspiro melancólico, acariciándose la barba de candado. —Nunca vi a un dios Dorado en persona. —Teo no podía culparlo por estar fascinado con los Dorados. Era difícil cruzarse con ellos, en especial en ciudades Jade. Eran aún más célebres que sus hijos semidioses, que eran famosos e intocables. Todos los dioses gobernaban desde el Templo del Sol, y solo semidioses y sacerdotes podían viajar a la isla en el centro del Reino del Sol. —Me gustaría conocer al dios Tormentoso y a Lluvia y agradecerles —agregó con una mirada sobre su hombro.

Detrás de Chavo había dos altares en la pared. El nicho más grande estaba pintado en tonos turquesa y jade, tenía imágenes de aves en honor a la madre de Teo y plumas de todos los colores en el interior.

El altar más pequeño y nuevo estaba pintado con un remolino celeste y gris y gotas de lluvia y rayos, y tenía un recorte del periódico pegado dentro. Lluvia, la hija mayor del dios del clima, Tormentoso, estaba en el centro de la imagen en blanco y negro, radiante y con las manos en las caderas. Tres años atrás, un huracán había azotado la costa oeste de Reino del Sol. A pesar de que los huracanes eran comunes en septiembre, ese estaba avanzando muy rápido por las ciudades Jades occidentales, por lo que debieron convocar a los semidioses hijos de Tormentoso. Lluvia llegó a Quetzlan y logró aplacar la furia de la tormenta lo suficiente como para salvar a los ciudadanos de las calles inundadas. Entre ellos se encontraban Chavo y su esposa.

—Les agradeceré de tu parte si los veo —mintió el chico al entregarle su tarjeta de débito.

—¿Estás nervioso? —preguntó el tendero con las cejas en alto.

—¿Por qué?

Teo frunció el ceño, confundido.

—Tú sabes, por ser seleccionado para las pruebas.

—Ah, ¿por eso? Para nada —bufó el chico. Tomó la tarjeta y el recibo y los guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. —Solo iré para cumplir con la formalidad. —Durante las últimas pruebas, él apenas tenía siete años, así que no recordaba mucho. Lo que sí sabía era que casi nunca elegían a semidioses Jades para competir. El último había sido electo hacía ciento treinta años y no había salido con vida. —Solo exploraré ciudades Doradas, comeré todo lo que pueda y despilfarraré el dinero en recuerdos. —Sonrió y se le aceleró el corazón al pensar en los viajes y paisajes que le esperaban. Sin embargo, cuando alzó la vista, Chavo seguía mirándolo con preocupación. —Oye, solo eligen a los semidioses más poderosos y honorables, ¿recuerdas? —Le dio un golpe de puño en el hombro para intentar tranquilizarlo. —Soy solo un Jade.

Eso pareció relajar la tensión en el rostro de Chavo, porque recuperó la sonrisa de mejillas rosadas.

—No importa que no seas un Dorado. Eres nuestro héroe, patrón.

—Bueno, bueno, me iré antes de que me hagas vomitar. —Teo le arrancó la bolsa de las manos y la metió en la mochila, que ya estaba

llena. Chavo se rio al verlo empujarla una última vez.

—¡Deberías pasar por la panadería! —vociferó cuando el chico estaba por salir disparado. —Verónica preparó conchas de color verde especialmente para la Diosa Quetzal.

—Ah, hombre, sabes que no puedo rechazarlas —respondió Teo con una sonrisa.

—¡Te veo en unas semanas! —saludó el tendero.

—¡Contaré los días! —agregó él antes de salir. La campana de la puerta volvió a sonar.

—*¡Sin gatos!* —siguió la voz de Macho.



Teo podía sentir el aroma de su lugar de destino antes de dar vuelta a la esquina. La calle estaba atestada, llena de restaurantes, carros de comida y camiones de tacos. El aroma penetrante de los tacos al pastor permeaba el aire y la nariz de Teo, junto con el aroma dulce del elote y picante del chamoy. Estaba tan distraído por los rugidos de su estómago que no se percató de que algo andaba mal hasta que la multitud se agitó, todos alzaron la vista y elevaron las voces.

A Teo se le erizó el vello de la nuca y, al instante siguiente, una bandada de aves atravesó la calle. Llenaron el aire con sus chillidos e hicieron que todos miraran hacia arriba cuando sus alas coloridas cubrieron el cielo. Teo intentó descifrar qué estaban diciendo, pero todas gritaban con pánico a la vez y sus voces se superponían. Una multitud corrió hacia él y casi lo derriba y, entonces, sintió un fuerte olor a humo. Se puso en puntas de pie para ver mejor y percibió que, desde la ubicación de la panadería, ascendían nubes de humo negras y espesas. De un momento a otro, las voces de las aves se volvieron claras.

—¡Fuego! ¡Fuego! —Los gritos humanos se mezclaban con los de las aves. Otra multitud pasó a toda prisa, un mar de cuerpos que intentaban ponerse a salvo. Teo tuvo que aferrarse a un poste de luz para evitar que lo arrastraran.

—¿Dónde está María? —gimoteó una niña.

Teo miró alrededor hasta que vio a una pequeña que lloraba en medio de la calle. Se abrió paso entre el gentío y se arrodilló frente a

ella.

—¿Quién es María? —preguntó con toda la calma que la adrenalina le permitió expresar. —¿Tu hermana?

—Mi muñeca. —*Por el amor de Sol.*

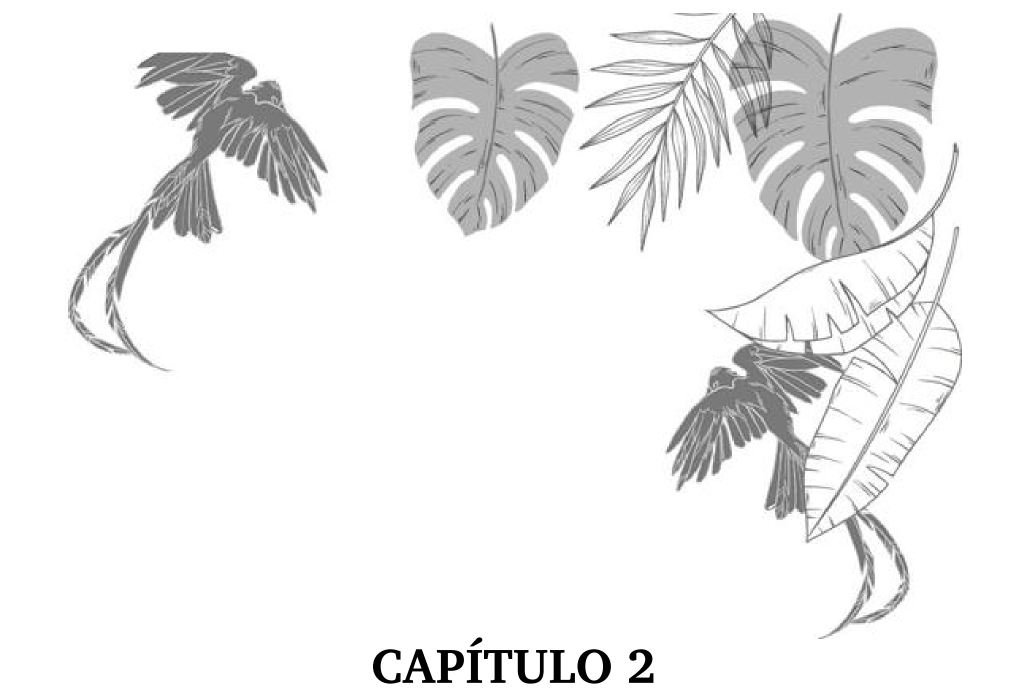
—Necesito que hagas algo muy aterrador, ¿de acuerdo? —dijo el chico mientras presionaba los hombros de la pequeña para que le prestara atención. —Tienes que ir a un lugar seguro y buscar a alguien que conozcas. Yo buscaré a María, ¿sí? ¿Puedes hacerlo?

El ruido de piedra partiéndose llenó el aire y los ventanales de la panadería estallaron. Teo acercó a la niña a su pecho y se inclinó sobre ella al tiempo que las esquirlas volaban a su alrededor. Después de eso, ya no hizo falta que animara a la pequeña, pues salió corriendo enseguida.

El chico levantó la vista hacia el edificio consumido por las llamas. El corazón comenzó a retumbar en su pecho y su respiración se volvió temblorosa y fuerte. La mayoría de los carros de comida funcionaban con gas propano, si el fuego se salía de control, serían bombas listas para explotar. ¿Cuánto tiempo podía tardar en arder la manzana completa? ¿Alguien había pedido ayuda?

Un grito angustiado resonó en el aire. A través de la cortina de humo, Teo vio un par de brazos que se sacudían con desesperación para pedir ayuda. En un instante, sus pensamientos frenéticos se aclararon y dejaron solo uno: alguien necesita ayuda.

Mientras todos los demás escapaban del rugir de las llamas, Teo corrió hacia ellas.



CAPÍTULO 2

Teo corrió hacia la entrada de la panadería, desde donde un humo negro y espeso ondeaba en el aire y bloqueaba el sol. Las lenguas de fuego asomaban por los marcos de las que habían sido ventanas. De repente, algo bajó en picada y golpeó la cabeza de Teo.

—*¡Ella sigue adentro!¡Ella sigue adentro*! —La tityra enmascarada volaba de un lado al otro agitando las alas con frenesí. Su plumaje platinado estaba oscurecido por el hollín.

—¿Quién? —preguntó el chico, pero el ave estaba desconsolada.

—*¡La dejé! ¡No puedo creer que la dejé!*

—¿A quién? —Impaciente, Teo la tomó entre las manos y pudo sentir el corazón acelerado de la pobre criatura.

—*¡A mi humana! ¡Dejé a mi humana! ¡A Verónica!*

—¿Dónde está? —preguntó con un nudo en el estómago.

—*¡En el segundo piso!*

—¡Muéstrame dónde! —Soltó al ave, que voló hacia una ventana

rota del segundo piso.

—*¡Está ahí! ¡Ayúdala, por favor!* —suplicó la tityra.

Cada fibra de su ser le decía que entrara. Aunque había una salida de emergencias que llegaba justo a esa ventana, él no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pues no sabía absolutamente nada sobre incendios. Ciencia del fuego no era una asignatura que pudiera elegir en la Secundaria Quetzlan. Pero esa era *su* ciudad, *su* panadería, las conchas verdes para *su* madre. Si alguno de los suyos estaba en peligro, no había forma de que se quedara sentado sin hacer nada. Si lo hacía, Verónica podía morir. Entonces, sin un plan ni un pensamiento coherente en la cabeza, corrió hacia la escalera.

—Mierda, mierda, mierda —maldijo por lo bajo a medida que los escalones desvencijados se quebraban. Cuando entró por la ventana, el humo espeso y punzante lo ahogó de inmediato. En un ataque de tos y con ardor en los ojos, se agachó para estar por debajo de la cortina de humo e intentó llamar a Verónica, pero más humo caliente le llenó los pulmones.

Miró alrededor con desesperación y, por pura suerte, alcanzó a ver la coronilla de una cabeza asomando detrás de una encimera. Se acercó deprisa y vio que Verónica estaba desplomada de costado, pero seguía con vida.

Un fuerte estallido resonó en la habitación, el suelo debajo de los pies de Teo se sacudió y, al instante siguiente, parte del techo cedió. Las vigas ardientes cayeron, despidieron chispas por el aire y bloquearon la ventana por la que él acababa de entrar. Hilos de fuego tomaron la madera y avanzaron por el suelo, y la pintura de las paredes comenzó a inflarse con el ascenso abrupto de la temperatura.

Teo sabía que no había que mover a una persona inconsciente, pero parecía ser un buen momento para hacer una excepción. Levantó a Verónica con facilidad, pero, cuando intentaba pasar por entremedio de un par de vigas para llegar a la ventana, tocó las brasas encendidas con el brazo. Se alejó de un salto, y brotó sangre de color jade de su piel chamuscada. No tenía cómo apagar el fuego ni cómo atravesar una pared para abrir una nueva salida; lo mejor que podía hacer era buscar un lugar para protegerse del fuego, solo que las opciones eran limitadas.

Pensó rápido y llevó a Verónica a la cámara frigorífica abierta, justo antes de que una viga cayera en donde ella había estado. Dentro del congelador, los contenedores plásticos estaban comenzando a derretirse, pero al menos les daría un poco de tiempo.

—¡Es Marino! —gritó alguien afuera. Si él estaba allí, significaba que los Dorados habían llegado. El estómago de Teo se revolvió con alivio y pavor, porque eso implicaba que Aurelio y Auristela también estaban ahí.

Otra ventana estalló cuando rociaron agua al interior, y se levantó una nube de vapor ardiente. Teo intentó gritar, pero tenía la garganta tan irritada que lo único que logró fue toser e incluso ese sonido quedó ahogado por el zumbido del agua que disparaba Marino. Para protegerse a sí mismo y a Verónica de la corriente, Teo cerró la puerta de acero para que actuara como escudo y llevó a la mujer lo más adentro del congelador que pudo; sin embargo, el fuego se movía demasiado rápido y, a pesar de que oía el siseo del vapor y los disparos de agua, las llamas ya estaban filtrándose por debajo de la puerta, a punto de alcanzarlos.

—¡Ayuda! —logró gritar al fin. De pronto, las llamas desaparecieron de debajo de la puerta como si alguien las hubiera aspirado. Comenzaron a oírse voces dentro del depósito, apagadas por el escudo de acero. —¡Estamos aquí! —gritó Teo con la voz cansada.

—¡Mierda! —Escuchó decir a Marino, hijo de Agua. —¡Creo que hay personas aquí!

Tres pares de pasos retumbaron en dirección a ellos; la puerta fue arrancada de las bisagras; y Teo se desplomó en el suelo. Tres figuras se acercaron a través de la niebla vaporosa.

—Dios, ¿se encuentran bien? —preguntó un chico de estructura ósea robusta y músculos fuertes al entrar a toda prisa al congelador. La piel ocre de Marino no tenía ni una gota de sudor. Teo solo pudo asentir con la cabeza mientras intentaba tomar aire fresco y su pecho se hinchaba debajo de la compresión.

Una chica esquivó a Marino, y sus ojos, rojos como las brasas, le echaron un vistazo a Verónica antes de detenerse en el chico y entornarse.

—¿Está viva? —exigió Auristela, hija de Lumbre, como si Teo

hubiera tenido a la panadera cautiva a propósito. Después de que él asintió con la cabeza una vez más, ella entró, cargó a Verónica como un bombero y se dispuso a salir enseguida.

El alivio de saber que Verónica estaría bien atravesó el cuerpo de Teo y lo hizo temblar. Le ardían tanto los ojos por el humo que apenas podía ver a través de las lágrimas y pestañas chamuscadas.

—Estás bien —afirmó Marino, de rodillas junto a él. Luego, de sus manos unidas, hizo brotar dos chorritos de agua, como un lavado de ojos improvisado. —No sé si eso fue muy astuto o muy estúpido, Chico Pájaro.

—Me gusta hacer lo correcto —respondió él con un hilo de voz antes de inclinarse para lavarse los ojos. El agua fría le provocó escozor y alivio a la vez.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una tercera voz, que hizo que el pecho de Teo se comprimiera con dolor.

—Lo estará —aseguró Marino y le dio una palmada un poco fuerte a Teo en la espalda.

Cuando Teo se sentó derecho y se secó el agua del rostro, un par de manos fuertes lo ayudaron a levantarse. Tras sacudirse las gotas de las pestañas, se encontró con un par de ojos cobrizos. Aurelio, hijo de Lumbre, lo miraba con el ceño fruncido. Aunque las facciones de Auristela eran más suaves y la nariz de Aurelio era más ancha, no cabían dudas de que eran mellizos. Tenían el mismo corte de cabello (rebajado a los lados y recogido detrás de la cabeza) e incluso las pecheras ajustadas de sus uniformes eran similares, excepto por las bandas doradas que Aurelio tenía en los antebrazos y las puntas de flecha en los guantes que le cubrían los dedos índice y anular.

—¿De verdad estás bien?

—Sí —sentenció Teo, aunque, cuanto menos, estaba débil y le temblaban los brazos mientras el chico fuerte lo sostenía. Intentó liberarse, pero Aurelio lo aferraba con firmeza. Era la última persona a la que Teo quería ver, en especial cuando estaba en un estado tan lamentable. Hacía años que no hablaban, y no tenía interés en que eso cambiara.

—Estás temblando —señaló Aurelio con la voz tan fría y calculadora como siempre. —Debe ser por el trauma.

—Eres muy dramático. —Teo intentó reír con sarcasmo.

—¿Puedes caminar?

—Por supuesto. —Dio un paso, pero las rodillas le fallaron al instante. Aurelio lo sostuvo sin problemas, hizo que se sujetara de su cuello y le pasó un brazo por la cintura. La cercanía repentina estremeció a Teo y le cortó la respiración, con lo que se sintió todavía más molesto.

—No necesito tu ayuda —bufó, aunque el otro ya estaba sacándolo del congelador.

—Sí, la necesitas.

Teo hubiera preferido que el chico respondiera con sarcasmo, impaciencia o enojo, en lugar de en un tono tan plácido que resultaba irritante. Era malo que los Dorados hubieran aparecido, pero era mucho peor que Aurelio tuviera razón: él necesitaba su ayuda. Mientras esquivaban escombros quemados, el pie de Teo pisó algo suave. Debajo de él vio una muñeca de trapo con un listón en el cabello, una blusa tejida a mano y una falda colorida.

—Espera. —Plantó los pies en el suelo para forzar al chico a detenerse.

—¿Qué haces? —le preguntó con las cejas gruesas fruncidas. Teo lo ignoró y se agachó a recoger la muñeca, que estaba un poco mojada y necesitaría un buen lavado, pero que, por lo demás, seguía intacta. Aurelio lo miró con desaprobación.

—Le prometí a una niña que la buscaría —explicó, sonrojado.

—Es una muñeca, no es importante. —El otro negó con la cabeza porque no lo entendía. Quizás tuviera razón, pero Teo nunca se la daría.

—No es importante para *ti*, pero lo es para ella —replicó.

—Es solo un juguete…

—No espero que *tú* lo entiendas —interrumpió Teo con una risa aguda. Estaba listo para pelear, quería hacerlo, pero Aurelio se limitó a mirarlo un momento antes de negar con la cabeza y apartar la vista. Luego lo bajó casi cargándolo por las escaleras, en donde se habían reunido camiones de bomberos y equipos de grabación. Excelente, con eso habría evidencia fotográfica de que había necesitado que *Aurelio* lo salvara. Teo deseó que las llamas lo hubieran tragado.

Subieron a Verónica a una ambulancia en camilla, con la titiya deambulando con ansiedad entre sus piernas. Aurelio no soltó a Teo hasta que los paramédicos se lo llevaron y, cuando el calor sofocante que emanaba se alejó, Teo comenzó a temblar. Por suerte, gracias a su sangre divina, los semidioses sanaban muy rápido. De todas formas, un grupo de ciudadanos preocupados lo rodearon.

—Gracias al cielo estás bien, Teo —dijo alguien.

—¡Tu madre debe estar muy preocupada!

—Eso fue muy peligroso, ¡tendrías que haber esperado a los Héroes!

Él no tenía energías para responder, así que solo observó cómo Aurelio se reunía con Auristela y con Marino. Mientras que ellos dos sonreían para las cámaras y los reporteros que los rodeaban como abejas, Aurelio se quedó atrás, masajeándose la palma de la mano con el pulgar. Una mezcla extraña de rabia, rencor y algo más eléctrico que no podía identificar crepitó por todo el cuerpo de Teo. Cuando Aurelio miró hacia él, apartó la vista enseguida y apretó los dientes, al tiempo que esa sensación le recorría la piel. Luego miró a la multitud que cubría la calle hasta encontrar a la niña; tenía el rostro hundido en la falda de su madre, que intentaba consolarla. Se acercó a ella y se puso de rodillas.

—¿Esta es María? —le preguntó en tono suave y con una sonrisa. La pequeña alzó la vista y, dudosa, tomó la muñeca. En un instante, una sonrisa enorme le iluminó el rostro bañado en lágrimas.

—¡La salvaste! —exclamó y se lanzó a abrazarlo del cuello. Una risa de sorpresa retumbó en el pecho de Teo.

—¡Nuestro héroe! —dijo la madre de la niña con un suspiro de alivio. La mueca amarga del chico quedó oculta detrás de los rizos de la pequeña. "Héroe", sí, claro.

Después de convencer a los paramédicos y a todos los presentes de que estaba bien, emprendió el camino a casa. Para ese entonces, lo esperaba un sermón de Huemac sin precedentes.

Todos los templos de Reino del Sol tenían forma de U y una larga escalinata exterior que llegaba a un observatorio, en donde se encontraba el altar principal. Eran diferentes según el dios y la ciudad, pero todos alojaban una Piedra Solar; un fragmento de Sol que

proporcionaba luz y protección de los peligros atrapados entre las estrellas. Por las noches, el brillo de las Piedras Solares era visible a muchos kilómetros de distancia. Solo que, en ese momento, era un recordatorio de que las Pruebas del Sol comenzaban en pocas horas y de que Teo estaba llegando *muy* tarde.

El Templo Quetzal estaba en el centro de la ciudad y era visible desde casi cualquier lado. Estaba pintado de un color amarillo estridente y cálido y tenía muchas arcadas para que las aves pudieran entrar y salir a su antojo. En general, a Teo le encantaba contemplar los mosaicos de aves tropicales de tamaños más grandes que en la realidad, creados de forma meticulosa con cerámicas coloridas, pero, ese día, parecían cernirse sobre su cabeza mientras corría hacia el patio. Las aves le dieron la bienvenida volando y cantando entre el follaje de los árboles y, en cuestión de segundos, estaba rodeado; colibríes de colores pasaban disparados junto a su cabeza, mientras que un par de tucanes saltaban y cantaban con alegría a sus pies.

—También me alegra verlos —les dijo con una risita e intentó no sobresaltarse y herir los sentimientos del loro color melocotón que graznaba alegre en su hombro. —¡Auch! —protestó y se sobresaltó cuando un escribano de pecho rosado le jaló el cabello oscuro como muestra de amor.

—Fuera, fuera, ¡déjenlo! —ordenó la voz de Claudia. En un destello de plumas, sus amigos se dispersaron.

—Se comportan como si me hubiera ausentado durante días. Gracias por salvarme —le dijo con una sonrisa entretenida a la mujer de túnica turquesa, característica de los sacerdotes de Quetzlan.

—No me agradezcas —bufó la mujer con una mirada adusta, que resaltaba con el rodete ajustado en su cabeza. —¡Eres un desastre, y Huemac estuvo buscándote! Llegas muy tarde. ¡No hagas esperar a tu madre! —lo regañó y le dio un golpe en el hombro.

—¡Ya voy, ya voy! —Teo no logró mostrar seriedad mientras se alejaba de ella. Salió corriendo por el suelo mojado, de modo que sus zapatos sucios fueron dejando huellas negras donde la sacerdotisa trapeaba.

—¡Uff, Teo! —protestó Claudia.

—¡Perdón! —respondió y agachó la cabeza con culpa. Apenas llegó

a esquivar a otro sacerdote que cargaba una bandeja enorme llena de frutas, semillas e insectos. Un quetzal esperaba con paciencia en el hombro del sacerdote, un tucán se ponía cómodo sobre una pila de maracuyá, y los colibríes peleaban haciendo un escándalo en el aire. Teo pasó junto a cascadas diminutas que corrían sobre rocas volcánicas y caían en estanques cristalinos llenos de lirios de agua. Dentro de los estanques, las aves chapoteaban y las gotas brillaban con el sol sobre sus plumas multicolores. Tras dar la vuelta a una esquina, se encontró con Huemac, que esperaba de brazos cruzados, parado en los escalones enormes que llegaban al observatorio, rodeado por un grupo de sacerdotes. Su compañero quetzal, Cielo, estaba posado en su hombro.

—¡Huemac! —saludó y, con una sonrisa aún más grande, extendió los brazos. —¡No me recibías al llegar de la escuela desde que era niño! ¿No deberías estar haciendo cosas más importantes? —preguntó con toda la inocencia posible.

—Sí, debería —coincidió Huemac con una mirada adusta y los labios apretados. Era alto y huesudo, con la piel arrugada por el sol y una eterna expresión exasperada, que parecía empeorar siempre que Teo llegaba. Usaba túnicas de color verde esmeralda, que lo identificaban como sumo sacerdote de Quetzlan. Tenía una línea de color jade en el tabique y una de las plumas de la cola de Cielo colgando de la oreja izquierda en un aplique de jade.

—¿Estuviste poniéndote al día con las estrellas? —arriesgó el chico, pues siempre lo encontraba inclinado sobre el telescopio.

—Planetas —lo corrigió Huemac mientras se acomodaba el trozo de jade con el glifo de Quetzal tallado que le colgaba del cuello.

—¿Y qué tienen que decir hoy?

—Que llegas tarde.

—¿Necesitas un telescopio para saberlo? La mayoría de las personas usan relojes.

—Y que por poco te provocas la muerte —agregó el hombre, mirándolo de arriba abajo.

—¿Los planetas sabían sobre el incendio? —preguntó impresionado.

—Y estás cubierto de hollín.

—¡Me atrapaste! —Teo chasqueó la lengua e hizo un gesto de pistolas con los dedos hacia el sacerdote irritado.

—Esto no es broma, Teo —insistió Huemac, su tono repentinamente punzante. Con eso, la sonrisa del chico se desvaneció.

—Sé que no lo es.

—Pudiste haber salido herido o, peor, haber puesto a otros en peligro. —El hombre frunció el ceño con intensidad.

—¿Qué se suponía que hiciera? ¿Que me quedara a ver cómo…?

—No eres un Héroe, Teo —interrumpió Huemac, y él cerró la boca. Era verdad, no era un Héroe, pero tampoco le habían dado la oportunidad de serlo. Estaba destinado a tener una vida sosa sirviendo a su madre como un sacerdote glorificado. De tan solo pensarlo se le aceleraba el pulso, atrapado debajo de su piel. No quería estar enjaulado en Quetzlan por el resto de su vida, sin poder ver el resto del mundo ni encontrar algo en lo que fuera bueno de verdad. Huemac cerró los ojos, se presionó el arco de la nariz y tomó aire con pesar. —Cuidar a los habitantes de Reino del Sol es responsabilidad de los Héroes —explicó. —Y protegerte a *ti* es *mí* responsabilidad, niño revoltoso. —Una responsabilidad que era evidente que odiaba tener. —Ve a saludar a tu madre, no la hagas esperar más de lo que ya esperó. Te veremos allí con tu traje —agregó en tono cansado. Luego volvió al templo y dejó a Teo allí, como un niño al que acababan de reprender.

El chico tomó aire y se acomodó la mochila en el hombro antes de iniciar el largo ascenso hacia el observatorio. Le había mencionado a Huemac que podían instalar una escalera mecánica, pero el sumo sacerdote había resoplado con indignación, había mencionado las tradiciones, la santidad del templo antiguo y bla, bla, bla. Cuando por fin llegó arriba y entró al observatorio vidriado con marcos dorados, pudo ver todo Quetzlan debajo de él, incluso vio que había una mancha negra en el lugar donde se había iniciado el fuego. El sitio también era santuario para los amados quetzales de Huemac, el orgullo de Quetzlan. Las aves de color verde y azul eléctricos estaban posadas sobre herramientas astronómicas antiguas, como esferas armilares descoloridas y relojes solares de jade. Se acicalaban las plumas color rubí del pecho desde las puntas de los telescopios y

comían de cuencos dorados con sus piquitos amarillos.

El altar principal se encontraba en el centro del observatorio, rodeado de velas de diferentes formas y tamaños, sobre candelabros altos de color dorado. El glifo de su madre estaba en el centro: una laja cuadrada y brillante de jade de tres metros, tallada para asemejar un quetzal en vuelo; las alas desplegadas, las plumas largas de la cola enrolladas, y el pequeño pico puntiagudo apuntado al cielo. Sobre el glifo pendía la Piedra Solar, dando vueltas despacio en el aire. Era demasiado brillante como para mirarla de frente, pero Teo pudo echarle un vistazo antes de que le quemara las retinas: la superficie suave parecía ondular con la luz y emitir llamas diminutas. Irradiaba un haz de luz brillante hacia el cielo, que desaparecía en algún lugar más allá de las nubes.

En el camino, Teo se cruzó con un pequeño que llevaba una bendición de Quetzal aferrada con fuerza; una pluma de guacamayo color escarlata. Los dioses Jades eran los únicos que entregaban bendiciones en persona; los Dorados estaban demasiado ocupados, así que les delegaban el trato con humanos a sus sacerdotes. Al llegar, Teo esperó con incomodidad a un costado, pues no quería interrumpir el momento en que su madre le entregaba una pluma verde brillante a una anciana. Quetzal rodeó las mejillas de la anciana con las manos y, mientras ella la miraba con lágrimas en los ojos, le habló con suavidad. Cuando una sacerdotisa escoltó a la mujer a la salida, la diosa se dio la vuelta y, al ver a su hijo, una sonrisa se extendió en su rostro luminoso.

—¡Aquí estás! —dijo con alivio en su tono cantarín.

—Hola, mamá —respondió él, al tiempo que sentía el peso de la culpa.

Quetzal era la encarnación de la belleza, vibrante como las aves que la rodeaban. En lugar de cabello, plumas largas enmarcaban su rostro oval. Los tonos de azul y verde brillantes en la parte superior se degradaban hasta convertirse en color café intenso al bajarle por la espalda. Una gargantilla de plumas bañadas en oro formaba un abanico desde la base de su mandíbula hasta las clavículas. De sus orejas, colgaban aretes de plumas diminutas de colibrí color magenta, púrpura y rubí.

—¡Llegas tarde! —remarcó, al tiempo que le daba un abrazo apretado desde arriba. Todos los dioses medían más de dos metros, y ella no era la excepción.

—Perdón —dijo Teo al corresponder el abrazo. Las plumas de su madre le hacían cosquillas en la nariz. —Tuve un contratiempo.

La pechera del vestido de Quetzal estaba decorada con plumas de guacamayo color escarlata y el resto era verde, cian y azul zafiro. La espalda abierta dejaba sus alas a la vista por completo. Mientras que las de Teo eran incontrolables y se chocaban con todo a su paso, las de ella se quedaban replegadas con elegancia y nunca se interponían en el camino.

—Me dijeron que hubo un incendio —comentó la diosa. Luego retrocedió para escanearlo. —¡Tu brazo! —jadeó y recorrió la herida del codo con sus dedos delicados.

—No es nada, ya está empezando a curarse. —Él intentó bajarse la manga.

—Gracias a Sol por eso. —Quetzal suspiró, pero sonrió. Su piel era morena como la de Teo, que también había heredado sus ojos grandes y oscuros. —Huemac y yo estábamos *muy* preocupados.

—Lo siento. —Teo tenía sus dudas de que eso fuera verdad respecto al sacerdote.

—Me alegra que estés a salvo. Gracias al cielo Marino, Auristela y tu amigo Aurelio llegaron a tiempo —agregó la diosa con una sonrisa mientras le apartaba el cabello rebelde del rostro.

—*No* es mi amigo —sentenció él en un tono más duro del que quería, porque fue incapaz de contener la rabia ante la mención de Aurelio. Su madre lo miró con desaprobación, pero, por suerte, Huemac y los demás sacerdotes llegaron justo a tiempo.

—Desvístete. Vamos a prepararte —indicó el hombre antes de que un remolino de movimiento los envolviera. Quetzal se hizo a un lado cuando llevaron un espejo de cuerpo completo y un perchero.

—Directo al punto, ¿eh? —masculló el chico. Un sacerdote joven aprovechó la oportunidad para sacarle la mochila del hombro. —Con cuidado, ¡tengo cosas importantes! —advirtió, y Huemac lo miró con las cejas en alto. —Mis tareas y esas cosas, ya sabes. Lo necesitaré durante el viaje. ¿Podría darme una ducha al menos? —preguntó

antes de que siguiera el interrogatorio. En respuesta, le acercaron un cuenco grande de plata y una toalla de mano. —¿Esto es todo? —bufó.

—Si hubieras llegado a tiempo, podrías haberte duchado —respondió el sacerdote con calma, unió las manos y esperó junto a Quetzal.

—¡Está *helada*! —siseó el chico en cuanto hundió la toalla en el agua.

—Si hubieras llegado a tiempo…

—Sí, sí, lo entiendo. Puedo hacer esto solo, gracias. —Teo levantó una mano para interrumpir a un sacerdote que intentaba ayudarlo. —¿Será posible tener un poco de privacidad? —le preguntó a la audiencia mientras se desabrochaba el cinturón. De inmediato, una sacerdotisa llevó un biombo para que él se cambiara en privado. Entonces, se fregó el rostro y los brazos deprisa para limpiarse el hollín. En general, podía asistir a las celebraciones y días festivos con una camisa y pantalones de vestir; sin embargo, como las Pruebas del Sol eran el evento más importante del reino y sucedía cada una década, tenía que comprometerse un poco más. —No entiendo por qué tengo que disfrazarme —protestó al descolgar el pantalón charro con plumas doradas bordadas en los laterales.

—Porque eres un semidiós y representarás a la Diosa Quetzal y a todo Quetzlan —respondió Huemac en tono exasperado, a lo que Teo resopló.

—¡Podrás estar con Niya durante una semana y media! —agregó su madre.

Además de poder visitar otras ciudades, esa era la única ventaja. Aunque Niya era una Dorada, muy poderosa, por cierto, así que era muy probable que la eligieran para competir en las pruebas y, en ese caso, no podrían pasar ni un momento juntos. Por supuesto que ser elegido para competir era un gran honor, pero también era muy peligroso. Y mortal.

Teo se esforzó por ignorar el nudo que se le hizo en el estómago al pensar en que su mejor amiga compitiera. Se sacudió para sacarse la camisa e intentó ajustarse la compresión antes de salir de detrás del biombo. A pesar de que Quetzal hizo lo mejor posible por seguir sonriendo, él percibió el ligero cambio cuando le miró el pecho por

una fracción de segundo y se tensó ante esa mirada. Dos años atrás, cuando tenía quince años, se había dado cuenta de que era un chico. Luego había comenzado con la terapia hormonal y había tenido una mastectomía, y eso lo había ayudado a sentirse más a gusto con su cuerpo. Incluso le gustaban las cicatrices de la cirugía; creía que lo hacía lucir rudo. La faja de compresión era para las alas con las que había nacido. No pensaba en ellas cuando era pequeño, pero eso había cambiado al comenzar la escuela, en donde sus compañeros no dejaban de mirarlas y de reírse cuando tiraba algo por accidente. Pero lo peor era que las *tocaran*. Los chicos de la escuela no podían mantener las manos lejos de ellas, e incluso las maestras quedaban tan hipnotizadas que llegaban a tocarlas y comentar cómo se sentían. Teo odiaba sentirse como un animal solitario en un zoológico.

Como si eso no hubiera sido suficiente, las alas también habían provocado el primer episodio de disforia de Teo, pues no eran verdes y azules como las de los quetzal macho, sino de un color café grisáceo con pintas verdes como las de las hembras. Casi al mismo tiempo que descubrió que era un chico, sus alas comenzaron a perder el plumaje. Con ayuda de algunos sacerdotes, fabricó fajas de compresión con bandas elásticas que mantenían las alas ocultas contra su espalda. Sin embargo, cuanto más intentaba contenerlas, más parecían resistirse. Solo las dejaba libres para dormir o ducharse y se esforzaba por no prestarle atención al color apagado o a los parches desplumados.

—¿Estás seguro de que no quieres sacarte eso? —preguntó Quetzal.

—Mamá —fue todo lo que dijo, con voz dura. No quería tener esa discusión otra vez, en especial frente a Huemac. Él al menos tuvo la decencia de distraerse aplicándole salvia en la quemadura del brazo.

—¿No duele? —quiso saber su madre mientras acariciaba con suavidad unas plumas que quedaban expuestas en la compresión.

—No —mintió Teo y se alejó de su alcance. La verdad era que sí dolía. Era como si tuviera otro par de brazos esposados en la espalda, pero eso no se comparaba con la disforia agobiante que sentía cada vez que las veía. Huemac le entregó una túnica roja sin mangas, que otro sacerdote le ayudó a ponerse. Obviamente, había anticipado que Teo se rehusaría a liberar sus alas, porque le colocó una capa sobre los

hombros, con las mismas plumas azules y verdes que el vestido de su madre. La pieza más importante del atuendo era el pectoral: un collar enorme de jade, con el glifo de Quetzal pintado en dorado en el centro, y adornado con cuentas más pequeñas de jade, turquesa y oro. El peso hizo que Teo se tambaleara mientras Huemac se lo colocaba. Por último, el sacerdote exhibió una corona de plumas radiantes de cola de quetzal.

—¡Vaya, Huemac, es hermosa! —dijo Quetzal con alegría y las manos en el pecho. El sacerdote solía ser muy reservado y enorgullecerse de su humildad, pero a Teo no se le escapó la pequeña elevación de sus labios ni el tinte rosado en sus mejillas.

—Gracias, Diosa —respondió al colocar la corona en la cabeza de Teo, solo que, apenas retrocedió, el adorno se deslizó hasta la frente del chico.

—Es un poco grande, ¿no crees? —comentó Teo mientras se la apartaba de los ojos.

—Si hubieras llegado a tiempo, la habría adaptado.

—¡Luces muy *apuesto*, Teo! —canturreó Quetzal, que revoloteaba alrededor de su hijo para hacer pequeños ajustes.

Al final, él se miró al espejo e intentó acomodarse el cabello castaño rizado. No lucía mal, solo que era… *demasiado*. Sin embargo, era un semidiós y los trajes ceremoniales iban con el título. No quería herir los sentimientos de su madre y, por mucho que disfrutara provocar a Huemac, sabía que eso era muy importante para ambos, así que sonrió y le dio una palmada en el hombro al sacerdote.

—Se ve genial —dijo.

Huemac respondió con una mínima inclinación de la cabeza, lo más cercano a una sonrisa que Teo recibía de su parte, así que lo tomó como una victoria.

—Se hace tarde, debo volver al Templo del Sol —anunció Quetzal, sin dejar de tocar las plumas de la capa de Teo.

—Partiremos enseguida y la veremos allí, Diosa —le aseguró el sacerdote.

—Gracias, Huemac —respondió ella con una sonrisa. Tomó a Teo por la barbilla y lo besó en la mejilla.

—Argh, mamá —protestó él y se limpió con el dorso de la mano.

—¡Los veré pronto! —saludó Quetzal y, en un parpadeo, se desvaneció.

—Esperen, ¿y mis cosas? —preguntó el chico cuando los sacerdotes se llevaban el perchero y el espejo.

—Ya cargamos todo por ti. El bote está listo —respondió Huemac en tono seco y siguió a los demás hacia las escaleras.

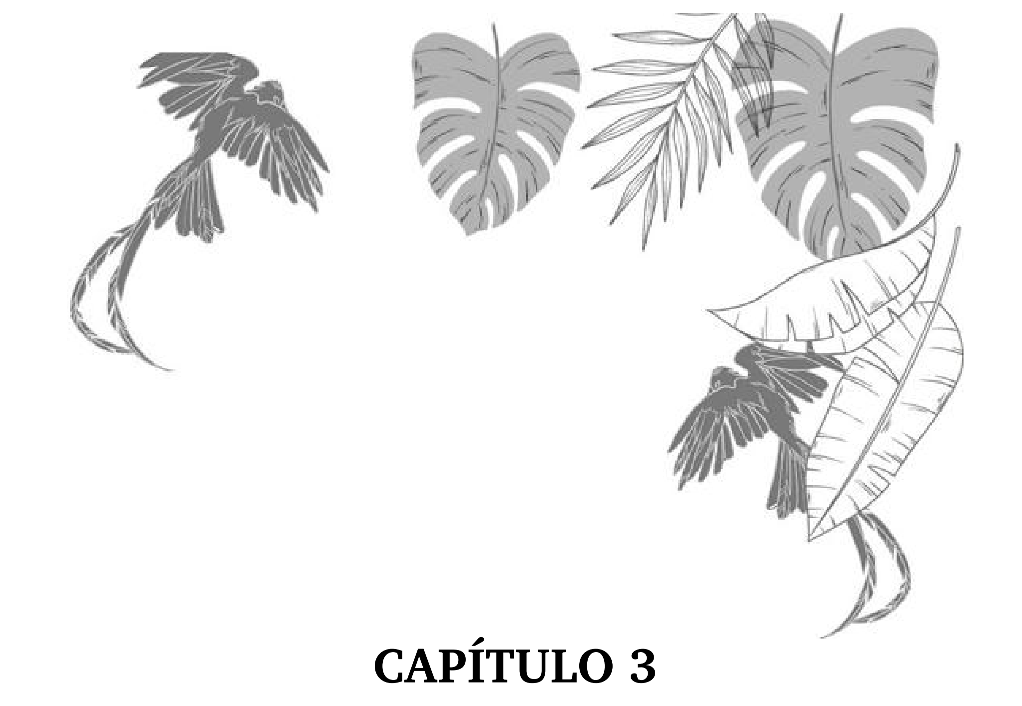
—¡No se olviden de mi mochila!

—¿Tarea? —El hombre levantó la mochila raída, evaluó el peso y miró a Teo de reojo. Él asintió con energía, por lo que la corona se le deslizó hasta las cejas.

—Muchísima tarea —afirmó y apartó las plumas de sus ojos.

—Las pruebas son el evento más importante al que asistirás jamás. No me causes problemas, chico —le advirtió Huemac con un suspiro.

—¿Yoooo? —Teo alargó la palabra y agitó las pestañas mirando al sacerdote. —¡Sería incapaz! —Huemac resopló exasperado y se dio la vuelta. —¿Es por lo que pasó el Día de los Muertos? ¡Eso fue un accidente y me disculpé con el Dios Maíz! —gritó el chico tras él. Como no obtuvo respuesta, lo persiguió escaleras abajo. —¡El cabello vuelve a crecer!



CAPÍTULO 3

Las ciudades de Reino del Sol estaban conectadas por miles de cursos de agua. Los ríos anchos permitían que los barcos de carga y de pasajeros transportaran bienes y personas entre las comunidades, mientras que los canales más pequeños servían de drenaje, irrigación y suministro de agua. Aunque existieran automóviles y transporte público, la única forma de llegar al Templo del Sol seguía siendo en bote.

El séquito de sacerdotes de Teo era pequeño y cabía en una sola trajinera, un bote de piso plano de unos seis metros de largo y uno ochenta de ancho. Era de madera y estaba pintado con diseños intrincados, con los colores vibrantes característicos de Quetzlan. Además, tenía un techo curvo que los protegería del sol intenso y de las tormentas ocasionales durante el viaje a través de los microclimas de Reino del Sol.

Desde la parte trasera de la embarcación, un sacerdote usaba un palo largo para empujarse contra el fondo de roca erosionada de los

canales. Dado que Quetzlan se encontraba en el extremo occidental del reino, el viaje por el Río Agua atravesaba otras ciudades Jade. A excepción de algunos vecinos de Quetzlan, Teo había conocido poco de Reino del Sol. Durante años, solo había podido echar vistazos alrededor durante las travesías hacia la isla de le Diose Sol.

Atravesaron Maízlan, con su tejido meticuloso de granjas y plantaciones. Su templo se elevaba a la distancia. Allí, enredaderas oscuras con tomates carmesí y pimientos de todas las formas y tamaños brillaban como joyas. Luego pasaron por Medicali, con sus edificios vidriados altos, en donde el templo de la Diosa Médica funcionaba como hospital escuela.

La única ciudad Dorada por la que pasaban era la exuberante Puerto Cascadas, en donde los canales anchos estaban llenos de barcos enormes y molinos de agua, que usaban como fuente de energía renovable. El templo de Diosa Agua (difícil de ver entre los rascacielos de cristal brillante) estaba hecho de roca pulida, cubierta de musgo, con cascadas que caían a ambos lados.

El río se abrió para revelar docenas de trajineras desplegadas frente a ellos dentro del lago descomunal en el corazón de Reino del Sol. Había multitudes reunidas sobre puentes blancos que colgaban de cables y lucían futuristas en comparación con los arcos de piedra que tenían en Quetzlan. Estallaron ovaciones con el paso de los hijos de cada uno de los dioses, que mermaron de forma significativa cuando fue el turno de la trajinera de Quetzlan.

El Templo del Sol se encontraba en una isla en medio del lago, rodeada por un anillo antinatural de montañas serradas que servían como muralla. Era el punto más alto en todo Reino del Sol, al menos tres veces más grande que el templo de Quetzlan, y estaba hecho de oro en su totalidad. La Piedra Solar se encontraba en el observatorio a cielo abierto de la cima y emitía un rayo de luz poderoso.

La marcha se hizo más lenta mientras las trajineras se agolpaban frente a una de las numerosas cascadas que bajaban por las montañas.

—¿Existe alguna posibilidad de que finja estar enfermo y me salte la ceremonia de apertura? —preguntó Teo. Se le revolvió el estómago por el pavor cuando las montañas aparecieron frente a ellos.

Huemac lo evaluó por un momento, suficiente para darle

esperanzas, pero dijo algo que Teo no hubiera imaginado:

—Niya estará bien, Teo. No tienes que preocuparte por ella. —El chico parpadeó con incredulidad. ¿Había aprendido a leer la mente?

Todos los semidioses Dorados tenían una especialidad derivada de los poderes de sus padres y la perfeccionaban entrenando en la Academia. Como hija del dios de la tierra, Niya podía manipular metal y roca solo con el pensamiento. Además, era increíblemente fuerte, incluso para ser una Dorada.

—No estoy preocupado por ella —mintió él e intentó recuperarse enseguida de la sorpresa.

—No puedes faltar a la ceremonia. —Huemac lo miró como si no le creyera, pero tuvo la decencia de no mencionarlo.

—Valía la pena intentarlo —bufó Teo y levantó la corona caída en su frente.

Al final, llegó su turno. A pesar de haber atravesado la barrera encantada hacia el Templo del Sol antes, aún se quedaba sin aliento. Justo antes de que el frente de la embarcación se empapara, la cortina de agua estruendosa se abrió de a poco, apenas lo suficiente para que pasaran. Cuando era niño, a Teo le gustaba gritar y oír el eco de su voz, pero no lo había vuelto a hacer desde que un incidente con un murciélago muy revoltoso había hecho que Huemac lo castigara por semanas.

Una vez que terminaron de pasar, la isla apareció a la vista. El Templo del Sol era antiguo y puro, nunca se había industrializado como el mundo exterior. Los muros de oro tenían tallados del sol, los planetas y varias constelaciones. Cuando llegó la hora de desembarcar, los sacerdotes, con sus túnicas blancas impolutas con el glifo de Sol bordado, subieron a bordo para ayudarlos a llevar el equipaje a sus aposentos para esa noche. Mientras avanzaron en fila por el camino principal, mezclándose con la multitud, Teo no dejaba de inclinar la cabeza en busca de Niya, y Huemac lo jalaba de la capa para devolverlo a la formación.

Más sacerdotes los recibieron cuando se acercaron al patio. Tras las puertas del templo, una escalera deslumbrante bajaba hacia el salón principal, que tenía una escultura de gran tamaño en el centro: un sol de oro gigante, con constelaciones talladas sobre la superficie

suave. Una multitud de semidioses y de sacerdotes estaban reunidos alrededor de las mesas elevadas, como un mar de túnicas y atuendos coloridos. Música, risas y aroma a comida flotaban en el aire. Mientras que todos se reunían para charlar, los hijos de Dios Mariachi hacían una presentación en la base de las escaleras. La mitad vestía trajes negros y sombreros de ala ancha del mismo color y zapateaba con fuerza haciendo percusión con sus botas. La otra mitad bailaba y sacudía las faldas de volados, como si fueran trombos coloridos. Pequeños rayos bailaban por el cabello y la barba grises de Dios Tormentoso cuando se reía de un comentario de Dios Mariachi.

Rodeado de Jades y de Dorados, Teo sentía que lo habían metido dentro de una caja. Los semidioses Jades vivían recluidos en sus propias ciudades y no se mezclaban mucho con los demás, así que, sin Niya, la verdad humillante de que Teo no tenía otros amigos allí quedaba en evidencia. Como resultado, tuvo que quedarse junto a Huemac.

Por el contrario, era como si los Dorados fueran parte de un club secreto, pues se movían en manadas. Niya le había contado que los semidioses de rango más alto eran como una camarilla y nunca se relacionaban con los estudiantes de rango más bajo. Incluso en ese momento, Teo vio a Xochi, hija de Primavera, y a Atzi, hija de Tormentoso, pasar riéndose con los brazos entrelazados. Todos parecían tener su propio círculo social y jerarquía, y Teo estaba fuera de todo. Bueno, casi.

De repente, el aroma a manzanas dulces, a incienso de copal y a almizcle penetró en su nariz. Era tan sutil que una persona cualquiera podría no haberlo notado, pero Teo había estado esperando sentirlo. Tras darse la vuelta, le tomó un momento encontrar a la figura vestida de negro que esperaba en las sombras.

—Fantasma —dijo con una sonrisa amplia. La diosa lucía como una jovencita, unos años menor que Teo; aunque la edad, claro, no significaba nada para un dios. A medida que se acercaba, la luz reflejaba destellos en las estrellas y soles bordados en su túnica y manto de encaje. Sus compañeras mariposas estaban posadas sobre las prendas como broches anaranjados. Otras descansaban en sus sienes y le sostenían el cabello oscuro y ondulado, así dejaban a la vista los

pimpollos de caléndula que colgaban de sus orejas. Era una diosa Dorada al servicio de la Diosa Muerte. El poder de Muerte solo era superado por el de Sol, eran dos caras de la misma moneda. El Dador y Tomador de Vida. Mientras que Muerte era el heraldo del fin, Fantasma era una cuidadora gentil de los muertos.

A medida que Teo se acercaba, la pequeña diosa levantó una mano como saludo y le ofreció una sonrisa dudosa.

—¡Tengo algo para ti! —anunció él y metió la mano en el bolsillo ajustado de su pantalón. Fantasma alzó las cejas y se acercó, entonces, Teo sacó un Chupa Chups de fresa. —¡Es tu preferido!

Una sonrisa iluminó el rostro de la diosa, que rosó la mano de Teo con sus dedos fríos al tomar la paleta y acunarla como si fuera una avecita. Sus ojos grises, como una roca después de la lluvia, devoraron el envoltorio rosa y blanco, y el chico sonrió. Aunque nunca podía hacerla reír, estaba orgulloso de todas las sonrisas que le había brindado.

Cuando Teo era pequeño, había encontrado a Fantasma sentada en la base de la escultura en el patio del Templo del Sol. Como había creído que parecía sola y que necesitaba un amigo, le había dado el Chupa Chups que tenía en el bolsillo. La diosa lo había mirado con cierta confusión, pero había aceptado la ofrenda. A cambio, una mano esquelética había emergido de la tierra entre ellos; hubiera sido aterradora de no haber sido porque, entre los dedos huesudos, tenía la caléndula más perfecta y vibrante que Teo hubiera visto jamás.

A partir de ese día, habían iniciado un ritual de intercambio de ofrendas. Teo siempre le daba Chupa Chups, mientras que los regalos de Fantasma eran más… sorpresivos. En ese momento, una mano esquelética brotó del suelo de roca y le ofreció un cráneo de ratón.

—¡Gracias! —dijo al tomar el cráneo diminuto y encontrarse en el dilema de dónde ponerlo.

—¡Ahí estás! —anunció la voz musical de Quetzal. Un segundo después, la diosa envolvió al chico en un abrazo como si no lo hubiera visto hacía pocas horas. —¡Y Fantasma! —agregó con una sonrisa cálida. Fantasma saludó con timidez, con la paleta aferrada en la mano libre.

Teo estaba por preguntarle a su madre si había visto a Niya,

cuando empezaron a zumbarle los oídos. También comenzó a picarle la palma de la mano izquierda, lo que solo podía significar una cosa…

—¡Teo y Quetzal, dos de mis personas favoritas! —anunció la voz resonante del Dios Mala Suerte.

Teo se mordió la lengua de inmediato y se metió la mano en el bolsillo para espantar la mala suerte, luego forzó una sonrisa. Sabía que era mejor no contradecir las supersticiones antiguas frente al dios. Tanto sacerdotes como semidioses se apartaron enseguida del camino del dios Jade, recitando plegarias por lo bajo. El dios era alto y delgado como un palo, usaba pantalones de vestir negros y una guayabera del mismo color, con franjas de ojos redondos de líneas púrpuras a cada lado. Tenía el cabello negro como el petróleo y siempre lo usaba engominado fuera de su rostro. A Teo le daba la impresión de que mostraba demasiados dientes al sonreír, pero que no lo reflejaba en los ojos. Sin embargo, lo más perturbador de su imagen eran los cordeles de dientes que usaba alrededor del cuello y de las muñecas.

—Siempre es bueno verlos. ¡Y qué alto te has vuelto! —bromeó con unos golpecitos en el hombro de Teo. —¡Deben estar alimentándote bien en Quetzlan! Y te pareces mucho a tu hermosa madre.

El chico se esforzó por sonreír, sin dejar de morderse la lengua. Mala Suerte era como un tío raro e irritante, pero él sabía que no podía arriesgarse a ofenderlo.

—¿Disfrutas de la noche? —preguntó Quetzal para salvar la conversación.

—Mucho. Es agradable pasar tiempo de calidad con los niños. —“Los niños” eran el grupo extenso de semidioses que lo seguía. Algunos eran mayores, Teo suponía que de unos treinta años, y el más pequeño era un bebé en brazos de una adolescente. Eran un grupo revoltoso de unas diez personas, pero se movían tanto que era difícil llevar la cuenta; siempre se reían, se empujaban y se molestaban unos a otros. A pesar de todo, Teo pudo reconocer a un niño, Xio, que estaba escondido detrás del padre y miraba alrededor con ansiedad. Sabía que Xio tenía trece años porque, hacía poco tiempo, había asistido a su ceremonia de confirmación de género. —Dani y Renata

ya pueden ser elegidos. Xio también —contó Mala Suerte. El chico parecía odiar ser el centro de atención, porque se movió con incomodidad mientras retorcía las manos, y el dios le apoyó una mano sobre la cabeza. A diferencia del cabello lacio y negro de sus hermanos, el de Xio era una mata de rizos que le caían en los ojos. —Mi pequeño revoltoso —agregó su padre con afecto.

—Hola —dijo Teo cuando dejó de sentir el picor y fue seguro hablar. Xio respondió con una risa apretada; estaba dando vueltas el glifo en forma de ojo de su padre que le colgaba del cuello en una gargantilla de dientes escalonados. Teo no quería saber de dónde habían salido.

—Supongo que los Jades estamos aquí como mera formalidad —comentó Mala Suerte mientras se rascaba la barba incipiente con las uñas pintadas de negro.

—No es necesariamente malo —respondió Quetzal con una sonrisa cansada.

—Me temo que tienes razón. —El dios exhibió otra sonrisa llena de dientes.

—Siento interrumpir —dijo alguien; todos giraron y vieron que era Verdad. —Estoy escribiendo un artículo sobre los mellizos Lumbre —explicó con un anotador y un bolígrafo listos. Tenía cabello corto, más largo por encima y siempre atravesado en la frente, y un tono de voz muy monótono, al que a Teo le resultaba difícil prestarle atención. —Teo, ¿podría hacerte algunas preguntas acerca del incendio en Quetzlan?

—Hubo un incendio y lo apagaron —respondió en un tono poco amistoso. No había nada de lo que tuviera menos deseos de hablar. Verdad usaba un traje de rayas finas que reflejaba a la perfección su sello de periodismo de investigación antihabladurías.

—Nunca había tenido oportunidad de entrevistar a un semidiós sobreviviente de un rescate —dijo mientras golpeteaba el bolígrafo. —Me encantaría escuchar cómo se sintió que te salvaran tus pares.

—No son mis pares.

—¿Por qué dices eso? —Verdad alzó la vista.

—Pregúntale a la Academia. —Teo tuvo que esforzarse sobremanera para mantener un tono parejo.

—Te dije que sería inútil. —Chisme se acercó, con los tacones altos resonando contra el suelo de piedra y con los fotógrafos siguiéndolo de cerca. Lo único que resultaba más alarmante que ser el foco de atención del chico era su sonrisa plástica, pintada de rojo. Él y Verdad eran los hijos adultos de la Diosa Comunión y, aunque ambos servían como periodistas principales de Reino del Sol, tenían abordajes muy diferentes de la tarea. Chisme era líder de la prensa amarillista, conocido por conseguir las primicias antes que nadie. Por otro lado, Verdad prefería noticias de alto impacto enfocadas en política y eventos actuales. El fogonazo de una cámara quemó los ojos de Teo, que se sobresaltó y alzó los brazos para protegerse. —No gastes fotografías en él —protestó Chisme antes de volver a concentrarse en el chico. —¿Qué tal si hablamos de algo más interesante? ¿Crees que tu amiga Niya tenga lo necesario para entrar a las pruebas?

—No le concedas ni una palabra a esa víbora —rugió Mala Suerte con una mueca de disgusto.

—Solo está molesto porque arruinamos su atuendo del verano pasado —comentó Teo con malicia.

—*Mi traje exclusivo con diseño de anaconda* —siseó Chisme. —Escucha, Chico Pájaro…

—Me llamo Teo —interrumpió él. —¿Y ya te olvidaste de cómo era ser un Jade de poca monta cercano a un potencial Portador del Sol? ¿O nadie ha querido acercarse a ti?

—Teo —advirtió su madre, sin aliento, pero él no pensaba disculparse.

—¡Así que estás de acuerdo! —Chisme le acercó una grabadora pequeña a la boca. —Teo, hijo de Quetzal, cree que su mejor amiga, Niya, hija de Tierra, es una posible Portadora del Sol.

Verdad puso los ojos en blanco para su hermano, cerró el anotador y se alegó dando zancadas, sin despedirse de nadie.

—¿En qué momento el periodismo se convirtió en acoso? —dijo Mala Suerte arrastrando las palabras, y Chisme sonrió con tranquilidad.

—Me acabo de dar cuenta de que, al menos, podemos conseguir una fotografía de todos los Jades marginados en una esquina oscura —les dijo a sus fotógrafos.

Quetzal logró mostrar una sonrisa paciente, aunque agotada, pero la pobre Fantasma se quedó helada por completo; con los ojos desorbitados, retrocedió en las sombras y desapareció.

—No lo recomendaría —dijo Mala Suerte y elevó una mano palma arriba como al pasar. —Sería una pena que todos los negativos del día quedara sobreexpuesto.

—Bien. —La sonrisa automática de Chisme se deformó. —Como sea, tenemos celebridades reales para entrevistar. —Giró sobre sus tacones y se alejó a paso firme, seguido por los fotógrafos.

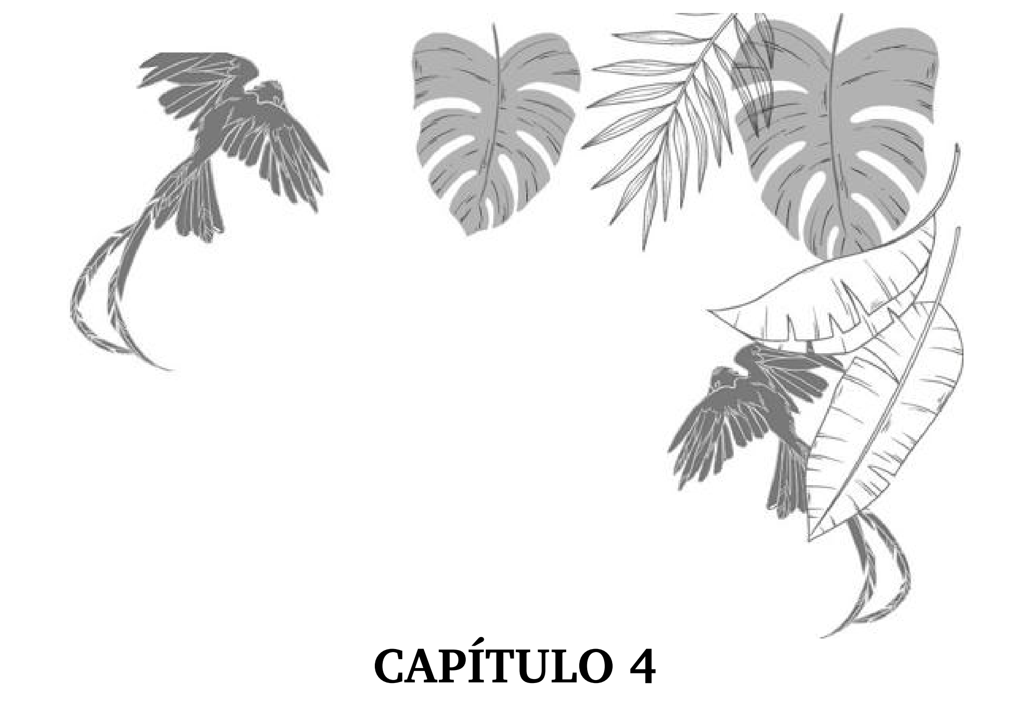
—Iré a saludar a algunos viejos amigos. Nos vemos en la ceremonia. —Quetzal se despidió de Teo con un ligero apretón en la mano.

—Bien —asintió él. Mientras veía cómo se alejaba su madre, escuchó un repiqueteo metálico, seguido por lo que pareció el estallido del lente de una cámara.

—¡Idiota! —rugió la voz enfurecida de Chisme entre los murmullos de la multitud.

Una risita profunda retumbó dentro del pecho de Mala Suerte. Cuando Teo lo miró, se encogió de hombros.

—Ups —dijo con una risa maliciosa, y Teo no pudo evitar imitarlo.



CAPÍTULO 4

—¡Teo! —dijo una voz familiar entre la multitud.

Huemac dio un paso largo hacia el costado y, en un segundo, Teo sintió que lo había arrollado un autobús. Soltó un grito ahogado cuando alguien lo levantó del suelo en un abrazo fuerte como el de una boa, tanto que hizo crujir las articulaciones de sus alas.

—Hola, Niya —saludó con una sonrisa débil.

Con más de un metro ochenta, la chica tenía que mirar hacia abajo para sonreírle con alegría a Teo. Además de alta, estaba llena de músculos, tenía hombros anchos y bíceps enormes. Su rostro tenía forma de corazón, con una barbilla prominente y cabello castaño oscuro, recogido en dos trenzas largas.

—¡Vaya, Teo, eres muy bajito! ¡Fue muy difícil encontrarte! —protestó al tiempo que sus ojos de color avellana, hojas de palmera y tierra mojada, bailaban entretenidos.

—¡No soy tan bajito! —bufó él. —Y creo que me rompiste las

costillas —agregó mientras se las presionaba con cuidado.

—¡Perdón! —Niya rio con fuerza y sin reparos. Era difícil que Teo siguiera molesto con alguien que lo recibía con tanta calidez y felicidad. Eso, y el hecho de que la chica no comprendía el espacio personal, hacían que se pareciera mucho a un cachorro. Claro, si dicho cachorro fuera grande como un buey y capaz de hacer pedazos a alguien sin esfuerzo. —Un momento… —Volvió a inclinarse sobre él, le olisqueó el cabello y se alejó de forma abrupta. —¡Apestas a humo! —dijo sacudiendo la mano frente a su nariz. —¿Qué rayos te pasó?

—En resumen: hubo un incendio en Quetlzan y me acerqué demasiado. —Teo intentó empujarla, pero ella apenas se inmutó.

—¡Ay, no! —reaccionó con dramatismo. —¿Los mellizos aparecieron? —Él asintió sin decir más, pues ella no necesitaba saber todos los detalles humillantes. —Eso lo explica todo, hueles igual que ellos —comentó con una sonrisa desdeñosa.

—¡No es verdad! —Teo intentó cubrirse el cabello con las manos.

—Bueno, ¡me alegra que no hayas quedado rostizado! —le dijo en el típico estilo de Niya. —¡Me gusta esto! —Cambió de tema a un ritmo vertiginoso y acarició las plumas en la capa de Teo.

—Siento como si me hubieran bañado en alquitrán y cubierto de plumas —se quejó el chico y acomodó la corona en su lugar. —El tuyo es… —Dudó mientras analizaba el atuendo de su amiga. Estaba descalza, como siempre, con una falda blanca cruzada y corta sobre los muslos descomunales. Del cinturón colgaban dijes de oro del tamaño de las manos de Teo, tallados con el mismo glifo que el pectoral de oro que tenía en el pecho. Dado que era hija del Dios Tierra, su glifo representaba tres montañas serradas con el sol asomando por detrás. Tenía argollas a juego en las orejas y brazaletes sobre los bíceps fuertes. —Dios, ¿cómo es que no estás congelándote? —preguntó él entre risas.

—Oye, mis músculos están en llamas, ¡estaría mal cubrirlos! —La chica ladeó la cadera y lanzó una de sus trenzas hacia atrás. —Ya es suficiente con tener que ponerme esto. —Señaló el top sin tirantes con el ceño fruncido. —No entiendo por qué mis hermanos pueden ir con el pecho al aire y yo no. ¡Tienen pechos más grandes que yo! —se quejó en voz alta y con los brazos levantados, con lo que llamó la

atención de un grupo de sacerdotes cercano. No tenía filtro entre lo que pensaba y lo que decía, solo expresaba lo que hubiera en su mente. —¡Huemac! —exclamó al ver al sacerdote que estaba junto a Teo. —¡Te extrañé! —Cuando extendió los brazos, el hombre se puso rígido.

—Niya —respondió. Se suponía que fuera un saludo, pero sonó como advertencia. Desde que Teo y Niya se hicieron amigos, Huemac había tomado el papel de guardián de ambos siempre que estaban en el Templo del Sol. Aunque, Niya tenía su propio séquito de sacerdotes, por supuesto, solo parecía obedecerle a él. —Iré a hacer mis rondas. Ustedes dos… —Los miró a ambos con sospechas. —Por el amor de Sol, compórtense.

—¿Sigue enojado por lo del Día de los Muertos? —le preguntó Niya a Teo, con los brazos caídos y haciendo un mohín mientras veía alejarse al sacerdote.

—Es probable. —Teo se encogió de hombros.

—Ven, comamos mientras me pones al día sobre la vida de Teo en Quetzlan. ¡Quiero saberlo todo! —anunció ella, lo tomó de la mano y lo arrastró hacia las mesas de comida. Teo no pudo evitar sonreír, pues era genial tener a su mejor amiga de vuelta.

Sobre las mesas largas, que ocupaban el extremo exterior del salón cavernoso, había pilas de tamales y arepas humeantes. Cuando se sumaron a la fila, Teo alcanzó a ver tortillas de maíz junto a bandejas de carne asada jugosa y carnitas picantes. Maíz, el dios de la cosecha, y Pan Dulce, la diosa azucarada del hogar, se habían superado a sí mismos. Para cuando fue el momento de buscar un asiento, Teo estaba esforzándose por mantener el equilibrio de la comida en el plato.

Los Dorados ocuparon las mesas más grandes alrededor de la escultura central, mientras que los Jades estaban apretados en las más pequeñas, más en las afueras. Teo no pudo evitar notar que la disposición del lugar era igual a cómo se ubicaban las ciudades en Reino del Sol. Por su parte, Niya no dudó en seguirlo a una mesa pequeña y desvencijada lejos del centro. De camino, pasaron junto a Marino, que estaba vestido con una túnica adornada con conchas color coral y rosado y cristales de mar pulido en todas las tonalidades de azul imaginables. Su madre, Diosa Agua, estaba junto a él; la piel

oscura brillaba como el océano bajo la luna llena y los ojos grises centellaban como conchas de abulón. Tenía el costado de la cabeza afeitado y el cabello azul suelto como una cascada sobre un hombro.

Teo le contó a Niya todo lo que había estado haciendo y no le había relatado en sus mensajes nocturnos. Su amiga vivía en la Academia desde los siete años, donde él no podía visitarla, y pasaba los días libres con su padre.

—A decir verdad, excepto por el incendio, Quetzlan ha estado bastante aburrido —confesó mientras bebía jugo de mango fresco. —A menos que cuente haber convencido a una bandada de flamencos para que se mudaran de la fuente frente al ayuntamiento.

—¡Suena divertido! —afirmó Niya, pero su entusiasmo desapareció al ver algo por sobre el hombro de Teo. —Ah, genial, aquí vienen los mellizos —resopló y le dio un mordisco rabioso al filete.

Los hombros de Teo se tensionaron cuando miró hacia atrás. Aurelio y Auristela bajaban las escaleras uno junto al otro, seguidos por su madre; tenían atuendos iguales: pantalones negros y túnicas sin mangas con llamas bordadas en dorado y rojo. Sus gargantillas pectorales estaban compuestas de carbones ardientes reales. Apenas aparecieron, todos comenzaron a chismorrear, pues, en el mundo de los semidioses, Aurelio y Auristela eran como de la realeza. La Diosa Lumbre era directora de la Academia y tenía un extenso linaje de semidioses, que no solo eran Héroes famosos, sino también Portadores del Sol.

La diosa observó a la multitud de semidioses y sacerdotes en silencio con sus ojos de fuego líquido. Cada centímetro de su expresión era adusto; Teo no la había visto sonreír jamás. Era intimidante, sin dudas, pero él la despreciaba tanto que no le quedaba lugar para temerle.

Aurelio y Auristela avanzaron entre la multitud saludando al pasar. Chisme y Verdad se abrieron paso hacia el frente, y los fotógrafos se pusieron en acción enseguida. Auristela sonreía y posaba como una celebridad en la alfombra roja, al tiempo que conversaba animada con Chisme. Aurelio, por su parte, permanecía junto a ella con aspecto estoico y, quizás, un poco incómodo ante las cámaras. Se acomodó el pectoral; tenía cadenas, que colgaban de los brazaletes de oro

característicos, delineaban la curva de sus bíceps, y se unían con argollas pequeñas en el pectoral dorado. Siempre había algo en él que hacía que Teo se preguntara si había sido favorecido por Sol; el brillo de su piel, el fuego intenso de sus ojos. Todos eran semidioses, pero era como si Aurelio hubiera sido tocado por el mismo sol, como si pudiera hacer que Teo se quemara desde adentro si lo miraba demasiado.

Alguien llamó al chico y, cuando miró alrededor, se detuvo en Teo. Fue una fracción de segundo, suficiente para que el rostro de Aurelio reflejara reconocimiento y para que el pecho de Teo ardiera antes de que apartara la vista. Como no había sido suficiente con que le salvara el trasero en el incendio, Teo también tendría que verlo pavonearse bañado en oro durante las pruebas. Cuando volvió a mirarlo, Aurelio ya había volteado y estaba conversando con su hermana, entonces él volvió a conversar con Niya, desesperado por cambiar de tema.

—¿Cómo va la Academia?

—Difícil. Han estado pateándonos el trasero de verdad —respondió la chica entre bocados de comida. —Aumentaron la intensidad del entrenamiento porque se acercaban las pruebas. Ejercitábamos *constantemente* —bufó casi desplomada sobre la mesa. —Nos convocaban durante la cena o en medio de la noche para practicar en diferentes escenarios de desastres y rescates. —Arrugó la frente e imitó el tono agudo y exigente de Lumbre. —¡Si quieren participar de las pruebas, tienen que entrenar más! ¡Moverse más rápido! ¡Hacerse más fuertes! ¡Solo elegirán a los mejores entre los mejores!

—Suena terrible, si me lo preguntas —respondió Teo. Puesto de ese modo, le resultaba más fácil dejar de sentir que estaba perdiéndose de algo.

—Lo es, pero… —Su amiga suspiró y le sonrió con inocencia. —Me encanta ayudar a las personas.

—Y competir —agregó él.

—¡Soy la cuarta de la clase! —Ella se enderezó con orgullo.

—Estoy feliz por ti, Niya. —Él forzó una sonrisa mientras ignoraba el nudo en su estómago. Aunque estaba orgulloso de que le fuera bien en la Academia, también le daba miedo. Al ser cuarta de la clase, parecía inevitable que la eligieran para las pruebas. La preocupación

se había convertido en una pesadilla recurrente para Teo y, con la ceremonia a pocas horas, no podía dejar de pensar que en que su peor temor se haría realidad. —¿*Quieres*… que te elijan para las pruebas? —preguntó con cautela.

—Sé que son otra oportunidad para que los Dorados alardeen, pero también son… —La chica se mordió el labio. —No sé, ¿importantes? Es un honor, ¿no?

—¿Arriesgar tu vida por esto? —insistió él señalando alrededor. Con "esto" se refería a la pomposidad y circunstancia de todo aquello, de los *Dorados.*

—No, no es por *esto* —negó Niya. —Sino por nuestra gente, para cuidar el sacrificio de Sol y para mantener a Reino del Sol a salvo. —Teo se mordió la lengua porque el peor escenario posible no dejaba sus pensamientos: su mejor amiga tendida sobre el altar al final de las pruebas, mientras que él no podía hacer más que observar. —Ah, mira, el trío de idiotas está completo —anunció ella, con lo que lo devolvió a la realidad.

Teo giró para mirar a le últime semidiose que entró al salón; le temible secuaz de los mellizos, Ocelo. A medida que bajaba las escaleras, sacudía los brazos supermusculosos adelante y atrás como si fuera un villano de caricaturas. Diose Guerrero iba detrás, con la cabeza de jaguar, ojos amarillos y rostro con cicatrices de batalla; para Teo era el más intimidante. Mientras que Aurelio y Auristela eran elitistas descarados, Ocelo era une narcisista detestable. Era más baje que Teo (un metro cincuenta, aproximadamente, poco para un semidiós), pero se movía como si midiera dos metros. Usaba una capa roja atada sobre el hombro izquierdo, enroscada en diagonal sobre el cuerpo para dejar a la vista el glifo de cabeza de jaguar. Siempre llevaba el cabello rapado y, para la ocasión especial, lo había teñido como la piel de un jaguar. Era le único semidiose cuyo físico podía llegar a desafiar al de Niya.

Un grupo de semidioses Jades conversaba bloqueándole el paso a Ocelo hacia donde Chisme y Verdad adulaban a los mellizos. En lugar de pedirles permiso o de rodearlos como una persona normal, Ocelo se abrió paso a empujones, apartando semidioses fuera de su camino. Teo apretó los dientes, ofuscado ante el hecho de que se saliera con la

suya con semejante falta de respeto, hasta que se le ocurrió una idea.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó a Niya por lo bajo.

—¡No! —susurró ella en respuesta. —Pero estoy para lo que sea.

Teo la arrastró con él, esquivando gente para escabullirse hasta el pie de las escaleras. Se agacharon detrás de una mesa vacía cuando Ocelo estaba por llegar abajo, entonces, Teo pellizcó el codo de Niya y señaló las hebillas doradas que adornaban las sandalias de cuero del objetivo.

—¿Quieres hacer que termine de bajar de un tropezón?

Una sonrisa traviesa se desplegó en los labios de Niya. Cuando cerró un puño, las piezas de oro se agitaron; luego jaló rápido, con lo que las hebillas, junto con los zapatos y los pies dentro de ellos, se sacudieron. Ocelo tropezó, salió disparade de cabeza por las escaleras y cayó como un montículo al pie de las escaleras, con la capa sobre el rostro.

La multitud jadeó asombrada, y los fotógrafos le rodearon y tomaron fotografías sin parar. Ocelo se sacudió hasta que se liberó de la capa y se puso de pie. Entonces, giró para buscar al culpable con los ojos amarillo verdosos en llamas. Teo y Niya se escondieron debajo de la mesa, desternillados de risa.

—¡Ay, por favor, no puedo respirar! ¿Viste su rostro? —dijo Niya, con los brazos sobre el estómago por las carcajadas.

—¡Fue increíble! —coincidió Teo mientras se secaba las lágrimas de los ojos. Había algo muy satisfactorio al ver que un idiota obtuviera su merecido. Alguien se aclaró la garganta sobre la mesa, y las risas de los amigos se apagaron al ver a Huemac parado sobre ellos, mirándolos con exasperación. Ambos se levantaron de un salto. —No es muy grácil para ser felino, ¿no, Huemac? —comentó el chico con seriedad y negó con la cabeza.

—Pudo haberse lastimado. —El sacerdote alzó una ceja frondosa.

—¡Pero no lo hizo, mira! —contradijo Niya señalando a Ocelo, que estaba alejándose, dando pisotones con el rostro enrojecido.

—Sí, solo se lastimó el ego —agregó Teo en un esfuerzo por contener la risa.

—Que probablemente haya sido la causa del tropiezo en primer

lugar —dijo la chica.

—Cabeza grande, mucho peso.

—Los actos tienen consecuencias más allá de las esperadas —reflexionó Huemac.

—Dile eso a Ocelo y todo su… —Teo señaló a le chique en general. —Su todo.

—*Ocelo* no es mi responsabilidad —replicó el sacerdote con sequedad. —Ni está obligade a seguir mis reglas. No creo que los padres de ninguno de ustedes estén felices por esto. —Niya se apenó de inmediato, pero Teo solo se sintió frustrado. Ocelo nunca tenía problemas por ser une idiota; no era justo. Por suerte, antes de que a Huemac se le ocurriera algún castigo, la multitud comenzó a moverse hacia la escalera. —Parece que es hora de la ceremonia —señaló al mirar alrededor.

—¡Al fin! —festejó Niya con una sonrisa de oreja a oreja mientras sacudía el brazo de su amigo con emoción.

A Teo se le revolvió el estómago. Permaneció junto a Niya al seguir a Huemac y al resto de los presentes en el largo ascenso hasta la cima del templo, en donde Diosa Luna esperaba en el altar de Sol.

—Acérquense, por favor. Daremos comienzo a la ceremonia —anunció Luna. La diosa tenía cabello ensortijado, negro y con mechones plateados, figura de reloj de arena y piel morena y brillante. Las arruguitas de sus ojos se acentuaban cuando le sonreía a los presentes. Su vestido de escote bajo era de color azul noche a la altura de los hombros, que se difuminaba hasta un plateado brillante sobre las sandalias, y estaba cubierto de puntadas plateadas diminutas que representaban las estrellas y constelaciones en el cielo nocturno. Los rayos de la gargantilla en forma de sol se extendían hasta sus hombros y clavículas, símbolo de que era la alta sacerdotisa del Templo del Sol. Como diosa de la luna, tenía el poder de reflejar la voz de Sol.

Niya se alejó para unirse a su padre, y Teo se acercó a su madre, que estaba parada junto a otros dioses Jades.

—Por aquí, Teo —indicó ella para llevarlo más adelante, pero, antes de que él pudiera seguirla, Mala Suerte lo interceptó.

—Buena suerte, Teo —dijo con una sonrisa y un apretón al brazo del chico. Luego se alejó con su descendencia detrás y Xio pegado a su

lado.

—Nunca sé si está molestándome o no —le comentó Teo a su madre cuando la alcanzó entre la multitud.

—Creo que es parte de su actuación. —Quetzal suspiró con un rastro de tristeza. —Si las personas te tratan como si fueras malo por mucho tiempo, supongo que comienzas a creerlo. Al menos creo que ese es el caso de Suerte, que lo exagera para divertirse. —Cuando se acomodaron, Teo estiró el cuello en busca de Niya, a quien vio rebotando al otro lado de la habitación, al borde de vibrar de la emoción. Tierra estaba detrás, flanqueado por sus hijos mayores, Monte y Mino, como centinelas. El dios usaba un traje negro, con su glifo bordado en dorado, y una corbata roja. Sobre la carne desprovista de piel, también llevaba guantes de cuero y una máscara de oro sencilla que le ensombrecía los ojos. —La última persona que debería preocuparte es Niya —aseguró Quetzal con una caricia a las alas cubiertas de Teo. —Estará bien.

—Lo sé —respondió él mientras veía cómo su mejor amiga saludaba a la familia. La chica le dijo algo a Monte, quien sonrió y movió los pectorales en respuesta. Niya le dio un golpe en el brazo, mientras que Mino echó la cabeza atrás con una risa intensa.

—Dioses y semidioses —llamó Luna, con lo que todos hicieron silencio de inmediato. Un sacerdote Sol más joven estaba junto a ella, interpretando el discurso en lenguaje de señas. —Diose Sol y yo les damos la bienvenida al Templo del Sol para celebrar el fin de una década y el inicio de otra. —Alzó las manos hacia la Piedra Solar, que giró en silencio y emitió un brillo dorado. Luego sonrió y unió las manos. —Es tiempo de darle gracias a Sol por la buena fortuna que nos ha brindado y de recordar todo lo que ha sacrificado para que podamos seguir con nuestras vidas. Cada diez años, debemos nutrir el poder del sol para que pueda seguir recorriendo el cielo y manteniendo nuestro mundo a salvo de los Obsidianos y de los monstruos que ha encerrado en su prisión celestial —explicó Luna. —Diez semidioses de entre trece y dieciocho años serán electos como los más dignos para competir en las Pruebas del Sol. El ganador de las pruebas será el elegido por Sol como su Portador de la década y se unirá a las filas de nuestros campeones pasados.

La diosa señaló una fila de semidioses, todos con coronas doradas con rayos de sol. Eran todos Dorados, por supuesto, y la mayoría tenía el glifo de Diosa Lumbre en el cuello. El rango etario iba desde Brilla, la más joven, de veintisiete años, hasta Arnau, hijo de Diose Guerrero, que tenía ciento cuarenta y ocho años.

—Nuestro Portador del Sol viajará por el Reino para alimentar las Piedras Solares en los templos de todas las ciudades. —Hizo una pausa suficiente para cubrir todo el observatorio a cielo abierto con la mirada. —Pero el mayor honor lo tendrá el semidiós que se convierta en sacrificio. —Teo se movía intranquilo junto a su madre. Había escuchado la historia lo suficiente como para saber lo que seguía, lo que lo había mantenido despierto las últimas semanas previas a las pruebas, lo que hacía que temiera que Niya fuera electa. —Será ofrecido a Sol y su cuerpo se fundirá con el elixir que alimentará las Piedras Solares. De ese modo, podrán seguir brindándonos seguridad y protección a todos nosotros durante los próximos diez años.

Luna se acercó y se paró junto al rectángulo cubierto de tela, que reveló con un movimiento ágil. La roca de sacrificio tenía grabados intrincados del sol y las constelaciones y estaba posado sobre una torre de cráneos dorados, que pertenecían a los semidioses que habían muerto en sacrificio para mantener las Piedras Solares encendidas. Después de fundir los cuerpos, Tierra reservaba los cráneos, los bañaba en oro y les tallaba los nombres en la frente con letras delgadas. Teo les echó un vistazo a los Portadores del Sol pasados: ninguno giró a mirar a los cráneos de los muertos.

—Al igual que honramos a Sol, le debemos nuestras vidas a los semidioses que se sacrificaron por nosotros y debemos recordar lo que nos dieron para que podamos vivir —continuó Luna. —Sin su sacrificio, Reino del Sol caería en una destrucción inevitable. —Teo apretó los puños e instó a sus rodillas a que no temblaran. Aunque el discurso sonara noble, no quería que su mejor amiga acabara en esa pila de cráneos. Alguien tenía que evitar el fin del mundo, pero no Niya. —Dioses, presenten a sus hijos para la elección de Sol —anunció Luna.

Mientras que todos alrededor comenzaron a moverse, Teo se quedó congelado.

—No te preocupes, Pajarito —le aseguró su madre. Las plumas suaves acariciaron las mejillas de Teo cuando le besó la frente. —Estarás bien.

Él sabía que tenía razón, pero no era su suerte la que le preocupaba. Avanzó de forma mecánica detrás de los demás semidioses para formar un círculo alrededor de la Piedra Solar que flotaba sobre ellos. Buscó a Niya con desesperación hasta encontrarla del otro lado. Ella le sonrió y le guiñó un ojo. Todo lo que Teo podía hacer en ese momento era quedarse petrificado en su lugar entre otros dos Jade; Cacto, hijo de la diosa del agave, y Juanita, hija del dios de las cosas perdidas. Las gotas de sudor le cosquilleaban en el entrecejo y corrían por su columna debajo de la compresión, al tiempo que se esforzaba por respirar con calma, por no desmayarse frente a todos.

El silencio se volvía pesado con la espera. De a poco, un zumbido fue llenando el lugar y la Piedra Solar comenzó a brillar con más intensidad y a palpitar al compás del corazón acelerado de Teo. Un destello de luz brilló a su izquierda, y una corona de sol apareció sobre la cabeza de Ocelo, que sonrió con malicia ante el honor de haber sido le primere elegide de Sol. Diose Guerrero exhibió los colmillos radiantes al sonreír con orgullo.

Con el siguiente haz de luz, apareció una corona sobre la cabeza de Marino. El semidiós soltó un suspiro y, aliviado, dejó caer los hombros. Tras el tercer destello, Auristela recibió su corona. La chica jadeó y casi salta de la emoción, pero recordó su lugar y volvió a pararse con los brazos quietos a los costados. De todas formas, Teo percibió la sonrisa contenida que le curvaba los labios. Junto a ella, Aurelio no se inmutó; siguió mirando la Piedra Solar inexpresivo, expectante. Por un momento, Teo se preguntó si estaría celoso de su hermana, hasta que hubo un nuevo destello de luz. Cuando apareció una corona brillante sobre la cabeza de Aurelio, él parpadeó aliviado, y Auristela le aferró la muñeca y se esforzó por contener la sonrisa.

Se desataron murmullos en la multitud, e incluso Teo se quedó boquiabierto por la sorpresa. Nunca habían elegido hermanos, mucho menos mellizos, para competir el mismo año, al menos no hasta dónde él sabía. Las expresiones confusas y sorprendidas confirmaron sus sospechas. Sin embargo, Diosa Lumbre no pareció sorprendida, por el

contrario, permaneció impasible, casi aburrida.

Al mirar a Aurelio, el estómago de Teo se revolvió con una sensación extraña que no podía definir. No se había permitido pensar en eso antes, pero allí estaba, imposible de ignorar: Aurelio competiría en las Pruebas del Sol. Teo negó con la cabeza para deshacerse de la idea, pues no era el momento para preocuparse por el destino del chico. Cuando se apartó la corona de plumas de los ojos, se percató de que le temblaban las manos.

Uno a uno, tres semidioses Dorados más fueron seleccionados. Cuando fue el turno de Atzi, semidiosa de la lluvia de trece años, se oyó un rugir de truenos de aprobación de su padre, Tormentoso. Luego fue el turno de la semidiosa Xochi, que estaba vestida con flores. Su madre, Primavera, abrazó a sus hermanas diosas con emoción. Las diosas de las estaciones, un grupo de tías muy unidas, adularon a Xochi sin parar. Dezi, hijo de Diosa Amor, fue seleccionado a continuación. Teo no sabía mucho sobre él, además de que tenía una belleza deslumbrante. Lucía el glifo de su madre (un corazón en su forma anatómica, en llamas) en el centro de la túnica.

Solo quedaban tres lugares.

Por un momento, Teo se permitió tener esperanzas de que Niya no estuviera entre esos tres y de que pudieran pasar los siguientes diez días juntos, viendo las pruebas y atracándose con dulces.

Niya no. Niya no. Niya no.

Pero esa esperanza duró poco. Con un haz de luz, una corona radiante en forma de sol apareció sobre la cabeza de Niya.

Mientras el corazón de Teo se comprimía, una sonrisa enorme iluminó el rostro de su amiga, que miró hacia atrás de inmediato y cuyos hermanos aplaudieron y vitorearon a pesar del silencio ceremonial. Por su parte, Tierra se aferró el glifo con las manos cubiertas por los guantes.

A Teo le ardió la garganta cuando intentó tragar saliva, pero no podía entrar en pánico mientras estaba de pie en una habitación llena de gente. Intentó recordarse que esa no era una sentencia de muerte segura. Se trataba de *Niya*, quien no perdía nunca, en especial en las pruebas. Estaría bien, lo único que tenía que hacer era superarlas sin quedar en último lugar. Solo tenía que…

Un haz de luz demasiado cercano arrancó a Teo de sus pensamientos.

El siguiente semidiós elegido estaba a dos personas de distancia hacia la izquierda, y era…

El impacto lo sacudió.

La gran corona sobre el cabello rizado de Xio lo hacía lucir demasiado pequeño en comparación con los Dorados.

Xio.

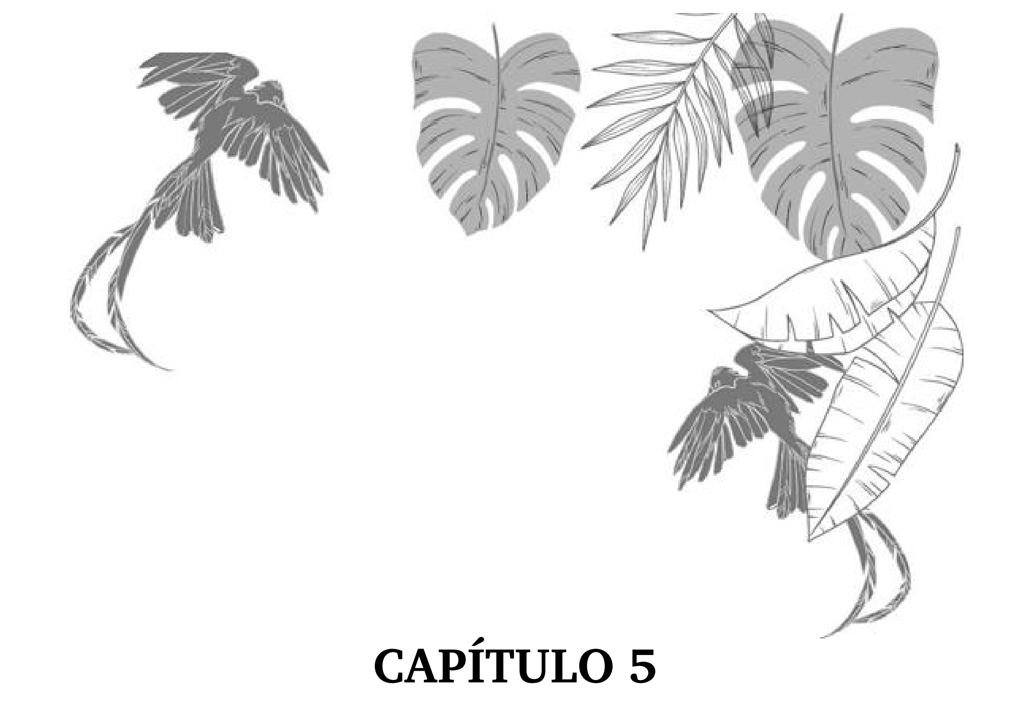
¿Xio? Pero él era un Jade.

El mundo pareció sacudirse debajo de los pies de Teo. Volteó a mirar a su madre, que parecía tan impactada como él con el ceño fruncido por la confusión.

Otro destello, demasiado cercano, brillante y desorientador.

El chico entornó los ojos. Desde el otro lado del círculo, Niya lo miraba alarmada. Por algún motivo, él buscó a Aurelio, que tenía los labios apenas separados y lo miraba con los ojos bien abiertos; la mayor muestra de emoción que Teo lo había visto expresar en años.

Sobre el bullicio que se extendía entre la multitud, oyó jadear a su madre, pero no supo por qué. Cuando volteó a mirarla, sintió un ligero cambio de peso en la cabeza. Quiso acomodarse la corona de plumas, pero al levantar la mano, sintió los rayos de una corona en forma de sol.



CAPÍTULO 5

Aunque los pies de Teo se movían, no sabía hacia dónde iba. Las luces de las cámaras lo cegaban, al tiempo que pasaban figuras difusas, murmurando y apartándose del camino mientras que alguien lo guiaba a través del observatorio y por la escalera principal. Tras él, puertas de madera rugieron al abrirse y al volver a cerrarse, y todos los sonidos, a excepción de su pulso estruendoso, quedaron silenciados.

—¿Teo? —El rostro de su madre se materializó frente a él. Estaba tomándolo de los hombros, más fuerte que nunca. —Teo —repitió con seriedad. Tenía arrugas profundas en el ceño suave, que su hijo no quería ver. Detrás de ella había un reloj astronómico, cuya sección principal señalaba la posición en el cielo del sol, de la luna y de los planetas (que estaban casi alineados en ese momento). Un dial calendario con medallones en representación de los meses se encontraba rodeado por otro, en el que figuraban los glifos de los dioses. Desde el interior del reloj surgía el tictac profundo y resonante.

—Tienes que respirar hondo, Pajarito.

Tic-tac. Tic-tac. El peso avasallante de la realidad cayó sobre él.

—¡Esperen, no! —Se sacudió para liberarse de su madre. De repente, era muy consciente del corazón que palpitaba con fuerza en su pecho. —Yo no… ¡Es imposible! ¡No puedo competir en las pruebas! —Mientras hablaba, una risa quedaba ahogada en su garganta. Eso no podía ser real. Debía estar delirando por fiebre alta, o tal vez fuera alguna broma enfermiza. Un calor abrazador le quemaba la garganta. Los pulmones batallaban con la faja, pero los comprimía como el puño de un gigante.

—Concéntrate en respirar, Teo —aconsejó Quetzal con una tranquilidad irritante en la voz mientras se acercaba despacio.

—¡No puedo, no es posible! —Negó con la cabeza con desesperación, con lo que la corona de plumas se deslizó por su frente y la de oro se inclinó hacia un costado. Se arrancó la corona de sol de la cabeza y la arrojó al otro lado de la habitación. El metal resonó contra la roca al deslizarse por el suelo y chocar con la base del reloj. En un parpadeo, desapareció, y el peso volvió a caer sobre la cabeza de Teo. Se la arrancó de la cabeza otra vez y la sostuvo frente a él. El dorado tenía un brillo soso, y los rayos, fríos y puntiagudos, se le clavaban en los dedos. La mente le daba vueltas, y la habitación giraba un poco a su alrededor. —¡No quiero esto! —insistió mirando a su madre en busca de ayuda.

Ella tan solo lo miró, con las manos delicadas sobre la boca y los ojos negros llorosos. Detrás, la puerta volvió a abrirse con un rugido. Luna entró, pero, en lugar de actuar enfurecida o confundida, se limitó a mirar a Teo en silencio y sin moverse. ¿Cómo podía estar tranquila cuando el mundo estaba por acabarse?

—¡Tiene que haber un error! —exclamó Teo, desesperado por obtener alguna clase de reacción. —¡Soy un simple Jade! —Otra risa descontrolada lo atravesó. —¡No puedo competir en las Pruebas del Sol!

—Sol te escogió —afirmó la diosa en tono pausado. En sus ojos oscuros brillaban destellos plateados, como estrellas. —Debes competir.

—¿Cómo se supone que me enfrente a los Dorados? ¡No soy un

Héroe! Ellos han entrenado para esto durante todas sus vidas, mientras que yo… ¡Ni siquiera puedo ir a la misma escuela! —gritó con la corona de rayos en las manos temblorosas. —¡No quiero ser Portador del Sol!

No deseaba eso si alguien tenía que morir.

La expresión de Luna permaneció tranquila, pero Quetzal se sobresaltó, así que Teo giró a mirarla.

—¡Dile, mamá! —Su madre apretó los labios entre los dientes por un momento, y él percibió cómo tragaba saliva antes de responder despacio y con cautela.

—Sé que tienes miedo, Teo…

El chico esperaba que le dijera que todo estaría bien, que era un gran error, que podrían irse a casa y que él estaría a salvo. Sin embargo, permaneció allí parado, expectante, sin recibir palabras de aliento. Su madre solo podía mirarlo, pues se había quedado sin palabras por completo. Un escalofrío bajó por la columna de Teo. ¿Por qué no le decía que iba a estar bien?

En medio del silencio pesado, seguía resonando el reloj.

Tic-tac. Tic-tac.

—¿Mamá? —preguntó casi como un graznido antes de que volviera a abrirse la puerta.

Un zumbido agudo hizo que los tres se taparan los oídos con las manos.

—¡LUNA! —bramó Mala Suerte. Emanaba una energía oscura que se agitaba como humo a su alrededor. Mientras que Teo se acercaba a su madre a los tumbos, Luna se enderezó y, aunque se estremeció un poco, no retrocedió cuando el dios se abalanzó hacia ella. —*¡Dile a Sol que no puede tener a Xio para sus juegos!*

La voz de Mala Suerte, un sonido estruendoso y temible, resonó a través de cada hueso del cuerpo de Teo. El dios se cernió sobre Luna, pero ella no se echó atrás.

—Sol lo eligió para competir en las pruebas —afirmó en tono firme y sin vacilación.

—*¡Sol se equivoca!* —Un gruñido desagradable resonó desde la boca de Mala Suerte, con el que reveló dientes afilados.

—*¡Suerte!* —advirtió Quetzal.

El zumbido ensordecedor creció con la rabia del dios. Teo se mordió la lengua y resistió la necesidad de rascarse la palma de la mano izquierda; entonces, notó a Xio, que estaba detrás de su padre y se veía muy pequeño en comparación. Estaba tapándose las orejas y mirando al dios con los ojos entornados. La corona de sol seguía posada sobre sus rizos.

—Sol no se equivoca —afirmó Luna con el mentón en alto. —Y no comete errores. Xio fue elegido por una razón.

El blanco de los ojos de Mala Suerte se inyectó de sangre mientras que temblaba con violencia. Se abrió un tercer ojo en su frente, con la pupila de un azul impactante, y su cuerpo creció hasta imponerse sobre Luna. La habitación se sacudió y, por un momento, Teo temió que los hombros de Mala Suerte atravesaran el cielo.

—¡HARÉ PEDAZOS ESTA CIUDAD ANTES DE DEJAR QUE ME LO ARREBATEN! —La piel del dios brilló de color escarlata y bañó el lugar con una sombra roja.

Con un movimiento repentino, Quetzal aferró a Teo y lo envolvió con las alas, cubriéndole los ojos para que no viera al dios enardecido. El chico intentó que sus piernas no cedieran, pues había escuchado historias acerca de cómo, si un dios perdía los estribos, tan solo la intensidad de su furia podía destruir a cualquier ser inferior a un dios que estuviera cerca.

—Detente antes de hacer algo de lo que te arrepientas —advirtió Luna con seriedad.

—¡XIO ES MI HIJO! —rugió Mala Suerte.

Teo apretó los ojos cerrados, al tiempo que el zumbido le perforaba la cabeza. Quetzal lo abrazó más fuerte. La picazón era insoportable, como si tuviera hormigas bajo la piel.

—Papá, *basta*. —La voz ligera, de alguna manera, atravesó todo el ruido. El zumbido en los oídos de Teo mermó de a poco y, dudosa, su madre aflojó el abrazo. —Sabemos que no hay nada que puedas hacer. —Teo espió con cuidado por detrás del ala de su madre. Mala Suerte, que seguía siendo gigante y aterrador, miraba a su hijo desde arriba. —Quiero terminar con esto, no lo hagas más difícil de lo que es —dijo el pequeño con la cabeza baja y las mejillas sonrojadas. Mala Suerte estaba de espaldas, así que Teo no podía ver su expresión. —¿Por

favor? —suplicó Xio.

El zumbido en los oídos y el escozor en las manos de Teo desaparecieron.

Con un suspiro bajo y extenso, el dios se encogió hasta recuperar su tamaño habitual, con los hombros retraídos y los brazos colgando. Xio se le acercó, y él le colocó una mano en la nuca, debajo de la corona.

—Espera aquí —le dijo Quetzal a Teo.

El chico vio cómo su madre y la Diosa Luna les hablaban en susurros a Mala Suerte y a Xio. En comparación con la del niño, la situación de Teo no parecía tan funesta. Xio había cumplido trece hacía apenas unos meses, todavía no había pegado un estirón y aún tenía mejillas de bebé. Era solo un Jade y, para peor, hijo de Mala Suerte. Su fortuna sí que era pésima.

¿Sol de verdad era capaz de elegirlos solo para que perecieran en la competencia? Teo apartó la vista, pues esa idea le hizo un nudo en la garganta, y miró alrededor. Estaban debajo del observatorio. Frente al reloj, había un escritorio que, a juzgar por las cartas estelares y los instrumentos astronómicos, debía pertenecer a Luna. Tenía el mapa de Reino del Sol tallado en la superficie, en el que las diferentes ciudades estaban señaladas por los glifos de sus dioses, esculpidos en piezas de oro y de jade. En las paredes había murales de figuras sin rostro y de escenarios en colores brillantes, que Teo descubrió que contaban la historia del reino. Relataban la creación del mundo y la ruptura de la estrella de siete puntas. La guerra con los Obsidianos estaba ilustrada por figuras celestiales oscuras luchando contra dioses Dorados y Jades. El último mural exhibía al pueblo de Reino del Sol viviendo feliz bajo los rayos dorados del sol, pero fue la imagen previa la que atrajo a Teo, que se acercó para mirarla más de cerca. Los dioses estaban parados en círculo, con las Piedras Solares en las manos extendidas. Encontró a su madre de inmediato, con las alas azules y verdes. En el centro, Tierra estaba de rodillas, rodeado de fuego rojo y naranja, y Sol yacía sin vida en sus brazos. Tenía el cuerpo pintado de dorado metalizado, una daga en el pecho y torrentes de sangre arremolinados a su alrededor.

El reloj en la pared seguía su curso.

Tic-tac. Tic-tac.



Luna guio a Teo y a Xio dentro del Templo del Sol y dejaron a sus padres atrás. Quetzal le había dicho a Teo que los dioses no podían visitar a sus hijos durante las pruebas para evitar trampas, pero le había asegurado que estaría allí para presenciar todos los eventos. Cuando exhibieran la tabla de posiciones al final de cada prueba, podrían verse un instante, y luego habría un banquete para todas las familias antes de la última prueba.

Mientras Teo seguía a Luna por los corredores ostentosos, su mente no dejaba de dar vueltas, pensando en una forma de salir de ese embrollo. Si lograba escabullirse fuera del templo, luego tendría que robar un bote. Si llegaba tan lejos, tendría que atravesar las cascadas, que eran operadas por sacerdotes Sol. Y luego, si de alguna manera lograba atravesarlas, ¿qué haría? No podría volver a su hogar en Quetzlan, así que, en el mejor de los casos, sería un fugitivo por el resto de su vida y, en el peor… Bueno, no sabía cuál era el castigo por desertar, pero considerando lo que ocurría durante la ceremonia de cierre, no debía ser nada bueno.

Lo único que podía hacer era evitar que lo mataran.

Si podía mantenerse lejos de la posición final de la tabla, podría sobrevivir.

En el camino, miró a Xio de reojo: el chico seguía a la diosa de la luna en silencio y con la vista baja. Estaba inexpresivo, como si ya se hubiera rendido a su suerte, y Teo odiaba eso.

Oyeron conversaciones distantes antes de dar vuelta a una esquina y encontrar a los Dorados, estaban charlando en grupo. Niya era la excepción, ella estaba apartada en una esquina, caminando de un lado al otro. A medida que los dos se acercaban, las voces se silenciaron y todos voltearon.

En un sofá de terciopelo verde esmeralda, Atzi estaba trenzándole el cabello a Xochi, con Marino y Dezi apoyados en los apoyabrazos. Ocelo sonrió con suficiencia al mirar a Teo de arriba abajo, y Auristela negó con la cabeza con una mueca entretenida y le susurró a Ocelo. Y también estaba Aurelio, quien frunció el ceño al mirar a Teo de forma

casi calculadora, al tiempo que los carbones ardían alrededor de su cuello.

El rostro de Teo se acaloró.

—¡Amigo! ¿Qué demonios? —Niya lo empujó y lo sacudió.

—No tengo idea —respondió, esforzándose por mantener la voz baja.

—¡Esto es una locura!

—Lo sé…

—¡Nos divertiremos mucho juntos! —La chica lo envolvió en un abrazo que lo levantó en el aire. Una risa de sorpresa agitó la garganta de Teo. Solo Niya podía verle el lado positivo a su posible sentencia de muerte. —¡Siempre hablas de lo mucho que deseas ver otras ciudades! —exclamó al dejarlo devuelta en el suelo.

—Sí, pero no así —respondió por lo bajo. —Se suponía que estuviera en los palcos *viendo* las Pruebas del Sol, no que *compitiera* en ellas.

—Podremos pasar tiempo juntos, quedarnos despiertos conversando hasta tarde y jugando —parloteó Niya con alegría, pues no parecía comprenderlo. —¡Incluso podría enseñarte a pelear!

Él la miró perplejo. ¿Estaba hablando en serio? Una escena terrible se reprodujo en su mente: Niya, la Portadora del Sol, de pie sobre su cuerpo ofrecido en sacrificio. Por suerte, no tuvo que pensar qué responder porque Luna pidió atención.

—Competidores, felicidades por haber sido elegidos para las Pruebas del Sol —dijo. —Creo que todos hemos tenido un día largo, así que si me siguen, les mostraré el camino a sus habitaciones para esta noche —anunció, haciendo señas al caminar. —Por aquí.

Los Dorados la siguieron mientras murmuraban emocionados. Xio iba a una distancia prudente, y Teo y Niya los seguían al final.

—¿Por qué está haciendo señas? —preguntó él.

—Dezi es sordo —respondió ella encogiéndose de hombros. El chico era alto, de piel de un tono oscuro, intenso y cálido, y una mata de rizos esponjados. Objetivamente, era hermoso, pero no como un supermodelo esculpido. Tenía rasgos suaves, ojos amables y una sonrisa dulce que aflojaba las rodillas de quien la viera. Iba detrás de Luna, mirándole las manos con atención mientras ella los guiaba por

el corredor. —Es un *campeón* absoluto, todos sabíamos que lo elegirían —continuó Niya. —Es muy fuerte, superlisto, ¿y los poderes que obtuvo de su madre? —comentó con un silbido.

—¿Qué poderes? —curioseó él, pero los interrumpieron antes de que la chica pudiera responder.

—Se quedarán aquí esta noche, pero mañana, después del desayuno, abordaremos el barco que los llevará a la primera ciudad anfitriona —informó diosa Luna mientras avanzaban. —Este es el inicio de un viaje muy largo para todos ustedes, así que les aconsejo que duerman todo lo que puedan.

—¿Podemos ver el resto del templo? —preguntó Xochi con un rastro de esperanzas en la voz.

—No, no pueden —respondió Luna con una sonrisa. Luego se dirigió al resto del grupo—: Solo podrán ver a sus padres al inicio y al final de cada prueba, y la comunicación con cualquiera de sus sacerdotes se considerará un conflicto de intereses.

—Más bien, hacer trampa —dijo Marino y señaló a sus amigos.

—Sin embargo, habrá sacerdotes Sol disponibles las veinticuatro horas del día durante la competencia. Si necesitan algo, pueden pedírselo a ellos —continuó Luna. Un par de sacerdotes Sol estaban de pie a cada lado de la siguiente puerta y les sonrieron cuando pasaron. Teo no estaba seguro de si estaban allí para asistirlos o para vigilarlos.

Niya le dio un codazo leve en el brazo y señaló a Xio.

—¿Cómo lo está tomando? —susurró. El niño estaba a un costado y giraba un brazalete con nerviosismo en su muñeca.

—Mejor que su padre, supongo. —Teo se estremeció al verlo.

—Esta puerta lleva al comedor y a la cocina —siguió Luna. —Diosa Pan Dulce y Dios Maíz han tenido la amabilidad de ofrecer sus servicios para el trascurso de las pruebas. Les prepararán todas las comidas mientras viajemos y, si necesitan algo en el entretanto, pueden pedírselos.

—¿Qué pasó? —susurró Niya, y Teo le contó en voz baja cómo Mala Suerte había perdido la cabeza por completo. La chica frunció ceño. —Vaya.

—¿Qué?

—Me sorprende, eso es todo. —Ella se encogió de hombros. —

Mala Suerte siempre me pareció un poco… —Sacudió la cabeza.

—¿Distante?

—¿Eso implica que es engreído y que actúa como si nada le importara?

—Sí.

—Entonces, sí.

—La verdad es que no creo que Xio tenga a nadie más, ni siquiera afuera de las pruebas. Parece solitario —señaló Teo. Sentía el pecho oprimido al ver cómo Xio miraba alrededor y ponía distancia de Aurelio y de los demás. "Mi pequeño revoltoso", había dicho Mala Suerte. —Deberíamos intentar protegerlo —le sugirió a Niya.

—¿Tú crees? —La chica alzó las cejas.

—Sí, míralo, es un pequeño indefenso de trece años. Además, es un Jade. No nos entrenaron para toda esta basura. Es como si Sol nos hubiera elegido *solo* para que fuéramos sacrificios fáciles.

—No lo había pensado de ese modo… —Por primera vez, su amiga se mostró preocupada.

—Y los excluidos tienen que permanecer unidos, ¿no? —agregó el chico y le dio un golpecito con el codo.

Tras dar la vuelta a otra esquina, Luna les mostró sus dormitorios. Un corredor largo se extendía frente a ellos, flaqueado por puertas, que tenían el glifo de algún dios.

—Los sacerdotes ya trajeron sus pertenencias. Aquí los dejo, debo reunirme con los demás dioses. —Por alguna razón, la mirada de Luna se detuvo un momento sobre Teo. —Les aconsejo que se acuesten temprano y descansen bien. Mañana iniciaremos nuestro viaje.



La habitación de Teo era la última del corredor, justo frente a la de Xio. Pensó que debía decirle algo al Jade más joven, ofrecerle algún consejo, pero el niño fue a la habitación sin detenerse y cerró la puerta de un golpe.

En la suya, lo primero que Teo pensó fue si su contrabando había llegado o no, pero ese pensamiento pronto fue reemplazado por asombro ante lo enorme que era la habitación. Tenía su propio dormitorio en el Templo Quetzal, pero tenía la misma cama

desvencijada de una plaza y los muebles corrientes que había tenido desde que era un bebé. Pero ese lugar era tan *lujoso*. Para tratarse de un templo antiguo, no habían escatimado en la renovación. Había una ventana grande, con un cortinado que lucía costoso, muebles dorados y una puerta, que supuso que llevaba al baño. Cuando giró para inspeccionar la cama gigante, casi se le sale el corazón al ver a alguien parado al lado.

—¡Huemac! —jadeó con una mano en el pecho. —¡Casi me matas del susto!

—No puedo quedarme mucho tiempo —lo interrumpió el sacerdote con prisa. Atravesó la habitación tan rápido que Teo retrocedió y, con la postura rígida, fijó los ojos oscuros en el chico. Había conocido a Huemac durante toda su vida y nunca lo había visto romper ni una regla.

—¿Qué estás…? —El sacerdote le sujetó los hombros y presionó con fuerza.

—Muévete rápido cuando Xochi esté cerca. Mantente seco, de lo contrario Marino y Atzi podrían usar el agua en tu contra. —Hablaba demasiado rápido, y a Teo le costaba seguirlo. —*No* te acerques a Dezi durante la competencia. Puedes ser más listo que Ocelo; podrá tener fuerza bruta, pero no sabe nada de estrategias tácticas. Tú eres listo y rápido, úsalo a tu favor. Y, Teo… —El chico parpadeó al mirarlo porque no tenía palabras. Huemac le devolvió una mirada dura. —Mantente fuera del camino de Aurelio y Auristela.

Teo dio un salto cuando la puerta crujió. Niya estaba allí; ya se había cambiado el traje por una camiseta holgada y un par de pantalones cortos de lycra. Cuando los vio a ambos, se quedó helada.

—Debo irme —anunció Huemac, soltó al chico y se paró derecho. —Guardé tu bolso en el escaparate —agregó y le lanzó una mirada significativa antes de irse con cuidado.

La mirada de Niya se paseó entre el chico y el corredor vacío.

—Pensé que no teníamos permitido hablar con nuestros sacerdotes —dijo con el rostro arrugado por la confusión.

—No lo tenemos permitido —repitió Teo mientras se frotaba el hombro donde Huemac lo había presionado.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

—Aconsejándome, supongo —balbuceó. Era tan poco característico de Huemac hacer algo fuera de las normas que resultaba inquietante. ¿De verdad pensaba que Teo estaba en problemas tan grandes?. —Me dijo cómo lidiar con los Dorados durante las pruebas.

Con un jadeo asombrado, Niya cerró la puerta

—¿Estaba haciendo *trampa*? —dijo por lo bajo. —¡Estoy impresionada! ¿Qué dijo sobre mí?

—Nada. —Ella bufó, y él puso los ojos en blanco. —¿A qué venías?

—¡Ah! —reaccionó su amiga como si acabara de recordarlo. —Vine a ver si querías arrasar con la cocina.

—Cuenta conmigo. —Una sonrisa divertida curvó los labios del chico. En medio del caos, al menos podía contar con el apetito insaciable de Niya. Se sacó la corona de plumas y la de rayos y las arrojó sobre la cama. En esa ocasión, la dorada se quedó en su lugar. —Creo que deberíamos invitar a Xio.

—¡Ah, tendremos nuestra propia pandilla de inadaptados! —Ella sonrió, apoyada contra la puerta cerrada, con los brazos cruzados sobre el pecho.

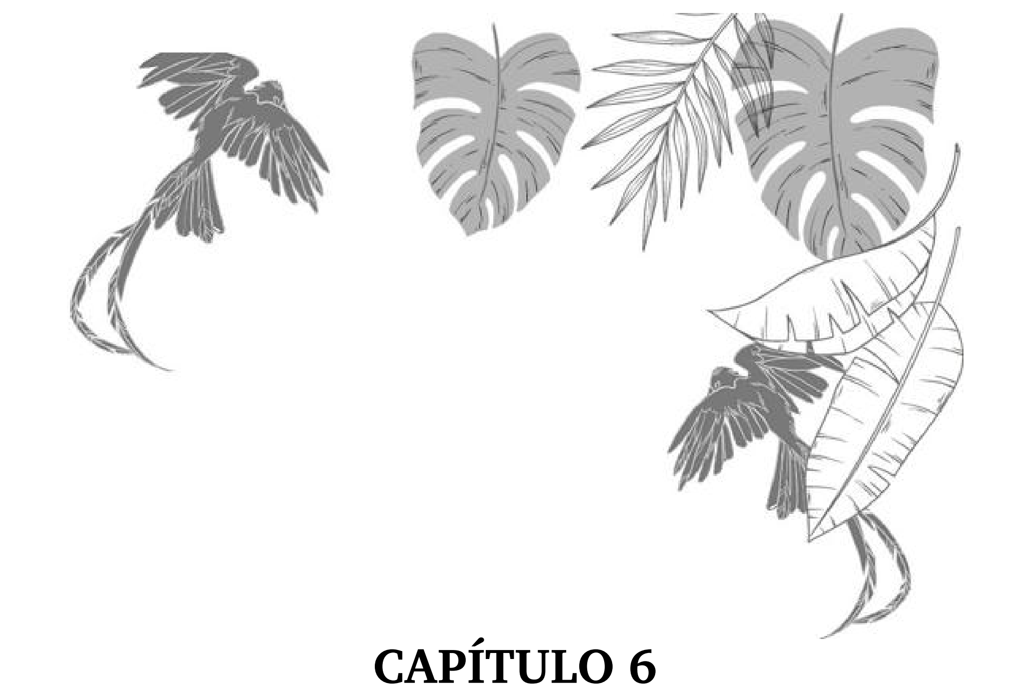
Teo se sacó la capa pesada de plumas, pero luego dudó mirando alrededor.

—Eh… ¿Dónde está el escaparate?

—¿Qué es eso?

—Esperaba que tú lo supieras.

Ambos se miraron y se echaron a reír. Se sintió bien y liberó parte de la tensión que sentía en los hombros. Si tenía que enfrentarse a las pruebas, al menos tenía a Niya con él, al menos no estaba solo.



CAPÍTULO 6

Teo se cambió el traje por un pantalón de jersey cómodo y una camiseta.

—Intenta no espantarlo, ¿sí? —le dijo a Niya mientras cruzaban el pasillo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con el ceño fruncido frente a la puerta de Xio.

—Que está nervioso y tú puedes ser un poco… tú sabes —comentó señalando el más de metro ochenta y la estructura robusta de su amiga. Pero, al parecer, ella *no* lo entendió, pues solo inclinó la cabeza hacia un costado. —Fuerte —le aclaró con una risita.

—¿Qué hay de malo en ser fuerte? —exigió ella con las manos en las caderas.

—Y atemorizante —agregó él.

—¡No soy atemorizante! —rugió Niya, a lo que Teo respondió con una ceja en alto, y ella frunció el ceño. —Cierra la boca. ¡Soy

amigable y para nada aterradora!

Luego, antes de que él pudiera detenerla, golpeó la puerta con el puño. Por desgracia, no estaba del todo cerrada, así que se abrió de forma abrupta y chocó con la pared. Xio, que estaba sentado en la cama con la cabeza baja, por poco dio un salto y se escudó con las manos cuando su puerta casi queda destruida.

—*¡Dios!* —protestó Teo por lo bajo.

—¡Hola! —dijo la chica con una sonrisa radiante.

—¿Hola? —Xio los miró a ambos, alarmado.

—Ah, lo siento —respondió Teo, un poco avergonzado. —Íbamos a la cocina, ¿quieres venir? ¿Comiste?

—Eh… ¿Están seguros? —repuso el chico, sorprendido. La cama parecía gigante con él en medio o, quizás, era él quien parecía mucho más pequeño en comparación. —Las personas suelen evitarme —explicó y se encogió de hombros de mala gana. —Ya saben, porque traigo "mala suerte". —*Auch.* Pobre niño. Teo creía que su situación era mala al ser un Jade, pero ¿cómo sería ser un Jade y, además, hijo de Mala Suerte y que todos pensaran que tu presencia les daría mala fortuna? Xio se estiró para recoger el archivador y las cartas que estaban sobre la cama. —Creí que sería más fácil si me quedaba aquí…

—¿Qué es todo eso? —intervino Niya y se lanzó sobre la cama.

—Ah… no es nada… —El chico intentó cerrar el archivador abierto, pero fue demasiado lento. Niya lo tomó y revisó las páginas.

—¡Buena colección, chico!

—No es nada, en realidad —repitió él. Intentó ocultar las cartas demasiado tarde, Teo se dio cuenta de qué eran de inmediato: las cartas coleccionables de Héroes eran populares en la escuela y los coleccionistas las intercambiaban todo el tiempo. Había casi una docena sobre la cama y muchas más en el archivador; cada una tenía a un Héroe y sus estadísticas principales.

—Vaya —comentó Teo impresionado al recoger algunas. Había Héroes profesionales como la hermana mayor de Marino, Marea, y también Dorados que aún entrenaban en la Academia de los que Teo nunca había oído. —¿Las tienes *todas*?

—Casi —admitió Xio, retorciendo las manos, como si se estuviera

esforzando al máximo por no arrebatarles sus cosas.

—¿Dónde está la mía? ——exclamó Niya con un jadeo mientras daba vueltas las páginas de forma frenética.

—Es genial —afirmó Teo. El chico parpadeó y relajó los hombros.

—Pero hacen muchas reimpresiones y actualizaciones, así que es difícil mantenerse al día —explicó dudoso.

Teo tomó una carta al azar y, cuando la dio vuelta, se encontró con los ojos feroces de Aurelio mirándolo fijo. El Dorado estaba parado en medio de la carta, con los brazos cruzados sobre el pecho, la expresión dura y, quizás, un poco ofuscada. El glifo de fuego de diosa Lumbre en la esquina superior derecha indicaba quién era su dios progenitor, en caso de que las llamas doradas en todo el contorno no fueran suficiente evidencia. Teo nunca había coleccionado las cartas en realidad; le resultaba extraño sabiendo que su madre nunca tendría una, aún con todo lo que hacía por esa ciudad, y él tampoco. De todas formas, era fácil que una cayera en sus manos, pues eran regalos de cumpleaños comunes o premios en rifas escolares, así que él solía tener una pila pequeña; hasta el año anterior, cuando habían lanzado la primera carta de Aurelio y se había colado en un paquete de la bodega preferida de Teo. Esa misma tarde, le había dado la caja al pequeño Edgar de la casa vecina, al igual que todos los paquetes sin abrir que llegaron a sus manos a partir de entonces.

—Increíble, ahora tienen todo detallado; fortalezas, debilidades, habilidades especiales —murmuró mientras ojeaba algunas.

—¡Mira lo increíbles que lucen mis muslos en esta! —exclamó Niya mientras le restregaba el archivador en el rostro a su amigo para que pudiera ver la carta edición especial, en la que estaba partiendo una roca al medio de una patada.

—Eres una especie de friki de los Héroes, ¿eh? —Él se inclinó para esquivar a Niya y mirar a Xio con una sonrisa provocadora.

—Sí, eso creo —admitió el pequeño con las mejillas rojas.

—Esto será útil en las pruebas —comentó Teo. —Qué suerte que las trajiste. —Con esa información enciclopédica, quizás el chico no estuviera tan indefenso como él pensaba.

—¡Acabo de recordar que todavía tengo hambre! —anunció Niya. Le devolvió el archivador a Xio y se levantó de un salto.

—Deberías venir con nosotros —insistió su amigo mientras el más pequeño juntaba las cartas. —Los demás ya deben estar en la cama, y nosotros ya somos ovejas negras de todas formas.

—¡Es verdad! —coincidió ella en tono alegre. Teo casi estaba esperando que Xio los rechazara, pero luego mostró el mínimo rastro de una sonrisa.

—Bueno, está bien —accedió al apartarse el cabello del rostro.

Niya sonrió con orgullo y miró a Teo como diciendo "te lo dije"; él la ignoró.

Xio se esforzó por levantarse de la cama, al tiempo que la manta de felpa intentaba tragárselo. Tenía puesto un pantalón pijama a cuadros y una camiseta gris de mangas largas; ambas prendas le quedaban grandes, indicio de que las había heredado de algún hermano.

—¡Lindo brazalete! —señaló Niya. En la muñeca, Xio tenía un cordel con corales rojos, ojos de jade y cuentas de color azabache opaco, del que colgaba un dije negro brillante en la forma de un puño, con el nudillo del dedo índice más protuberante.

—Gracias —murmuró y se apresuró a cubrirlo con la manga.

—Es de azabache, ¿no? —preguntó Teo.

—Sí, es de mi padre —admitió el chico, sonrojado.

—Es genial —respondió él sin más, pues no quería cohibirlo. Solo había visto a bebés con brazaletes de azabache para la buena suerte, pero supuso que tenía sentido que Xio tuviera uno. Como hijo de Mala Suerte, ¿necesitaría buena fortuna? ¿O la mala suerte era parte de su vida? No parecía algo positivo al competir en las Pruebas del Sol. Además, lo más importante era que Xio debía extrañar a su padre y por eso necesitaba la distracción.

Teo esperaba encontrarse con una disposición similar a la de la cafetería de su escuela, con mesas redondas y suelo de linóleo, sin embargo, entraron a un salón comedor tan lujoso como el resto del templo. Había una mesa larga con sillas de respaldo alto, llena de tazones de fruta fresca. Sobre ella, colgaba un candelabro dorado y gigante en forma de sol.

—Asombroso —expresó Xio por lo bajo al analizar todo.

—Sí que lo es —coincidió Teo.

—¿Qué? —preguntó Niya al mirar alrededor.

—Este lugar es elegante al extremo —explicó su amigo.

—¿Sí?

Xio la miró con hosquedad, y Teo le dio un codazo.

—No todos venimos de ciudades Doradas —le recordó. —No es una idiota, lo juro —le aclaró al niño.

—No a propósito, al menos —agregó ella sin molestarse. Xio soltó una risita de sorpresa.

En ese momento, dos personas salieron de la cocina. O, mejor dicho, dos dioses, notó Teo. La diosa fue la primera en verlos, y su rostro se iluminó de inmediato.

—¡Hola!

—¡Dulce! —chilló Niya. Atravesó la habitación con Teo tras ella y con Xio a una distancia prudencial.

Diosa Pan Dulce, de sonrisa cálida y personalidad almibarada, era una de las personas favoritas de Teo. Era baja, de curvas suaves, y llevaba el cabello en trenzas espiraladas como novia de pan dulce a los costados de la cabeza. Su contraparte, Maíz, estaba menos emocionado de verlos.

—Que Sol me ayude —bufó y se detuvo de forma abrupta. Para ser el dios de la cosecha, a juzgar por su cuerpo larguirucho, no parecía que comiera demasiado. Tenía el rostro largo, la nariz ancha, la piel oscura como tierra fértil y ojos del color de las hojas de tabaco, que estaban fulminando a Teo y a Niya en ese momento.

Como Jades, Maíz y Pan Dulce no eran tan reverenciados como los mayores dioses Dorados, pero todos reconocían que eran la piedra fundamental de todo evento. Eran los mejores chefs en todo Reino del Sol y le ponían mucha dedicación a su arte, aunque Maíz se lo tomaba un poco más en serio.

—Me gusta el nuevo corte de pelo —comentó Teo. Antes del *incidente*, Maíz tenía trenzas africanas, largas hasta la mitad de la espalda, pero había cambiado por bucles brillantes. El dios lo miró con chispas en los ojos; aún le faltaba la ceja izquierda.

—¿Qué quieren?

—Ya llegaremos a eso —lo desestimó Teo. —Primero, ¿cómo han estado?

—Muy ocupados —bufó él.

—¿Necesitan algo? —inquirió Pan Dulce mientras se ataba un delantal a la cintura.

—Vinimos en busca de un bocadillo nocturno —respondió Niya, sentada en uno de los taburetes, dando vueltas de un lado al otro. —¿Podrían prepararnos chocolate caliente?

—¿Y pan, si tienen? —agregó Teo.

—¿Por favor? —suplicaron al unísono con sonrisas similares.

—¡Por supuesto! —asintió Dulce, animada.

—¡No! —sentenció Maíz y la detuvo.

—¡Pero necesitamos azúcar! —Teo se desplomó sobre la encimera de forma dramática. Dulce miró a Maíz, pero él no caería en eso.

—Si quieren ser Portadores del Sol, necesitan *proteínas* y *vegetales* —afirmó, pero le salió el tiro por la culata, pues Teo no tenía interés en ganar las pruebas, solo quería terminar con eso lo antes posible.

—¡Por favor, Dios Maíz! —suplicó Niya.

De reojo, Teo vio que Xio estaba sonriendo.

—¡No! ¡Ya acabé de cocinar por esta noche! —resopló Maíz, se secó las manos en un trapo de cocina y atravesó la habitación dando zancadas. —Si quieren un bocadillo, hay muchas frutas sobre la mesa. De todas formas, no deberían llenarse de comida. ¡Es malo irse a dormir con el estómago lleno! —Se detuvo en la puerta y giró. —Buenas noches. —Con eso, se marchó.

—Me disculpo con ustedes —dijo Dulce con una sonrisa pesarosa. —Ha tenido un día muy largo, pero tiene las mejores intenciones.

—Lo sabemos. —Niya se desplomó e hizo un mohín, Teo apoyó el mentón en una mano.

—Los sacerdotes de Quetzlan siempre me preparaban chocolate caliente cuando no podía dormir. Extrañamos un poco nuestras casas, eso es todo. —Se encogió de hombros y suspiró con dramatismo. Dulce frunció el ceño con preocupación y aplaudió.

—Todos extrañamos, ¿no es así? —preguntó y miró a Niya y a Xio de forma intencionada.

—Ah, sí, mucho —coincidió la chica y asintió con entusiasmo. Xio tardó un instante en captar la situación, pero también asintió. La pobre diosa los miró a los tres, perpleja, y su rostro pasó por una

variedad de expresiones, hasta que frunció los labios con la mirada en la dirección en la que Maíz se había marchado.

—Está bien, ¡un bocadillo *pequeño*! —murmuró antes de apresurarse a la cocina.

—Maíz es muy riguroso. Además, arruinamos un poco su cabello y todavía no lo supera. Es una larga historia —le explicó Niya a Xio.

—Dulce es mucho más suave —asintió Teo. Apenas había terminado de hablar, cuando Dulce reapareció con una bandeja enorme, en la que llevaba tres tazas de cerámica con chocolate caliente humeante (coronadas con crema batida y varillas de canela), y una montaña pequeña de pastelillos de todas las formas y tamaños.

—Guau. —Los ojos de Xio se desorbitaron cuando la diosa dejó la bandeja sobre la mesa.

—¡Gracias, Dulce! —canturreó Niya y la abrazó con fuerza.

—¡Vaya! —La diosa soltó una risita, y sus mejillas redondeadas se sonrojaron.

—¡Eres la mejor! —coincidió Teo. Tomó una taza y un puerquito de piloncillo de inmediato.

—No dejen que Maíz los atrape —advirtió Dulce mientras se sacaba el delantal después de que Niya la liberara. —¡Y, si lo hace, no consiguieron esto conmigo!

—¡No se lo diremos a nadie! —prometió Niya con la boca llena. Ya se había comido la mitad de una oreja.

—Gracias —dijo Xio en tono sumiso, con una sonrisa tímida y las manos en una taza de chocolate caliente.

Pan Dulce sonrió con alegría y les dio servilletas a todos antes de irse a dormir. Luego, los tres chicos se llevaron sus chocolates calientes y panecillos al área común. Teo dejó la bandeja en una mesa de café, y todos se desplomaron en sofás afelpados. El chocolate era increíble; espumoso, suave como terciopelo, y con la cantidad justa de especias. Los panecillos eran perfectos, como solo Dulce podía hacerlos, pero Teo tuvo que darse por vencido después de la segunda concha.

—Estoy en coma alimenticio —gruñó Xio, con migajas rosadas en las comisuras de los labios.

—Alguien tendrá que llevarme rodando a la primera prueba —

coincidió Teo.

—¡Son *débiles*! —dijo Niya. Le dio un mordisco enorme a un bigote, que luego bañó en chocolate y terminó de un bocado. Después de tragarlo, se dio un golpe en el pecho y soltó un eructo tan fuerte que Xio dio un salto, y los tres tuvieron un ataque de risa. Teo entró en ese estado curioso en el que estaba demasiado excitado como para sentir cansancio, sobrepasado por el exceso de azúcar.

De repente, se oyeron voces por el corredor.

—Esperen… Silencio —siseó Teo. —*¡Alguien viene!* —Se apresuró a esconder la bandeja semivacía debajo de la mesa, mientras que Niya y Xio se deslizaban en sus sofás. Los murmullos se hicieron más fuertes, hasta que por pudo distinguir quiénes eran.

—No deberían estar aquí —dijo Aurelio con voz baja y ofuscada. —Está mal… Son *Jades*.

Esas palabras fueron como un puñetazo para Teo.

—Al menos no tenemos que preocuparnos de que pierda uno de los nuestros —respondió la voz fuerte y clara de Auristela cuando pasaron junto a la puerta. —Sería terrible que el sacrificio fuera uno de nosotros.

Niya quiso levantarse, pero su amigo la detuvo con la mano y negó con la cabeza. A juzgar por la determinación en el rostro de la chica, estaba seguro de que lo ignoraría y saldría como estampida al corredor de todas formas; sin embargo, ella apretó los dientes y volvió a ocultarse, con los dedos enterrados en los apoyabrazos del sofá.

—Sí, será fácil mantenerlos en las últimas posiciones. ¡Solo debemos concentrarnos en ganar! —Esa fue la voz de Ocelo.

Xio hundió el mentón en el pecho.

—Eso no era lo que… —Comenzó a decir Aurelio, pero Teo ya había oído suficiente.

—No les prestes atención, Xio —le dijo al chico sobre las voces que se alejaban por el corredor. Él asintió, pero no levantó la vista y siguió jugando con el brazalete de su padre, por lo que Teo apretó los dientes. Justo cuando habían logrado sacar al niño de su coraza, los Dorados aparecían para arruinarlo.

—Debiste dejarme ir tras ellos —bufó Niya.

—¿Y dejar que supieran que nos afectan? Para nada. —Negó él con

los brazos cruzados. Ignoró el calor que se esparcía detrás de su nuca. —Les daremos su merecido después, te lo prometo —agregó mirando a Xio. Niya pareció satisfecha, mientras que el chico no lucía muy convencido. —Apesta. En televisión, siempre los retratan como los Héroes desinteresados que nos protegen a todos, los ciudadanos más débiles, pero es todo para las cámaras, ¿no? —comentó con rabia. —Sin ofender, Niya.

—En el caso de *ellos*, es verdad —coincidió ella. —No me molesté en conocer a los demás, pero Auristela y Ocelo son despiadados. ¿Y Aurelio? —Negó con la cabeza entre risas. —El chico tan solo se sienta en la clase como un robot, como si estuviera *programado*. Perdón —agregó al ver la expresión de Teo. —Sé que solían ser amigos.

—¿Eres amigo de Aurelio? —Xio al fin rompió el silencio.

—*Era* —enfatizó él mientras se enderezaba. —Fue hace mucho tiempo.

El niño frunció el ceño.

—¿Y qué ocurrió?

Teo no deseaba revivir una historia antigua en absoluto. Le había contado a Niya los detalles generales, y ella no lo había presionado por saber más. Pero si compadecerse iba a hacer que Xio se sintiera mejor…

—Fuimos amigos cuando éramos muy pequeños —comenzó mientras rompía una concha en pedacitos. —Aurelio y Auristela fueron criados por su padre mortal, en mayor parte. Nunca lo conocí, pero todos dicen que es un hombre muy agradable; lo opuesto a Diosa Lumbre. Es decir, ya la has visto, no es precisamente el estilo de *madre amorosa* —explicó. Los otros dos asintieron. —Yo era muy extrovertido, mientras que Aurelio era muy tímido. —La primera vez que lo había visto, el niño parecía muy pequeño rodeado de sacerdotes en túnicas negras. Ocelo y Auristela eran inseparables, pero él siempre estaba pegado a un sacerdote y miraba alrededor como si estuviera al borde de las lágrimas. —Cuando lo vi por primera vez en una ceremonia cualquiera… parecía necesitar un amigo. —Había pensado que Aurelio se sentía solo, algo que él entendía muy bien. Entonces, había decidido que ambos podían estar menos solos juntos. Al final, Aurelio se había desenvuelto un poco y, en cada ceremonia que

reunía a todos en Templo del Sol, eran inseparables. La mayor parte del tiempo era Quetzal quien los cuidaba, y jugaban a Las traes o a las escondidas debajo de sus extensas alas. —Aun cuando fuimos creciendo, él no hablaba mucho, excepto cuando se trataba de la Academia.

La escuela de entrenamiento de élite para Dorados estaba a cargo de Diosa Lumbre en su ciudad, San Fuego. Cuando no estaba gobernando con los otros dioses desde el Templo del Sol, estaba impartiendo lecciones allí. Aurelio siempre hablaba de iniciar las clases en la Academia, de que se convertiría en un Héroe hecho y derecho y de que por fin podría pasar tiempo con su madre. Durante un largo tiempo, Teo también había creído que iría a la Academia, en donde los dos correrían por el templo jugando a luchar contra monstruos y a rescatar civiles. Incluso había hecho cartas coleccionables artesanales para los dos. Hasta que su madre le había dicho que solo los Dorados iba a la Academia, no los Jades.

Aurelio había comenzado la Academia el año siguiente a las últimas Pruebas del Portador del Sol. A Teo se le había roto el corazón, pero su amigo le había prometido que le contaría *todo* al respecto. La primera vez que se habían visto después de eso había sido el Año Nuevo. Teo lo había visto al otro lado de la habitación, de pie junto a Auristela y a Ocelo, y había corrido hacia él, ansioso por escuchar todo acerca de la Academia. Sin embargo, en lugar de la cálida bienvenida de cada año, el chico había sido frío y distante. Teo había intentado haberle preguntas, pero él solo le había dado respuestas breves sin siquiera mirarlo. Había mantenido los ojos en el suelo, mientras que Lumbre había permanecido a su lado, vigilándolo.

—¿Qué pasa? —había querido preguntar Teo.

—¡Deja de molestarlo! —había interferido Auristela, jalando el brazo de su hermano.

—Los Dorados solo se juntan con otros Dorados —había resoplado Ocelo.

—Sí, nada de Jades —había reforzado ella.

Teo había intentado mirar a Aurelio a los ojos, pero el chico lo había esquivado. Recordaba la humillación que había sentido, el palpitar desanimado de su corazón al ver a Auristela y a Ocelo reírse,

mientras que Aurelio se rehusaba a mirarlo siquiera. Huemac lo había encontrado un tiempo después, llorando escondido debajo de la escultura del sol del patio. Pero omitió esa parte de la historia.

—Empezó las clases en la Academia y, desde entonces, no hemos tenido una conversación real —concluyó, esforzándose por ignorar el ardor en la garganta.

—¡Y luego hiciste una mejora al conocerme a mí! —afirmó Niya con una sonrisa radiante.

—Por supuesto. —Teo se rio aliviado.

—Llaman a Auristela, Aurelio y Ocelo el Trio Dorado porque son los estudiantes con mejores marcas en la Academia, pero no son más que un grupo de idiotas. Lo único que les importa es ser Portadores del Sol, pero solo uno de ellos puede ganar. Es probable que se coman vivos entre ellos durante las pruebas. Ya verán lo que les espera —agregó ella, complacida.

—Espero que tengas razón.

—En la escuela, había unas niñas que me molestaban mucho —confesó Xio de repente en voz baja.

—¿De verdad? —¿Quién tendría las agallas para meterse con un hijo de Mala Suerte?

—Solía tener el cabello muy largo, y se me acercaban para decir lo mucho que les gustaban mis rizos y lo *hermosos* que eran —explicó con expresión amarga. La sangre de Teo hirvió por la irritación, pues lo entendía muy bien. —Aún después de que me declaré trans y me corté el cabello, siguieron tocándolo y diciendo que era lindo. Yo lo odiaba. —Frunció el ceño y jaló uno de sus rizos sin pensarlo. —Un día, las tres se contagiaron piojos. Fue *tan grave* que tuvieron que afeitarse la cabeza.

—Santo *dios* —reaccionó Niya, con el puño en la boca para contener la risa.

—Mala suerte, supongo —comentó él y se encogió de hombros.

—Tuvieron su merecido —bufó Teo. —Me gusta mucho tu cabello. Siempre veo chicos que se hacen la permanente para verse así, pero ni se acercan.

—Te ves *muy* apuesto —asintió Niya con entusiasmo. Por primera vez esa noche, Xio sonrió.

Teo le devolvió la sonrisa. Era agradable conocer a alguien que hubiera pasado por lo mismo que él. Niya era su mejor amiga, pero como una chica cisgénero y Dorada, había muchas cosas de su vida y de sus experiencias que no comprendía. Pero Xio sí.

—¿Saben qué? Deberíamos hacer equipo —sugirió.

—¿Equipo? —repitió ella. Tenía los dedos dentro de la taza para recoger las últimas gotas de chocolate derretido.

—Sí, es decir, si esos tres nos tienen en la mira, ¿por qué no nos unimos para derrotarlos? Podríamos ser el Trio Jade. Bueno, Niya es Dorada, pero entienden la idea.

—Podemos ser el Trio Pateatraseros, ¡porque lo haremos! O el Trio Supertraseros, porque tenemos traseros geniales, o el mío lo es, al menos. ¿Cómo es el tuyo, Xio? —preguntó mientras le echaba un vistazo. —¿Tonificado? Podemos empezar un régimen de entrenamiento. —La mano del niño se quedó congelada a mitad de camino de otro pastelillo.

—Me importa un cuerno ser el Portador del Sol, lo único que quiero es terminar las pruebas en una sola pieza. Y somos más fuertes si trabajamos juntos, ¿no? —intervino Teo y luego miró a Xio. —Con todo lo que sabes sobre los Dorados, *seguro* que podemos superarlos. No tenemos que hacer esto solos, podemos demostrarles que somos más fuertes. —Él podía proteger a Xio, esa no tenía por qué ser una sentencia de muerte.

—No lo sé —dijo Xio con debilidad mientras se frotaba la nuca. —No quiero arrastrarlos conmigo…

—No lo harás —insistió Teo.

—Siempre odié a esos tontos de todas formas; están obsesionados con la jerarquía y el linaje —comentó Niya con los ojos en blanco. —Saben que el oro es el material más inútil, ¿no? —Agitó la muñeca y uno de los brazaletes dorados saltó hasta su mano. —Es demasiado suave y no sirve más que para lucir bien. —Luego cerró el puño, con lo que la pieza de oro quedó destrozada. —En realidad, el Jade era mucho más valioso en la antigüedad.

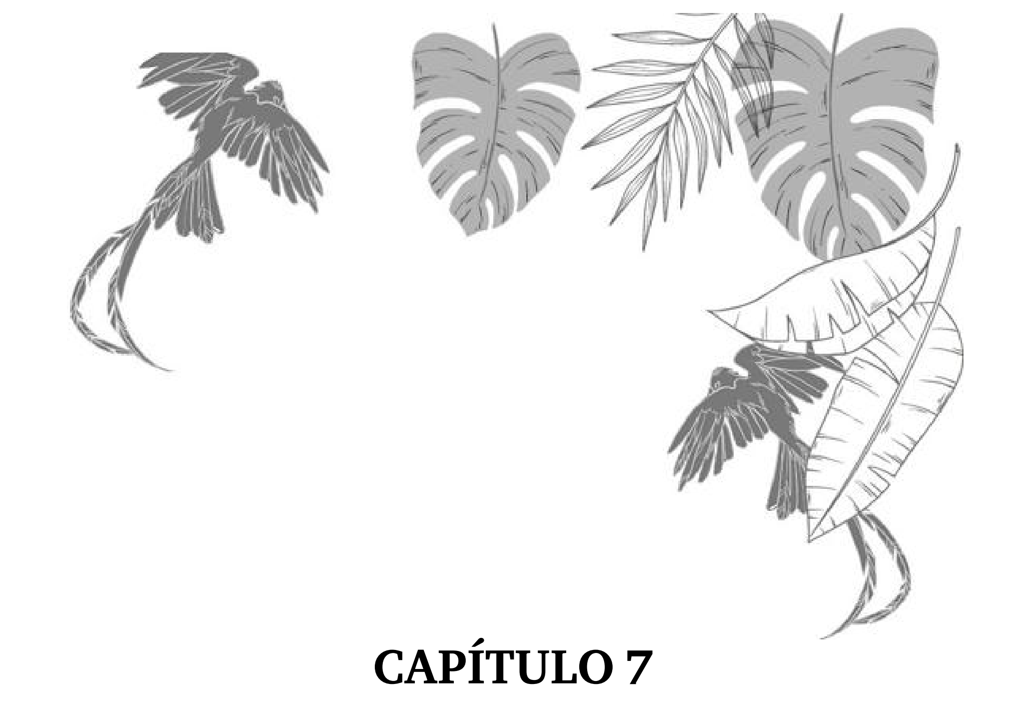
—Podemos cuidarnos y asegurarnos de que ninguno se convierta en el sacrificio. —Teo sonrió al tiempo que la adrenalina corría por sus venas. —Eso les servirá de lección. —Ya estaba embriagado por la

idea de ver las expresiones de Aurelio, Auristela y Ocelo cuando un Dorado quedara en último lugar. —¿Qué les parece?

—Cuenta conmigo —asintió su amiga, inclinada para frotarse las manos. Xio se mordió la mejilla durante un largo tiempo, pero por fin asintió, con los rizos rebotando sobre la frente.

—De acuerdo.

—Entonces seremos nosotros contra ellos. —Una repentina sensación de liviandad hizo que Teo estuviera extasiado. Desde ese momento, participar de las pruebas no se sentiría como una sentencia de muerte. Tenían una oportunidad de probar algo de verdad, no solo para los Dorados, sino para todos.



CAPÍTULO 7

Esa noche, Teo durmió pésimo. Había pensado que dormir en la cama elegante sería como estar en una nube, pero era demasiado suave, demasiado diferente. La habitación estaba muy silenciosa. Estaba acostumbrado al zumbido constante de las alas de Quetzal al entrar por su ventana cada noche, pero, allí, el silencio le perforaba los oídos.

En muy poco tiempo, un golpeteo suave a la puerta lo despertó del sueño ligero, y un sacerdote Sol asomó la cabeza para informarle que el desayuno estaba listo. Pasó un buen rato en la ducha para que el agua caliente relajara la tensión de sus alas y luego, con la vista empañada, se colocó la faja de compresión y salió al pasillo. Al llegar al comedor, encontró a Niya sentada a la mesa larga, recogiendo el último resto de yema de huevo de uno de los dos platos vacíos con un trozo de tortilla.

—¡Buenos días! —dijo y se levantó de un salto.

—¿Hay café? —preguntó él mientras recorría con los ojos

entornados el bufete que habían preparado Maíz y Pan Dulce.

—¡Litros! ¡Y Dulce nos consiguió un poco de azúcar para agregarle! —Niya se acercó a él a zancadas, se detuvo y lo miró de pies a cabeza. —Espera, ¿por qué no tienes tu equipo puesto?

—¿Qué equipo? —Teo se frotó los ojos con los puños y notó que su amiga ya estaba vestida. Tenía el cabello oscuro trenzado como de costumbre, pero el atuendo lo sorprendió. Era una especie de conjunto deportivo futurista de alta tecnología, de los que se veían en las revistas. Tenía *leggins* ajustadas y un sujetador deportivo de contención. Aunque la tela era negra, Teo distinguió una trama de panal de abeja en ella. Piezas de un material dorado y de red atravesaban los muslos y acentuaban el sujetador. Del lado izquierdo del pecho de Niya, tenía bordado el sol en hilo dorado y, dentro del sol, se encontraba el glifo de la montaña de su ciudad natal, La Cumbre. —¿Qué tienes puesto? —preguntó. De repente, estaba mucho más despierto.

—Son nuestros equipos de entrenamiento de la Academia. —La chica pasó de tener una expresión confusa y un poco entretenida, a mostrar pavor al caer en la cuenta de la situación.

¿Nuestros? Teo miró detrás de ella, en donde Xochi, Atzi, Marino y Dezi estaban sentados a la mesa, comiendo. Todos tenían prendas similares a las de Niya, con pequeñas variaciones. Mientras tanto, él estaba allí parado, en pijama.

Alguien se rio, entonces Teo se dio vuelta y vio llegar a Ocelo, a Aurelio y a Auristela. Ocelo tenía una sonrisa enorme y mezquina en el rostro; Auristela estaba riéndose detrás de la mano y le dio un codazo a su hermano, pero Aurelio no reaccionó. Se limitó a mirar a Teo de arriba abajo en silencio y con el ceño fruncido. El semidiose estaba en medio de los mellizos (la diferencia de estatura era cómica), con un uniforme de entrenamiento que le dejaba los brazos y piernas al descubierto. Los mellizos tenían los mismos equipos combinados que habían usado en el incendio en Quetzlan; *leggins*, pantalones cortos y camisetas sin magas que les dejaban el abdomen descubierto. Aurelio seguía teniendo los brazaletes dorados en los antebrazos y los guantes extraños en las manos. La tela delgada del uniforme se adhería a su pecho y muslos y resaltaba cada una de las curvas de su

cuerpo, por lo que dejaba muy poco librado a la imaginación. Era injusto que un idiota como él luciera *tan* ardiente en ropa deportiva.

—¿Dónde está tu ropa? —preguntó Aurelio de repente, con el maldito ceño fruncido otra vez. Teo estaba por preguntarle qué demonios quería decir con *eso*, cuando Ocelo soltó una risa desagradable.

—Sí, ¿de verdad vas a competir en pantalones de chándal?

Él apretó los puños, al tiempo que sentía que la vergüenza le palmeaba la nuca. Sin advertencia, Niya se lanzó hacia Ocelo, quien retrocedió impactade. Ella exhaló por la nariz y se cruzó de brazos.

—Sí, eso fue lo que pensé.

Fue el turno de Teo de reírse. Miró hacia atrás para ver a Aurelio, pero él tenía la mirada furiosa fija en la mesa, como si estuviera por hacerla arder. La expresión de sorpresa de Ocelo pronto se convirtió en un gruñido.

—¿Qué está pasando? —Diosa Luna había entrado desde la cocina y estaba mirándolos con los ojos oscuros. —¿Hay algún problema? —preguntó en tono parejo y tranquilo. Teo se enderezó y se aclaró la garganta, y los otros cuatro también se compusieron para lucir lo más inocentes posible.

—No, Diosa —respondió Ocelo con voz ronca, como si le provocara dolor físico no decir nada, pero todos sabían muy bien que era mejor no despertar la ira de Luna. Después de un instante de escrutinio, ella asintió.

—Ven conmigo, Teo. Tenemos tu uniforme esperándote —anunció y le hizo una señal para que la siguiera. —Xio acaba de terminar con los ajustes del suyo. —El chico la siguió con el mentón en alto de forma deliberada. La diosa lo guio hasta una habitación, en donde lo esperaba un grupo de sacerdotes Sol. En el centro había una plataforma circular, con un trío de espejos alrededor, y un perchero de ropa. —Te hemos hecho un uniforme como el que reciben los estudiantes de la Academia. No conocíamos tus preferencias y teníamos poco tiempo, así que hicimos lo que consideramos mejor —explicó Luna. Sacó una camiseta de la percha y se la entregó.

Teo tocó la tela de la camiseta de mangas cortas y miró la trama de panal en detalle bajo la luz. En lugar de los detalles dorados en el

atuendo de Niya, los suyos eran de color verde jade.

—Luce muy sofisticado —murmuró al notar el glifo de Quetzal bordado con hilo verde dentro del sol.

—Es la última tecnología en ropa de alto rendimiento —asintió Luna. —La tela repele la humedad y es resistente a desgarros. Soportará los daños aún mejor que tu piel de semidiós.

—¿Daños? —repitió él con una mirada nerviosa.

—Estás en las Pruebas del Sol. —La diosa sonrió paciente. Teo se esforzó por ignorar la piedra en su estómago. No quería pensar en qué situaciones podrían rasgar su ropa. Al palpar la espalda de la camiseta, descubrió dos aberturas verticales.

—¿Para qué es esto? —preguntó con los dedos en los agujeros.

—Cada uniforme tiene características especiales según los talentos de cada semidiós. Algunas son retardantes de llamas, otras son más elásticas —explicó Luna. —Eso es para tus alas.

—¿Mis alas? —Él negó con la cabeza, dispuesto a regresar la camiseta. —No las uso.

—Las necesitarás para las pruebas. —La diosa frunció el ceño.

—No, puedo arreglármelas sin ellas.

Luna le dedicó una mirada comparable con la expresión exasperada y de sufrimiento de Huemac, pero él no pensaba echarse atrás.

—No las uses, pero tendrás que usar el uniforme de todas formas —dijo, ignorando la mano extendida de Teo. —El material cede lo suficiente como para que entren debajo.

Él estaba tentado a replicar que necesitaría una camiseta nueva, pero no quería poner a prueba la paciencia de la diosa.

—De acuerdo —accedió, aunque con sequedad. Con un poco de ayuda de los sacerdotes, se cambió y logró meter las alas debajo de la camiseta, contenidas por la faja. Al final, se miró en los espejos y se sintió ridículo por completo. Las prendas eran tan *ajustadas* que se sentía expuesto. Le habían dado unos pantalones cortos, gracias a Sol, pero eran diminutos y, cada vez que intentaba estirarlos hacia las rodillas, volvían a brincar hasta la mitad de sus muslos.

De repente, la puerta se abrió, y entraron Chisme y Verdad.

—¿Qué sigue? —preguntó Chisme, con sus dos asistentes detrás.

Cuando vieron a Teo, apuntaron las cámaras enormes y comenzaron a tomar fotografías. Él alzó las manos y se retrajo por el impacto de los fogonazos en los ojos.

—¿Qué hace él aquí? —le exigió a Luna con el ceño fruncido. Lo último que quería en ese momento era tener público.

—Necesitamos imágenes promocionales de todos los competidores con sus uniformes —explicó la diosa.

—Acabamos de terminar con el raro de tu amiguito —comentó Chisme con una sonrisa. Ese día, se había cambiado el traje rojo por uno de un anaranjado espantoso, con lápiz labial a tono.

—Otro Jade —dijo Verdad mientras tomaba nota. Ella vestía un traje con pantalón muy cómodo. —Dos competidores Jades por primera vez. —Miró al chico a través de las gafas. —Me encantaría tener una declaración en primera persona de lo que eso podría significar.

—No quiero que me fotografíen. —Teo los ignoró a ambos.

—Adolescentes, siempre tan cohibidos —masculló Chisme.

—No estás acostumbrado a ser el centro de atención, ¿cierto? —agregó Verdad.

Para crédito de Luna, había que reconocer que, al menos, pareció compadecerse de la mirada suplicante de Teo. Sin embargo, no sirvió de nada.

—Es parte del trato —dijo.

—Bien —resopló él con la mirada en el techo. Volvió a la plataforma y le frunció el ceño a Chisme. —Quiero acabar con esto.

—El sentimiento es mutuo —aseguró el otro.

—A mí me encantaría sentarme contigo, Teo. —Verdad dio un paso al frente. —Tal vez podríamos…

—*No* —sentenció él. Permaneció allí parado mientras Chisme rugía órdenes y sus asistentes tomaban ráfagas de fotografías. No sabía qué hacer ni cómo pararse. Ni siquiera había podido descifrar dónde poner las manos cuando Chisme anunció que ya habían terminado.

—Creo que es lo mejor que podremos conseguir —afirmó al tiempo que revisaba las imágenes de la cámara. —Ya puedes volver a estar enojado con el mundo. —Lo despidió con la mano sin siquiera mirarlo.

—En serio, Teo —insistió Verdad, —si quieres…

Él salió dando zancadas, con esperanzas de no tener que ver esas fotografías jamás. Cuando volvió al comedor, la mayoría de los Dorados estaban sentados conversando en un extremo de la mesa y no se molestaron en levantar la vista. Aurelio lo observó mientras se sentaba junto a Niya, del otro lado de Xio, y él se esforzó por ignorarlo. El niño tenía un uniforme similar al suyo, solo que con una chaqueta liviana encima.

—¡Te ves genial! —Niya le sonrió cuando se desplomó en el asiento junto a ella.

—Me siento ridículo —protestó y jaló del cuello alto de la camiseta. —¿Cómo conseguiste una chaqueta?

—La pedí. Me sentía un poco desnudo sin ella. —Xio se encogió de hombros. Estaba comiendo un bastón de piña con Tajín.

—Mierda, ¿por qué no se me ocurrió? —bufó Teo.

—Te acostumbrarás. —Con una risotada, Niya le palmeó la espalda. —Ahora come, ¡tenemos traseros que patear!

—¿Estás nervioso? —le preguntó Xio en voz baja después de apartar su plato.

—Oye, estaremos bien. Solo tenemos que superarlo sin quedar en último lugar —aseguró él y le sacudió el brazo para darle ánimos. —Tienes tu brazalete, ¿no?

El chico asintió y se levantó la manga para mostrar que estaba seguro en su muñeca. Aurelio, que estaba a unos lugares de distancia, llegó a verlo.

—¿Por qué tienes un brazalete de azabache? —preguntó con más curiosidad que otra cosa. De todas formas, lo último que Teo quería era estar en la mira del Chico Dorado de las pruebas.

—Es para la buena suerte —repuso, pero el chico ni siquiera lo miró.

—¿Para qué necesitas un brazalete que te proteja de la mala suerte si eres el hijo de Mala Suerte?

—¿Qué? ¿Me tienes miedo? —replicó el niño con un tinte desafiante en la voz. Aurelio no dijo nada. Ambos se miraron un momento, hasta que él negó con la cabeza y apartó la vista.

Una risa de sorpresa brotó en el pecho de Teo.

—Vaya, sabía que me agradabas por una razón —comentó Niya con aprobación.

—Sí, creo que no tendremos que preocuparnos de que no puedas defenderte. —Teo le tocó el hombro, y Xio agachó la cabeza y sonrió.

—Espero que todos estén listos para viajar a nuestra primera ciudad anfitriona —anunció Luna al entrar al comedor. Los Dorados comenzaron a murmurar de inmediato; incluso Niya estaba sonriendo de oreja a oreja. Por su parte, Teo intentaba resistir la pesadez que sentía en el estómago. —El día siguiente a cada prueba, tendrán tiempo para recorrer la ciudad… —Con eso, sintió una oleada de emoción por primera vez. Por fin podría ver las otras ciudades. —Y el dios anfitrión nos ofrecerá un banquete de despedida esa noche, antes de que abordemos el bote para viajar a la ciudad siguiente. Ya han recogido sus pertenencias —continuó Luna con una señal para que se levantaran. —Así que, si me siguen, podremos comenzar nuestro viaje.

—¿A dónde iremos? —preguntó Atzi, que por poco vibraba en la punta de su asiento.

—La ciudad anfitriona para la primera prueba será La Cumbre.

—¡SÍ! —gritó Niya y lanzó un puño al aire.

Teo se relajó un poco. Aunque no estaba *relajado* en verdad, ir a la ciudad natal de Niya parecía menos aterrador que cualquier otra cosa. Mientras tanto, Auristela bufó y se cruzó de brazos.

—¡No es justo! —se quejó Ocelo, con el rostro arrugado por el enojo.

—Ah, cierra la boca —sentenció Niya.

—¡Su padre hará trampa para que sea más fácil para ella! —discutió Ocelo.

—Ya estás poniendo excusas para cuando quedes en último lugar, ¿eh? —replicó Teo. Ver a Ocelo gruñir enfadade era muy satisfactorio.

—Las ciudades anfitrionas fueron escogidas y planeadas por los dioses mucho antes de la selección de los participantes —explicó Luna. Ocelo abrió la boca, pero ella le dedicó una mirada adusta, así que volvió a cerrarla.

—¿Pueden darnos una pista acerca de la primera prueba? —preguntó Xochi, con voz dulce, y lo acentuó agitando las pestañas.

—¿Habrá lava? —agregó Atzi.

—¡Espero que no! —bromeó Marino.

—¿Eso no sería una ventaja injusta para Aurelio y Auristela? —le preguntó Xio a Teo, con el ceño fruncido por la preocupación. Antes de que él pudiera responder, Auristela lo interrumpió.

—Apestar, apesta —dijo con una sonrisa sarcástica desde el otro lado de la mesa, en voz baja para que Luna no llegara a escuchar.

Un tintineo hizo que Teo fijara la atención en Aurelio, que estaba repiqueteando los dedos de forma rítmica sobre uno de sus brazaletes dorados, con la mirada hacia las ventanas. Muy útil. Teo puso los ojos en blanco e ignoró a los mellizos.

—Estoy seguro de que todo estará bien —le aseguró a Xio, aunque él mismo no se lo creía del todo.

—No tendrán ninguna pista —dijo Luna sobre los murmullos emocionados. —Que Tierra sea el anfitrión y organizador de la prueba debería ser pista suficiente. Todos son inteligentes y capaces…

—Eso es discutible —refunfuñó Teo por lo bajo. Xio ocultó una sonrisa con la mano.

—Estoy segura de que ustedes mismos pueden imaginar algunos escenarios. Será un campo de juego justo para todos los competidores. —Luna los miró a uno por uno. —¿Entendido?

Teo se contuvo de resoplar con sarcasmo.

Campo de juego justo. Sí, claro. Lo único que podía hacer era esforzarse y cuidar a sus amigos. Solo tenía que concentrarse en eso. Y tal vez en fastidiar a algunos Dorados en el proceso.



Teo había visto cruceros en televisión y muchos botes computarizados en persona, pero el barco en el que viajarían a través de Reino del Sol estaba en otro nivel. Estaba entre un yate y un ferry, era angosto y alto y tenía tres niveles de ventanas gigantes. Era blanco, pero el casco estaba pintado con olas agitadas en tonalidades de maíz, cobalto y azul marino. Era una imagen familiar, pero Teo no logró identificarla hasta que vio las banderas en la proa y en la popa. La de la popa era blanca, con el glifo de Sol bordado en dorado; la de la proa tenía las olas de Diosa Agua. También había estandartes con los glifos de cada uno de los competidores. Entre los banderines dorados, el ojo verde

jade de Mala Suerte y el ave de Quetzal eran los únicos toques de color.

Los Dorados, Niya incluida, subieron a la rampa como si lo hicieran todo el tiempo. Solo Teo y Xio se quedaron atrás.

—Guau —susurró el niño, y Teo se alegró de no ser el único impresionado. —Esta cosa es más grande que toda mi escuela.

—Vaya, y yo creía que la Secundaria Quetzlan era la más pequeña en todo Reino del Sol —bromeó y le dio un golpecito. Cuando llegaron a bordo, sacerdotes Sol les entregaron copas de cristal delgadas con un líquido transparente y burbujeante dentro.

—Esto es demasiado sofisticado para mí —murmuró Xio antes de beber un sorbo, dudoso.

—¡Ser un Héroe tiene sus ventajas! —rio Niya.

—¡Salud! —Teo bebió un trago largo que le llenó la lengua de amargura y de burbujas cosquilleantes de inmediato. Tosió, se ahogó y despidió el líquido por la nariz. —¡Santo cielo! —Escupió y se restregó la nariz irritada, al tiempo que le lloraban los ojos. —¿Qué demonios es eso?

—¡Agua con gas! —respondió su amiga, y Xio tuvo un ataque de risa.

—¡Está *rancia*! ¿Por qué sabe así? —protestó y tosió. Un bufido arrogante le llamó la atención.

—Principiante —dijo Ocelo con una sonrisa malvada.

—Pobre —lo corrigió Auristela mientras se miraba las uñas.

Antes de que a Teo se le ocurriera una respuesta astuta, Aurelio le puso una servilleta frente al rostro.

—Tienes mocos en el mentón —dijo sin más. En consecuencia, todos se echaron a reír. Teo empujó la mano del chico y se secó el rostro rápido con la mano.

—Sí, ya está. *Gracias* —dijo con brusquedad y se dio la vuelta.

Xio al menos tuvo la delicadeza de taparse la boca, pero Niya soltó una carcajada, así que él se limpió la mano en su brazo. Ella solo se encogió de hombros.

—Tengo dos hermanos mayores, me han embarrado con cosas peores.

Luna los llevó a una habitación grande con muebles afelpados y

ventanas enormes. Todo era de madera pulida, bronce brillante y tapizados blancos. Allí los esperaban más sacerdotes Sol, junto con la tripulación en uniformes blancos e impecables. Teo reconoció de inmediato a la chica de cabello corto y ojos grises y penetrantes; era la hermana mayor de Marino, Marea.

—Este será su nuevo hogar durante las pruebas —dijo Luna, que se detuvo junto a la chica. —Estoy segura de que algunos conocen a nuestra capitana. —Con eso, Marino sonrió, y su hermana le guiñó un ojo. —Marea se ha tomado licencia de su tarea como líder de la flota de búsqueda y rescate para trasladarlos hacia las ciudades anfitrionas.

—Es un placer tenerlos a bordo —anunció la capitana con voz fuerte y clara. —Haremos un pequeño recorrido y zarparemos pronto.

—Este es el área común —explicó Luna señalando alrededor. La habitación estaba llena de sillas, sofás y libros. En la pared del fondo había un televisor, que en ese momento transmitía las noticias. Lo más extraño era que estaban mostrando imágenes del barco en el que estaban, tomadas desde la cubierta. De no haber sido por los vidrios oscuros, Teo podría haber saludado y visto su rostro en la pantalla. También había una mesa larga de madera, con sillas acojinadas, y un estante lleno de juegos como *El Gocho* y dominós. —Pueden pasar su tiempo entre las pruebas aquí y conocerse mejor —agregó Luna antes de llevarlos afuera otra vez.

—No lo creo —le comentó Teo a Niya por lo bajo.

—Esta es la cubierta principal —continuó Marea una vez afuera. —Como saben, nuestro primer destino es La Cumbre. Deberíamos llegar al caer la tarde.

La cubierta tenía un sofá semicircular blanco sobre el suelo de madera brillante que había que esquivar. Sobre la mesa de cristal que estaba en el centro ya había botellas de agua y de jugo en cubetas de hielo y bandejas de frutas. En ese momento, el barco se meció al alejarse del muelle. Cuando comenzaron a tomar velocidad, el grupo corrió hacia la proa para mirar hacia abajo. Niya se acercó al barandal, inclinó todo el tronco hacia adelante, levantó los brazos y gritó con alegría.

—¿Cómo va a salir esta cosa enorme? —preguntó Xio. Entonces, Teo giró y notó que se dirigían hacia uno de los pasadizos en las

cascadas del muro de montañas que rodeaba al Templo del Sol, pero era imposible que ese barco pasara por allí. Sin embargo, Marea estaba inmersa en una conversación con Luna, y ninguna de las dos parecía preocuparse en absoluto. Cuando estaban cerca de la roca, la cascada pequeña creció, se hizo más alta y ancha y, al final, las aguas se abrieron. El barco pasó sin dificultades, rodeado por una cortina de agua, e ingresó a la cueva oscura.

—Supongo que eso responde la pregunta —comentó Teo.

Mientras los Dorados conversaban animados, Niya se dejó caer en uno de los almohadones blancos del sofá.

—Hombre, podría acostumbrarme a esto —dijo con un suspiro. Al verla, su amigo pensó que, si ella ganaba las Pruebas del Sol, se adaptaría muy bien a la vida de una celebridad. Los únicos que no parecían emocionados eran Aurelio y Auristela, que seguían en la salida del área común. Sus aires de grandeza usuales estaban acompañados por ceños fruncidos y las miradas en el agua que goteaba errática sobre la cubierta. De repente, Teo comprendió que, como un par de semidioses del fuego, estar atrapados en un barco rodeado de agua debía ser una de sus peores pesadillas. No era que le importara, claro.

Mientras atravesaban las cuevas, Luna los convocó adentro otra vez. En el otro extremo de la sala común, una puerta de vidrio doble daba paso a otra cubierta.

—Esta es la cubierta de popa. Les servirán aquí las comidas que preparen Dios Maíz y Diosa Pan Dulce —informó Marea al señalar una mesa con manteles blancos.

—¿Todas las comidas? —preguntó Teo.

—Sí, todas —respondió Luna.

—Pensé que iríamos a las ciudades. Es decir, que viajaríamos por Reino del Sol, veríamos los paisajes y *comeríamos sus comidas*.

—Tendrán tiempo designado para eso cuando se les permita bajar del barco para mostrarse como grupo —explicó la diosa con tranquilidad.

—¿Cómo *grupo*? —bufó él. Eso se estaba convirtiendo en una excursión escolar de lujo.

—Pero, a excepción de los banquetes en las ciudades anfitrionas,

tendrán todas sus comidas aquí, *también* como grupo —agregó Luna, como si no lo hubiera escuchado.

Tal vez esas fueran las reglas, pero a Luna no la afectaría algo que no supiera, así que, en el camino, Teo estuvo atento a posibles vías de escape. Marea los guio por unas escaleras en espiral hasta el siguiente piso. A la izquierda, había un corredor y, a la derecha, una sola puerta.

—Esta es la cabina principal —relató. —Sobre nosotros se encuentran el puente desde el que la tripulación y yo llevaremos esta operación. Sus cabinas están por este lado. —En el corredor, Teo vio que, una vez más, cada puerta tenía uno de sus glifos. —Todos tendrán su cabina y baño privado. —La capitana abrió la primera puerta, que tenía la marca de Auristela. La habitación era un poco más pequeña que las del Templo del Sol, pero igual de lujosa. Tenía un ojo de buey grande con vista sobre la línea del agua.

Mientras que todos corrían para buscar sus habitaciones, Teo se quedó atrás. Con todo ese exceso y opulencia, era fácil olvidarse la verdadera razón por la que estaban allí, pero él no lo olvidaba. Era como si estuviera en una especie de campamento retorcido en el que, en lugar de recibir premios, alguien sería apuñalado al final del verano.

Cuando terminaron de revisar las cabinas, Marea señaló el otro extremo del corredor.

—La sala de entrenamiento está por allí… —Con eso, los Dorados comenzaron a conversar emocionados; incluso a Niya se le iluminó el rostro al seguirlos a la habitación.

—Deportistas —resopló Teo y puso los ojos en blanco hacia Xio.

—¿Deberíamos seguirlos? —se preguntó el niño con una mirada insegura hacia Marea y Luna, que estaban inmersas en su propia conversación.

—Supongo que sí —bufó el otro y suspiró. No le daría a nadie la satisfacción de pensar que no él no estaba listo para ese desafío.

Entrar a la sala de entrenamiento fue como atravesar un portal hacia un mundo distópico, dominado por la industria deportiva. Había un muro de escalada que, por algún motivo, tenía banderas de diferentes colores; escaparates con pesas metálicas y algunas máquinas

que parecían elementos de tortura. Los Dorados ya estaban utilizando el equipamiento: algunos probaban las pistas de obstáculos, Auristela luchaba sola con la precisión de una bailarina, y Ocelo deambulaba levantando cualquier cosa que pareciera pesada y no estuviera atornillada al suelo.

—¿Sabes cómo se usa algo de esto? —curioseó Xio desde la puerta.

—Suelo saltarme Educación Física —confesó Teo y se encogió de hombros. Podían pedirle ayuda a Niya, pero ya estaba en la mitad del muro. —Si estos cabezas de chorlito pueden hacerlo, no debe ser tan complicado, ¿no? —Se acercó con confianza a una barra cargada con pesas, una de las pocas cosas que reconocía. ¿Cuánto peso podía levantar? Al menos noventa kilos, ¿no? No sabía cuánto había en la barra, pero se agachó y la tomó.

—Así no se hace peso muerto —dijo Aurelio, tan cerca de él que podía sentir el calor que emanaba de su piel desnuda. Cuando levantó la vista, el chico estaba parado frente a él, con esa mirada de desaprobación otra vez. Las palabras de la noche anterior ardían en el pecho de Teo. "No deberían estar aquí". —Te harás daño —advirtió en ese momento.

—Déjalo —le dijo Auristela con una risa desdeñosa; no tenía ni una sola gota de sudor en la frente.

—Creo que sé cómo levantar algo. No es ninguna ciencia —repuso el chico, fulminándolos con la mirada. Aurelio negó con la cabeza e intentó acercarse.

—Tienes que sostenerlo cerca del cuerpo y usar las piernas…

—¿Qué te importa lo que haga? —sentenció Teo. No necesitaba que Aurelio lo aconsejara, que lo salvara ni que se burlara de él. Y, con certeza, no necesitaba más atención indeseada de todos los presentes. No necesitaba a Aurelio, punto.

El otro semidiós abrió la boca para responder, pero Auristela lo interrumpió.

—Sí, ¿*qué* te importa? —Miró fijo a su hermano a la espera de una respuesta. Por un momento, Aurelio se quedó allí, mirándolos a ambos como si no supiera qué hacer. Teo solo lo fulminó con la mirada, lo único que podía hacer para defenderse ante esos ojos implacables. —*Relio* —insistió la chica. Al final, su hermano exhaló con los dientes

apretados, se dio vuelta y se alejó.

Teo, que nunca se echaba atrás, bufó, volvió a inclinarse y levantó la barra. La buena noticia fue que pudo levantarla con facilidad. La mala fue que sintió una explosión de dolor instantánea en la espalda baja, que ascendió por su columna. Las pesas cayeron con tanta fuerza que incluso Dezi volteó a mirarlo, él tuvo que apretar los dientes para evitar gritar cuando Aurelio lo miró.

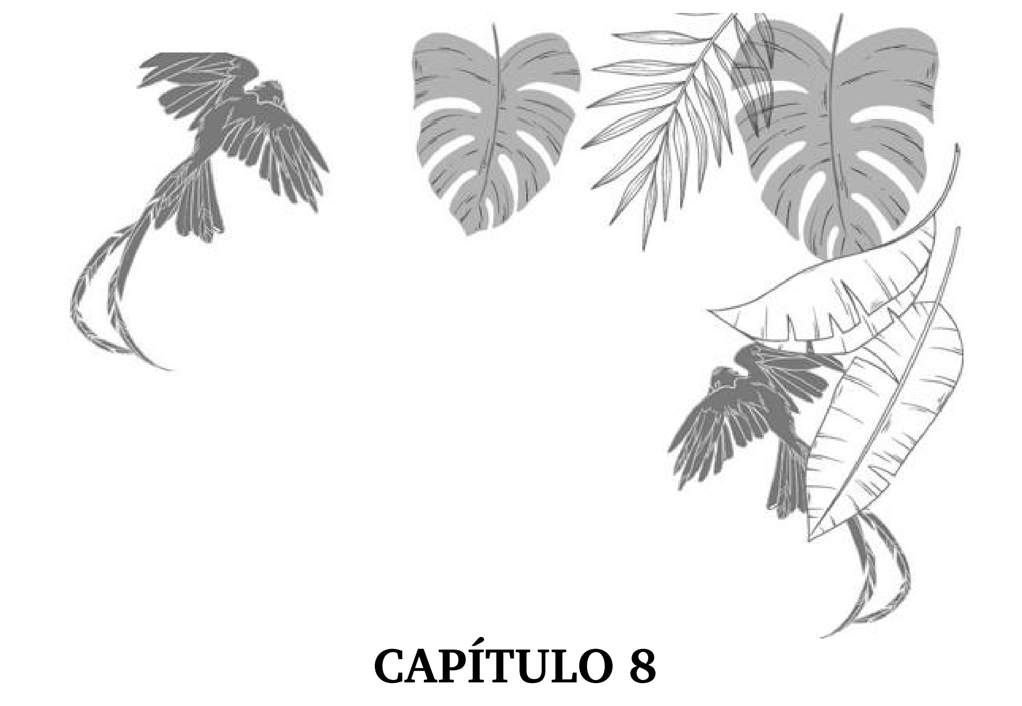
Se levantó con la espalda recta y giró enseguida para que el chico no viera su expresión de dolor, solo para encontrarse con la mirada preocupada de Xio.

—¿Estás bien?

—Tenemos que irnos —respondió entre dientes.

—¿Necesitas ayuda? —Xio parecía estar conteniéndose para no sonreír.

Teo asintió enseguida y salió cojeando. Necesitaba recostarse.



CAPÍTULO 8

Teo buscó su nueva cabina y tomó una larga ducha caliente, sugerencia de Luna. Por suerte, no se había destruido la espalda por completo y, con su capacidad de sanación acelerada y el alivio del calor, se sintió mucho mejor cuando salió de la ducha. Lo que necesitaba tiempo para recuperarse era su ego.

Tras secar el vapor del espejo, contempló su reflejo, sacudió el agua de las alas (eran imposibles de alcanzar con una toalla) y las estiró. Gruñó al hacerlo, pues siempre estaban acalambradas por pasar todo el día contenidas. Luego giró a ambos lados para verlas en el espejo: parte de él esperaba que cambiaran milagrosamente algún día, pero no tuvo la suerte. Las plumas seguían siendo castañas y apagadas como siempre. Femeninas.

Las alas eran parte de él, su identidad y herencia, un don transmitido por su madre; sin embargo, nunca había sentido que estuvieran *bien*, como si le pertenecieran a otra persona o fueran las equivocadas. Teo tenía que esforzarse mucho más que la mayoría de

los chicos para tener el cuerpo que debía tener y, la mayor parte del tiempo, no le importaba. Testosterona era testosterona, sin importar cómo llegara a su cuerpo. Pero las alas se rehusaban a adaptarse. ¿Por qué no podían ser cómo debían? ¿Por qué no podían ser suyas?

Frustrado, buscó un uniforme limpio, tomó su mochila y, sentado en la cama, sacó el frasquito de testosterona y una jeringa. El líquido color ámbar se movía como aceite mientras golpeteaba la jeringa para sacarle el aire, la ponía de cabeza y se la clavaba en el muslo. Después de tantos años, inyectarse su dosis semanal era fácil y rápido. Cuando terminó, se colocó una tirita y salió en busca de sus amigos: Niya había guardado asientos en las reposeras de la cubierta. Allí, Teo la escuchó conversar con Xio mientras ojeaban el archivador de cartas coleccionables con expresiones de suma concentración.

Aunque como ciudad Dorada importante, La Cumbre no estaba lejos de la entrada a Ciudad Sol, les estaba tomando siglos llegar. Teo sospechaba que ir lento era parte del espectáculo, pues en las orillas del río, cruces y puentes, había gente saludando y aplaudiendo como si fuera un desfile. Había imaginado que Auristela y Aurelio estarían disfrutando de la atención, pero, en cambio, estaban tendidos asoleándose en un sofá. Ella tenía los ojos cerrados y balanceaba los pies al ritmo de lo que estuviera escuchando en los auriculares. Él estaba mirando algo en el teléfono. En realidad, quien estaba corriendo de un lado al otro y saludando a la audiencia era Ocelo. Cada vez que alzaba las manos sobre la cabeza en gesto triunfal, los vítores estallaban.

Atzi, Xochi y Dezi estaban corriendo por la cubierta del barco, intentando evadir los chorros que Marino les salpicaba con agua del río. Atzi usaba una bandeja de oro elegante para cubrirse el cabello, mientras que Xochi bailaba para esquivar a Marino. Todos reían, gritaban y se perseguían como si no tuvieran una sola preocupación en el mundo. ¿Todos estaban tan confiados respecto a las pruebas que no estaban preocupados en absoluto?

El pavor en el estómago de Teo se hacía cada vez más intenso a medida que se alejaban del Templo del Sol. Para cuando salieron a almorzar a la cubierta superior, sentía que estaba caminando sobre el lodo, mientras que todos los demás estaban despiertos, exaltados,

conversaban y se reían con alegría. La única persona que parecía preocupada además de Teo era Xio, quien se desplomó junto a él y fijó la vista en el plato de comida, pero no comió nada. Él quería alentarlo, solo que, en ese momento, ni siquiera podía alentarse a sí mismo. Pronto tendrían la primera competencia, por lo que comenzaba a preocuparle si podría superar una, sin mencionar las cinco. Ni siquiera podía levantar una pesa sin lastimarse, ¿y debía competir contra Dorados de élite que tenían la ventaja de haber entrenado con Héroes profesionales? Su divagación catastrófica se vio interrumpida cuando un torrente de agua errático, que debía ser para Dezi, impactó a Aurelio y a Auristela. Él apenas se sobresaltó, pero ella jadeó y se puso de pie.

Atzi, Xochi, Dezi y Marino se quedaron helados al percatarse del grave error que habían cometido. Auristela los enfrentó; su coleta inmaculada estaba empapada. Mostró los dientes, apretó los puños, y el agua sobre su piel comenzó a crepitar hasta evaporarse. Dezi, alarmado, se llevó las manos a la boca y abrió los ojos como platos.

—¡Dispérsense! —gritó Marino.

—¡No puede matarnos a todos! —agregó Xochi antes de tomar la mano pequeña de Atzi y correr por su vida.

—¡Obsérvenme! —rugió Auristela.

Mientras los otros cuatro se dispersaban, Aurelio sacudió el agua de los auriculares de su móvil. Cuando, al parecer, volvieron a funcionar, se acomodó otra vez y observó cómo su hermana aterrorizaba a los demás. Tenía una expresión enjuta e insegura, una que Teo había visto muchas veces cuando eran pequeños y el chico quería jugar con otros niños, pero no sabía cómo empezar. En aquel entonces, lo hubiera tomado del brazo para arrastrarlo al juego que fuera. Al verlo en ese momento, se preguntó si la tendencia de él y de su hermana de mantenerse aislados era deliberada o si, a pesar de haberse convertido en una celebridad, no había cambiado tanto.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó desde el otro lado de la cubierta, lo que sorprendió a Niya y a Xio.

—¿Yo? —El chico parpadeó confundido.

—No, el chico detrás de ti. —Aurelio se dio vuelta a mirar. —¡Sí, *tú*!

—Videos de cocina —respondió antes de secar la pantalla en su camiseta. Teo lo miró con los ojos entornados, pues no descifraba si estaba diciendo la verdad o no. Entonces, el otro alzó una ceja.

—Está bien, no me lo digas —bufó él. Eso era lo que conseguía por intentar hacer conversación.

Alrededor, el paisaje se hacía más regular a medida que se acercaban a las montañas.

—¿Ya llegamos? —le preguntó Xio a Niya, quien asintió con entusiasmo y con una sonrisa enorme que le iluminó el rostro.

—¡Ya casi!

—Desembarcaremos pronto —anunció Luna, que apareció en la puerta. Auristela estaba parada con los puños en las caderas, con Marino y Dezi a sus pies. Xochi y Atzi se asomaban desde atrás de la reposera que usaban como refugio. La diosa los miró con los ojos entornados, pero decidió no preguntar nada. —Por favor, regresen a sus habitaciones para arreglarse. Al desembarcar, se dirigirán directamente a la primera prueba.

A Teo se le revolvió el estómago.



Ubicada en la cadena montañosa noroccidental de Reino del Sol, La Cumbre era más deslumbrante y diferente que cualquier otra ciudad que Teo hubiera visto jamás. Su nombre era en honor al enorme volcán dormido sobre el que estaba construida, en cuya cima se encontraba el templo de Tierra.

Teo nunca había visto montañas tan grandes ni de tan cerca. Las construcciones se encontraban en las laderas, talladas en la roca, y había muchos menos árboles de lo que había imaginado. La ciudad brillaba con baños de oro y molduras plateadas que centelleaban bajo la luz menguante del sol. Los caminos zigzagueaban por las montañas empinadas; no estaban pavimentados, sino que eran de tierra suave y apisonada.

Los Dorados iban más adelante, conversando y apostando cuál sería la primera prueba. Niya y Teo iban más lento, con Xio caminando entre ellos.

—Espero que sea una carrera —dijo Xochi, al tiempo que se

acomodaba en el cabello las flores que había tomado de un ramo de la cocina.

—Apuesto que es un combate mano a mano —arriesgó Auristela con entusiasmo.

—¡Yo quiero luchar contra un dios! —anunció Ocelo y se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—No harán eso después de lo que pasó hace noventa años —comentó Aurelio con un tono molesto.

—¿Qué pasó hace noventa años? —Teo le lanzó una mirada preocupada a Niya sobre la cabeza de Xio.

—Ah, los competidores tenían que luchar contra Diosa Culebra, pero ella se sobrexcitó un poco —explicó su amiga y se encogió de hombros, como si cualquiera lo supiera. —Acabó comprimiendo a tres competidores y rompiéndoles la columna a la mitad —concluyó chasqueando los dedos.

—*Dios* —siseó Teo por lo bajo. —¡Nunca lo había escuchado!

—Parte del contenido de la Academia es aprender sobre todas las pruebas anteriores —explicó ella. —Las usamos como ejercicio de práctica. —Genial. Otra ventaja de los Dorados. —¡Pero es un fastidio! Sería genial poder decir que luché contra un dios.

—Ustedes los Dorados están fuera de control. —Teo la miró anonadado.

Xio permanecía en silencio junto a ellos, con la mirada fija al frente y sin pestañear, lo que a Teo le hizo temer que se desmayara antes de que llegaran a destino. Tenía que impedir que los nervios lo superaran, por el bien de Xio. Si él comenzaba a entrar en pánico, el pequeño también lo haría, y eso no les vendría nada bien antes de enfrentarse a la primera prueba. Tenía que mantener la expresión bajo control y enterrar las preocupaciones en su interior, donde luego podrían convertirse en úlceras estomacales o algo.

—No tengas miedo —dijo por lo bajo para que los Dorados no escucharan.

—No lo tengo —respondió Xio con la voz tomada y la vista fija en el frente.

Teo y Niya se miraron preocupados.

Las calles de la ciudad estaban atestadas de espectadores formados

para verlos llegar. Los postes de luz estaban adornados con el glifo de Tierra (el sol asomando detrás de tres montañas), y había altares para el dios de la tierra afuera de los negocios. Obviamente, Niya era la preferida de la multitud. Saludaba con una sonrisa enorme en el rostro y por poco brincaba de la emoción. En las ventanas de las tiendas había afiches de la semidiosa más grandes que ella, y en los laterales de los edificios había murales gigantescos.

Al parecer, Chisme había sido más rápido de lo que Teo esperaba, porque al girar en una esquina, se horrorizó al ver retratos de los diez competidores alineados en el ventanal de un almacén. Los Dorados lucían como atletas profesionales acostumbrados a modelar, pues estaban en pose, sonrientes e imponentes. Incluso Xio lucía genial, aun con una pizca de incomodidad. Tenía el mentón en alto y miraba a la cámara con una expresión determinada. Por otro lado, el afiche de Teo, en el extremo izquierdo, era doloroso de ver. El uniforme lucía más ajustado que en el espejo, tenía el rostro arrugado en una mueca extraña y los puños apretados a los costados. Al verse, le ardieron las mejillas por la humillación e intentó esconderse detrás de Niya con esperanzas de que nadie lo reconociera.

—Estamos por llegar a la arena —anunció la Diosa Luna de camino a un estadio circular enorme. —Formen una fila y síganme adentro. Sus padres están esperándolos. Quédense con ellos, por favor. Repasaremos las reglas antes de comenzar —explicó con una sonrisa.

Teo tomó una última inhalación temblorosa antes de seguir a los demás a través de las arcadas acechantes. Entraron a un túnel largo, en donde parecían reverberar cientos de voces por las paredes y, cuando salieron a la arena, el público estalló en una ovación. El lugar era antiguo y gigantesco; la pista central estaba rodeada por palcos de roca erosionada, llena de habitantes de La Cumbre con pancartas de Niya, y algunos sacerdotes y semidioses de otras ciudades agrupados con túnicas coloridas y letreros.

Ondeaban banderas blancas por los asientos, la mayoría con el glifo de Tierra, pero Teo también vio simpatizantes de todos los demás competidores Dorados. Sin embargo, entre el mar blanco, no había una sola bandera jade. Aunque no era una sorpresa, fue como una punzada de todas formas. El único rastro azul y púrpura se encontraba

en la esquina superior, donde estaban los sacerdotes de Quetzal y de Mala Suerte.

Una pantalla gigante, en la que se veía a Chisme sentado a la derecha y a Verdad a la izquierda, dominaba la tribuna. Él lucía un atuendo de algodón blanco, con una cantidad excesiva de joyas doradas, entre ellas, unos pendientes de argolla gigantes, mientras que Verdad vestía el mismo traje blanco y negro aburrido de siempre. Ella estaba seria; él, súper animado. De todas formas, Teo no alcanzaba a escuchar lo que decían por el ruido de la multitud.

Una a una, las imágenes promocionales de los competidores comenzaron a pasar por la pantalla. En circunstancias normales, ver una fotografía penosa suya de quince metros de alto exhibida frente a miles de personas hubiera sido suficiente para enviarlo en una espiral de desazón, pero había algo peor.

Desde un cuerpo de agua en medio del estadio se elevaba una montaña escarpada y muy empinada. Estaba cubierta de plantas y árboles tropicales frondosos. Había cascadas diminutas a intervalos intermitentes que atravesaban los caminos zigzagueantes por la ladera de la montaña. En la cima, una placa de oro del tamaño de un peñasco, con el glifo de Sol tallado, brillaba bajo la luz del sol.

Las tribunas llenas y la cumbre imponente eran embriagadoras. Teo se esforzó por seguir caminando al tiempo que el vértigo le aflojaba las piernas. Xio seguía a Niya con pasos firmes. Aurelio y Auristela habían puesto su encanto en acción al entrar al estadio. Ella sonreía y saludaba; él tenía una mano en alto, una sonrisa en el rostro y la mirada aguda y enfocada. La multitud les dio la bienvenida con aplausos mientras Luna los guiaba hacia la plataforma en donde esperaban los dioses.

Los mellizos se ubicaron a ambos lados de su madre, como si montaran guardia, Dezi subió los últimos escalones corriendo hacia su madre, Amor, la diosa corpulenta y hermosa del amor y la unión, quien lo recibió con un abrazo. Cuando se separaron, se hicieron señas con entusiasmo y con sonrisas en sus rostros de mejillas rosadas. Mientras todos se dispersaban para ir con sus padres, Teo se concentró en su respiración para acercarse a su madre. Se sentía fuera de su cuerpo, como si estuviera en piloto automático. Pensaba que ver a

Quetzal lo tranquilizaría, pero ella lucía tan ansiosa como él.

—¿Estás bien? —le preguntó con un abrazo fuerte.

—Sí —mintió el chico. Cuando ella lo soltó, él se paró a su lado y miró todo excepto a la multitud avasallante. Tenía la garganta cerrada y el cuello del uniforme le resultaba sofocante. A la izquierda, Xio estaba con su padre, Mala Suerte, que tenía una expresión rígida y hostil y estaba parado como una estatua, con la mano sobre el hombro del niño.

—¡Bienvenidos a Tepetl! —exclamó Luna al micrófono y dio un paso al frente. Entonces, los vítores estruendosos se redujeron a susurros bajos. A la izquierda de la diosa se encontraba Dios Mariachi, sonriente, con un traje blanco y su trompeta; a la derecha había otra diosa familiar.

Era extraño ver a Fantasma a plena luz del día, pues no solía aparecer en eventos hasta que fuera de noche e, incluso entonces, pasaba la mayor parte del tiempo oculta en las sombras. Para Teo era evidente que no estaba cómoda allí, pues movía las manos con tanto nerviosismo como el de las mariposas que la rodeaban. A pesar de todo, para él era un alivio verla, ya que era una amiga en un lugar hostil, aunque fuera un recordatorio morboso de los peligros de las pruebas. Le sonrió, a lo que ella respondió sacudiendo apenas los dedos y con una pequeña curvatura en los labios.

—Es tan *rara* —comentó Auristela, que la miraba con disgusto.

—¿Por qué nunca habla?

—Escuché que no tiene lengua. —Ocelo resopló.

—De seguro se la comieron los gusanos —respondió la chica.

Aurelio le lanzó una mirada sombría a su hermana, con una arruga marcada en el entrecejo. Por un segundo, Teo pensó que iba a tener las pelotas para decir algo, pero no lo hizo; en cambio, volvió a enfocarse en Luna y a tocar su brazalete. Teo ardió de la rabia, apretó los puños e hinchó las fosas nasales al intentar enfocarse en lo que decía Luna en lugar de en pelear.

—El objetivo de esta prueba es hacer una carrera hacia la cima de la montaña —explicó la diosa. —En el camino, encontrarán nueve marcas con sus glifos, además de la décima en la cima. Deben activarlas tocándolas una a una a medida que ascienden. Cada uno de

ustedes tiene un sendero individual idéntico a los demás, con obstáculos en el camino. Si no llegan al final a tiempo, tendrá un impacto negativo en sus puntuaciones —les advirtió.

—Huelo un tecnicismo —le murmuró Auristela a Ocelo, a lo que Teo puso los ojos en blanco.

—Tendrán diez minutos para alcanzar la cima de la montaña —agregó Luna, al tiempo que una sacerdotisa Sol les entregaba relojes negros de goma. Cuando Teo se lo puso, vibró y se encendió con el glifo de su madre. —En la meta encontrarán una barrera que no podrán volver a atravesar hasta que la prueba termine.

¿Diez minutos? La montaña parecía tan alta como el Templo Quetzlan, al que subía a diario, solo que esa era una *montaña con obstáculo*, fuera cual fuera el significado de eso. Su mente se aceleró en busca de una estrategia. El escenario lucía como el de uno de sus *reality shows* preferidos, *Los Secretos del Templo Perdido*, en el que los competidores debían completar una serie de pistas de obstáculos en una montaña artificial, cada vez más difíciles. Teo solía estar obsesionado con ese programa cuando era niño. Al pensarlo de ese modo, la prueba se volvía mucho menos aterradora. Era casi lo mismo, solo que era una montaña real que, en lugar de espuma y bordes acolchonados, terminaba en cumbres escarpadas y terrenos irregulares. Tragó saliva. ¿Qué tan difícil podía ser?

Todos cruzaron un puente hacia la base de la montaña, en donde se veían los glifos de los competidores a distancias iguales. El sendero de Teo era visible y su primer glifo se encontraba a la salida; era una pieza de jade tallada, de forma y tamaño similares a las de una lápida. Demasiado descriptivo, en su opinión. No lograba ver a Niya pero, a su izquierda, Ocelo lo separaba de Xio; a la derecha, Atzi estaba en posición, con Auristela del otro lado. Ahí quedaba su esperanza de hacer equipo con sus amigos. Intentó imitar la posición de Atzi, como si eso fuera a darle alguna clase de ventaja, y sacudió los brazos. Solo tenía que mantenerse en su camino, activar todos los glifos y llegar a la cima sin que lo descalificaran.

—¡En sus marcas! —resonó la voz de Luna. Una luz palpitó en el glifo de jade de Teo y su reloj vibró al mismo ritmo. —¡Listos!

La trompeta de Mariachi sonó. El glifo de Quetzal destelló, al

mismo tiempo que el reloj vibró sostenidamente.

Y Teo echó a correr.



Tan pronto como Teo tocó el primer glifo, la piedra brilló con una luz verde jade y el reloj vibró un poco. El terreno de la montaña era entre pedregoso y frondoso. Una cascada, que surgía de algún lugar superior, corría perpendicular al sendero, por lo que Teo chapoteó por el agua en cada vuelta del zigzag. El torrente se hacía más fuerte a medida que ascendía. Corrió lo más rápido posible, pero al girar en otra curva y llegar al segundo glifo, tenía los pulmones en llamas. No era un corredor. La actividad no encajaba con su compresión, y no sabía nada acerca de mantener el ritmo.

Un estruendo lo sacó de foco. Más arriba, Atzi y Auristela luchaban desde sus respectivos senderos. Auristela le lanzaba bolas de fuego a Atzi, quien las combatía conjurando columnas de lluvia con movimiento del brazo. El agua siseaba y se evaporaba al entrar en contacto con el fuego. Cuando tuvo un respiro, Atzi materializó un rayo eléctrico y crepitante en su mano y se lo arrojó a Auristela como si fuera una lanza. La chica logró esquivarlo por poco, y el rayo impactó contra un árbol, que se partió al medio con un estruendo.

La situación superaba las capacidades de Teo de una forma cómica y aterradora. Los Dorados tenían poderes y fuerza *reales*. Incluso la pequeña Atzi podía patearle el trasero con facilidad si quisiera. Podía lanzar *rayos* con las *manos,* por amor de Sol. Al menos las dos chicas se mantenían ocupadas la una a la otra.

En la siguiente curva, Teo se encontró con el primer obstáculo: el camino terminaba de repente y él, que estaba distraído por la batalla, estuvo a punto de caerse. Clavó los pies en el suelo para detenerse, extendió los brazos a los lados y se lanzó contra la ladera escarpada de la montaña, como resultado, las rocas afiladas se le clavaron en las alas. Un risco lo separaba del próximo glifo; sus pies estaban apenas a unos centímetros de una caída abrupta. El torrente de la cascada descendía por la grieta hacia el sendero inferior.

—*Mierda* —siseó y tomó aire. ¿Cómo se suponía que cruzara?

Perdió segundos valiosos pensando en un plan. No podía volar,

pues no usaba las alas desde que era niño y *no* era el momento para experimentar. Por supuesto que no intentaría saltar por más que fuera un semidiós. Miró alrededor con frenesí en busca de algo que pudiera servir. Había muchos árboles, pero subir no le serviría de nada porque tenía que activar el glifo al otro lado del risco. Lo que sí había era una rama gruesa extendida, de la que colgaba una liana gruesa, justo a su alcance. La tomó y jaló con fuerza tres veces para comprobar que soportara su peso. Había usado cuerdas para cruzar canales en el verano, no podía ser mucho más difícil, ¿o sí?

Antes de pensarlo demasiado, se aferró por su vida, tomó carrera y saltó sobre la grieta. Apretó los dientes para contener un grito y se soltó cuando llegó a terreno firme. Aterrizó sin elegancia sobre el trasero, pero *no* cayó a una muerte segura, así que no le importarían los magullones.

—¡Sí! —gritó con los puños en el aire. Presionó el glifo siguiente, con lo que el reloj volvió a vibrar.

De repente, sintió una ráfaga de aire cuando algo voló sobre su cabeza. Una roca se estrelló contra el árbol del que acababa de colgarse; la rama, la liana y la roca rodaron cuesta abajo. El chico giró justo a tiempo para ver que otro proyectil volaba justo hacia su cabeza. Se lanzó al suelo enseguida, con lo que la roca impactó contra la montaña y despidió escombros a su alrededor. Ahogado con tierra y piedritas, se puso de rodillas y, entre los árboles, vio a Ocelo en posición amenazante con una roca grande en los brazos musculosos.

—¡Fallaste! —gritó Teo, cargado de adrenalina. Cuando Ocelo lanzó la roca, él saltó entre dos pedruscos y logró esquivar el ataque. Asomó la cabeza del escondite con una mueca burlona, pues creía que un Dorado debía tener mejor puntería. —¿Estás enojade porque eres muy bajite? —bromeó, por lo que Ocelo le mostró los dientes. Entonces, él hizo lo que sabía que los matones más odiaban: se rio de elle, fuerte y agudo.

Con eso, Ocelo le dio un puñetazo a un árbol y le astilló el tronco. Cuando tomó aire a continuación, se le hinchó el pecho, creció, *cambió*. Luego echó la cabeza atrás y bramó. No, rugió. Su cuerpo mutó, le crecieron los músculos, que se expandieron debajo de su piel, imponentes como los de un luchador. Las uñas se transformaron en

garras y los cuatro colmillos crecieron dentro de su boca. Cuando gruñó, los ojos color ámbar sobresalieron, y Teo se arrepintió de todo de inmediato. ¿Cómo podía competir contra *eso*?

La trompeta de Mariachi resonó sobre ellos, y el reloj de Teo vibró dos veces para indicar que alguien había llegado a la meta.

—¿De verdad? —Alzó la vista, pero la cima de la montaña estaba muy lejos de la vista. ¿Cómo fue que alguien pudo llegar tan rápido?

Al parecer, Ocelo pensó lo mismo, porque le rugió una última vez y salió corriendo. Teo tenía que apresurarse, pero, cuanto más subía, más empinado era el camino. Poco después del cuarto glifo, la cascada caía justo sobre el sendero. Aun con sus zapatos nuevos y elegantes, resbaló en las piedras y en el musgo mojado antes de llegar al siguiente glifo y activarlo.

Bzz.

Tras la siguiente curva, el camino desaparecía por completo, reemplazado por rocas serradas que se elevaban en el aire. Parecía que les habían cortado las puntas para que sirvieran como peldaños, pero no estaban tan cerca como para poder subir de una a la otra. Para atravesarlas, Teo tendría que saltar, el problema era que apenas eran más grandes que sus pies y estaban mojadas por la cascada.

La adrenalina estaba jugándole en contra y dificultándole la concentración. Además, le faltaba el aire y tenía las piernas muy inestables.

Dos sonidos de la trompeta atravesaron el aire. *Bzz. Bzz.*

No tenía tiempo para pensar, tenía que seguir, así que corrió y saltó hacia la primera roca. El pie pisó firme. No era el momento para dudar, pues si bajaba la velocidad, podía perder el equilibrio, así que usó la inercia para saltar a la roca siguiente, un pie a la vez.

Ya casi había llegado al otro extremo cuando una trompeta lo sorprendió. *Bzz. Bzz.*

Resbaló cuando estaba por saltar de la última roca. Tomó aire con el cuerpo hacia adelante y extendió los brazos, desesperado por alcanzar la saliente de la roca al otro lado. Cayó con el pecho contra el borde, por lo que se quedó sin aire y sintió una explosión de dolor en las costillas. Sus piernas colgaban sobre los picos afilados que había abajo, y comenzó a resbalarse. El pánico le comprimía el corazón.

Luchó desesperado, aferrándose para llegar a tierra firme, pero el lodo se filtraba entre sus dedos. Un grito ahogado se le atoró en la garganta cuando arrastró el mentón sobre la roca. Sacudió las piernas sin parar intentando levantarse. Al final, encontró una saliente con el pie y, con todas sus fuerzas, se impulsó hacia arriba. La roca se desintegró debajo de su pie, pero logró lanzarse hacia adelante y, reptando con brazos y pies, logró volver a tierra firme. Cubierto de mugre, se desplomó de espalda con la vista en el follaje. Le dolía el corazón al jadear para tomar aire.

Pero la trompeta volvió a sonar. *Bzz. Bzz.*

Teo activó el sexto glifo, *bzz*, y corrió para alcanzar el séptimo. *Bzz*.

Entonces, llegó al nacimiento de la cascada, que fluía desde una fuente desconocida en el interior de la montaña, brotaba de un espacio hueco entre dos rocas afiladas y corría hacia el camino inferior. El siguiente glifo estaba en la cascada, en una pequeña cueva, y Teo apenas podía ver la piedra de jade a través de la espuma. Se acercó con cuidado, el agua le salpicó el rostro, le mojó la piel y le nubló la vista. El flujo era implacable y, cuando se acercó demasiado, la fuerza casi arrasa con sus pies. Se dio la vuelta, se apoyó contra la ladera, extendió la mano y metió los dedos en la grieta más cercana. Con la mejilla presionada contra la roca mojada, se inclinó y tanteó a ciegas con la mano izquierda. En el intento de atravesar la cascada, el agua le empujó el brazo con tanta fuerza que casi lo derriba, pero apretó los dientes y volvió a intentarlo. En esa oportunidad, apoyó la mano contra la pared y la deslizó por detrás del agua para que no volviera a golpearlo. Se estiró todo lo que pudo y, al final, tocó la superficie suave del jade con los dedos. El octavo glifo se iluminó detrás de la cascada. *Bzz*.

El camino terminaba en la cascada, así que tenía que encontrar otra forma de seguir subiendo el resto de la montaña. Solo le quedaba un glifo antes de la meta, pero estaba tan empinado que tendría que escalar. Intentó recuperar el aliento mientras buscaba el mejor camino, con el agua fría que le goteaba del cabello y le corría por la nuca. La pared era casi toda de peñascos y salientes afiladas. Alcanzó a ver el noveno glifo sobre un segmento de roca plana y, sobre él,

había unos siete metros más antes de la cima. Oía voces distantes, e incluso alcanzó a ver la punta del glifo de Sol ondulando con luz dorada. Ya casi llegaba. Todavía tenía tiempo, solo tenía que seguir adelante.

Comenzó a escalar con manos temblorosas y la respiración agitada. La roca afilada le cortaba los dedos, de los que brotaba sangre color jade cada vez que buscaba de dónde agarrarse, con los pies haciendo equilibrio entre algunas rocas. El aire pesado y húmedo no lo ayudaba a refrescarse, y el olor a tierra húmeda le sobrecargaba los pulmones. Con el pecho contra la roca firme, ascendió por la ladera. El noveno glifo ya estaba casi a su alcance, a pocos centímetros de distancia. Quizás podía tocarlo si se estiraba. Desesperado, empujó con los pies, pero la roca debajo de él cedió. Un grito se atoró en su garganta y, ahogado con el polvo, se aferró por su vida a medida que la gravilla caía.

—¡Teo! —gritó Niya desde arriba.

Cuando levantó la vista, vio que Ocelo había llegado a la cima, pero en lugar de cruzar la barrera que señalaba el final, estaba parade en el borde de la plataforma con un trozo grande de loza en las manos. A Teo se le paró el corazón mientras Ocelo lo miraba con los ojos negros como pozos sin fondo. Levantó la loza, con lo que Teo se estremeció, pero no la lanzó hacia él. En cambio, la arrojó hacia el camino de la derecha. El de Xio.

Teo lo vio echo un ovillo entre dos rocas, tapándose la cabeza al tiempo que las piedras volaban y rodaban a su alrededor. El muro debajo de las manos de Xio se astilló y se desmoronó, por lo que el chico se esforzó por seguir sosteniéndose. Miedo y rabia se debatieron dentro de Teo. Ocelo era fuerte y despiadade, no había nada que Xio pudiera hacer para defenderse. En lugar de terminar la prueba, Ocelo quería arruinarlo.

Él tenía que *hacer* algo en lugar de quedarse agarrado de la roca con impotencia. No podía cruzar hacia el sector de Xio porque eso les bajaría el puntaje a ambos, pero si no hacía *nada*, Ocelo aplastaría a Xio con una roca. Para ayudar al chico, tenía que detener a Ocelo, le semidiose jaguar Dorado que podía arrojar piedras del tamaño de un asno. No tenía forma de igualar las condiciones. No podía vencer al

contrincante mano a mano, pero quizás podía ser más listo. Tenía un arma secreta, solo debía que estar dispuesto a usarla. Era la única ventaja que tenía en las pruebas, en especial en esa, que estaba hecha especialmente para que un competidor volador la dominara.

Cuando Ocelo levantó otra piedra, la rabia y la determinación de Teo ganaron la batalla.

Espero que esto funcione, pensó al reunir toda la fuerza que le quedaba. Hizo toda la presión posible con las alas, la faja de compresión se desgarró y se abrió, y las alas se expandieron, libres. No tenía tiempo para pensar, así que las agitó hacia abajo para impulsarse hacia la próxima saliente en la roca. Se excedió un poco, por lo que chocó con el muro y se deslizó hasta su objetivo. Los músculos atrofiados protestaron y ardieron con un dolor abrazador, pero Teo se esforzó a pesar de todo y agitó las alas dos veces. A la tercera, estaba en el aire, volando por la ladera de la montaña.

Ocelo se quedó congelade, con la roca sobre la cabeza y una expresión perpleja en el rostro. Sacudió la cabeza con fuerza como para aclararse la vista y, cuando miró hacia arriba, sus ojos amarillos verdosos estaban desorbitados por la confusión. Teo pasó junto a elle, movió la cadera y le pateó la cabeza con la cara interna del pie como si fuera una extraña pelota de futbol. El lado bueno fue que Ocelo cayó hacia atrás, pero lo malo fue que el movimiento repentino hizo que Teo se tambaleara en el aire. Desesperado, intentó recuperar el equilibrio con los brazos abiertos y sacudiendo las alas. Logró enderezarse y, al mirar atrás, vio que Ocelo estaba sentade sobre la tierra, azorade, con una línea de sangre dorada en la esquina izquierda de la boca.

¡Lo hizo! ¡Teo había detenido a Ocelo y estaba *volando*!

No lo hacía desde que era pequeño. A Huemac y a su madre siempre les había preocupado que se lastimara, lo que tenía sentido, ya que, desde la infancia, tenía muy poco control de sus alas. Apenas podía despegar unos metros del suelo, pero eso había sido antes de alcanzar la madurez. Luego, cuando su cuerpo había empezado a cambiar, había renunciado a usar las alas. No tenía idea de que se sentiría tan bien estirarlas y volar. Por un momento, solo respiró y disfrutó del aire que lo rodeaba. La sensación de volar lo llenó de tal

euforia que, de repente, se echó a reír.

Pero tenía que concentrarse; seguía en medio de la prueba y aún tenía que asegurarse de que Xio estuviera bien.

—¡SANTO DIOS, TEO! —gritó Niya desde la cima de la montaña, con una sonrisa enorme en el rostro. Estaba parada junto al glifo de Sol, detrás de una barrera brillante que debía ser la meta. Xochi, Auristela y Aurelio estaban junto a ella, y todos parecían impactados. Incluso el estoico Aurelio lo miraba con la boca abierta.

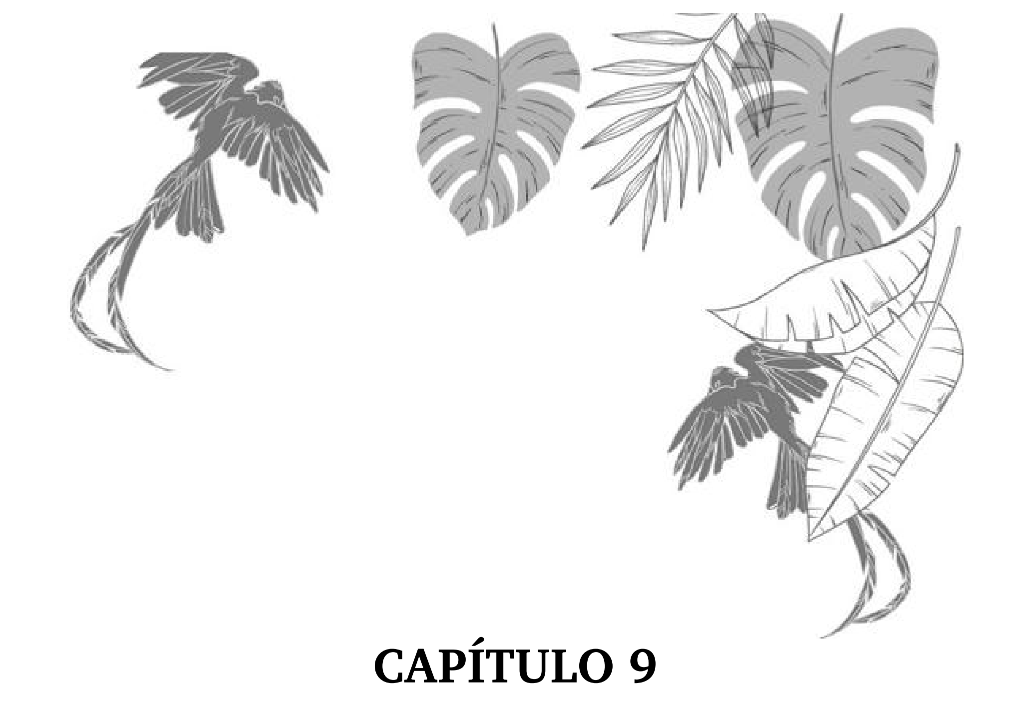
—¿Qué? —gritó él entre jadeos. Se estaba quedando sin aire muy rápido, y sentía el cuerpo más pesado con cada aleteo.

—*¡Mira tus alas!* —gritó Niya, que saltaba sin parar.

En la emoción de volar, por única vez Teo no pensó en cómo lucían sus alas. Había pasado demasiado tiempo intentando evitar verlas de reojo o en espejos. En ese momento, miró dudoso por sobre su hombro y chilló de sorpresa.

Sus alas ya no eran la imagen conocida que se había dedicado a esconder todas las mañanas. Ya no eran color café y desplumadas, sino que estaban cubiertas de plumas de color azul ultramar, brillante e iridiscente, y verde eléctrico.

Eran las plumas de un quetzal macho.



CAPÍTULO 9

Las plumas brillantes se agitaban en las alas desplegadas de Teo mientras se mantenía en el aire, muy por encima del agua. Sentía que le estaba por estallar el corazón. Dio las hurras con los puños en el aire, pero eso lo desestabilizó otra vez. En esa oportunidad, se recuperó enseguida.

Era como si, de repente, tuviera un segundo par de brazos. Aunque sabía cómo funcionaban las alas, nunca se había molestado en aprender a volar, así que ya estaba exhausto y estaba perdiendo el impulso que le había dado la adrenalina. ¿Cómo demonios iba a bajar?

No tardó mucho en descubrirlo.

Una repentina explosión de luz blanca, un estallido ensordecedor, un dolor desgarrador en el cuerpo. Se le acalambraron todos los músculos. No podía moverse ni respirar.

Cayó y cayó, hasta sumergirse en el agua helada.

Teo, helado, mojado y humillado, se paró junto a su madre a la espera de que Sol definiera la tabla de posiciones. A su lado, Niya alzó los pulgares y le ofreció una sonrisa salvaje y emocionada.

Después de que Atzi lo derribara con un rayo, Diosa Agua había tenido la amabilidad de rescatarlo para que no se ahogara; aunque hubiera estado mejor sin que la diosa se riera de él al dejarlo en la plataforma frente a la enorme audiencia.

Al menos Atzi tuvo la delicadeza de encogerse de hombros a modo de disculpa.

—¡*Míralas,* Teo! —chilló su madre mientras acariciaba sus alas nuevas, que se estremecieron y sacudieron por las cosquillas. En consecuencia, salpicaron a todos los que estaban cerca.

—*Mamá* —protestó, aunque no podía dejar de sonreír. La vergüenza de haber quedado eliminado frente a decenas de miles de personas batallaba con la emoción por sus alas renovadas. Solo que había cosas más importantes en juego: intentó echarle un vistazo a Xio, pero Mala Suerte se interpuso y lo alejó, tal vez para alentarlo. Teo sentía que le estaba fallando al pequeño.

Ocelo parecía muy complacide; después de darse cabezazos afectuosos con Diose Guerrero, miró a Teo de forma engreída. Mientras que Xochi parecía ignorarlo a propósito, a la vez que su madre se ocupaba de revivir las flores de su cabello, la sonrisa abierta con la que Dezi miraba sus alas hizo que se sonrojara. Le dijo algo con señas, y Teo estaba a punto de disculparse por no saber el lenguaje cuando alguien dijo:

—Son magníficas. —Aurelio estaba detrás de él, mirándole las alas con la cabeza de lado, mientras que Auristela estaba distraída hablando con su madre.

—¿Qué? —Teo se quedó sin aliento.

—Eso dijo Dezi. —Aurelio lo miró a los ojos y se paró derecho.

—Ah —dijo él, un poco desanimado. Apartó la vista del chico, porque no quería que viera el rubor que ascendía por sus mejillas, y le dijo “Gracias” a Dezi, la única seña que conocía.

—Son tenaces, ¿eh? —Quetzal habló en voz baja y en señas, luego acarició las plumas brillantes. —Igual que tú —agregó con una sonrisa

pícara.

—Se tomaron su tiempo —bufó él. El ala izquierda giró y le dio un golpe en el rostro, por lo que escupió agua entre las plumas. —*¡Oye!*

—Creo que se rehusaban a cambiar hasta que aceptaras que son parte de ti. Que las *necesitas* —reflexionó su madre con una mirada sabia.

Teo volvió a mirar a Aurelio, pero él ya estaba mirando a su hermana. Auristela estaba junto a su madre con las manos en las caderas. Tenía una mirada engreída, el maquillaje seguía perfecto y, de alguna manera, el brillo en la frente la hacía verse aún más bonita. Diosa Lumbre tenía la misma expresión mitad aburrida, mitad irritada, y estaba de espaldas a Aurelio. Mirándose las manos cubiertas de hollín, él flexionó los dedos en los que tenía los guantes y se masajeó la palma con el pulgar. Lucía confundido, como si estuviera tratando de resolver un problema matemático difícil y algo no encajara. De repente, alguien lo llamó desde la multitud, así que levantó la vista y saludó con la sonrisa reservada de siempre.

Teo no sabía cómo les había ido a los demás, pero pensaba que sería un milagro que Sol no lo pusiera en último lugar. No solo no había terminado la prueba, sino que había fracasado de un modo épico. Chisme se daría un festín con las fotografías.

Diosa Luna pidió la atención de todos.

—Sol ha definido las posiciones —anunció y señaló a los dos sacerdotes que exhibían una placa de piedra. En la parte superior, tenía el glifo de Sol tallado y pintado de dorado. En la parte inferior, los glifos de los diez competidores formaban una línea horizontal; ocho de oro, dos de jade. Dos eran de Lumbre, uno con una O por Aurelio dentro de las llamas, el otro, una A de Auristela.

Por un momento, no sucedió nada, pero luego los glifos comenzaron a moverse para formar una tabla de posiciones vertical alineada con el centro del sol.

Auristela chilló y perdió la actitud compuesta al ver que estaba en primer lugar. Intentó recuperarse, pero la sonrisa en su rostro era imposible de ocultar. Con una sonrisita, Aurelio se extendió y le dio un apretón en la mano. Diosa Lumbre asintió con aprobación, el gesto más afectuoso que Teo la había visto hacer hasta entonces.

—Felicitaciones, Auristela —dijo Luna.

—¿Podrías venir con nosotros? —dijo Verdad, que apareció de la nada con Chisme junto a ella. —Nos encantaría charlar contigo.

—¡Una entrevista *exclusiva* con la primera competidora en quedar en primer lugar! —exclamó Chisme, que tomó a Auristela del hombro y la llevó hacia un grupo de reporteros y camarógrafos que los esperaban.

Lo que a Teo menos le importaba era quién había quedado en primer lugar. Escaneó rápido la lista, con la ovación de fondo, para nada sorprendido de que Auristela, Aurelio y Niya estuvieran tan arriba. Xochi y Diosa Primavera estaban tomadas de las manos y chillaban emocionadas. Dios Tormentoso, con expresión engreída, le dio un empujoncito a le enojade Guerrero.

Teo esperaba encontrarse en último lugar, pero, para su sorpresa…

—¿Octavo? —jadeó. Junto a él, Quetzal suspiró aliviada, con las manos en el pecho.

—Gracias a Sol.

Xio estaba debajo de él, en noveno lugar. Teo se asomó por detrás de su madre y vio que el chico estaba cubierto de polvo, pero ileso, y miraba las posiciones con los labios apretados. Mala Suerte le apretó los hombros y lo sacudió un poco. La expresión del dios era indescifrable, pero Teo notó que estaba más pálido de lo habitual y que tenía sudor en al frente, que debía tener poco que ver con el sol. Si Xio estaba en noveno lugar, eso significaba que había estado aún peor que él; al menos ninguno de los dos estaba último. En ese lugar estaba…

Ocelo echaba humo.

—Marino, Teo y Xio no alcanzaron la meta en el tiempo estipulado —explicó Luna.

—Entonces, ¿por qué yo estoy en último lugar? —exigió Ocelo.

Al escucharle, a Teo casi se le salen los ojos de las órbitas, y comenzaron a esparcirse murmullos entre la multitud. Él sabía muy bien que Luna era la última diosa a la que debían hacer enojar.

—*Ocelo* —advirtió Guerrero. Le diose con cabeza de jaguar lucía tan furiose como su hije, pero al menos tenía la inteligencia para reprenderle por hablarle con insolencia a Diosa Luna.

—¿Estás cuestionando las posiciones de Sol? —Ella les ofreció una sonrisa desprovista de calidez, y su voz resonó ante el silencio de la multitud.

—Yo… No… —Ocelo pareció arrepentirse de inmediato de su decisión.

—Usaste rocas con la intención de destruir los glifos de otro semidiós, con lo que le fue imposible terminar la prueba. Luego provocaste un desprendimiento de rocas, que no impactó a los competidores, es verdad, pero puso en grave peligro a los sacerdotes que montaban guardia en la base de la montaña. Los dioses han tenido que intervenir para protegerlos.

La mirada de Ocelo se dirigió a la montaña, en donde aún había un remolino de polvo que parecía niebla.

Teo odiaba pensar en lo que le hubiera pasado de no haber sido por sus alas. Sí, era un semidiós, pero no creía que hubiera podido salvarse de ser aplastado por una avalancha de rocas.

—Debo recordarte, Ocelo —continuó Luna, en tono pausado a propósito, —que como semidiose, para ti es un honor y un deber proteger a los habitantes de Reino del Sol, no hacerles daño. Tu comportamiento durante esta prueba demostró que tienes mucho que aprender sobre tu lugar en este mundo. Ten cuidado.

»La prueba ha terminado. —Volvió a dirigirse a la multitud y dejó a Ocelo con la cabeza gacha, sonrojade.

Niya lucía como si Luna le hubiera entregado una bandeja llena de pan dulce. Teo también quería disfrutar del momento, pero no podía, pues él y Xio habían logrado salvarse del último lugar solo porque Ocelo la había jodido en grande. Algo le decía que no tendrían tanta suerte en la siguiente prueba.

Si no tenía cuidado, alguno de los dos acabaría muerto.



De vuelta en el barco, Niya dio vueltas alrededor de Teo.

—Cielos, Teo. Sin dobles intenciones, pero ¡amo tus alas! —exclamó. —¿Eso me convierte en una *furry*?

—¡Cierra la boca! —Teo le dio un empujoncito y giró para alejar las alas de su alcance. Después de bañarse y de aplacar a su ego

herido, se había encontrado con ella y con Xio en el área común.

—¿Qué? —respondió entre risas. —¡Solo digo que lucen *muy* bien!

Él se esforzó por mostrarse molesto aunque, por dentro, el halago lo hizo sentirse cálido y extasiado. Cuando tenía las alas replegadas, la parte superior le tocaba los hombros y las plumas principales más largas le llegaban hasta la espalda baja. Con su nueva libertad, no querían cooperar en absoluto, en cambio, se sacudían y estiraban como si no pudieran quedarse quietas.

—Son geniales —coincidió Xio desde su lugar en un sofá.

—Y tu cabello también se ve increíble —agregó Niya.

—¿Mi cabello? —Teo se llevó la mano a la cabeza; el cabello seguía mojado por la ducha, pero se sentía igual que siempre.

—¿No lo viste? —Su amiga lo arrastró hasta un espejo circular de marco dorado que colgaba de la pared. En lugar del castaño apagado, el cabello de Teo se había vuelto de un negro intenso e iridiscente.

—¿Qué demonios? —Cuando movía la cabeza, la luz resaltaba reflejos azules y verdes.

—La gente paga mucho dinero para teñirse el cabello así —comentó su amiga.

—¿Cómo es que no lo notaste? —preguntó Xio.

—Supongo que estaba muy distraído con mis alas —masculló y se jaló un mechón.

Ducharse con las alas había sido una lucha. Habían derribado todas las botellas de productos higiénicos sofisticados y luego, cuando había intentado meterlas en la compresión, habían actuado como si tuvieran mente propia, sin la más mínima intención de volver allí.

—¡Debes dejarlas libres! —sugirió la chica, que se acomodó en el apoyabrazos del asiento de Xio. —Son brutales y, si aprendieras a usarlas, te darían ventaja en las pruebas. No te ofendas, pero te vendría bien.

Él la fulminó con la mirada, aunque sabía que tenía razón. Ese día había sido un fracaso catastrófico que no podía repetirse.

—*Y* te salvaron la vida —agregó Xio, en un tono que hizo que Teo se sintiera culpable por haberse robado toda la atención.

—¿Tú estás bien? —le preguntó tras apartarse del espejo. El pequeño parpadeó despacio y le ofreció una sonrisa pesarosa. —

Bueno, es decir, en líneas generales.

—Bueno, no acabé aplastado por un trozo de montaña, así que supongo que tuve buena suerte —balbuceó y se encogió de hombros.

—¿Qué demonios pasó?

Niya, chismosa incurable, respondió por Xio:

—Fue así: al principio, yo estaba entre Aurelio y Xochi —comenzó a mil kilómetros por hora y gesticulando sin control. —¿Aurelio? Ni se inmutó, corrió hasta la cima y eso fue todo. Marino intentó usar la cascada para retrasarlo, pero no llegó a tiempo. Yo iba *increíble*, estaba haciendo papilla a la prueba. —Se dio un golpe en la mano para enfatizarlo. —Entonces, Xochi hizo una especie de látigo con enredaderas. En un segundo, estaba subiendo la montaña como una campeona y luego, ¡PUM! —Sacudió el respaldo del sofá, con lo que casi tira a Xio al suelo. —Me enredó como en BDSM, que es excitante; pero, sin consentimiento, no lo es. —A Xio por poco se le salen los ojos, y Teo se rio sorprendido. —Pero, ya saben, saqué unas cuchillas de plata y ¡*zum, zum*! ¡Volví al ruedo! —Blandió cuchillas invisibles en el aire. —Para cuando llegué a la meta, Auristela, Aurelio y Xochi ya estaban ahí. Solo alcanzaba a ver a quienes estaban por llegar a la cima y, entonces, le *maldite Ocelo* apareció —alzó un poco la voz, con el ceño fruncido. —Estaba a punto de cruzar la barrera hasta la meta, pero se detuvo de repente. Auristela intentó hacer que cruzara, y elle suele hacer lo que la chica dice, pero la miró con una expresión extraña y decidió fastidiar a todos los demás.

A Teo le hervía la sangre de la rabia. Así que no había sido suficiente con terminar a tiempo, Ocelo tenía que arruinar a los demás sin una buena razón.

—¡Qué despreciable! —bufó.

—¡*Superdespreciable*! —coincidió ella.

—¿De verdad destruyó todos tus glifos? —le preguntó Teo al chico, que asintió con la cabeza y se hundió en el asiento.

—Como dijimos, Ocelo es despreciable —resopló Niya.

—Cierto.

—¡Pero eso es demasiado incluso para elle! —continuó su amiga. Teo la miró con escepticismo, pero ella siguió hablando. —Incluso Aurelio intentó decirle que se detuviera antes de que provocara un

desprendimiento de roca…

—¿De verdad? —la interrumpió Teo, sorprendido. ¿Desde cuándo Aurelio se enfrentaba a Ocelo?

—Sí, pero fue como si Ocelo ni siquiera pudiera escucharlo —continuó ella. —En general, los demás hacen todo lo que digan los mellizos.

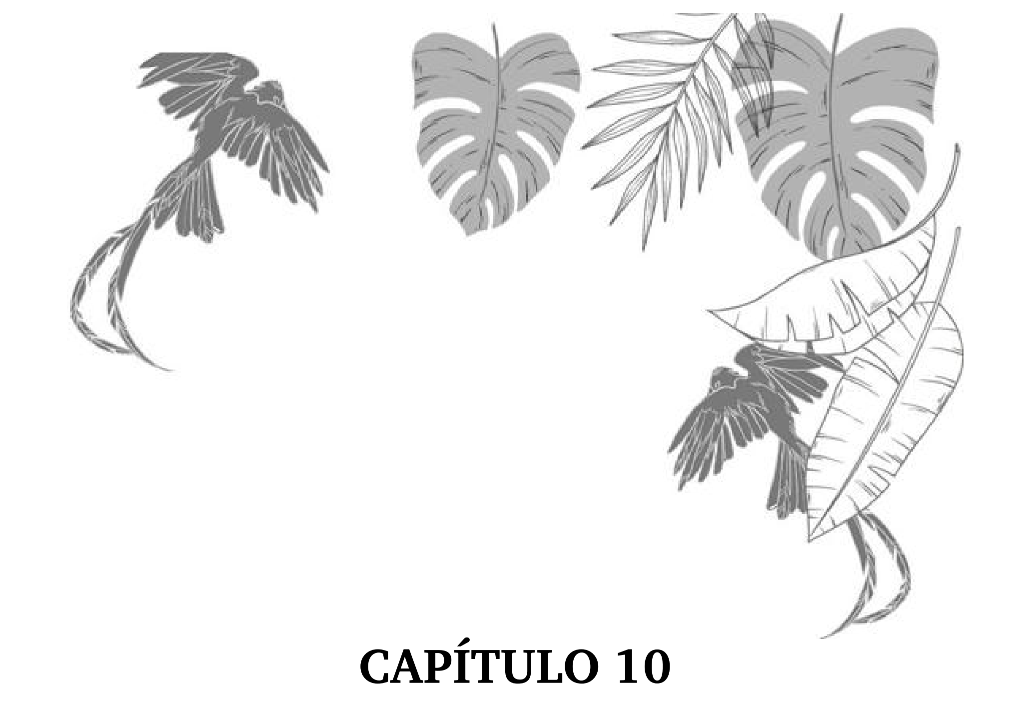
—Y después provocó el desprendimiento —concluyó Xio mientras retorcía el brazalete. —Me refugié entre dos pedruscos y esperé a que terminara.

—Bueno, al menos no acabaste hecho papilla —lo consoló Niya, en un intento por sonar optimista.

—¿No tienes ningún poder de semidiós que te pueda ayudar en las pruebas? —preguntó Teo, un poco desesperado por encontrar alguna solución.

—Nada útil como armas mágicas o alas —negó el pequeño.

Teo se frotó el rostro al sentir una nueva oleada de cansancio. ¿Qué haría? Apenas había logrado mantenerse a sí mismo con vida durante la primera prueba, ¿cómo ayudaría a Xio? Las probabilidades no estaban a su favor. Era como si Xio estuviera destinado al fracaso.



CAPÍTULO 10

Cuando Teo volvió a su habitación, encontró ropa nueva tendida sobre la cama. Pantalones de chándal suave, shorts deportivos y algunas camisetas de algodón. Todas las prendas tenían el sol dorado con el glifo de Quetzal en medio, siempre con hilo color jade, un recordatorio constante de que no pertenecía allí. ¿En la Academia elegían toda la ropa por los Dorados?

Después de cambiarse, pasó por las habitaciones de Xio y de Niya para ir a cenar; fueron los últimos en llegar. Soplaba una brisa agradable en la cubierta al aire libre, en donde la mesa larga estaba tapada de comida. Maíz estaba explicándoles qué era cada cosa, como si fueran comensales en un restaurante de lujo en lugar de un grupo de adolescentes famélicos. Miró ofuscado a los recién llegados, de seguro porque llegaban tarde, pero Pan Dulce los saludó con alegría.

Niya se desplomó en la silla en el extremo de la mesa, y Xio ocupó el lugar junto a Auristela, el peor de dos males, teniendo en cuanta que Teo tuvo que sentarse junto a Ocelo. Arrastró la silla más cerca de

su amiga y trató de replegar las alas con cuidado contra la espalda, pero no dejaban de retorcerse, así que las presionó contra el respaldo de la silla para intentar mantenerlas quietas.

Una vez que Maíz se fue, todos atacaron el banquete descomunal. Parecían cansados y conmocionados después de la prueba. Con ropa informal y expresiones exhaustas, los Héroes Dorados de Reino del Sol casi parecían personas normales. Auristela era la única que se veía animada. No dejaba de tomarse *selfies* con el teléfono y de arrastrar a su hermano con ella.

—Uff, deja de bostezar, ¡arruinas las fotos! —se quejó y le dio un codazo. Él respondió con otro bostezo largo y, cuando ella terminó de usarlo como atril, agachó la cabeza sobre el plato, con los ojos pesados.

En el otro extremo de la mesa, Dezi asentía con la cabeza después de algún que otro bocado. Estaba rodeado por Marino y Xochi; el primero, le lanzaba miradas rabiosas a Ocelo, que lucía más malhumorade de lo habitual mientras apuñalaba la comida. Cuando Teo se inclinó para comer otro bocado delicioso de pescado tostado con arroz, una de sus alas se escapó y le dio un golpe en el rostro a Ocelo.

—¡Ten cuidado! ¡Tus estúpidas plumas se me metieron en la nariz! —rugió.

—¡No puedo evitarlo! —respondió Teo e intentó controlar la combinación de músculos correcta para poner el ala en su lugar.

Hubo un ruido de vidrio y, luego, Auristela jadeó.

—¿Alguien puede venir a recoger a este niño? —dijo echando humo, con la camiseta empapada. Aurelio le ofreció una servilleta, que ella le arrancó de la mano. —¡Está echándome su mala suerte!

—No fue mi culpa —dijo Xio, con la voz retraída, pero una expresión feroz y las mejillas enrojecidas.

—¡Deja de fastidiarlo! —Los ojos de Teo ardían de furia.

La chica soltó una risa aguda.

—¡Ustedes no deberían estar aquí! —Lo miró a los ojos como si estuviera desafiándolo. —Solo son relleno.

—Stela —advirtió Aurelio, mirándola sorprendido. Las mejillas de Teo se tiñeron de vergüenza, pues no necesitaba que Aurelio

defendiera su honor.

—Esta es una competencia entre nosotros, los Dorados —coincidió Ocelo. —Ustedes dos son sacrificios por defecto.

—Muchachos, cálmense… —Atzi quiso intervenir, pero el daño estaba hecho.

—Ah, ¿y creen que uno de *ustedes tres* ganará? —inquirió Niya, señaló a Ocelo, Auristela y Aurelio y se echó a reír.

—Odio decirlo —agregó Teo, alentado por la osadía de su amiga. —Pero necesitarán un plan de emergencia para convencer a sus padres de que los quieran.

Auristela echaba humo y tenía los ojos en llamas, por lo que Teo retrocedió.

—Demasiado presumido para haber quedado en octavo lugar, ¿eh, Chico Pájaro? Ocelo, ¿cómo es ese dicho que me gusta? ¿El del gato y el canario?

Ocelo le mostró las garras a Teo.

—Sol puede ver a través de toda tu basura —comentó Niya con una sonrisa.

—Ah, ¿y tú eres mucho mejor que nosotros? —replicó Ocelo. —Solo estás aquí porque tu padre es el exnovio desdichado de Sol.

Teo ahogó un jadeo. La mesa se sacudió. Los platos saltaron. Niya y Ocelo estaban de pie. Él se alejó de un salto para esquivar la daga larga de obsidiana que se había materializado en la mano de Niya, con la punta hacia la garganta de Ocelo.

—Repítelo —dijo en un tono bajo y letal. —Te reto a que lo hagas.

Ocelo mostró los dientes. El rostro bonito de Auristela se retorció en una mueca de desdén desagradable. Aurelio se movió y Teo, por instinto, sujetó el borde de un plato, listo para…

¡Paf, paf, paf, paf, paf!

Algo lo golpeó en la cabeza, lo sacudió y lo sacó del ataque de rabia.

—¡Auch! —chilló. Los demás se estaban frotando las cabezas y mirando confundidos alrededor.

—Ya fue suficiente. —Luna estaba parada con una sandalia plateada en la mano. —Pensé que tendrían más energía después de un día tan alentador, pero se están comportando como unos niñitos con

sueño, así que… —Chasqueó la lengua y continuó en tono punzante, con un rastro ácido. —Hora de ir a dormir. La cena terminó.

—¡Pero los demás no hicimos nada! —argumentó Marino. Luna le lanzó una mirada, con lo que el chico se echó atrás. Todos salieron en fila de a poco, y él se guardó un poco de pan en los bolsillos de camino.

Teo sabía que esa pelea estaba lejos de haber terminado, pero Luna la había aplacado por el momento.

Cuando Ocelo y Auristela pasaron, con Aurelio detrás, Niya les lazó un beso.



—*Idiotas* —siseó Teo cuando llegaron a la habitación de Xio. El pequeño se sentó a los pies de la cama, y Niya se desplomó junto a él.

—Ahora pueden ver con lo que tengo que lidiar a diario —protestó ella mientras giraba los brazaletes en su muñeca. —Aunque no suele ser *tan* intenso.

Teo se frotó la frente. Solo podía hablar por él, pero, aunque solía poder controlar la rabia, parecía estar perdiendo la paciencia muy rápido allí.

—Quizás todos estamos muy cansados y por eso nos irritamos —comentó al caminar de un lado al otro.

—Es mi culpa que nos odien. —Xio tenía el rostro retorcido por la frustración. —¡Siempre pasa esto! Y esta vez se metieron con tu papá, Niya, eso estuvo *muy* mal…

Niya se sentó y le dio puñetazos al cubrecama blanco.

—*No* es tu culpa, chico —le aseguró Teo. —Siempre nos odiaron.

—Dijeron que somos sacrificios por defecto… —La expresión del pequeño pasó de rabia a impotencia.

—*Idiotas* —repitió Teo porque volvió a hervirle la sangre. —¡Ninguno de ellos merece ser Portador del Sol! ¡Si ganan, juro que me arrancaré las alas! —Luego giró para mirar a sus amigos. —¡*No* podemos dejar que ganen, no importa lo que pase! —decidió.

—¿No deberíamos preocuparnos más por no morir? —preguntó Xio.

—Bueno, *sí*. ¡Pero también tenemos que patearles el trasero!

¡Piensa en lo humillante que sería que Ocelo, Auristela y Aurelio pierdan!

—No podemos detenerlos —dijo Xio en tono miserable.

—No es suficiente que salgamos con vida, también tenemos que vencer a esos tres —insistió Teo. El pequeño lo miró con escepticismo, así que continuó. —¿Qué mejor manera de vengarnos de todo su elitismo estúpido que haciendo que gane uno de los marginados? Niya es la que tiene más posibilidades, por supuesto.

—Eso los *mataría* de rabia —musitó ella. —Y me *encantaría* ver el rostro de Diosa Lumbre si ninguno de sus hijos se convierte en Portador. Lo único que le importa es la Academia y asegurarse que alguno de sus hijos sea siempre el mejor. ¡Se pondría como loca!

—¡Mucho mejor! —reafirmó Teo.

—¿Creen que podríamos lograrlo? —preguntó Xio, dudoso.

—¡Seguro que sí! —Él le dio un pequeño sacudón en el hombro. —Sé que la primera prueba no resultó muy bien…

—Te quedas un poco corto…

—Pero fue una práctica. Nos quedan cuatro pruebas más, ¿no? Suficientes oportunidades para derribar al trío y llevar a Niya a la cima de la tabla de posiciones. *Y* para mantenernos lejos del último lugar.

—No será fácil. —Xio se rascó la nuca y lo miró entre los rizos.

—No, pero tenemos un arma secreta.

—¿Mi cuerpo matador? —arriesgó Niya, con las uñas entre los dientes.

—No, ¡Xio!

—¿*Yo*? —El pequeño lo miró alarmado.

—¡Sí! —Teo se sentó en la cama junto a él. —Tú y tu conocimiento enciclopédico de todos los competidores —explicó, señalándole la frente.

—*Ah.* —Niya se sentó derecha y abrió bien los ojos, pero el chico todavía no parecía convencido.

—¿Dónde está tu colección? —preguntó Teo. Xio lo miró confundido y, de forma automática, se llevó la mano al pecho. —No tu compresión, tu *colección* de cartas —lo corrigió.

—¡Ah! —El chico sacó el archivador de debajo de la almohada.

—Haznos un resumen de Aurelio, de Auristela y de Ocelo. Si conocemos sus fortalezas y debilidades, podremos usarlas contra ellos en las pruebas.

—¡Es una idea genial! —Niya se acomodó del otro lado del chico.

—Bueno, todos los semidioses tienen más fuerza y resistencia que los humanos —comenzó a decir Xio y pasó las páginas del archivador. Estaba lleno de contenedores transparentes con nueve compartimientos cada uno, en donde las cartas estaban ordenadas en orden alfabético. Algunos semidioses tenían solo una carta, mientras que otros tenían muchas. Algunas eran sencillas, otras eran holográficas o lenticulares. Incluso había algunas hechas de oro sólido. —Por defecto, los Dorados son más fuertes que los Jades, pero cada uno tiene poderes naturales heredados de sus padres, como tú con tus alas. O la habilidad de manipular la tierra de Niya.

—¿Y los poderes especiales? —quiso saber Teo.

—Cuando van a la Academia, los Dorados se centran en una habilidad y la convierten en su especialización.

—La mía es convertir los minerales y rocas en armas —explicó Niya. Para demostrarlo, convirtió el brazalete de titanio de su mano izquierda en un escudo y el de plata de la derecha, en una maza, que parecía muy dolorosa.

Xio pasó las páginas hasta la de Aurelio y Auristela, que ocupaban dos contenedores completos, del frente y del reverso.

—Las cartas detallan las especialidades, además de las fortalezas y debilidades. —Sacó una carta de cada mellizo y las señaló para compararlas. —Aurelio es un Manipulador y Auristela es una Iniciadora.

—¿Qué significa eso? —preguntó Teo.

—Aurelio puede manipular el fuego para hacerlo más grande, más chico o para apagarlo por completo —explicó su amiga. —Auristela puede crear fuego. Por eso Aurelio usa esos tontos guantes de tres dedos. El sílex le permite encender una llama.

—Él un Héroe defensivo; Auristela es ofensiva —agregó Xio.

—Entonces, ¿por qué los enviaron a ambos al incendio en Quetzlan? ¿Auristela no empeoraría las cosas?

—Todos los hijos de Diosa Lumbre son resistentes al fuego —dijo

la chica, como si todo el mundo lo supiera.

—Puede asistir en el rescate —reafirmó el pequeño, y Teo supuso que tenía sentido. —Estos gráficos radiales muestras las fortalezas y debilidades de los semidioses.

—¿Qué gráficos? —inquirió Teo con el ceño fruncido.

—Los gráficos radiales muestran datos de múltiples variables, le asignan un eje a cada variable y disponen los datos en forma de polígono entre todos los ejes —explicó al señalar una clase de gráfico que Teo no había visto en su vida, así que lo miró inexpresivo.

—No puedo creer que por fin soy más lista que Teo en algo —balbuceó Niya para sí misma antes de sentarse derecha. —Muestran qué tan bueno o malo es alguien en diferentes cosas, ¡y crean formitas adorable! —detalló.

—Ah. —Él analizó los dibujos amorfos. —Creo que tiene sentido…

—Hay seis puntos en tres ejes —continuó Xio. —Poder y energía, velocidad y resistencia, y ofensiva y defensiva. En general, un gráfico concentrado en las puntas refleja a un semidiós que es más activo, como una central eléctrica; uno concentrado en el centro significa que la persona es más estratégica. Lo ideal es tener un equilibrio entre los seis puntos. Así que, cuando el gráfico más se parezca a un hexágono, más equilibrado será el semidiós.

—Espera, ¿de dónde salen estas estadísticas?

—De nuestras calificaciones en la Academia —respondió Niya.

—Así que, en resumidas cuentas, ¿sus calificaciones son de público conocimiento?

—Eso creo. —Ella se encogió de hombros.

—Vaya. —Teo comparó los gráficos radiales de los mellizos. —Son casi iguales.

—Casi, solo que Aurelio es más estratégico, y Auristela es más poderosa —señaló Xio.

—En cierta forma, sus poderes van de la mano, ¿no?

—Sí, se complementan bastante.

—Por eso siempre entrenan juntos, como si fueran un equipo en lugar de dos individuos —agregó Niya con un tono irritado. —Creo que esta fue la primera vez que se separaron y tuvieron que competir entre ellos.

—Dudo que eso evite que hagan equipo cuando tengan la oportunidad —resopló Teo. Tenía sentido y era la mejor estrategia. Sabía que Auristela era muy fuere y que lo usaba a su favor, pero no había pensado en que Aurelio estaba más del lado defensivo. No le costaba pensar en ellos como si fueran la misma persona, aunque los había visto disgustados, como cuando Aurelio fruncía el rostro por algo que decía su hermana.

—Aquí están detalladas las debilidades específicas —dijo Xio y señaló debajo del gráfico.

—Agua y frío —leyó Teo.

—Ah, sí, tuvimos un campamento de entrenamiento en el que nos dejaron en la montaña en invierno —recordó Niya con una expresión petulante. —Llovió e hizo muchísimo frío. Para cuando terminó, los dos estaban enfermos y tuvieron que pasar la noche en la enfermería.

—No sé cómo podríamos usar agua o frío contra ellos —protestó el chico, molesto de que no hubiera una solución fácil.

—Dependerá de las pruebas —ofreció Xio.

—Que no sabremos cómo serán hasta que comiencen —bufó él. —Sería más fácil si los viéramos en acción. Apenas pude ver a Auristela en la primera prueba, y Aurelio estaba en el lado opuesto de la montaña.

—La han pasado en todos los canales de noticias —dijo el pequeño al sacar su teléfono, un modelo viejo con una funda protectora gruesa. —Seguro que todavía están transmitiendo fragmentos. —En cuestión de segundos, abrió una transmisión en vivo de las noticias y, de hecho, estaban mostrando repeticiones de las pruebas.

—No creí que llegaría el día en que agradecería la existencia de Chisme —se quejó Teo al tomar el teléfono. Por suerte, estaban mostrando a Aurelio y a Marino batallando mientras corrían por su lado de la montaña. Se lanzaban agua y fuego e intentaban desestabilizar y superar al otro, al tiempo que se mantenían en sus propios senderos.

—Ve lo cuidadoso que es con el agua —comentó Xio señalando a Aurelio, que se había escondido detrás de una saliente en las rocas y había esquivado por poco un torrente de agua a presión.

—Sí —balbuceó el chico para sí mismo. —¿Qué probabilidades

hay de que la próxima prueba sea bajo el agua? —bromeó con una sonrisa amarga.

—Siempre me pregunté cómo es que se *bañan* si el agua los perjudica tanto —reflexionó Niya, que estaba retorciendo una de sus trenzas descuidadas.

—Es probable que no puedan darse baños de tina —supuso Teo.

—Quizás se duchan *muy rápido* —sugirió ella con una sonrisa.

Imaginar a Aurelio entrando y saliendo de la ducha de un salto hizo que Teo se echara a reír, pero se vio interrumpido cuando el video cambió por uno de él en el aire con sus alas nuevas, siendo impactado por un rayo.

—¿Cuál es la debilidad de Atzi? —preguntó. —Me gustaría evitar que me electrocute frente a miles de personas otra vez.

—Disminución rápida de la energía —leyó Xio tras retroceder unas páginas.

—¿Y eso qué es? —Teo frunció el ceño.

—Se cansa muy rápido —clarificó su amiga. —Necesita de mucha energía física para crear rayos. Los anillos que usa son conductores que la ayudan, pero apenas tiene trece años (sin ofender, Xio), así que queda exhausta si se presiona demasiado.

—Suena como una batería recargable —bromeó él.

—O uno de esos aparatos desfibriladores —agregó Xio. A medida que el video se reproducía sin parar, Teo recordó la explosión eléctrica que lo había impactado.

—Creo que ya vi suficientes noticias —dijo y devolvió el teléfono.

—¡Ah, el video de ese momento se hizo viral en TicTac! —dijo Niya con entusiasmo.

—*¿Qué?* —A Teo se le paró el corazón.

—¡Sí! —reafirmó ella, que, al parecer, no captó el pavor en la voz de su amigo. —Hay personas recreándolo y esas cosas. Incluso una chica lo convirtió en una canción de *dubstep* mezclando el grito extraño que hiciste con los jadeos de la multitud.

—Retiro lo que dije sobre Chisme —repuso él entre dientes. Así *no* era como quería que recordaran su actuación en las pruebas.

—¡Oye, no es tan malo! —lo consoló Niya, con una mano en su hombro. —¡Podrías ganar apoyo si te sumaras a ellos!

—Podrías conseguir seguidores y empezar a monetizar tu contenido —sugirió Xio para hacerlo sentir mejor, pero no funcionó.

—Estoy bien así, gracias.

—Auristela tiene muchísimos seguidores en Instagrafía —parloteó Niya. —¿Sabías que tiene el patrocinio de esa empresa multinivel cuestionable de batidos? —preguntó y sacó su propio teléfono. En segundos, tenía el perfil de Instagrafía de Auristela abierto en la pantalla agrietada. —Si tengo que verla con un batido verde moco una vez más, juro que voy a vomitar.

Había varias fotografías de la chica posando de forma imponente en un gimnasio o algún otro lugar pretencioso, siempre con la cola de caballo alta y con algún producto en la mano.

—¿Qué hay de Aurelio? —inquirió Xio, asomado sobre el hombro de Teo.

—Él no tiene una cuenta —negó él.

—¿Y *tú* cómo sabes eso? —Niya lo miró con los ojos entornados.

—¿Y cómo sabes tú que Auristela tiene patrocinadores? —Requirió muchísimo esfuerzo que él mantuviera una expresión neutral.

—Yo… ¡Qué! —soltó ella ante de fruncir el ceño. —¡Devuélveme el teléfono!

—Pasemos a Ocelo —sugirió Xio, conteniendo la risa. Había tres cartas de Ocelo, y el pequeño sacó la más reciente; una versión lenticular coleccionable que variaba entre la figura de Ocelo normal y su forma potenciada. —Es une semidiose mutante, es decir que su poder le permite cambiar sus características corporales de forma temporal. Y, como hije de le Diose Guerrero, adquiere propiedades de jaguar.

—Su gráfico radial está muy concentrado en las puntas —señaló Teo.

—Ah, sí, Ocelo es une total idiota; no es más que poder y fuerza bruta —afirmó Niya y puso los ojos en blanco.

—Suena parecido a ti —bromeó él.

—Oye, ¡soy mucho más inteligente que Ocelo! —insistió ella. Se sentó para comparar ambos gráficos y agregó—: ¿Lo ves?

—Debilidades: inteligencia y resolución de conflictos —leyó Xio en la de Ocelo.

—Vaya, eso tiene mucho sentido. —Teo soltó una risotada.

—¿Dónde están sus cartas? —preguntó la chica, que volvió a pasar las páginas.

—No tenemos —respondió Xio.

—Solo somos Jades, ¿recuerdas? —Se suponía que fuera en chiste, pero su voz sonó demasiado aspera.

—Ah, sí. Perdón, a veces lo olvido. —Ella sonrió con inocencia y le devolvió las cartas a Xio.

—¿Qué poderes tienes tú? —preguntó Teo a Xio para cambiar de tema, a lo que el pequeño solo se encogió de hombros.

—No tengo —respondió en voz baja y con la vista en el archivador. —Al menos ninguno útil. No estoy seguro de que "tener mala suerte" sea un poder.

—Apesta, amigo —comentó Niya, con poco tacto, pero con compasión.

—Poder causarle mala suerte a otra persona sería un buen poder —musitó Teo.

—Sí, lo sería —coincidió el pequeño en tono breve y conciso, como si no quisiera hablar de eso.

—El último Jade compitió hace ciento treinta años, ¿no? —preguntó Teo para no presionarlo.

—Sí, estudiamos eso en la clase de Historia, pero es lo único que recuerdo —afirmó su amiga.

—¿Tienes algo sobre eso, Xio?

—No, empezaron a hacer cartas hace unos cincuenta años, más o menos. Hicieron versiones retro, solo que son muy difíciles de conseguir. De seguro hay algo en línea. —Abrió la aplicación en el teléfono y, en un instante, estaba reproduciendo un video. La imagen estaba en blanco y negro y se veía granulada, por lo que era difícil descifrar qué estaba pasando. Cuando la cámara hizo foco, Teo distinguió enseguida que se trataba de la ceremonia del Portador del Sol. El ganador, algún semidiós Lumbre con un corte de cabello horrible, estaba parado con orgullo debajo de la Piedra Solar, sonriéndole a la multitud. Fantasma estaba a un lado del ganador y, del otro, había una semidiosa Jade. La cámara hizo un acercamiento al rostro de la chica y, aunque era difícil de distinguir en la imagen

antigua (se veía borroso y apagado), parecía aterrada y tenía los labios apretados.

—¿Cómo se llama? —preguntó Niya, que miraba la pantalla con los ojos entornados. Xio pasó las páginas hasta el final del archivador, en donde tenía una lista de los ganadores y perdedores de todas las Pruebas del Sol hasta la fecha.

—Paloma —leyó. —Es… —Dejó de hablar de forma abrupta.

—¿Qué? —insistió Niya. La cámara se alejó para hacer un cameo más general del altar y de los semidioses.

—¿Qué es eso? —se preguntó Teo en voz alta, señalando dos manchas detrás de los hombros de la chica. Entonces, Paloma giró para acercarse al altar de sacrificio, y fue como si alguien le hubiera quitado el aire de los pulmones de un golpe al chico. —¡Son alas! —jadeó. —¡Tiene alas! ¿Por qué? —dijo mirando a los otros dos.

—Paloma, hija de Quetzal. —Xio, dudoso, señaló la lista.

Teo sintió que le palpitaba la cabeza; el pulso acelerado hizo que le cosquilleara y se le adormeciera todo el cuerpo. Aferró el teléfono con las manos sudorosas y temblorosas mientras veía a la chica (su media hermana) tendida sobre la mesa de piedra, con las alas desplegadas debajo de la espalda, largas y elegantes.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le exigió a Niya con la vista en la cinta.

—¡No lo sabía! —respondió enseguida. —La clase de Historia es muy aburrida y la dictan después de almorzar, así que me quedo dormida *casi siempre*.

—¿Tu madre nunca te lo dijo? —dijo la voz baja de Xio en algún lugar detrás del hombro de Teo. Él negó con la cabeza, pues ella nunca le había dicho ni una palabra sobre Paloma.

—¿Por qué no te lo diría? —se preguntó Niya.

En la pantalla, el Portador del Sol se acercó a la mesa con una daga negra en la mano. Cuando se paró sobre ella con la daga sobre la cabeza, Paloma cerró los ojos.

Y el video terminó.

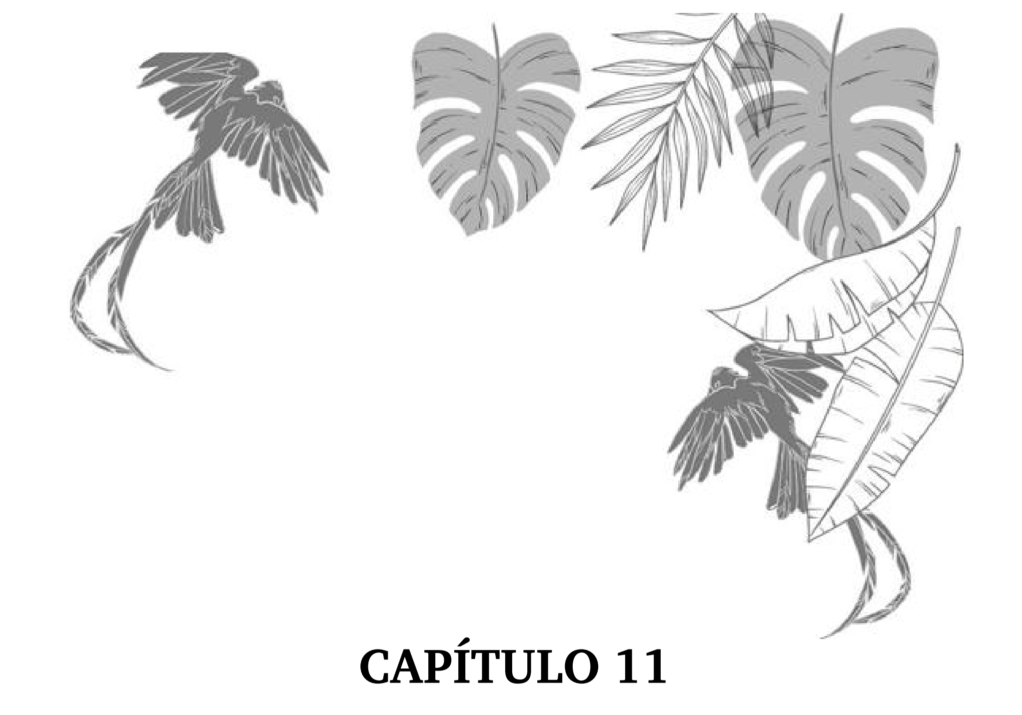
¿Por qué su madre *no* se lo había contado? Quizás no quería que él tuviera miedo o, tal vez, no soportaba mencionarla. Comenzaron a pasar recuerdos por su mente: cómo su madre lo había protegido para

que no viera el sacrificio de hacía diez años; lo aterrada que había estado cuando Sol lo había elegido a él para las pruebas; el abrazo fuerte y el alivio en la voz cuando él había pasado la primera prueba.

Su madre había estado cargando con eso sola, en una ciudad en la que era la única inmortal, en donde nadie había conocido ni recordaba a la hija que había perdido.

—Lo siento por tu madre —dijo Xio en voz baja y triste.

A Teo se le revolvió el estómago. Su madre ya había tenido que ver cómo una hija competía y perdía en las pruebas. Y estaba viviéndolo otra vez. Si él no hacía nada, ella perdería a otro hijo.



CAPÍTULO 11

Fiel a su naturaleza de oso, Niya decidió que estaba demasiado llena después de la cena como para hacer algo, así que se fue a dormir. Teo y Xio fueron a la sala común, en donde Auristela y Ocelo se habían adueñado del televisor gigante y estaban viendo las noticias. El pequeño dijo que le gustaban los rompecabezas, pero cuando los otros dos empezaron a reírse como hienas al ver sin parar la cinta de Teo cayendo del cielo, él decidió que necesitaba hacer algo para descargar la furia. Le dijo a Xio que pensaba ir a la sala de entrenamiento, a lo que el chico accedió, pero solo para darle apoyo moral.

—Buena suerte —le dijo con una palmada en la espalda. Luego se desplomó sobre una pila de colchonetas, se puso la capucha de la sudadera y abrió el archivador de cartas sobre sus piernas.

Teo resopló al ver todo el equipamiento sofisticado que no tenía idea de cómo usar. Consideró irrumpir en la habitación de Niya y arrastrarla hasta allí para que lo ayudara. Si las alas se rehusaban a volver a la compresión, era buena idea que aprendiera a usarlas. Era

el único competidor que podía volar y esa era su mayor ventaja sobre los Dorados. Pero ¿cómo demonios debía empezar?

La mayoría de las aves aprendían a volar cuando eran bebés y sus madres las ayudaban a saltar de los nidos. Solo que Teo no tenía a su madre ni un lugar lo suficientemente alto del que saltar, así que tendría que improvisar hasta descubrir algo que funcionara.

El suelo acolchonado era un lugar que parecía seguro para intentarlo. Primero, practicó despegar. Cuando logró hacerlo, era demasiado inestable y no lograba un buen ritmo al agitar las alas. Era como si su cerebro no pudiera concentrarse en moverlas mientras también intentaba mantener el equilibrio. Controlar un tercer par de extremidades no era sencillo, en consecuencia, lo único que consiguió fue varios intentos fallidos de mantenerse a un metro del suelo antes de caer despatarrado. Intentaba compensar los mínimos cambios de peso con las alas, pero luego se excedía y terminaba con el trasero en el suelo. Le resultaba imposible aterrizar con los pies cuando las alas y los brazos lo desequilibraban. Siguió levantándose e intentándolo otra vez porque podía ser un tonto, pero era un tonto testarudo, decidido a hacer *algo* bien.

Alrededor de la trigésima caída, vio que Xio se había quedado dormido en el nido de colchonetas, así que por lo menos no tenía público. Sin embargo, estaba sentado en el suelo con el rostro bañado de sudor y se le agotaba la paciencia.

—¿Podrían *cooperar*? —gruñó y le dio un codazo a una de las alas. La otra giró y le dio un golpe en el rostro.

Con el ceño fruncido, escupió plumas azules y verdes de la boca. Quizás el problema fuera que las alas aún no tenían suficiente fuerza. Después de haber estado tanto tiempo restringidas, debían haber perdido la masa muscular necesaria para mantener el equilibrio al volar. Quizás tenía que fortalecer los hombros o lo que fuera necesario para poder controlarlas un poco.

Para estar más seguro, buscó una de las colchonetas, con cuidado de no despertar a Xio en el proceso. Luego se puso ese polvo que parecía tiza en las manos, porque siempre veía en la televisión que los hombres lo hacían, y se acercó a uno de los anaqueles de pesas circulares como escudos. Tras echar un vistazo durante unos cinco

segundos, se decidió por un disco de veinticinco kilos. Recordó el consejo de Aurelio: mantener la pesa cerca del cuerpo y usar las piernas. No pudo moverla, así que bajó a veinte kilos. Después a quince.

Llevó la pesa rodando hasta el sector que había dispuesto y, después de forcejear un poco, la levantó y la sostuvo contra el pecho con los brazos cruzados. Eso tenía que fortalecerle las alas, así que empezó a moverlas con aleteos amplios y forzados. Para cuando logró despegar del suelo, tenía la frente cubierta de sudor. Al menos, el peso extra parecía ayudarlo a estabilizarse, pero hacer que las alas se movieran requería demasiado esfuerzo. Tanto que apretó los ojos y arrugó el rostro y, cuando volvió a abrirlos, estaba a tres metros del suelo. Una risita triunfal brotó en su pecho que lo desconcentró y lo hizo caer unos cuantos centímetros, así que se apresuró a recuperarse y encontrar un ritmo estable otra vez.

Entonces, se abrió la puerta y Aurelio apareció en la habitación.

Usaba el equipo de entrenamiento provisto por la Academia: shorts negros y una camiseta sin mangas que tapaba muy poco su cuerpo musculoso. Caminó varios pasos antes de ver a Teo.

Teo maldijo por lo bajo. Claro que *Aurelio* tenía que aparecer justo en ese momento: siempre estaba en primera fila para ver sus peores fracasos. Se esforzó por ignorarlo, mientras que el sudor excesivo en las manos convertía el polvo de tiza en una pasta, y la superficie de goma de la pesa empezaba a deslizarse de sus dedos. Intentó levantarla más en el pecho y mantenerse en vuelo, pero el movimiento repentino lo hizo caer medio metro más.

Aurelio se paró a mirarlo de brazos cruzados.

De haber tenido una mano libre, Teo le hubiera mostrado el dedo medio. Apretó los dientes, jadeando, e intentó resistir porque estaba decidido a no fallar frente a él. Sin embargo, le ardían los brazos, tenía una punzada en el costado y le temblaban los músculos de la espalda y de las alas. Intentó soportar el peso, pero estaba perdiendo el agarre. En el último esfuerzo desesperado, el ala derecha se acalambró y lo abandonó. Con un grito de dolor, echó la cabeza atrás, cayó desde el aire y aterrizó de espaldas sobre la colchoneta delgada que no lo amortiguó en absoluto. Medio segundo después, la pesa cayó

sobre él.

—¡Uff! —El peso lo dejó sin aire y le nubló la vista. Intentó apartarlo, pero tenía los brazos demasiado débiles después de haberlo sujetado tanto tiempo, así que se rindió y se desplomó de espaldas, con las alas y los brazos tendidos a los lados. Cerró los ojos y deseó que Aurelio lo dejara solo con la humillación o que Sol lo hiciera desmayarse para escapar de la vergüenza. Pero claro, ninguno de los dos le haría las cosas fáciles.

—¿Necesitas ayuda? —Cuando abrió los ojos, vio a Aurelio parado sobre él, mirándolo desde arriba con expresión complacida. Tenía el cabello negro apartado del rostro en el rodete de siempre, las cejas gruesas fruncidas y preocupación en los ojos color ladrillo. Lo acompañaba un ligero olor a humo, que no era fuerte, se parecía al olor que le quedaba a la sudadera de Teo después de varias semanas de haber ido a una fogata. Como no respondió, Aurelio agregó—: ¿O es una rutina de entrenamiento que no conozco?

Reunió toda la energía que tenía para fulminarlo con la mirada.

—Ayúdame o actúa como un idiota. No *ambas*.

El otro chico casi esbozó una sonrisa, luego se agachó, levantó la pesa con una facilidad frustrante y la dejó en la colchoneta. Teo tomó aire y se frotó las costillas adoloridas mientras veía a Aurelio dirigirse al dispensador de agua. Lo más sensato hubiera sido que se largara y fuera a dormir, pero rara vez tomaba la decisión más sensata y no iba a empezar en ese momento, así que se levantó y empezó a aletear otra vez.

—No estás extendiendo las alas por completo.

Se dio vuelta justo a tiempo para atajar de casualidad la botella de agua que Aurelio le arrojó.

—Sí, lo estoy haciendo. —Para probarlo, se paró derecho, desplegó las alas hacia los costados y le sonrió con suficiencia, a lo que el chico lo miró con exasperación.

—Gira los hombros hacia atrás y hacia abajo —dijo y le mostró el movimiento, con el que bajó los hombros redondeados y la camiseta se le pegó al pecho torneado. —Abre el pecho.

—¿Desde cuándo eres experto en alas? —Teo frunció el ceño al tiempo que se le encendían las mejillas. ¿Estaba pavoneándose?

Aurelio negó con la cabeza y fue a lo que parecía un gimnasio en la jungla, lleno de pesas y poleas. Seguir el consejo del chico iba en contra de los instintos de Teo, pero al menos podía intentarlo para probar que se había equivocado, así que esperó a que estuviera ocupado reubicando un elemento y luego giró y bajó los hombros. De forma automática, las alas se extendieron y encajaron en su lugar, como si midieran un metro más que antes. —Guau —dijo por lo bajo al ver el brillo de las plumas bajo la luz.

—Te lo dije —repuso el otro con una sonrisita complacida, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo. Lo único que Teo odiaba más que equivocarse era que Aurelio tuviera razón. —Hay algunos estiramientos…

—No, gracias.

—Te ayudarán con el rango de extensión.

—Quieres que muera de aburrimiento —refunfuñó y volvió al anaquel de pesas. Quizás si probaba con una más liviana…

—Si te exiges demasiado, acabarás lastimándote o estarás demasiado exhausto para competir —repuso el otro, apoyado contra el anaquel.

—No soy un niño —replicó él mirándolo con tenacidad y con los dedos clavados en la pesa.

—No estaba atacándote —respondió Aurelio en tono lento y parejo. Era muy difícil pelear con alguien que se rehusaba a levantar la voz, pero Teo decidió tomarlo como un desafío.

—Ah, ¿y estás aconsejándome por pura bondad? Pensé que querías *ganar* esto.

El chico se quedó rígido.

—Sí, quiero —dijo, más para sí mismo. —Quiero ganar, pero no quiero ser Portador del Sol solo porque tú… —Se quedó callado. ¿Qué estaba pasando?

—¿Solo porque yo qué? ¿Porque soy un Jade? ¿Porque soy tan débil que no merece la pena jugar contra mí?

—Esto no es un juego —replicó Aurelio con el ceño fruncido.

—Ya lo sé. —A Teo se le cerró el pecho.

—¿Entonces por qué te comportas como si lo fuera? —insistió el otro con absoluta seriedad.

Teo pensó que, quizás, de verdad quería una respuesta, que no lo estaba haciendo solo para molestarlo. Se quedó helado, sin saber qué decirle. Por el rabillo del ojo percibió movimiento: Xio se había despertado en la pila de colchonetas y estaba sentado mirándolos con las cejas arrugadas. La frustración nubló el juicio de Teo y se le coló bajo la piel.

—¡Me lo estoy tomando en serio! Solo me parece retorcido lo ansiosos que están tú y tus amigos por convertirse en asesinos.

—Sin el sacrificio, el mundo acabaría.

—Bueno, si ser *asesinado* es un honor, entonces el *ganador* debería ser sacrificado —gruñó mientras intentaba mover la pesa. Por un momento, pensó que había ganado la discusión, pues el chico no dijo nada.

—No es una pelea justa —dijo al final con voz tensa.

—¿Por qué? —sentenció Teo y dejó caer la pesa otra vez en el anaquel antes de girar hacia él. —¿Porque no soy un Dorado?

Aurelio retrocedió, sorprendido, pero se recuperó enseguida.

—Sí —respondió como si fuera obvio. —La Academia nos entrena para esto desde que somos niños. Tú no tienes idea de lo que estás haciendo…

—Vaya, eres *muy* engreído… —Teo negó con la cabeza y soltó una risa amarga, a lo que el otro tensó la mandíbula y resopló.

—Si hubieras entrenado aunque sea la mitad del tiempo que los demás, te iría muy bien.

—Te tomas esta basura *demasiado* en serio…

—¡Y tú no le das la seriedad suficiente! —sentenció Aurelio al final.

Todos los sentimientos desagradables que Teo había enterrado salieron a flote. Recordó cada vez que sintió que no era suficiente semidiós para ser un Dorado o demasiado semidiós para ser un chico. Cada mirada cruel de Auristela o risa desagradable de Ocelo. Cada vez que Aurelio le dio la espalda. Todos esos recuerdos se revolvieron, se agitaron y brotaron por su boca.

—¡Ustedes los Dorados se pavonean *fingiendo* ser Héroes, cuando no son más que bravucones con complejo de dios! —soltó. —Intento mantenerme a mí y a mis amigos con vida, mientras lo único que te

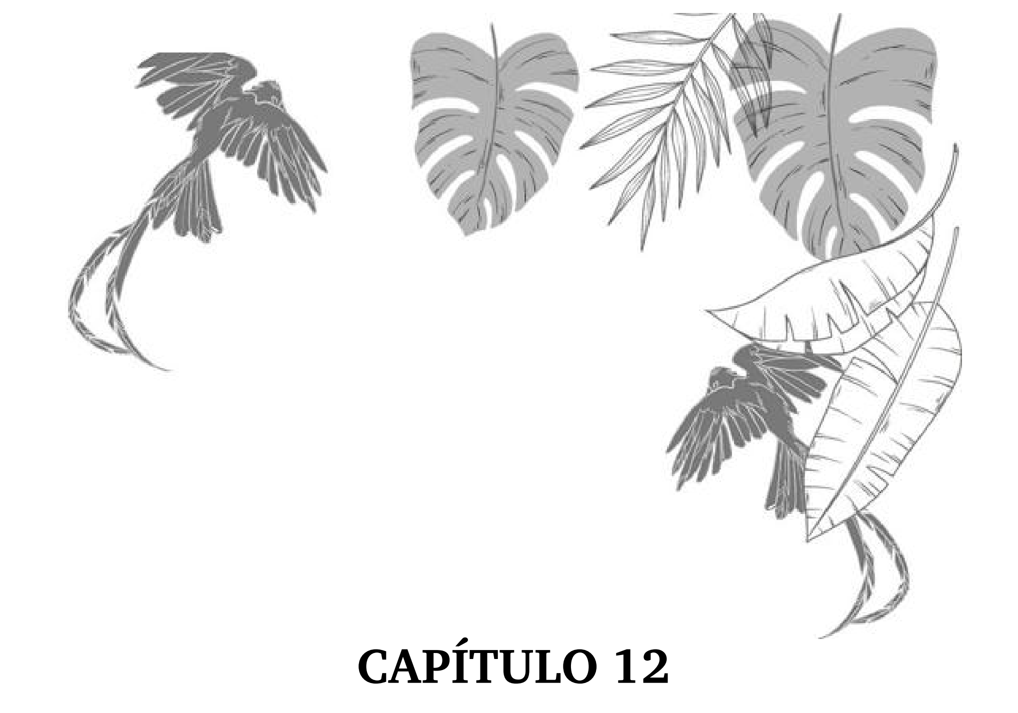
importa a ti son las posiciones y enorgullecer a mami.

Los ojos cobrizos de Aurelio destellaron, y Teo esperó que se enojara, que le gritara enfurecido, pues él *quería* pelear. Quería hacerlo sentir menos para que supiera cómo era. Pero, por supuesto, el chico nunca le daría lo que quería. En cambio, se enderezó sin perder la compostura, aunque Teo pudo percibir que tenía los puños apretados.

—Conseguirás que te maten —dijo de forma simple y clara antes de marcharse y dejar que la puerta se cerrara de un golpe. A su paso, dejó a Teo sin aliento y con piernas temblorosas. Aunque había querido que Aurelio se fuera, le dolió que lo hiciera.

—Eso fue raro —comentó Xio, que se había acercado en silencio. Miró hacia donde el chico había desaparecido antes de girar hacia Teo con nerviosismo. —¿Estás bien?

—Sí —respondió él. Resolló y se secó el sudor de la frente. No dejaría que Aurelio lo afectara, esa había sido alguna clase de lucha de poder machista, y él no pensaba caer en eso. Lo más importante: no pensaba dejarlo ganar y solo tenía una forma de lograrlo. Si quería derrotar a los Dorados, tendría que actuar como uno de ellos.



CAPÍTULO 12

A la mañana siguiente, Teo tenía el cuerpo tan cansado que apenas pudo levantarse de la cama. Todos los músculos del tronco superior (desde los hombros hasta las alas e incluso los dedos) le dolieron y protestaron cuando se duchó y se puso el uniforme.

Aurelio había estado en lo cierto, pero prefería sufrir antes que permitir que él lo supiera. Aunque usó toda su concentración para no revelar el dolor, fue en vano, pues el chico no le prestó atención en absoluto durante el desayuno. De hecho, ninguno de los Dorados lo hizo. Conversaban alegres entre ellos, intentando predecir qué prueba terrible los esperaba a continuación. Otra vez, Teo, Xio y Niya eran solo relleno, como había dicho Auristela. Mientras que los otros dos hablaban, Teo estaba distraído intentando encontrar la mirada de Aurelio. En general, el chico miraba hacia él de tanto en tanto, pero no ese día. Era como si lo ignorara a propósito, para molestarlo, probablemente. Teo tuvo que contenerse para no darle un puñetazo a

la mesa y obligarlo a mirar.

—Come banana como un asesino serial —protestó con sus amigos mientras veía cómo Aurelio cortaba la fruta y la comía con tenedor. —¿No creen? —Cuando miró a Niya, ella estaba comiendo una pila de panqueques como si fueran una hamburguesa.

—¿Qué? —preguntó con la boca llena. —¡Recargo carbohidratos!

Teo negó con la cabeza, y Xio soltó una carcajada que hizo que se ahogara con el jugo de guayaba y lo despidiera por la nariz.

—¡Por los dioses, necesito amigos nuevos! —dijo Teo mientras le daba una pila de servilletas.

—Oye, no sé por qué estás mirando tanto a Aurelio, pero está incomodándome —le advirtió Niya con un empujoncito en el hombro. Xio estaba limpiando el desastre que había hecho.

—¡Shh! —chistó Teo y le devolvió el empujón, que no sirvió de nada. —¡No lo estoy mirando! —Sí lo hacía, pero no necesitaba que ella lo señalara.

—Lo estabas mirando, sin dudas —confirmó el pequeño.

—Devorándolo con la mirada, más bien. Es asqueroso, Teo. —Su amiga entornó los ojos. —¿Intentas desvestirlo con la mirada o qué?

—¡Cierra la boca! —exclamó él, con lo que todos los demás lo miraron, a excepción de Aurelio, lo que fue aún más sospechoso. Auristela se inclinó y le dedicó una mirada hostil. Avergonzado, Teo se deslizó en el asiento y se frotó el rostro con las manos. —¡Lo estaba mirando con *desprecio*, no con deseo! —insistió en voz más baja, pero supo que no le creerían después del exabrupto.

Niya se rio, y Xio al menos tuvo la delicadeza de disimular con una tosecita. Él bufó y, cuando levantó la vista, pudo jurar que Aurelio dio vuelta la cabeza con el rastro de una sonrisa.

—Sus atuendos para hoy están esperando —anunció Luna mientras los sacerdotes Sol levantaban los platos del desayuno.

—¿Tenemos que cambiarnos otra vez? —preguntó Teo, a lo que la diosa le lanzó una mirada seria, entonces él cerró la boca.

Con señas marcadas y enfáticas explicó:

—Dios Tierra ha tenido la amabilidad de organizarles un día en las aguas termales de La Cumbre…

Se creó un barullo de emoción en la mesa.

—*Sí* —festejó Teo por lo bajo. Su humor mejoró de inmediato, ya que por fin podría ver cómo era una ciudad Dorada.

—Antes de recibirnos en su templo para cenar —continuó Luna. —Y no dejaré que lo hagan con su ropa de entrenamiento. —Barrió a todos los competidores con la mirada oscura. —Espero que todos sean respetuosos y corteses cuando estén en el templo, no aceptaré ningún comportamiento diferente. ¿Entendido? —Todos asintieron con la cabeza y murmuraron en aprobación. —Muy bien. Dense prisa, tienen una hora antes de que partamos hacia las aguas termales.

Niya se levantó de inmediato y volvió a entrar.

—¿Qué crees que nos hagan vestir? —se preguntó Xio con pavor.

—¿Podría ser peor que estos uniformes? —repuso Teo.

No era *peor*, pero tenía sus propios desafíos. El atuendo deportivo ajustado había sido reemplazado por una túnica de algodón blanco y suave. La prenda sin mangas era agradable para el clima cálido, y las alas encajaban a la perfección en las aberturas de la espalda. El problema era la parte inferior. Teo nunca había usado una falda patí tradicional. Acostumbraban a usarla en algunas ciudades, pero no en Quetzlan, así que lo mejor que pudo hacer fue enrollársela en la cintura como una toalla. Cuando Niya lo fue a ver a su habitación, se rio de él y le arrancó la tela, con los que lo dejó en ropa interior antes de volver a ponérsela de la forma correcta.

Todos los competidores tenían el mismo atuendo de algodón con sus glifos bordados en la esquina superior izquierda. También tenían trajes de baño y una mochila ajustable para llevarlos. Mientras bajaban del barco, Teo jaló la falda porque se sentía expuesto.

—Tengo miedo de encandilar a alguien por accidente —bufó. Lo que también lo perturbaba era la falta de zapatos. Sabía que Niya nunca los usaba, pero creía que era algo de ella, no de La Cumbre en general.

—Dudo que alguien se fije —lo consoló ella, que tenía una vestimenta casi igual al traje de la ceremonia, solo que sin los accesorios. —¡Los habitantes caminan semidesnudos o desnudos todo el tiempo!

Teo y Xio se miraron, demasiado perplejos como para preguntar *por qué*. Muchas de sus preguntas recibieron respuestas a medida que

ascendían.

—Cosquillea un poco —comentó Xio con una sonrisa entretenida mientras sacudía los dedos sobre la tierra suave, casi como ceniza. Teo vio que usaba una faja de compresión blanca debajo de la túnica delgada.

—Nos hace sentir más conectados con la tierra y con La Cumbre —explicó la chica. —Habla mucho, así que percibir sus murmullos en las plantas de los pies nos hace sentir más conectados entre nosotros. —Hablaba del volcán con mucho afecto, al igual que el pueblo de Quetzlan hablaba de sus aves. Eso hizo que su amigo sonriera, pero, por supuesto, Auristela tuvo que arruinarlo.

—Asqueroso —resopló. Desde que habían bajado del barco, tenía una expresión de disgusto en el rostro hermoso.

—¡Nadie pidió tu opinión! —exclamó Niya. Con eso, la chica puso los ojos en blanco y se alejó, con el cabello rebotando en la cola de caballo.

A Teo le preocupó que tuvieran que subir a la montaña gigante para llegar al templo, pero, afortunadamente, Luna los llevó hasta la estación de un teleférico. Subieron a lo que parecía un guijarro plateado con ventanas alrededor. Cuando despegaron, Teo se sujetó con todas sus fuerzas del barandal. Ver La Cumbre desde arriba era todavía más increíble. Mientras ascendían, todos se pegaron a las ventanas y Niya fue señalando puntos de referencia en la ciudad.

Por la ladera de la montaña brotaban decenas de cascadas de agua cristalina y de aguas termales. También había grietas con altares y piscinas de agua azul humeante. Cerca de la cima, la nariz de Teo cosquilleó por el olor a huevo podrido.

—¿Qué es ese hedor? —preguntó Auristela con la nariz arrugada.

Dezi le dio un codazo a Marino.

—*¡Yo no fui!* —se defendió y le devolvió el golpe, con lo que Dezi se echó a reír.

—Es azufre —le dijo Niya a Teo, señalando la caldera que apareció a la vista al pasar por otro risco. —¡Todo se calienta con el calor geotérmico de La Cumbre!

Cuando el teleférico cruzaba el cráter, Teo vio ventilaciones volcánicas de las que salía humo amarillo y sulfuroso. Antes de

descender, pudo echar un vistazo al templo de Tierra. A diferencia de la simple superficie de jade de Quetzlan, su altar era una plataforma de oro enorme con el glifo del dios: tres montañas y el sol por detrás.

En cuanto salieron de la cabina, los recibió otra multitud. Todos saludaban, aplaudían y tomaban fotografías mientras los sacerdotes guiaban a los competidores a las aguas termales y mantenían a los espectadores atrás con cortesía. El público clamaba el nombre de Niya para conseguir su atención, algo dulce, en especial porque parecía irritar a Auristela y a Ocelo al extremo.

El complejo de aguas termales, el hotel y la piscina, estaban tallados en la ladera del volcán, así que todas las construcciones eran de la misma roca suave de color beige por la que caminaban. El suelo de la recepción había sido pulido para darle brillo, y una gran cantidad de asientos afelpados acentuaban la atmosfera de lujo y comodidad.

—¿Dónde están todos? —preguntó Teo mientras los sacerdotes los guiaban hacia los vestuarios.

—¿A qué te refieres? —repuso Niya con el ceño fruncido.

—¿Este lugar no es muy popular? —explicó señalando alrededor, y su voz hizo eco por el lugar vacío. A excepción de los sacerdotes que los escoltaban, la recepción y la cafetería estaban vacías. —¿Dónde están todos?

—Ah, ¿los mortales? —Su amiga rio para restarle importancia. —Siempre cierran los lugares cuando venimos de visita.

—¿Siempre?

—¡Sí! —Ella sonrió, dudosa.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Parpadeó como si no lo entendiera y se encogió de hombros. —¡Solo es así!

Era un concepto extraño, pues, al parecer, los semidioses Dorados vivían apartados de los mortales a quienes protegían. Teo se preguntó si sería porque eran famosos o por su prestigio como semidioses Dorados, de seguro era por ambas razones, con las que él no estaba familiarizado en absoluto. Jades y mortales no vivían separados. Él iba a la escuela, hacía las compras e incluso iba al cine con los ciudadanos mortales de Quetzlan. El desapego entre los Dorados y los mortales a

quienes les dedicaban su vida le resultaba innecesario y un poco retrogrado.

En los vestuarios, se pusieron los trajes de baño que, otra vez, eran iguales y blancos. Por desgracia, el bañador también era una falda patí, aunque más pequeña y hecha de una tela más apropiada para el agua. Teo decidió ir con el torso desnudo, pero Xio se quedó con la túnica holgada porque la otra opción era un top sin tirantes.

Al entrar a la zona central del complejo, Teo no pudo creer lo hermoso y lujoso que era todo. La vista desde el teleférico no le hacía justicia para nada. En la ladera de la montaña, había al menos una docena de piscinas escalonadas llenas de agua turquesa humeante. Un follaje espeso los protegía del sol intenso y, por los riscos, descendían cascadas que alimentaban las piscinas.

—Este lugar es *muy* lujoso —comentó Xio al contemplarlo todo.

—Sí —coincidió Teo, incapaz de ocultar la sonrisa. Podía no estar de acuerdo con la atención especial que recibían los Dorados, pero tampoco la rechazaría en ese momento. —Lo más parecido a un spa que tenemos en Quetzlan es un tipo llamado Rico, que espera afuera del mercado y te paga por dejar que masajee tus pies.

Xio se rio asombrado.

Antes de que Teo pudiera dejar sus cosas, escuchó a Marino dar las hurras y, cuando giró, lo vio lanzarse como bomba a una de las piscinas. Niya se lanzó tras él y, de alguna forma, salpicó mucho más. Mientras todos los demás salían de los vestuarios, los dos chicos tomaron vasos de jugo de mango frío de una mesa llena de bebidas, frutas frescas y frutos secos.

—Ah, ¿sabes dónde tienen el *mejor* jugo de mango? —preguntó Teo, justo cuando Aurelio y Auristela aparecieron. Entonces, su cerebro dejó de funcionar. No era que no los hubiera visto con poca ropa antes, puesto que sus uniformes no eran más que camisetas cortas elegantes, solo que Aurelio estaba *sin* camiseta en ese momento y lucía como un *verdadero* dios. Cuando levantó los brazos para ajustarse el rodete, la luz del sol destelló sobre su piel morena. ¿Alguien lo había cubierto de aceite? ¿Y de dónde habían salido los abdominales sobre sus costillas?

—¿Teo?

—¿Qué? —Al darse vuelta de golpe para ver a Xio, el jugo de mango se desbordó sobre su mano.

—¿De dónde es el mejor jugo de mango?

—Ah, eh… —Teo se aclaró la garganta, y él pequeño lo miró con sospecha. —No me acuerdo. —No tenía idea de qué demonios habían estado hablando.

Xio observó la piscina a la que habían entrado los mellizos, en la que había varios letreros de advertencia: ¡CUIDADO, MUY CALIENTE! Quizás podían soportar el agua si estaba hirviendo.

—Ya veo —comentó con una ceja en alto.

—Cierra la boca y elige una piscina. —Teo le dio un empujón.

Al final, se decidieron por una rica en minerales. Con ayuda de sus alas que repelían el agua, Teo podía flotar de espalas sin siquiera intentarlo. Niya se apostó en la mesa de comida, mientras que Dezi y Xochi se recostaron en un baño mineral con máscaras de barro en los rostros. Atzi y Marino se sumergían en el agua para ver quién podía contener la respiración por más tiempo, y Ocelo se durmió en una reposera bajo el sol.

Más tarde, Niya llevó a Teo y Xio a una cascada. Una vez que se pararon debajo, el agua resonó sobre ellos y ahogó sus risas al tiempo que impactaba en sus espaldas. El repiqueteo del agua cálida se sentía increíble en las alas cansadas. Teo propuso que jugaran a La traes, y que la persona designada cerrara los ojos y buscara a los demás usando el oído. Xio era muy bueno y, de algún modo, lograba desplazarse sin hacer ruido, mientras que Niya era demasiado ruidosa, salpicaba sin parar y siempre la atrapaban.

En su tercera oportunidad como perseguidor, Teo notó que Aurelio y Auristela habían pasado pocos minutos en la piscina más caliente, y que la chica había salido para tomarse *selfies* con el hermoso paisaje de fondo. Por fin solo, Aurelio se había recluido en una especie de cueva en la montaña, escudado detrás de una cascada. Entonces, aprovechó que Niya iba dando manotazos con Xio riéndose en silencio detrás de ella para escabullirse detrás de Aurelio.

Al atravesar la cascada, el agua fría le salpicó la espalda, pero luego lo azotó una oleada de calor. El espacio era una cueva pequeña en la que crecían helechos de las grietas en las paredes. En el centro,

había una pira de piedras negras que emitían vapor húmedo y calentaban el aire. El chico estaba sentado en una banca tallada en la pared de roca del sauna improvisado. A través de la cascada de filtraba luz azul y el reflejo rojizo de las antorchas ondeaba sobre la piel de Aurelio. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada de modo que parecía dormido, pero, cuando Teo avanzó, abrió uno de sus ojos cobrizos.

—¿Te importa si me siento? —preguntó él señalando la banca. Una vez que el otro negó con la cabeza y se enderezó, Teo se sentó a una distancia segura, con las alas replegadas en la espalda. Luego, Aurelio se inclinó para sacar un cucharón grande de una cubeta y verter el agua sobre las piedras, que renovaron el vapor del aire. Hacía demasiado calor; Teo no sabía cómo el chico podía soportarlo. Estaba allí sentado sin más, tranquilo y relajado, mientras el sudor se acumulaba en sus muslos y en su pecho desnudos, y una gota descendía…

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —respondió de forma abrupta. Comenzó a correrle sudor detrás de la nuca.

—Estás un poco sonrojado. —Aurelio tenía el ceño fruncido.

—Sí, bueno, hace calor aquí —afirmó. La verdad era que se estaba sofocando y que el vapor era tan espeso que sentía que no podía darse un baño apropiado. Pero no podía irse en ese momento. —Estoy *relajándome* —agregó y extendió los brazos y las alas para reforzarlo. No estaba acostumbrado a tener las alas libres ni era consciente de su tamaño, por lo que, al desplegarlas, tocó el hombro de Aurelio con las plumas. Los ojos del chico se dispararon hacia donde lo había tocado, así que Teo se apresuró a replegarlas y se tragó la disculpa, pues se rehusaba a dársela.

—¿Estás seguro de que no tienes calor? —insistió el otro.

—¿Quién eres, mi madre? —Teo puso los ojos en blanco y, por dentro, deseó poder abanicarse.

—¿Alguien te ha dicho que eres muy terco?

—Casi a diario. Huemac siempre me dice que moriré de terquedad.

—Comienzo a pensar que tiene razón. —Aurelio se inclinó para buscar una botella. —Ten —ofreció. Teo dudó un momento, por lo

que el chico suspiró y lo miró parpadeando despacio.

—Bien —bufó él y le arrancó la botella de la mano. —Pero no es porque esté acalorado.

—Bien.

—Tengo una cantidad de sed normal.

—Claro.

—Sed como de… hidratación… —balbuceó en un intento de recuperar un poco de compostura al tiempo que se le encendían las mejillas.

—Sabes que tener sed significa que estás *des*hidratado, ¿verdad? —Aurelio seguía sin saber cómo hacer una broma; al menos eso no había cambiado desde que eran niños. Teo abrió la boca para darle una respuesta ocurrente, pero el chico continuó—: ¿Qué harías si fueras Portador del Sol? —preguntó de pronto.

—La verdad es que ni siquiera consideré esa posibilidad. —Se echó a reír, más por sorpresa que por diversión. —No es una posibilidad.

—Sí que lo es. Sol no te escogió solo para…

—¿Para que sea asesinado por uno de los *verdaderos* competidores? —sugirió él.

—Estuve pensando en lo que dijiste… —comenzó a decir Aurelio, pero algo en el rostro de Teo debió haberle demostrado que no quería hablar más de eso, porque se quedó callado de pronto. Se hizo un silencio incómodo entre los dos, y Teo se sintió un tonto por haberlo seguido. ¿Qué había estado esperando? Quizás quería ver un rastro del chico de la otra noche, el que no parecía tan inalcanzable.

—Creo que ya fue suficiente sauna —anunció al levantarse con las piernas flojas. —Pero no porque esté demasiado caliente.

—¿Estás seguro? —Aurelio lo miró con expresión entretenida. —Porque tu rostro luce muy caliente.

—¡Gracias! —chilló él al tropezar de camino a la salida. *¿Gracias?* ¿Qué pasaba con él? Al atravesar la cascada, sintió el alivio inmediato del aire fresco sobre la piel acalorada, pero se detuvo de golpe al ver a Niya y a Xio parados del otro lado.

—Hola —saludó el pequeño con una sonrisa que distaba de ser inocente.

—Hola —respondió él, presionando la botella que tenía en la

mano.

—Estábamos preguntándonos dónde te habías metido —agregó Xio con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Yo solo… eh… —Miró hacia la cueva. —Estaba conociendo los alrededores.

—Sí, estoy segura de que eso hacías —comentó Niya, que negaba con la cabeza.

—Yo… ¿Qué se supone que significa eso?

—No debes fraternizar con el enemigo, Teo —bromeó Xio.

—¡No lo hacía!

—Dos chicos, sentados en un sauna, a metros de distancia porque no son… —comenzó a cantar la chica, hasta que Teo abrió la botella y le arrojó agua fría en el rostro. Niya se quedó boquiabierta, y la imagen hizo que su amigo estallara de la risa.

—Ah, ¿crees que eso fue gracioso? —exigió ella y arremetió hacia él.

—¡No! —Él intentó escapar, pero fue demasiado tarde, pues ella lo levantó, lo arrojó a una de las piscinas como si fuera un muñeco de trapo y saltó tras él. Teo, que no dejaba de reírse, se ahogó con el agua mientras usaba las alas para salpicar a su mejor amiga.

—¡Intenten no ahogarse! —aconsejó Xio desde afuera.



Después de que se ducharan y volvieran a vestirse, recorrieron un camino breve hasta el templo de La Cumbre, que estaba emplazado en el punto más alto del volcán, del lado opuesto a la caldera del spa. El templo estaba hecho de arcilla roja, y el único toque de color era un cuenco hecho de cristales de amatista, sobre el que se encontraba la Piedra Solar, que emitía un brillo estable hacia el cielo del anochecer.

Había detalles de oro, más que nada alrededor de las ventanas y de los escalones exteriores principales que llegaban al altar superior; más allá de eso, el templo era bastante sencillo en comparación a lo que Teo imaginaba para una ciudad Dorada. Sacerdotes Tierra de túnicas color café les dieron la bienvenida.

—¿Qué te parece? —preguntó Niya, que iba jalando el brazo de Teo al atravesar el patio, que también era sencillo. Había unas fuentes

termales de agua cristalina alrededor de la estatua dorada de Tierra.

—¡Es asombroso! —respondió él porque no quería herir sus sentimientos, pues también era…

—Un poco oloroso —agregó Xio. No sonó descortés, solo fue un comentario.

—¡Lo sé! —La chica por poco soltó un grito al mirar su hogar. —¿No es genial?

Teo sonrió sin pensarlo. Sabía que ella no podía ir mucho a casa por el entrenamiento. Era probable que él también apreciara más Quetzlan si pasara todo el tiempo en la Academia, aunque se estaba familiarizando rápido con la sensación desconocida de extrañar su hogar.

—Pensé que sería más… ostentoso —admitió Teo.

—Espera a ver el interior —respondió ella con una sonrisa engreída.

Antes de que él pudiera preguntarle a qué se refería, los guiaron hacia el templo y quedó muy claro. El templo Tierra era como una geoda: mientras que el exterior era sencillo, el interior tenía techos altos y cavernosos, y todas las superficies estaban cubiertas de gemas. Ópalos de fuego, jaspes rojos y cristales de todos los colores imaginables sobresalían de las paredes en ángulos irregulares y destellaban con la luz de las antorchas. Los colores del caleidoscopio y el tamaño descomunal de las gemas eran deslumbrantes.

A Teo le hubiera gustado recorrer el lugar, pero la mirada aguda que Luna le dedicó cuando se acercó a otro corredor lo mantuvo a raya. Luego los llevaron a un comedor, en donde habían dispuesto una extensa mesa para ellos. Colgaban cristales enormes de citrino color miel del techo alto como si fuera un candelabro. Cuatro personas los recibieron desde la punta de la mesa, y Dios Tierra, vestido con el traje de siempre y la máscara dorada, los saludó con una mano cubierta por su guante. Era un dios alto, solo que su contextura delgada lo hacía parecer pequeño en comparación con los hombres robustos que lo rodeaban.

Monte y Mino vestían faldas y túnicas iguales. Junto a Tierra se encontraba un hombre mayor al que Teo no había visto antes; tenía el cabello entrecano, era fuerte como un buey y su sonrisa era idéntica a

las de Niya y sus hermanos, salvo porque le arrugaba el rostro y le marcaba las líneas alrededor de los ojos.

—¡PAPÁ! —Niya rompió la formación para lanzarse a los brazos de su padre mortal, que la abrazó con una risita y la hizo girar en el aire.

Los dioses no tenían las limitaciones mortales de reproducción, por lo que tener dos padres no era infrecuente entre los semidioses.

—Tierra, Andrés, gracias por recibirnos —dijo Luna con una sonrisa mientras se acercaba.

Andrés rodeó los hombros de Tierra y lo acercó para besarle la mejilla. Teo estaba seguro de que, si el dios hubiera tenido piel, estaría sonrojado. Él se quedó atrás del grupo porque, de repente, se sintió fuera de lugar y con un gran peso en el estómago. Su madre era la única familia de sangre que tenía entre los dioses y semidioses, y eso era suficiente; sin embargo, al ver a Niya en casa con su familia, lo apenó notar lo diferentes que eran.

—¡Estamos encantados de recibirlos! —respondió Andrés para darles la bienvenida. Tenía una voz profunda y resonante que hizo eco en la sala. —Tomen asiento, por favor —indicó señalando las sillas vacías. —Tenemos una gran variedad de platillos, ¡los sacerdotes se han superado!

Teo se dispuso a ocupar un lugar en la otra punta de la mesa, con Xio siguiéndolo como una sombra, pero Niya los tomó de los brazos. Todos observaron cómo los arrastraba hacia lugares cerca de la cabecera, junto a su padre y hermanos. Dos Jades sentados entre algunos de los Dorados más poderosos en Reino del Sol; el cuerpo de Teo se llenó de calidez y no pudo contener la sonrisa.

Al tiempo que todos comenzaban a conversar, los sacerdotes Tierra fueron llevando comidas y bebidas. Bebían de jarros de arcilla y comían en platos de ágata pulida. Sirvieron tubérculos asados de más colores de los que Teo hubiera visto jamás. Andrés explicó que el filete había sido sellado al vacío y cocido en las aguas termales hasta que estuviera suave como mantequilla, lo que quedó en evidencia en cuanto Teo lo pinchó y se deshizo con el tenedor. Dejó de lado el pollo, pero se sirvió el pescado que habían grillado con el calor geotérmico de La Cumbre. Incluso habían cocido el rebocado bajo

tierra en olla de barro a fuego lento.

—¡Coman! —indicó Andrés, pues todos dudaban. —¡Necesitarán proteínas para la prueba de mañana!

Dezi miró a Luna y le dijo algo en señas.

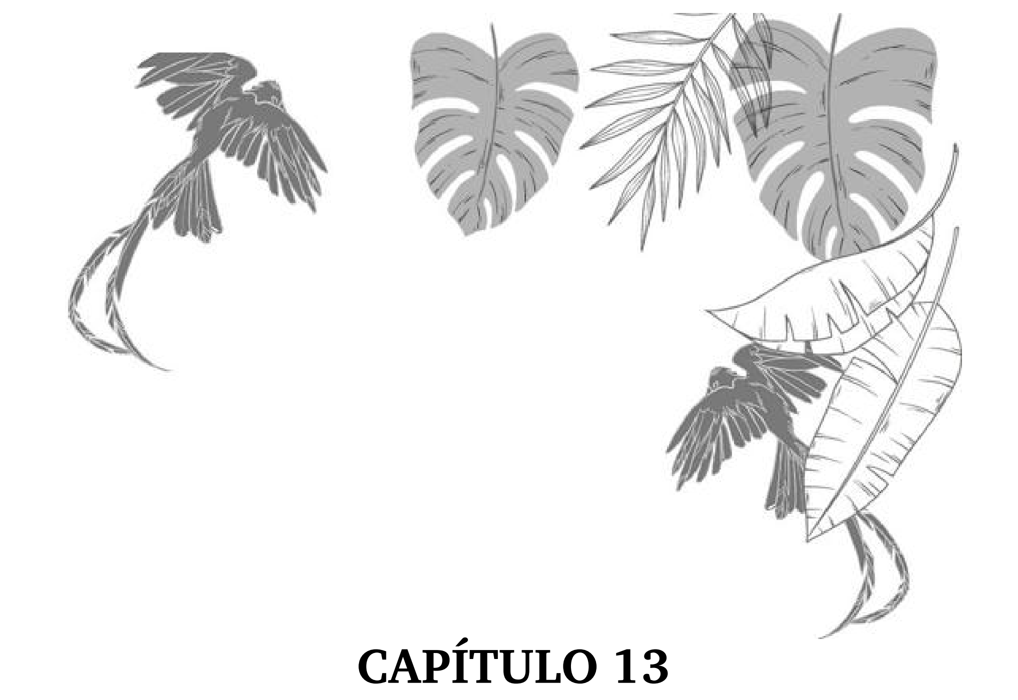
—La anfitriona de la segunda prueba será la Diosa Fauna —respondió Luna en voz alta y también con señas. —Partiremos hacia El Valle esta noche y deberíamos llegar al mediodía.

El grupo empezó a conversar con emoción de inmediato. Sin embargo, Teo no pudo comer mucho después de eso, pues, cuanto más tarde se hacía, más se le revolvía el estómago y más peso sentía en el pecho.

Cuando llegó la hora de partir, Niya abrazó a su familia con fuerza. Luego, Teo estaba listo para consolarla, pero, en lugar de haberla entristecido, el tiempo con los suyos pareció haber renovado sus energías.

Todos siguieron planteando hipótesis después de salir del templo y bajar la montaña en el teleférico. Por la noche, los caminos zigzagueantes de la ciudad al pie del volcán estaban iluminados por antorchas.

—¡Duerme bien, La Cumbre! —gritó Niya al acercarse al muelle, y Teo pudo haber jurado que sintió cómo el volcán murmuró en respuesta debajo de sus pies.



CAPÍTULO 13

A la mañana siguiente, Teo, Niya y Xio fueron a la cubierta de proa para ver cuánto habían avanzado. Las montañas habían quedado atrás y se dirigían hacia el este a través de la extensión de selva tropical entre La Cumbre y El Valle.

—Me pregunto qué clase de prueba habrá organizado Fauna —murmuró Xio mientras jugaba con su brazalete.

—Es probable que tenga que ver con animales —respondió Niya, apoyada contra el barandal.

—Dado que es la diosa de los animales, es una conclusión astuta —resopló Teo, también apoyado contra el barandal, observando las copas frondosas de los árboles en las márgenes del río.

—Parece que alguien se levantó con el pie izquierdo —bromeó Niya y le acarició un ala, que se agitó y le apartó la mano.

—¿Estás bien? —preguntó Xio, con lo que Teo se sintió un cretino, pues el pequeño era el que estaba más jodido en toda esa situación.

—Sí, dormí mal, nada más. —No era del todo mentira. Había dado vueltas toda la noche, preocupado por la siguiente prueba. No estaba para nada bien. —Solo estoy…

—¿De mal humor? —sugirió Niya.

—¡No! —chilló él.

—¿Ansioso? —ofreció Xio, como si lo entendiera muy bien.

—Algo así —admitió. Estaba nervioso por la próxima prueba y había soñado con Paloma toda la noche. En la misma cubierta, en un sofá grande, Ocelo estaba despatarrade durmiendo la siesta al sol. —Mientras tanto, algunos están ahí, durmiendo como bebés —rugió.

—Tener confianza en uno mismo sí que es bueno —coincidió el pequeño y puso los ojos en blanco.

—Oigan, quizás siga así y se quede en el último lugar —les dijo Niya con un empujoncito.

Cuando giraron en una esquina, Teo percibió voces familiares. Sobre una rama larga que pendía sobre el río, había un grupo de tres tucanes. Él vio una oportunidad y la aprovechó: formó un círculo con las manos alrededor de su boca y gritó.

—¡Ey, hola!

Los tucanes hicieron silencio, se miraron unos a otros con curiosidad, luego a Teo, y se acercaron volando.

—Vaya —reaccionó Xio, que dio un paso atrás al ver a Teo rodeado.

—¡*Tienes alas!* —señaló un tucán, parado sobre el barandal, mirándolo con absoluto asombro. Otro se posó en el hombro de Teo y, con las plumas largas de la cola en el aire, se inclinó para inspeccionar sus plumas.

—*¡Nunca vi a un chico con alas*! —exclamó mientras las tanteaba con una pata.

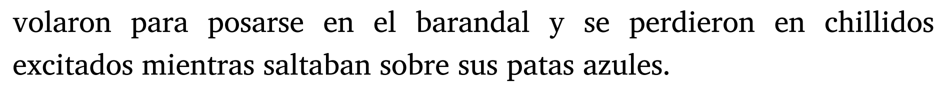
El tercero se puso cómodo sobre la cabeza del chico y, antes de que él pudiera presentarse, le jaló del cabello.

—¡Auch!

—*¡Bah! Aquí solo hay plumas raras de humano* —dijo agitando las alas.

—Soy el hijo de Quetzal…

—*¡HIJO DE QUETZAL!* —chilló el de su cabeza. Luego, los tres


volaron para posarse en el barandal y se perdieron en chillidos excitados mientras saltaban sobre sus patas azules.

—*¡¿Hijo de Quetzal?!*

—*¿Hijo de QUETZAL?*

Inclinaron las cabezas en pequeñas reverencias curiosas.

—*¡Hola, hijo de Quetzal!*

—*¡Es un placer conocerte!*

Teo sonrió. Las aves de Quetzlan estaban acostumbradas a verlo, así que no solía tener recibimientos tan entusiastas.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Niya, sacudiéndole el hombro.

—Que están emocionado de conocerme, por mi madre.

—¡Ah! ¡Eres famoso entre las aves! ¡Como su principito ave! —comentó ella con ternura.

—No lo creo. —Teo revoleó los ojos y volvió a poner atención a los tucanes, que seguían inclinándose ante él y chocándose unos a otros. —Esperaba que pudieran darme una mano.

—*No tenemos manos* —respondió uno con mucho pesar.

—*¡Pero tenemos seis alas entre los tres!* —agregó otro enseguida y agitó las suyas.

—*¡Muy gracioso!* —El tercero levantó el pico e imitó una carcajada.

—*¡Gracias!*

—¿Ven a ese que duerme ahí? —preguntó el chico señalando a Ocelo.

—*Huele como un gato.*

—*¡No nos gustan los gatos!*

—Es le hije de Diose Guerrero —explicó Teo.

—*En ese caso, me gusta mucho menos*. —Uno de los tucanes se estremeció.

—Es un idiota —coincidió el chico. —Y se porta muy mal conmigo y con mis amigos.

—*¡Qué!* —chilló un ave.

—*¡No!* —protestó otra.

—*¿Con el hijo de Quetzal?*

—Me preguntaba si podrían despertarlo de un susto. —Asintió e intentó mantener una expresión seria.

—*¡Por el hijo de Quetzal!* —chilló uno y todos salieron disparados.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Xio confundido, pero pronto obtuvo la respuesta.

—*¡POR EL HIJO DE QUETZAL!* —chillaron los tucanes al unísono antes de lanzarse como bombas sobre Ocelo. Le chique se despertó de forma tan abrupta que se cayó del sofá y desapareció de la vista.

Teo, Niya y Xio se desternillaron de la risa al ver a los tres tucanes tomando turnos para picotearlo.

—*¡Gato malo!*

—*¡Esto es por nuestro chico!*

Los aullidos de sorpresa de Ocelo llenaron el aire e hicieron que Niya se doblara de la risa. Xio tuvo que sujetarse del barandal para no caer al suelo por las carcajadas.

—*¡Gato tonto, ni siquiera tiene garras!* —dijo un tucán.

Ocelo se puso de pie a una velocidad impactante y soltó un gruñido que le contorsionó el rostro. Cuando extendió la mano, cinco garras afiladas se extendieron como navajas.

—*¡GARRAS!*

Los tucanes se tambalearon en el aire para evitar el ataque y se replegaron hacia la costa. Sanos y salvos, los nuevos amigos de Teo dieron saltitos sobre una rama.

—*¡Te vengamos, hijo de Quetzal!*

Él les agradeció con la mano porque se estaba riendo demasiado como para responder.

Ocelo se rascó la cabeza y miró alrededor confundide, con los ojos adormecidos.

—¡Vamos, rápido! —advirtió Xio por lo bajo, y los tres corrieron fuera de la vista por el costado del barco.

—¡Eso fue *increíble*! —rio Niya una vez que estuvieron a salvo. —¡Me pone muy celosa, lo único que puedo hacer son armas estúpidas!

—Supongo que ser un simple Jade no es tan malo —comentó Teo, que era incapaz de ocultar la sonrisa.

—La próxima vez debes pedirles que le hagan popó en su rostro —sugirió Xio, cuyos hombros pequeños se agitaban por la risa.

—¡POR LOS DIOSES, SÍ! —Niya lo tomó de los hombros para sacudirlo, con lo que por poco lo levantó del suelo.

Teo sonrió y, por fin, la tensión de la mañana se disipó.

A medida que se acercaban a El Valle, el paisaje cambiaba. El follaje espeso se fue convirtiendo en colinas y planicies con césped. El valle se encontraba a la distancia, rodeado de montañas, y Teo estaba casi seguro de que alcanzaba a ver un lago al norte que se conectaba con el río a través de una serie de canales. En las afueras de la ciudad, había espacios abiertos y algunos ranchos con techos de paja, pero, a medida que se acercaban al templo de fauna, el paisaje se volvía más urbano.

De forma casi intempestiva, les indicaron que fueran a ponerse los uniformes. En esa ocasión, Teo dejó las alas libres. Cuando todos se formaron, las alas no dejaban de agitarse y frotarse entre sí, lo que delataba su ansiedad creciente. A la hora de partir, Luna guio el camino y, en cuanto salieron a la cubierta, la multitud de espectadores rugió de emoción.

Avanzaron por las calles de El Valle llenas de algarabía, escoltados por ocho jinetes de Fauna. Todos vestían atuendos blancos iguales con detalles dorados; pantalones de encaje adornados con listones, vestidos elaborados con tres capas de volados y bordados tradicionales en forma de animales. Usaban botas, cinturones de cordón, lazos en el cabello y sombreros. Hacían una coreografía muy elaborada alrededor de los competidores, mientras montaban con las piernas de costado.

Los camarógrafos de Chisme también estaban presentes. Iban tomando fotografías y grabando imágenes que transmitían en pantallas grandes alrededor de la ciudad para que los habitantes de Reino del Sol las vieran en vivo. Teo se esforzó por lucir confiado al avanzar por el camino principal y levantó la mano para saludar de vez en cuando, aunque sabía muy bien que nadie estaba gritando por él.

A diferencia de las afueras de El Valle, el centro de la ciudad se asemejaba a cualquier otra metrópolis Dorada de las que Teo había visto en televisión, solo que con algunos ajustes para el mundo animal. Los edificios modernos tenían puertas grandes para los animales, había comederos afuera de las tiendas, de los que comían burros y vacas. Teo se sintió maravillado al ver los aviarios que se elevaban sobre él, altos como edificios de apartamentos. Entre los rascacielos se elevaban grupos de árboles, en los que los trabajadores podían ver a los monos balanceándose frente a sus ventanas o a gatos

monteses durmiendo en las ramas.

Los caminos más extensos tenían cruces de césped para que los animales pudieran atravesarlos sin perturbaciones. Dispersas entre los edificios cromados, había esculturas para que los murciélagos se posaran a dormir. Algunos de los pisos inferiores de los edificios eran guaridas y madrigueras con ventanas, por las que Teo pudo ver algunos agutíes durmiendo amontonados. En los parques abiertos rumiaban rebaños de coatíes, que desaparecían por los árboles, dentro de sus madrigueras seguras debajo de las ramas, mientras que un grupo de capibaras se bañaban en un estanque.

Xio señaló un rebaño de cabras que recortaban el césped al frente de una escuela, y Teo estuvo a punto de salir corriendo hacia la madriguera llena de conejos que dormían en la acera.

—¿Cómo es que todo está tan limpio? —se preguntó. —Con tantos animales, imaginé que habría mal olor. —En cambio, solo había olor a tierra, paja y césped recién cortado.

—Es un ecosistema de trabajo —explicó Xio al señalar a un grupo de personas vestidas con overoles, que iban lavando la acera o cargando contenedores. —Recolectan los desechos para compostarlos y convertirlos en abono, que luego exportan a ciudades como Maizlan, en donde practican la agricultura.

Siguieron la procesión a través de la ciudad hasta llegar a una arena y, en ese momento, a Teo le fallaron los pies. El lugar era muy diferente al de la primera prueba. En oposición a la montaña intrincada que había creado Tierra, esa arena estaba casi desierta, era de tierra plana con piedras grandes de formas y tamaños variados. En el centro había un anillo denso de árboles selváticos, pegados unos a otros.

Cuando se acercaban a la plataforma sobre la que esperaban sus padres, se oyó un rugido desde el interior de los árboles, y las hojas de las copas se agitaron cuando las aves salieron volando.

—¿Qué clase de prueba es? —Teo se estremeció.

—Creo que una pelea con monstruos. —Niya sonrió complacida.

Teo sintió que le caía un yunque en el estómago al tiempo que Luna los instaba a avanzar. Al ver a su madre parada con las manos unidas con ansiedad y una sonrisa forzada, le quemó la garganta.

Subió los últimos escalones de prisa, se lanzó hacia ella y la abrazó.

—Qué recibimiento encantador —dijo con una risita de sorpresa. Él se quedó callado un momento, con el rostro hundido debajo del brazo de ella, y cerró los ojos con fuerza para fingir, al menos por un segundo, que estaban en su propio templo. —¿Pajarito? —Su madre le acarició el cabello con dedos delicados.

—¿Mamá? —Las caricias y oír su apodo hizo que el corazón de Teo se estremeciera. Llevó la cabeza atrás, con las plumas suaves de ella entre los dedos.

—¿Te encuentras bien? —Quetzal analizó su rostro con los ojos negros.

—Supe que… —respiró hondo. —Xio estaba mostrándonos a Niya y a mí imágenes de pruebas pasadas, porque queríamos ver a los otros Jades que habían competido… —Se quedó callado porque no encontraba las palabras apropiadas. Ella frunció el rostro con anticipación, como si supiera lo que seguía. Teo tomó aire y dijo—: Paloma.

—Paloma —repitió Quetzal con un largo suspiro y con tanto amor que a Teo le dolió el corazón. Le brillaban los ojos mientras sonreía con suavidad. —Hace mucho tiempo que no escuchaba su nombre…

—¿Cómo era ella? —preguntó Teo, desesperado por saber más sobre la chica. El mundo que lo rodeaba se redujo a él y a su madre. Todo se desvaneció (los gritos de la multitud, los cuerpos a su alrededor, las voces de sus amigos), al ver a su madre rememorar toda una vida de momentos con su hermana.

—Era como tú, Pajarito —respondió por fin, al tiempo que una risita melancólica se le atoraba en la garganta. —Una revoltosa. También era valiente y enérgica. Y siempre les daba muchos dolores de cabeza a los sacerdotes…

Teo pensó en su infancia. ¿Paloma había tenido a su propio Huemac? ¿También había sido amiga de los residentes de Quetzlan? ¿Había ocupado la misma habitación en el templo?

—Se esforzó al máximo en las pruebas. —La voz de Quetzal se llenó de pesar. —Y era fuerte. Era…

Por instinto, Teo la envolvió en un abrazo antes de que se le quebrara la voz y rompiera en llanto. Aunque, como diosa, era

altísima, él se sintió más grande, como si su madre fuera una criatura delicada que necesitaba protección.

—Lo siento, mamá. No tienes que hablar de eso si no quieres…

—Tuve miedo durante mucho tiempo —continuó Quetzal con una intensidad que Teo nunca había oído en ella. —Tenía miedo de tener otro hijo y de amar tanto a alguien solo para que… —Se apartó para tomar el rostro del chico entre las manos.

—No dejaré que eso vuelva a suceder —juró él. Era una promesa muy pesada, pero creía en cada palabra. No dejaría que su madre perdiera otro hijo en las pruebas.

—Ese día, deseaba tanto poder ocupar su lugar. —La mirada de la diosa se aclaró y volvió a enfocarse en el presente. Luego bajó la vista hacia él y, por un segundo, Teo pensó que iba a acicalarle las plumas y el cabello como hacía cuando era pequeño. En cambio, respiró hondo y dio un paso atrás. —Es hora de que te formes —dijo con una sonrisa forzada. —Te amo. Buena suerte.

Él giró hacia Luna y evitó mirar al público, pues sabía que allí no encontraría simpatizantes. Fantasma estaba otra vez junto a ella. La diosa de contextura pequeña había estado esperando a que él la mirara. Una vez que lo hizo, ella le sonrió con timidez y lo saludó. Al menos había un rostro familiar que lo alentaba.

Luna ocupaba el centro de la plataforma, con Mariachi a la izquierda y Fantasma a la derecha. Junto a ellos se encontraba Diosa Fauna, que usaba un vestido sencillo de mangas largas. Tenía el rostro anguloso, pómulos altos, los ojos grandes y todos negros de una capibara, el cabello color avellana de un caballo suelto sobre los hombros y la nariz respingada y rosada. Pero, por supuesto, el rasgo más notorio eran las astas de ciervo largas sobre las que llevaba un manto de encaje. A Teo le daba jaqueca tan solo de pensar en cómo sería sostener esas cosas enormes sobre la cabeza las veinticuatro horas del día.

Lo confundió ver que las Estaciones también estaban presentes. Verano, Otoño e Invierno lucían muy a gusto disfrutando de la atención de las cámaras, paradas una junto a la otra con vestidos adornados con flores acordes a sus títulos. La única que faltaba era Primavera, que estaba firme detrás de Xochi.

—Semidioses —anunció Luna con su voz en los amplificadores para el público. —Para su segunda prueba, tendrán que sacar un alebrije bebé de su nido. —Se extendieron murmullos por la multitud, y a Teo se le aceleró el corazón. La mayoría de los alebrijes tenían motivos intrincados, mientras que algunos de esos animales híbridos eran tan fluorescentes que por poco brillaban. Con solo mirarlos, era imposible saber si los colores brillantes eran inofensivos o eran una señal de que tenían piel venenosa, aliento de fuego o garras eléctricas. —Para llegar al objetivo, tendrán que pasar sobre la madre —agregó la diosa. Luego asintió con la cabeza hacia las Estaciones.

Con movimientos sincronizados, Primavera, Verano, Otoño e Invierno giraron las cabezas, y los árboles altos de la arena se sacudieron y hundieron hasta que no fueron más que ramas jóvenes. Así, lo que había entre ellos quedó expuesto: un nido hecho de hojas y ramas secas y troncos cubiertos de musgo. Entre el follaje seco, Teo vio diminutos puntos de colores que debían ser sus objetivos. No entendía cómo podían ser tan minúsculos cuando su madre era gigantesca. Frente al nido, una criatura que parecía un jaguar del tamaño de un acoplado caminaba de un lado al otro. Tenía pelaje negro con manchas de todos los colores que cambiaban como un caleidoscopio cuando se movía. Tenía la cola larga de una iguana, con espinas de color verde radioactivo, y alas de murciélago que parecían de cuero del color del vino. De sus fauces abiertas, sobresalían colmillos amarillos que debían tener el largo de los antebrazos de Teo.

—Ah, Ocelo, no nos dijiste que tu madre estaría aquí —comentó Niya.

—*Celosa* —replicó él.

Teo estaba a punto de desmayarse o de vomitar. O quizás ambas a la vez. Los demás semidioses analizaron el desafío con diversos grados de interés, pero Xio era el único sensato como para verse aterrado. Auristela estaba susurrándole a su hermano; Marino tenía el rostro arrugado como si estuviera resolviendo un problema matemático; y Dezi parecía demasiado confiado. Y luego estaba Niya, que lucía como si acabara de recibir un regalo de cumpleaños.

—Tienen diez minutos para traer a un alebrije a salvo —anunció Luna y, con eso, Mariachi hizo sonar la trompeta para iniciar la

prueba. El reloj de Teo vibró también.

Él cruzó el puente trotando con Xio y Niya a su lado, y observó cómo los demás salían disparados hacia el peligro.

—Necesitamos una estrategia —dijo. Distraído, notó cuánto más fácil era correr sin tener los pulmones comprimidos dentro de la faja. —No hay forma de que venzamos a un alebrije.

—¡Yo puedo hacerlo! —sentenció Niya, ofendida.

—Sé que tú puedes, me refiero a nosotros. Trabajo en equipo, ¿recuerdas? —respondió señalándose a él y a Xio.

—Ah, sí. Lo olvidé —rio ella.

Más adelante, Auristela y Aurelio se enfrentaron a la madre al final del puente. Con un chasquido de los dedos con punta de sílex, Aurelio encendió fuego en sus manos. Su hermana tomó la delantera, lanzando bolas de fuego a las patas de la criatura. La madre alebrije rugió cuando intentaron hacerla retroceder, sacudió las patas y mostró los dientes.

—¿Y si llevo a la madre a la meta? —preguntó Niya cuando cruzaron.

Aurelio y Auristela levantaron un muro de fuego crepitante que acorraló a la madre y les permitió a ellos, y a todos los demás, ingresar a la isla.

—Diosa Luna dijo alebrije *bebé* —la corrigió Xio, que avanzaba tomando toda la distancia posible del fuego sin caer al agua.

Niya hizo un ruido gutural, disgustada.

Casi de inmediato, el alebrije cruzó el fuego de un salto, con las garras extendidas y listas para pelear.

—¡Cuidado! —Teo aferró las camisetas de Xio y de Niya desde atrás e hizo que se agacharan justo cuando Ocelo le arrojaba una roca al jaguar híbrido. Sin embargo, la criatura la esquivó de un salto, se lanzó sobre le chique que se alejaba y le acorraló en el suelo con las patas descomunales. Ocelo mutó y el gruñido se convirtió en un rugido a medida que los músculos y colmillos crecían. Luego tomó los colmillos superiores del alebrije con los puños; su fuerza bruta era lo único que evitaba que la criatura le clavara los dientes en el hombro.

Niya, Xio y Teo tuvieron que apresurarse para evitar quedar aplastados por la lucha de poder entre Ocelo y la madre alebrije.

—¿Aún quieres llevarla a ella? —preguntó Xio entre jadeos mientras corrían.

Los tres se deslizaron por debajo de la cola de iguana que voló por el aire.

—Sí, está bien. ¡Lo entiendo! —concedió ella.

—Solo tenemos que llegar al nido y volver a la plataforma —les recordó Teo. —¿Qué tan difícil puede ser?

Resultó ser muy difícil.

Aurelio y Auristela ya habían llegado al nido y los demás estaban cerca. Los mellizos se separaron hacia extremos opuestos del nido y, cuando estaba cerca, ella hizo un movimiento salvaje. Saltó y lazó una patada en el aire, con la que disparó un arco de fuego hacia el nido desde su pie. Fue una de las cosas extravagantes más innecesarias que Teo hubiera visto jamás. No se había percatado de que podía despreciar aún más a la chica, pero ella estaba llena de sorpresas. El fuego hizo que los pequeños alebrijes corrieran hacia el otro extremo del nido, en donde Aurelio estaba esperándolos. Él tomó de la cola un geco azul que estaba muy enojado. Desde su lugar, Teo escuchó cómo rugía con rabia mientras se sacudía y le escupía fuego a su captor.

Al mismo tiempo, un coatí verde fluorescente con caparazón de armadillo se había hecho una bola y daba vueltas como un balón atemorizado. Auristela lo levantó para cargarlo debajo del brazo y, sin pausa, los mellizos dieron la vuelta hacia el puente.

Y, entonces, las cosas empezaron a ir cuesta abajo de verdad. El fuego que Auristela había dejado descuidado se extendió por el nido. Algunos de los alebrijes huyeron despavoridos en estado de pánico. Un jaguarundí-anaconda negro y verde, que era como un resorte con garras, arañó los tobillos de Ocelo. Una liebre-correcaminos escapaba en círculos de cualquiera que intentara atraparla, lo que hizo que Atzi y Xochi chocaran entre sí.

Teo sintió pánico hasta los huesos, por lo que comenzó a correr más rápido. Al diablo con atrapar a un alebrije primero, lo único que quería era asegurarse de que no acabaran rostizados. Mientras corría hacia el nido, vio a Auristela corriendo hacia el puente con Aurelio pisándole los talones. En la fracción de segundo en la que se cruzaron, ella lo miró a los ojos, sonrió y le guiñó un ojo llameante antes de

alejarse.

Teo hirvió de la rabia y perdió de foco el objetivo. Lo único que quería era retrasar aunque fuera un poco a los mellizos, así que giró de lado, agitó un ala de costado e intentó golpear a Aurelio en las piernas. Pero el chico de oro de Reino del Sol saltó en el aire como si nada. Teo maldijo por lo bajo y, antes de que pudiera intentar algo más, el suelo se sacudió debajo de ellos y los desequilibró.

El jaguar había dejado a Ocelo para regresar al nido, desde donde los alebrijes bebés chillaban y gritaban. Con el pelo del lomo erizado, la madre intentó apagar las llamas con las patas. Teo sintió olor a piel quemada al tiempo que la criatura soltó un aullido de dolor. Oír eso hizo que a él se le subiera el corazón a la garganta y que la rabia desapareciera. Para su sorpresa, Aurelio seguía ahí, con los ojos cobrizos abiertos como platos y el geco todavía colgando en la mano.

—¡Rápido, Relio! —gritó Auristela.

El chico se movió como si quisiera seguir a su hermana, pero tenía los pies pegados al suelo y miraba a Teo con preocupación.

—Yo… —dijo.

Teo rabió porque Aurelio estaba *parado ahí*, incapaz de renunciar a su posibilidad de ganar, pero él no podía quedarse ahí. Con la mente sobrecargada de adrenalina, corrió hacia el fuego e hizo lo primero que se le ocurrió. Llevó los hombros atrás, abrió el pecho, extendió las alas y usó toda la fuerza que tenía para agitarlas e intentar apagar el fuego. Por desgracia, el flujo de oxígeno avivó las llamas y una oleada de calor azotó su rostro. Ante el impacto, levantó los brazos y cerró los ojos con fuerza, preparado para que la ráfaga lo consumiera.

Pero no lo hizo.

Cuando abrió los ojos, Aurelio estaba parado delante de él, con los brazos y los dedos extendidos. Las llamas le rodeaban los brazos y el cuello como si quisieran alcanzar a Teo, pero el chico no se los permitía. Contuvo la pared de fuego y, con un empujón fuerte, la hizo retroceder. Solo que no había nadie que protegiera a la madre jaguar, que soltó un alarido profundo y gutural.

—¡No! —exclamó Teo con la voz estrangulada mientras permanecía allí parado, con los pies fijos en el lugar.

De repente y de forma inexplicable, Marino estaba junto a ellos,

hizo un movimiento circular con los brazos, luego jaló, y una ola enorme bañó el nido y extinguió las llamas. También desequilibró a Teo, que se tambaleó con desesperación para no caer al agua alrededor de la arena, hasta que una mano fuerte lo sujetó y lo apartó del borde.

—Perdón por eso. ¿Estás bien? —Teo parpadeó para sacarse el agua de los ojos y vio que era Marino. Logró asentir con la cabeza, a lo que el chico alto sonrió. —Bien. —Entonces, volvió a la acción.

El nido carbonizado goteaba y la madre alebrije estaba empapada, aunque ilesa, y revolvía los restos. Solo un bebé no había escapado de las llamas hacia el bosque: un tucán verde y azul brillante con cola de serpiente asomó la cabeza para mirar alrededor y le chilló a su madre, mientras que, con los ojos de camaleón, espiaba en direcciones diferentes.

Teo se sintió aliviado al ver que el pequeño alebrije estaba a salvo.

—¡Santos cielos! ¿Estás bien? —Niya estaba mirándolo con la boca abierta desde el otro extremo del nido.

—Eso creo —respondió con el pecho agitado, mientras se palpaba para evaluar daños. —Creo que Marino acaba de salvarme de caer de la arena. —Pero ¿por qué? ¿No eran rivales?

Cuando giró a mirar a Aurelio, lo vio corriendo en retirada. Se detuvo solo para recuperar al geco y se apresuró detrás de su hermana hacia el puente. Con el fuego extinguido, la jaguar corrió detrás de los mellizos.

—¿Viste lo grande que fue esa ola? ¡Fue *salvaje*! —comentó Niya con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Concéntrate Niya! —le advirtió él. Los tres tenían que encontrar alebrijes que no fueran a mutilarlos. ¡El tucán! Se había distraído demasiado y, cuando volvió a mirar, la madre alebrije ya estaba sola, mirándolo con tranquilidad. Las posibilidades de terminar la prueba estaban mermando poco a poco. —¿Dónde está Xio?

La chica señaló con la cabeza hacia donde el pequeño estaba escondido, hecho un ovillo debajo de una roca, con los brazos sobre la cabeza. Algo pequeño y muy *irritado* salió disparado por el aire, piando con rabia. Recién después de acercarse, Teo notó que era un ratoncito con pico y alas de colibrí, que estaba picoteando a Xio sin

parar. Al llegar allí, extendió las alas sobre el pequeño, por lo que el ratón-colibrí le clavó el pico afilado.

—¡Auch! ¿Tenías que ir tras el más pequeño e irritable? —exigió al tiempo que intentaba espantar al alebrije diminuto.

—¡Yo no fui tras él! —se quejó Xio, que miró por debajo del ala para rugirle a la criatura.

—El más pequeño e irritable. ¡Igual que él! —bromeó Niya.

—¡No hay tiempo para bromas, Niya! —la reprendió Teo.

—Sí. ¡No hay *tiempo*, Niya! —repitió ella y negó con la cabeza.

Se oyeron dos trompetazos de Mariachi. *Brr, brr. Brr, brr.* Auristela y Aurelio habían regresado a la plataforma con sus alebrijes.

—¡Agarren una cría antes de que se lleven a todas las fáciles! —gritó Teo antes de que se separaran.

Todo era un caos absoluto. Teo corrió tras la liebre-correcaminos, pero Ocelo llegó primero. Cuando lo tomó del lomo, el alebrije comenzó a patearle el rostro hasta que Ocelo lo soltó, y se alejó dando brincos. Teo apenas alcanzó a apartarse del camino de Marino, que se deslizó por el suelo después de que una cabra verdeazulada muy astuta, con alas de mariposa, le pateara el trasero. La criatura saltaba y lanzaba patadas en el aire, aleteando con todas sus fuerzas, solo que las alas eran demasiado pequeñas como para levantarla mucho del suelo.

Sin los mellizos, la madre alebrije estaba concentrada en Atzi. La chica tenía la frente cubierta de sudor y le lanzaba rayos lo más rápido posible, pero era notorio que se hacían cada vez más débiles, quizás por todo el esfuerzo que requería esquivar mordiscones y zarpazos.

Por otro lado, Dezi estaba enfrentándose a un gallo verde flacucho con cuernos de toro. El ave rascó el suelo con las garras y emitió un cacareo poderoso.

—*¡Kikiriki!* —Luego agachó la cabeza y arremetió contra Dezi. Por algún motivo, el chico no pareció para nada preocupado, en cambio, sonrió al ver al gallo enfurecido. Teo quiso advertirle, pero no tenía caso, por supuesto. Dezi esquivó al ave justo a tiempo con pies veloces y, cuando pasó junto a él, le tocó el lomo como si estuvieran jugando a las atrapadas. El gallo clavó las garras de inmediato para detenerse, con lo que levantó una nube de polvo. Después giró para enfrentarse

al chico, ladeó la cabeza y cacareó confundido. Él extendió la mano y, para absoluta sorpresa de Teo, la criatura caminó hacia ella. Sin la más mínima represalia, Dezi lo levantó para cargarlo debajo del brazo. La criatura, que antes estaba enfurecida, pio complacida mientras él se la llevaba hacia el puente.

—Ese fenómeno de Dezi —resopló Niya.

—¿Cómo demonios hizo eso? —preguntó Teo, azorado.

—Es el hijo de Amor —respondió ella como si eso explicara todo. —Todos sus hijos pueden manipular el afecto —continuó cuando él la miró desconcertado. —La especialidad de Dezi es la "satisfacción adictiva". Tocándote, puede hacer que te sientas tan *bien* al estar cerca de él que no quieras irte nunca. En la escuela, algunos dicen que puede hacer que sea muy intenso, hasta el punto en que la persona muere porque no soporta vivir sin él. Si me lo preguntas, creo que es demasiado dramático.

De repente, la advertencia de Huemac de que no se acercara a Dezi tuvo mucho más sentido, solo que, en ese momento, había cosas más importantes de las que ocuparse. Cuando Niya jadeó, Teo se dio la vuelta y vio a un alebrije color escarlata, con cuerpo de pecarí y cabeza de escarabajo rinoceronte, que estaba removiendo la tierra con las pezuñas.

—¡Por los dioses, mira a esa cosa! —exclamó y se apartó del camino.

—¡Es hermoso! —chilló Niya. Cuando la criatura agachó la cabeza para ir a la carga, ella corrió. —¡Es mío!

Teo se lo dejó con todo gusto. La cabra verdeazulada con alas de mariposa pasó dando saltos frente a él, pero cuando intentó agarrarla, pateó con las pequeñas pezuñas, lista para romperle las piernas. En una fracción de segundo, la criatura quedó envuelta en enredaderas y cayó de lado, con las patas amarradas. Xochi jaló de la enredadera, cargó al alebrije como si fuera un bolso de mano y le sonrió a Teo de forma engreída antes de correr hacia el puente, con la criatura chillando de rabia.

—Sería mucho más fácil odiarla si no fuera tan ardiente —protestó Niya.

—Dices lo mismo sobre todo el mundo —repuso Teo.

—¡No es mi culpa que todos estén *muy bien*, Teo!

Que otro semidiós hubiera conseguido su alebrije no era bueno, pero la madre jaguar arremetió contra Xochi, así que Teo pensó que al menos les daría un poco más de tiempo.

—¡Tenemos que darnos prisa! —les gritó a sus amigos y miró alrededor con frenesí en busca de un alebrije.

—*¡Gluglú!* —El ruido extraño lo hizo saltar del susto. El pequeño tucán estaba a sus pies, mirándolo con los ojos extraños de camaleón y la cabeza de lado. Teo, sorprendido y muy confundido, tan solo parpadeó, por lo que el ave, impaciente, volvió a emitir el sonido. Parecía un graznido, diferente a cualquier canto de ave que hubiera oído antes. —*¡Gluglú. Gluglú!* —El tucán dio saltitos, agitó las alas y sacudió la cola de serpiente antes de acercarse a él.

Teo extendió las manos hacia la criaturita extraña, pero luego resonó un aullido ensordecedor. Xio le había pisado la cola a un gatito azul con caparazón amarillo de tortuga. El gato siseaba y le lanzaba zarpazos a la pierna del pequeño, mientras que el ratón-colibrí seguía picoteándolo.

—¡Fue sin querer! —lamentó el chico. Solo que el daño ya estaba hecho.

La madre alebrije agitó las alas gigantes, aterrizó frente a ellos y rugió. Teo tomó a Xio, saltó en el aire y usó todas las fuerzas de sus alas para sacarlos de allí. Apenas pudieron esquivar al jaguar que arremetió hacia ellos, aterrizaron en el suelo en un desparramo de extremidades. Niya se interpuso entre ellos y la jaguar y creó un escudo de metal.

—¡Quédense detrás de mí! —gritó, al tiempo que el brazalete de plata que tenía en la muñeca se convertía en una lanza. La jaguar mostró los dientes y avanzó hacia ellos con la cabeza baja. Aunque Teo sabía que su amiga era fuerte, no creía que pudiera contra una madre alebrije enfurecida.

A la distancia, la trompeta indicó la llegada de Xochi. *Brr, brr.*

En ese momento, Teo notó la bolita verde y azul entre las patas delanteras de la jaguar. Era el tucán, que seguía persiguiéndolo y piando sin parar.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Niya.

—No tengo idea.

—¡Pregúntale!

—¡No puedo! No es un ave, es un alebrije —negó él.

Otro trompetazo atravesó el aire y los relojes volvieron a vibrar. Teo le lanzó una mirada a Dezi y pensó en cómo el gallo se había ido con él por voluntad propia, sin violencia ni fuerza bruta. Al pensarlo mejor, se percató de que la madre alebrije había perseguido a todos los semidioses que se habían llevado a sus crías, pero no a Dezi. Entonces, una idea lo impactó como un rayo, una peligrosa al extremo que podía hacer que lo mataran, pero si no intentaba *algo*, los tres acabarían muertos de todas formas.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Niya cuando salió de atrás del escudo.

—Algo que puede ayudarnos un poco o lastimarme mucho —murmuró mientras avanzaba despacio. Su corazón palpitaba con agonía contra las costillas. Lo labios oscuros de la jaguar se replegaron cuando gruñó por lo bajo, y las rodillas del chico temblaron con intensidad mientras que cada fibra de su ser le decía que saliera corriendo, pero las ignoró. En cambio, miró al tucán, se agachó y, con la respiración agitada, extendió la mano. La madre alebrije se quedó quieta, los dientes a centímetros del cuello de Teo, la respiración cálida sobre su piel, pero no atacó. El tucán salió de debajo de la madre y subió a la palma del chico. Aunque echó la cabeza hacia atrás y soltó un gorgoteo horrible que estremeció a Teo, luego saltó con alegría por su brazo. La jaguar contempló cómo su cría saltaba hacia el hombro del chico. Cuando él miró atrás, notó que las plumas vibrantes de la criatura combinaban casi a la perfección con las suyas. La pequeña cría se acurrucó sobre las plumas de su escápula, en donde el ala se unía con el hombro, volvió a emitir el graznido extraño y chasqueó el pico con forma de banana, que era muy adorable, hasta que empezó a jalar alegremente las plumas de Teo. Él maldijo por lo bajo, pero si hacía feliz al alebrije bebé, que así fuera. Aunque tampoco iba a cantar victoria antes de tiempo.

La madre lo evaluó con los ojos dorados durante lo que pareció una eternidad. Luego resopló, y el aliento alborotó el cabello del chico.

De repente, un aullido familiar atravesó el aire. Atzi estaba luchando por retener al gato-tortuga que cargaba del pescuezo mientras daba zarpazos en el aire. Las pupilas de la jaguar se dilataron, y abandonó a Teo para perseguir a la chica, por lo que él se sintió mareado por el alivio. Por fin tenía un alebrije y uno que estaba con él por voluntad propia. Niya y Xio lo estaban mirando con la boca abierta.

—Cielos, ¿cuándo te crecieron las bolas más que a mí? —preguntó ella antes de estallar de la risa, encantada. Xio seguía mirándolo, tan impactado que ni siquiera se preocupó por espantar al ratón-colibrí que no dejaba de atacarlo. Solo que no era momento de celebrar, pues la prueba no había terminado.

Como recordatorio, la trompeta volvió a sonar cuando Marino llegó a la meta final. *Brr, brr*.

—¡Tenemos que irnos! —los instó Teo. —*¡Ya!*

—¿Y qué demonios se supone que hagamos? —repuso la chica con los brazos en el aire. —¡No somos encantadores de alebrijes como Dezi y tú!

—¡Entonces sean *rápidos* mientras la madre está distraída! ¡Dame tu chaqueta! —le indicó a Xio, impaciente, mientras el pequeño se esforzaba por sacársela por la cabeza. Luego, cuando el ratón-colibrí se lanzó en el siguiente ataque, él levantó la chaqueta para atraparlo en el aire, de modo que la criatura pio enojada y le dio picotazos a la tela. —¡Toma esto y ten cuidado! —dijo al entregarle el paquete.

Tal vez no podían persuadir a los alebrijes para que fueran con ellos, pero al menos podían ser más cuidadosos. En marcha, Niya usó los brazaletes para formar lo que parecía un recipiente de cocina y lo usó para atrapar al pecarí con cabeza de escarabajo rinoceronte. La criatura corcoveó y se sacudió para intentar escapar, pero las pezuñas se deslizaban sin utilidad por el metal.

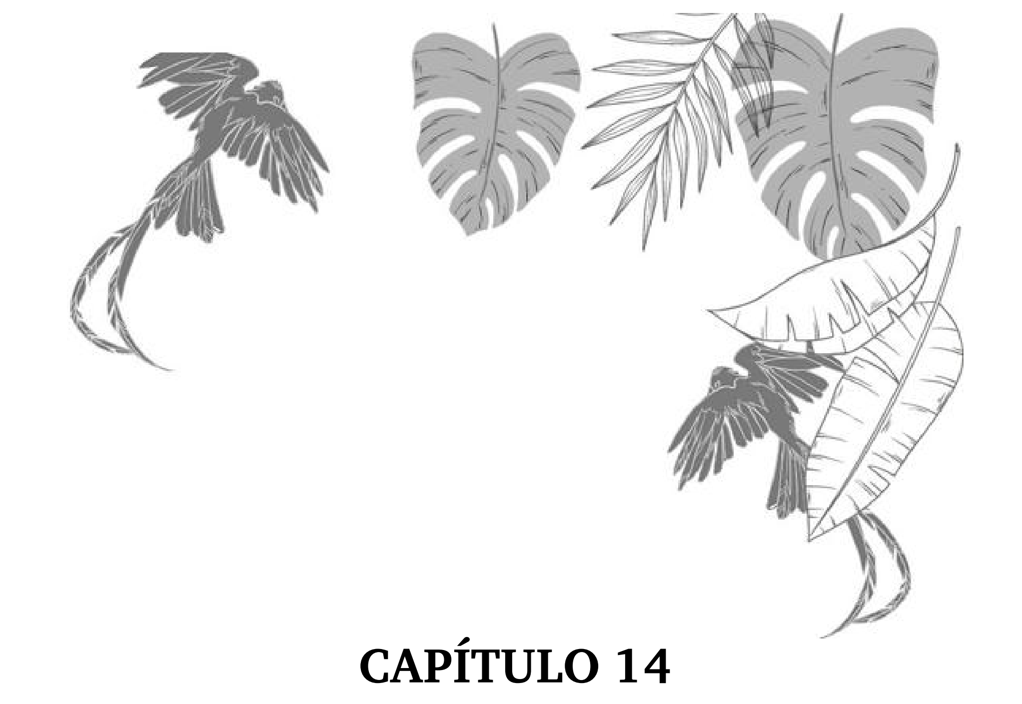
Quedaban Atzi y Ocelo. Ocelo atrapó a la anaconda-jaguarundí que, como una manguera de bombero enfurecida, se le enroscó por los brazos y le mordió el hombro sin parar, por lo que comenzó a brotarle sangre dorada mientras corría hacia el puente.

Para poder mantenerse lejos del final de la tabla de posiciones, los tres tenían que volver antes que los demás.

—¡Vamos! —exclamó Teo de camino al puente, con Niya y con Xio a los costados. Llegaron primero, pero se oyeron las pisadas de Ocelo justo detrás de ellos. Si bien Ocelo era fuerte, ellos eran más rápidos; cruzaron el puente, llegaron a la plataforma y atravesaron la barrera final. Teo, Niya y luego Xio.

La trompeta de Mariachi sonó tres veces, seguida por las vibraciones del reloj de Teo. Y luego, antes de que Ocelo terminara, se oyó un trompetazo prolongado, seguido por una vibración igual. *Brrrrrrrrrrrrrr*. Le semidiose chocó y rebotó contra la barrera.

El tiempo se había acabado. La prueba estaba terminada.



CAPÍTULO 14

Todos los semidioses, desaliñados y exhaustos, se reunieron con sus padres en el orden en el que habían llegado. Después de haberlo felicitado por el buen desempeño, la madre de Teo se enfocó por completo en su nuevo amiguito.

—Que cosita más dulce —lo arrulló y le rascó el cuello con delicadeza mientras descansaba sobre el hombro del chico. En respuesta, el alebrije hizo una especie de ronroneo alegre junto al oído de él y cerró los ojos de camaleón con satisfacción. Pero Teo estaba distraído, pues en la isla, la madre alebrije deambulaba frente al puente, mientras que algunos dioses montaban guardia para que no cruzara. La jaguar soltó un gemido bajo que le revolvió el estómago por la culpa.

—Presenten a sus alebrijes, por favor —indicó Luna.

A pesar de que Diosa Lumbre estaba de pie frente a sus hijos, estoica y firme como siempre, sus facciones se suavizaron un poco de

forma casi imperceptible cuando Auristela presentó a su alebrije. El pobre coatí-armadillo púrpura seguía enrollado y temblando al ser presentado frente a Luna y la multitud. La chica sonrió de forma engreída, deleitándose por haber terminado en primer lugar.

Por su parte, Aurelio no tenía su sonrisa para las cámaras. En cambio, tenía una expresión tensa por la concentración para controlar a su alebrije. El geco azul no dejaba de gruñir con rabia y de girar por su mano, mientras que él intentaba evitar que se cayera al suelo. Cuando la criatura escupió fuego, Aurelio siseó y apartó la mano.

Bien, tenía su merecido por ser un idiota. Aunque la sensación victoriosa de Teo no duró mucho al ver el modo en que Diosa Lumbre miraba a su hijo con los ojos llameantes. Buscó la más mínima señal de calidez en la forma en que observaba al chico dorado, pero solo vio frialdad. No podía pensar en nada que pudiera impresionar, emocionar o complacer a la diosa. Eso le hizo sentir pena por Aurelio.

Dezi exhibió al gallo verde con orgullo, que se frotó sobre él y lo miró con la expresión más cercana a “admiración” que un ave podía reflejar. La cabra de Xochi seguía amarrada, pero se había tranquilizado gracias a las hojas que ella le había dado de comer. Marino estuvo a punto de dejar caer a la liebre-correcaminos cuando lo pateó con furia. El pecarí-escarabajo rinoceronte seguía enfurecido, lo que dejaba en evidencia desde el tazón.

Teo estaba feliz de que su mejor amiga hubiera terminado, pero lo aliviaba aún más que Xio hubiera logrado no quedar en último lugar. Cuando al pequeño le llegó el turno de mostrar el alebrije, se sintió muy bien.

Xio desplegó la chaqueta con cuidado. La primera señal de que algo andaba mal fue que no se oyó el piar irritado. Entonces, Xio frunció el ceño, estiró la chaqueta por completo y le revisó las mangas y los bolsillos. Al final, la sacudió un poco, pero no había rastros del ratón-colibrí.

El corazón de Teo se desplomó.

—¿Dónde está el alebrije, mijo? —preguntó Mala Suerte, con la voz en un tono suave inusual, pero los ojos oscuros cargados de ansiedad. Tomó la chaqueta en sus manos y revisó cada pliegue con detenimiento.

—No lo sé. Debió haber escapado cuando corríamos de regreso —explicó Xio con pesar. Cuando la chaqueta vacía calló al suelo, él agachó la cabeza y dejó que la mata de rizos le ocultaran el rostro. Mala Suerte lo abrazó por los hombros para acercarlo más a él. Aunque no dijo nada, la mirada en su rostro les advirtió a todos que hicieran lo mismo.

Teo agachó la cabeza porque se sentía terrible. Había sido idea suya atrapar al alebrije en la chaqueta. Tendría que haber pensado en algo mejor. Pensó en darle su tucán a Xio, pero sabía que diosa Luna no lo permitía y, más importante, Sol tampoco lo haría. El pequeño tendría una posición baja por su culpa.

—Teo —lo llamó Quetzal con un apretón ligero en el brazo. Todos estaban mirándolo y esperándolo.

Después de tragar el nudo que tenía en la garganta, tomó al tucán bebé en la mano y lo exhibió ante Luna. El tucán ronroneó y le picoteó el pulgar de forma afectuosa con el pico largo. Luna asintió con la cabeza y siguió adelante, entonces él volvió a agachar la cabeza y a encoger los hombros.

Ocelo había atrapado un alebrije, pero no había cruzado la barrera a tiempo, y Atzi, que lucía andrajos y deshecha, tenía las manos vacías. Tras reflexionar un momento, Luna dio el anuncio final.

—Sol ha decidido las posiciones. —Señaló la laja de piedra, donde los glifos dorados y verdes jade se movieron a un ritmo demasiado lento para reacomodarse.

Teo contuvo la respiración todo el tiempo.

Al final, Niya gritó, lanzó un puñetazo al aire y luego levantó a su padre del suelo en un abrazo. Los brazos de él se sacudieron en el aire cuando ella brincó apretándolo fuerte. Teo estaba encantado por ella y también quería festejar, solo que estaba demasiado distraído intentando encontrarle sentido a la tabla de posiciones, al tiempo que los espectadores estallaban en un mar de murmullos.

Auristela rabiaba. A pesar de que Niya había terminado mucho después, de alguna manera, había obtenido el primer lugar. Marino también había ascendido, justo debajo de Aurelio. De todas formas, quizás, lo más raro de todo fuera que Teo había quedado en *quinto* lugar.

—Qué demonios —murmuró mientras su madre lo abrazaba fuerte. Incluso Xio había ascendido en la tabla; no mucho, pero al menos ninguno de los dos había quedado último. Cuando miró al chico, lucía tan impactado como él. —¿Qué *demonios*?

Xio negó con la cabeza como si tampoco lo entendiera. Miró alrededor para evaluar las reacciones de los demás. Por sorpresa, Aurelio no parecía molesto; en cambio, estaba analizando la tabla, intentando armar el rompecabezas que los tenía a todos confundidos.

El enojo de Auristela quedó opacado por la rabia desatada de Ocelo. Estaba respirando tan fuerte que Teo pensó que perdería la compostura por completo, pero, al parecer, había aprendido la lección la última vez. Quizás Diose Guerrero estaba tranquilizándole al susurrarle al oído.

Al percibir la confusión de todos, Luna se dirigió al grupo:

—Es un buen momento para recordarles que las posiciones no solo se determinan por el orden en que terminan las pruebas —explicó con una sonrisa tranquila, al tiempo que Verdad y Chisme se llevaban a la extasiada Niya hacia los reporteros. —Se actualizan en base a la *evaluación de Sol* de su desempeño a lo largo de la competencia.

Teo sintió una guerra de alivio, alegría y frustración en su interior. ¿Cómo se suponía que le ganara al sistema si no había reglas claras?

—Pueden liberar a sus alebrijes —indicó Diosa Luna.

Los animales coloridos se precipitaron hacia su madre a través del puente. Cuando Dezi bajó a su gallo con cuernos de toro, la criatura se sacudió como si acabara de despertar de un sueño y salió corriendo. El tucán bebé se había quedado dormido en la palma de Teo, con el pico escondido debajo de un ala y la cola enrollada como la de un gatito.

—Debes irte —le dijo Teo al darle un empujoncito con el dedo pulgar. —No puedes quedarte conmigo. —La criatura se limitó a mirar para el otro lado y volver a enrollarse. Era adorable, pero él ya tenía demasiado con cuidarse a sí mismo, no estaba capacitado para hacerse responsable de un alebrije bebé. Desde la isla, la madre volvió a llamar con un gemido bajo, y la cría alzó la cabeza para espiar de dónde provenía el sonido. —Ve con ella. —Entonces, el tucán graznó una vez más y voló con torpeza hacia su madre.

—Que criatura más dulce —comentó Diosa Quetzal, cuyas plumas

de la cabeza brillaban bajo el sol. —Creo que le gustaría mucho Quetzlan. ¿Qué te parece? —le preguntó a su hijo. Le acarició las alas, con lo que los hombros de Teo se relajaron.

—Tal vez. —Él se encogió de hombros y la abrazó antes de volver a formarse detrás de Luna para volver al barco. No quería pensar en su casa en ese momento, cuando aún existía la posibilidad de que nunca volviera a verla.



Niya volvió a reunirse con ellos de camino al barco.

—¡No puedo creer haber quedado en primer lugar! —chilló mientras caminaba a los saltos. Luego tomó a Teo de los hombros y lo sacudió. —¡Y tú quedaste en quinto lugar! ¡*Quinto*! —exclamó ¡Venciste a *cuatro* dorados, Teo!

—¡Lo sé! —rio él y negó con la cabeza. Eso era cierto. No sabía cómo, pero lo había hecho. De repente, sus planes de derrotar a todos los Dorados no parecía tan descabellado. —¡Mierda, de verdad podríamos lograrlo! —Sin embargo, Xio seguía en un silencio sepulcral y se rehusaba a levantar la vista de sus pies. —¡Oye, todo estará bien! —Le aseguró Teo con un apretón en el hombro.

—¡Sí, fue solo un momento de mala suerte! —agregó Niya.

—Todavía nos quedan tres pruebas. Hay tiempo suficiente para que asciendas en las posiciones.

—Sí, eso creo —balbuceó Xio, con los ojos ocultos por los rizos oscuros.

Teo y Niya se miraron preocupados. Sí, tenían tiempo, solo que no mucho. Era como si el universo estuviera determinado a hacer que Xio lo arruinara. Hasta entonces, habían logrado que no quedara en último lugar, pero ¿hasta cuándo podrían sostenerlo ellos tres?

—Creo que todos necesitamos una buena comida —sugirió Teo.

—Y una ducha. Apesto —agregó Niya.

—Podríamos…

—¡Oigan, marginados!

Todos se detuvieron, giraron y vieron que Auristela se acercaba de prisa, con los puños apretados a los lados. Niya gruñó.

—¿Qué quieres? —exigió Teo y avanzó para interponerse entre Xio

y la mirada abrazadora de la chica. No estaba de humor para, además de todo, tener que lidiar con ella. —¿No tienes ningún animal bebé al que atormentar ni nada?

—Les daré un consejo para sobrevivir a las pruebas —comenzó al detenerse frente a ellos y fulminó a Teo con la mirada. —En primer lugar, cuiden cómo me hablan. —Él resopló, pero ella siguió sin detenerse. —Y, en segundo, manténganse fuera de mi camino y del de Aurelio.

—¿Cómo es que eso me ayudará a sobrevivir a las pruebas? —replicó Teo.

La chica dio un paso al frente, por lo que Teo tuvo que esforzarse al máximo para no retroceder por instinto. Ella volvió a hablar, con voz baja, controlada y asesina.

—Sigue jodiendo y descúbrelo, Chico Pájaro. —Con eso, se abrió paso entre él y Niya y se alejó a paso firme hacia la salida de la arena, en donde Aurelio estaba esperándola.

—Eso fue aterrador. —Xio tragó saliva.

—Odio admitirlo, pero sí, lo fue —coincidió Teo y resopló.

—¿Por qué una persona tan ardiente tiene que ser tan malvada? —comentó Niya, mirándola con una expresión de dolor.



Después de la cena, los Dorados estaban mucho menos presuntuosos y seguros de sí mismos. En cambio, hablaban por lo bajo y sonreían con desgano ante cualquier broma. Por fin parecían caer en la cuenta de la realidad de la situación: que no todo era diversión. Dos de los suyos ocupaban las últimas posiciones y, a pesar de que Teo disfrutaba de verlos sudar, estaba viviéndolo demasiado de cerca como para sentirse bien.

Xio pasó el resto de la noche en silencio, con la cabeza gacha, respondiendo con tarareos o monosílabos. Teo y Niya intentaron convencerlo de pasar el rato con ellos atorándose de dulces, pero el pequeño les dijo que quería estar solo y se fue a la cama temprano. Cuando Niya quiso obligarlo, Teo la contuvo, pues lo menos que podía hacer era asegurarse de que el chico tuviera su espacio.

Mientras compartían teorías sobre la prueba siguiente, Niya se

quedó dormida a los pies de la cama de Teo, rodeada por envoltorios de dulces. Él no podía dormir con facilidad. Aunque estaba exhausto, se sentía inquieto; así que, en lugar de molestar a su amiga, se puso la ropa deportiva y la dejó roncando tranquila. Necesitaba algo para distraerse y pensó que la sala de entrenamiento serviría.

Como no podía ser de otra manera, tuvo la suerte de que a otra persona se le ocurriera la misma idea. Al cruzar la puerta, se detuvo de forma abrupta. Aurelio ya estaba allí, recostado en una banca, levantando pesas que debían ser cinco veces más pesadas que Teo. Al verlo, él dejó que la puerta se cerrara de un golpe, con lo que el chico apoyó la barra en su lugar, levantó la vista y vio el reflejo de Teo en el espejo. Luego dejó caer las manos, se sentó a horcajadas y, con el sudor goteando por las sienes, miró a Teo expectante. Él se dio la vuelta de forma intencionada y se dirigió a… Mierda, ¿qué haría? ¿Qué *sabía* hacer allí?

En la esquina de la sala había una bolsa de boxeo. Eso sonaba algo sencillo y con pocas probabilidades de resultar en lesiones. Entonces, Teo cerró los puños y comenzó a golpear la bolsa como había visto en televisión. Lanzó un puñetazo para ver cuánto se movía: casi nada. Tampoco ayudaba que Aurelio estuviera mirándolo todo el tiempo, así que lo miró por sobre el hombro.

—¿Qué? —exigió, preparado para recibir hostilidad en respuesta, pues no estaba de humor para que se burlaran de él. Lanzó algunos golpes más, que apenas sacudieron la bolsa.

—Lo estás haciendo mal. —Aurelio se levantó y usó el borde de la camiseta para secarse la frente. Fue rápido, aunque suficiente para dejar expuesto todo su torso, con el valle montañoso de piel morena. Teo se aseguró de apartar la vista antes de que él bajara la mano y de fruncir el ceño. Qué demonios, lucía como el modelo de una marca de ropa deportiva de lujo. —Así no se golpea la bolsa —insistió el chico en tono tranquilo y monótono, mientras lo miraba un tanto molesto.

—Es una bolsa llena de arena a la que hay que golpear, creo que puedo con eso —respondió Teo y preparó el brazo derecho.

—Deberías usar guantes o vendarte las manos —explicó el otro como si estuviera dándole lecciones, pero él no estaba interesado. Tras poner los ojos en blanco, le lanzó un golpe de derecha con todas sus

fuerzas. El dedo pulgar estalló de dolor.

—¡Hijo de…!

—Y nunca debes apretar el pulgar —agregó Aurelio. Teo silbó entre dientes y sacudió la mano adolorida. —Intenté advertírtelo…

—Te crees *muuuuuuy* genial, ¿eh? —Él giró para enfrentarlo, lo que hizo que se detuviera en seco. —Aurelio, el Chico Dorado, hijo de Diosa Lumbre —dijo fingiendo admiración mientras agitaba los dedos en el aire.

Aurelio se quedó rígido, con el ceño fruncido. Estaba mucho más cerca de lo que Teo esperaba, por lo que tuvo que tomarse un instante para reequilibrarse ante toda la *piel* expuesta frente a él, sudorosa y con un ligero aroma a fogata y a canela. Después sacudió la cabeza e infló el pecho, pues se rehusaba a sentirse pequeño frente al chico.

—Apuesto a que podría vencerte mano a mano —arriesgó. Aurelio resopló por lo bajo como si no supiera si Teo hablaba en serio o no. —Vamos —lo instó con los puños en el aire, saltando adelante y atrás en lo que, esperaba, fuera una postura de boxeador. —Puede que no sea un Dorado, pero *soy* un luchador.

—¿Prefieres pelear conmigo antes de dejar que te ayude? —Aurelio le dedicó una mirada devastadora.

—Sip —afirmó, chasqueando los labios en la P. ¿Era más fuerte que Aurelio? No. ¿Era un buen luchador? Por supuesto que no. Pero ¿lo provocaría para incitarlo a pelear de todas formas? Claro que sí. Le sonrió con sarcasmo y agregó—: Te encantaría ponerme las manos encima. —El otro tarareó en respuesta. —Adelante, Chico Dorado, yo…

No pudo terminar la oración, pues, en un parpadeo, Aurelio le barrió los pies con una pierna (lo mismo que él había querido hacerle durante la segunda prueba), por lo que aterrizó de espaldas y se quedó sin aire por el impacto. Las alas hicieron poco por amortiguar la caída y le dolieron al quedar aplastadas por su peso. Gimoteó mientras intentaba volver a levantarse.

—Parece que eso dolió —bromeó Aurelio al extenderle una mano.

—Porque *sí* dolió —repuso Teo y le apartó la mano para levantase solo con dificultad. —¿Alguna vez te sacas esas cosas estúpidas? —preguntó señalando las bandas doradas alrededor de los brazos del

chico.

—No —respondió, rígido.

—Estás muy comprometido con tu estética, ¿eh? —Teo se estremeció al frotarse las alas adoloridas y, de repente, soltó un quejido ahogado: Aurelio lo había derribado otra vez. El chico se apoyó sobre una rodilla y le aferró la camiseta con los puños para inmovilizarle los hombros en el suelo. Teo forcejeó para sujetarse de los brazaletes; el metal estaba frío debajo de sus dedos, en contraste con el calor que emanaba de la piel de Aurelio. Su pecho subía y bajaba con cada respiración audible, mientras que el Dorado ni siquiera jadeaba. Lo miraba desde arriba con los ojos cobrizos, que dejaban entrever el rastro de una sonrisa. Ante esa mirada, Teo apretó los labios y sintió el pulso acelerado en el cuello.

Tan pronto como lo había derribado, Aurelio volvió a ponerse de pie.

—No eres muy bueno en esto —comentó con el ceño fruncido hacia donde él yacía desparramado.

—¡Solo estoy calentando! ¡Llevándote a una sensación falsa de seguridad! —respondió al levantarse con esfuerzo.

—¿Tienes que convertir *todo* en una competencia? —resopló el chico, a lo que Teo se rio con fuerza.

—¡Mira quién habla! No sé si tienes una forma muy extraña de ayudar o si solo eres un idiota. El peinado no ayuda.

—Es el recogido tradicional que los Héroes de Diosa Lumbre han usado por siglos… —Aurelio se sobresaltó como si Teo le hubiera dado un golpe.

—Es un rodete, amigo. —Nunca lo había visto tan irritado y le resultó muy gratificante. —¿Te toqué un punto débil? ¿Estás molesto? —Inclinó la cabeza e hizo pucheros. —Luces ofendido.

—Cierra la boca —bufó el chico.

—Oblígame —sonrió él. En un abrir y cerrar de ojos, volvió a volar al suelo, solo que, en esa oportunidad, gritó de dolor al caer. —¡Ah!

El pobre ingenuo de Aurelio se agachó enseguida a ayudarlo.

—¿Estás…? —comentó, pero Teo lo tomó del brazo, aprovechó el impulso para desequilibrarlo y, con todas sus fuerzas, lo hizo girar para tirarlo de espaldas. El chico tomó aire, lleno de sorpresa.

—Te dije que era un luchador —dijo Teo con una sonrisa triunfal.

—¿Lo suficiente como para superar las pruebas? —preguntó Aurelio después de tragar con fuerza.

Por un momento, Teo había podido fingir que aún eran niños. Que seguían siendo amigos. Que Aurelio no se había convertido en un desconocido. Que no estaban en las pruebas.

Pero su corazón se desplomó, se apartó de él y se levantó.

—Ustedes los Dorados están obsesionados con convertirse en Portadores del Sol, ¿no? —dijo con hosquedad. Estiró las alas y volvió a plegarlas mientras miraba con el ceño fruncido cómo el otro se levantaba despacio. —Me resulta un poco estúpido seguir órdenes sin cuestionarlas y ponerte en peligro solo porque tu madre te lo dice.

La expresión de Aurelio se quebró un instante, un cambio sutil de postura al que Teo no hubiera podido describir, pero luego recuperó el personaje.

—Sol nos eligió por una razón. Con gusto entregaría mi vida para mantener la paz y la prosperidad en Reino del Sol.

—¿De verdad? Es curioso —lo desafió él con un paso al frente. —No es lo que recuerdo de la última ceremonia del Portador del Sol. —Percibió el veneno en su propia voz. Los hombros de Aurelio se tensaron, y él apretó los puños a los lados. —Aún recuerdo lo asustado que estabas.

A los siete años, los dos habían visto las Pruebas del Sol juntos. Huemac se había ofrecido a cuidarlos, lo que, más que nada, implicaba controlar las travesuras de Teo. En ese momento, él no entendía el verdadero significado de las pruebas, solo sabía que podía jugar a perseguirse con Aurelio debajo de la tribuna, a donde Quetzal los había enviado, y que Huemac los sobornaba con nueces acarameladas para que se quedaran sentados al menos cinco minutos. Cuando prestaban atención, los niños pensaban que las pruebas eran geniales y emocionantes y que los competidores se veían grandes, fuertes y mayores. Era la única oportunidad en la que podían ver a tantos semidioses usando sus poderes al mismo tiempo. Para Teo era asombroso ver en lo que se convertiría cuando creciera. Sin embargo, al final de la ceremonia, su madre se lo había llevado con ella y, mientras esperaban frente a la Piedra Solar a que la ceremonia

concluyera, lo había envuelto con las alas como en un capullo. Luego, él había querido buscar a Aurelio para seguir jugando en las escaleras del templo, pero Quetzal le había sujetado la mano con fuerza.

Teo había mirado alrededor, confundido. Había visto a la valiente Niya parada como una estatua, con los ojos bien abiertos y los labios apretados. Mientras su padre la llevaba de vuelta al templo, ella se había aferrado por su vida a los pantalones de él con los puños pequeñitos. Al encontrar a Aurelio, el niño había estado llorando sin control, frotándose los ojos con las manos vacías, al tiempo que las lágrimas le rodaban por las mejillas. Él había querido acercarse a preguntarle qué le pasaba, pero Diosa Lumbre había sacudido la mano con desprecio y una sacerdotisa había alejado a Aurelio; un niñito rodeado por un grupo de sacerdotes altos de túnicas negras. Teo no lo entendía. Había intentado mirar el altar para saber qué había pasado, pero su madre le había bloqueado la vista con las alas descomunales y lo había guiado hacia el templo con cuidado, prometiéndole chocolate caliente de Pan Dulce antes de dormir.

Era extraño ver a ese mismo chico frente a él en ese momento. Alguien a quien conocía hacía mucho tiempo, que había significado *tanto* para él, pero se había convertido en un completo extraño. Un conocido irreconocible. La amistad ya no era más que el fantasma de un recuerdo que solo le había dejado un dolor sordo en el pecho.

—¿Qué cambió desde entonces? —preguntó.

—Todo. —La piel delgada alrededor de los ojos del chico se arrugó con una mirada apenada, y sus hombros se elevaron con actitud derrotada.

Al mirar atrás, *ese* había sido el principio del fin. Había sido el primer vistazo hacia el futuro que los esperaba. Luego, cuando Aurelio había empezado a ir a la Academia, habían tomado caminos separados de forma definitiva. Él se había vuelto intocable, mientras que Teo se había convertido en, bueno, Teo.

Sin embargo, allí estaban, atrapados juntos en las pruebas.

—En ese entonces, era solo un niño. No entendía la importancia de las pruebas —intentó explicar Aurelio, y Teo puso los ojos en blanco. —Ganar o perder es un honor…

—¿Es un honor ser *asesinado*? —Teo gritó sin darse cuenta, con los

puños temblorosos a cada lado del cuerpo.

—Es un honor morir para mantener a mi gente a *salvo* —replicó el otro. Teo retrocedió un paso, pues nunca lo había escuchado alzar la voz por la rabia. Le quemaba la garganta y le ardían los ojos de modo traicionero. Le había resultado fácil mantenerse firme frente a Ocelo y a Auristela, pero allí sentía que se estaba desmoronando. Aurelio cerró los ojos y respiró lento y profundo. —Solo intento ayudarte —agregó en tono pausado.

—¿Por qué? —exigió y negó con la cabeza.

—Porque no es una competencia justa —respondió cansado.

Teo recordó lo que había dicho la otra noche: que los Jades no deberían competir en las pruebas. Aurelio no quería una victoria fácil, quería que él lo desafiara, que fuera un juego parejo.

—Una competencia justa —repitió Teo pensativo.

Por más que no quisiera la lástima del chico, sabía que sus amigos confiaban en él. Había prometido cuidar a Xio y evitar que quedara en última posición, pero hasta entonces, había hecho un trabajo lamentable. —De acuerdo —dijo después de un momento.

—¿De acuerdo? —preguntó Aurelio como si fuera otra de sus bromas.

—De acuerdo —repitió con el mentón en alto. —Pero no llores cuando te patee el trasero.

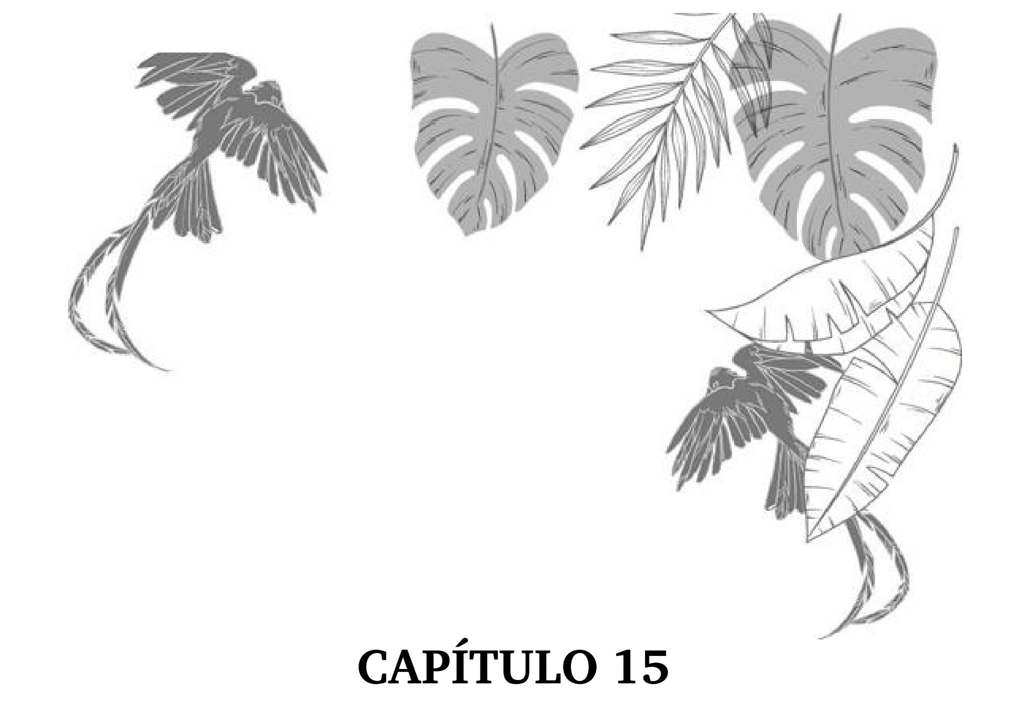
Una risa de sorpresa surgió en el pecho de Aurelio, baja, pero cargada de alivio.

—Ven. Te enseñaré a golpear sin que te rompas el pulgar —dijo en dirección a la bolsa de boxeo.

—Ah, ¡ahora eres gracioso! —rio él al seguirlo. —Y yo que pensé que tenías que renunciar a tu personalidad al empezar la Academia.

—No hagas que vuelva a ponerte en vergüenza.

Aunque el Dorado puso los ojos en blanco, curvó los labios con el indicio de una sonrisa.



CAPÍTULO 15

Los dos entrenaron tarde por la noche y hasta la mañana. Teo estaba más exhausto que el día anterior, pero el estímulo de Aurelio lo hizo sentir enérgico y listo para la prueba siguiente. En lugar de arrastrarse hasta la ducha, estaba listo antes que Xio y que Niya.

—Estás de buen humor —comentó Xio al verlo desde el otro lado de la mesa. El pequeño tenía bolsas moradas debajo de los ojos, por lo que Teo se preguntó qué tanto habría dormido durante los últimos tres días. Por su aspecto, no mucho. Él sintió una punzada de culpa en el pecho, así que suavizó la sonrisa entre los dientes.

—Eso creo —respondió y se encogió de hombros al pasar.

—¿Por qué? —Niya se sobresaltó. —¿Me perdí de algo divertido anoche? —exigió en voz alta, con la boca llena de arroz, huevo, frijoles y patatas.

—¡No! —le aseguró él antes de que ella se sobreexcitara. —Solo estuve entrenando mis alas y eso.

—¿Estabas haciendo *qué*? —Ella se ahogó, por lo que la comida salió volando de su boca. —¿Tú, Teo, estabas *entrenando*?

—Niya. —Él la miró con expresión adusta.

—¿Alguien te obligó?

—¡No es gracioso!

—Xio se está riendo. —Ella se encogió de hombros.

Teo le dio la razón para evitar que hiciera más preguntas. Aurelio era la competencia, por lo que no quería que Xio y que Niya pensaran que era un traidor. Esperó a que el pequeño volviera a revolver la comida del plato con su tenedor y a que su amiga divagara acerca de un sueño que había tenido por la noche, entonces miró hacia la punta de la mesa en donde se encontraba Aurelio. Auristela le estaba hablando, con el codo apoyado y el mentón sobre la mano. Él la escuchaba y asentía con la cabeza a la treta que ella debía estar planeando para la prueba siguiente y, cuando miró sobre el hombro de su hermana, se encontró con la mirada de Teo, que contuvo la respiración. La mirada fue fugaz, y eso estaba bien, en realidad. No esperaba que una sesión de entrenamiento secreta cambiara nada. A pesar de que no fuera del todo terrible, Aurelio había cambiado, al igual que él, y una noche no iba a volver el tiempo atrás, sin importar lo mucho que lo deseara.

Ambos tenían sus propios planes. Teo aceptaría los consejos de Aurelio para mejorar en las pruebas y cuidarse a sí mismo y a Xio. Mientras que el chico solo lo hacía para satisfacer la idea moral que lo hacía pensar que se había ganado el éxito en las pruebas.

No era gran cosa. Teo no lo pensaría demasiado; solo era una forma de ayudarlo a seguir adelante.



Una nueva ciudad implicaba un nuevo atuendo. Los habían invitado a visitar el santuario de alebrijes, uno de los que hacían famoso a El Valle, antes de ir a cenar al templo de Fauna. Los diez competidores recibieron trajes sencillos color café con chaquetas. El de Teo estaba adaptado para que pudiera liberar las alas, lo que hizo de buena gana. Los pantalones tenían siluetas rojizas de toda clase de animales en las piernas de gamuza calada. El único detalle de color era el glifo de

Quetzal bordado en la solapa de la chaqueta. A pesar de que se sentía muy elegante con ese traje fino, distaba mucho de ser su atuendo preferido. Tenía una tela gruesa, corbata de moño y sobrero que lo hacían demasiado sofocante.

—Creo que sudaré hasta la muerte —protestó cuando se formaron en la sala común. Ya se podían oír los vítores de la multitud que los esperaba.

—Creo que el mío es demasiado grande —dijo Xio. Se apartó el sombrero de la frente, que volvió a deslizarse hasta sus cejas de inmediato.

—¿Cómo es que alguien puede moverse con esta cosa? —gruñó Niya, que jalaba la ropa como si fuera un felino enfurecido. —¡Las chicas necesitan *respirar*!

—¿Qué chicas? —preguntó Teo, mirándola mientras intentaba aflojarse la corbata.

—¡Estas! —Niya hinchó los bíceps, que forzaron la tela de la chaqueta. —Aunque estas tampoco están muy bien —agregó mirándose el pecho. —No sé cuánto sudor tengo debajo de esas chicas en este momento.

A los demás Dorados tampoco les estaba yendo muy bien. Xochi estaba luchando por encontrar el modo de agregarle flores a su traje; el sombrero de Ocelo era demasiado pequeño para su cabeza; las mangas de Aurelio no entraban debajo de los brazaletes, por lo que las tenía enrolladas hasta los codos, algo ridículo, en opinión de Teo. Supuso que después de vivir la mayor parte del tiempo vestidos con el uniforme de lycra de la Academia, esos bufones se sentían demasiado restringidos con trajes.



Los únicos que no parecían perturbados eran Auristela (a quien el traje le quedaba como un guante) y Dezi (quien luciría perfecto hasta con una bolsa de papel). La chica, que iba al frente saludando con entusiasmo, recibía nuevas rondas de aplausos a medida que avanzaba por el muelle. A mitad de la rampa, Niya se sacó las botas de una patada y siguió descalza.

Mientras los competidores recorrían la ciudad por el camino

principal, los habitantes se detenían a saludarlos y aplaudirlos. Luna los hizo rodear un embotellamiento, provocado por un toro que comía heno alegremente en el medio de la calle; a los afectados no parecía molestarles. Todos esperaban con paciencia en sus automóviles y seguían las instrucciones de los sacerdotes de Fauna, que los desviaban para que no molestaran a la bestia.

Teo vio compañeros animales por todas partes, por lo que sintió mucha nostalgia. Le dolió el pecho al ver a una chica que cruzaba la calle con un gato montado sobre su mochila, también al pasar junto a la panadería, en donde un hombre compartía un pastelillo con un perezoso.

El santuario de alebrijes era enorme. Los sacerdotes Fauna les dieron un recorrido por el lugar y les mostraron la clínica veterinaria, en donde trataban a las criaturas enfermas con tecnología de punta. En la cocina, un sacerdote estaba explicándoles las diversas dietas que les proporcionaban a los diferentes alebrijes, cuando algo detrás de las ventanas grandes le llamó la atención. Había una zona cercada. Al igual que el spa de La Cumbre, habían vaciado casi todo el santuario para la visita privada, pero allí había personas *de verdad*. No solo sacerdotes con túnicas, sino padres, adolescentes y muchos niños. Personas normales.

—¿Qué es eso? —preguntó, con lo que interrumpió al sacerdote en medio de una oración.

—Es nuestro zoológico para acariciar —respondió el hombre con evidente irritación. —Una de nuestras formas de reunir dinero para el santuario. Las personas pueden venir a alimentar a los alebrijes que no pueden sobrevivir solos en la naturaleza. Es un destino muy popular para excursiones.

—¡Increíble, vamos a verlo! —dijo sonriente.

—¡Espera! —exclamó el sacerdote. —No pueden…

Sin embargo, Teo no lo escuchó, sino que abrió las puertas y salió al sol. Xio y Niya lo siguieron sin pensarlo. Eso lucía mucho más divertido que escuchar la tediosa visita guiada.

—¿Podemos alimentar a los alebrijes? —le preguntó a una sacerdotisa en la entrada del pequeño parque.

—¡Ah! —Cuando la mujer giró y vio a Teo, sus ojos se ampliaron y

se dispararon rápido entre los tres semidioses. —Eh, ¿eso quieren? —parpadeó de prisa.

—Si podemos —respondió él con una mirada confundida hacia Xio. No entendía la actitud perpleja de la sacerdotisa.

—¡Son adorables! —chilló Niya, con los dedos aferrados a la cerca. Su presencia atrajo la atención de las personas que estaban dentro que, cuando vieron al trio de semidioses, se miraron sorprendidas, tanto niños como adultos.

—Eh, bueno, puedo intentar hacer que todos salgan —se apresuró a decir la sacerdotisa y les indicó a otros sacerdotes que la ayudaran.

—No es necesario —dijo Teo con una risa insegura.

—¿Están… están seguros? —La mujer parecía aún más aturdida.

—No somos contagiosos —rio él. —Y creo que Niya no puede esperar —agregó señalando a la chica, que había pasado los dedos por la cerca y los extendía con desesperación para tocar a un puercoespín color castaño con cuello de avestruz.

—¿Todos? —La sacerdotisa seguía preocupada al mirar sobre el hombro del chico.

Los demás competidores se habían reunido afuera y esperaban con incomodidad. Teo nunca había visto a los Dorados tan inseguros de sí mismos.

—Eso parece.

La sacerdotisa se sonrojó, luego ella y sus asistentes se apresuraron a entregarles tazas de cartón llenas de alimento nutritivo. Niya fue la primera en entrar, seguida por los dos Jades. Los acompañantes adultos y los niños se quedaron boquiabiertos ante la aparición repentina de los semidioses. Niya no pareció notarlo mientras corría para intentar que los alebrijes coloridos aceptaran su amor. Algunos pequeños se reían sin control. Teo le ofreció alimento en la palma de la mano a una llama con los colores del arcoíris y alas de murciélago, mientras que Xio estaba cerca.

—¿Qué están esperando? —preguntó el pequeño. Teo miró hacia donde apuntaba: los Dorados estaban parados contra la cerca, mirando alrededor.

—No tengo idea. —Negó con la cabeza.

—¿Les tendrán miedo a los alebrijes? —se preguntó Xio al ver a la

llama masticar con alegría.

—No, eso no tiene sentido… —No había tenido problema para perseguir a las criaturas durante las pruebas, ¿qué diferencia había en ese momento? Entonces, el chico notó que las miradas precavidas no eran para los alebrijes, sino para los adultos y niños, y se rio sorprendido. —¿*Alguna vez* interactuaron con mortales? —preguntó al acercarse al grupo. Todos se miraron con preocupación, y Marino abrió la boca. —Que *no* fueran sacerdotes —agregó él.

Marino cerró la boca.

—Salvamos mortales a diario —sentenció Auristela. Intentaba mantener su actitud altanera, pero Teo vio a través de las grietas de su fachada.

—Claro, pero ¿alguna vez *hablaron* con ellos? —insistió. La chica puso los ojos en blanco y se dio la vuelta, entonces él rio y negó con la cabeza. —¡No los morderán! —Para probarlo, se acercó a un grupo de niños que estaban admirando a un burro pequeño de pelaje verde y ojos de rana.

Poco a poco, todos parecieron liberarse. A los alebrijes no les importaba quiénes fueran. Dezi y Marino fueron los primeros en alejarse de la cerca, y los animales se abalanzaron a sus tazas de comida. Una ardilla voladora de color rosado brillante, con cabeza de ajolote, voló hacia Dezi. Un cerdo con escamas amarillas y verdes demasiado entusiasta derribó a Marino, así que algunos padres se apresuraron a ayudarlo.

No pasó mucho tiempo hasta que los niños reunieron el valor suficiente para acercárseles y hacerles cientos de preguntas. Un niño y una niña halagaron las trenzas de Atzi y las flores en el cabello de Xochi, que se sintió tan bien que hizo crecer orquídeas para ellos en los fragmentos de corteza. Todos se dejaron llevar y comenzaron a hablar con los niños e incluso con los padres. Solo Auristela y Ocelo se rehusaron a participar; en cambio, decidieron comer frutas y chile en la mesa de bocadillos. Teo tomó sus tazas de alimento de donde las habían abandonado en la cerca y llamó a los niños para que se acercaran. Luego, hizo que formaran una fila y les colocó alimento sobre las cabezas y hombros, de modo que un grupo de alebrijes voladores los rodearon de inmediato, y ellos estallaron de la risa

cuando les hicieron cosquillas en las mejillas con las alas.

Cuando un pequeñito, asustado por un mono-gato agresivo, dejó caer el alimento y se largó a llorar, Aurelio se le acercó dudoso y le ofreció su taza. Teo no pudo evitar sonreír al verlo, y su estómago, traicionero, se revolvió un poco.

—¡Los adoro! —gimoteó Niya. Estaba a punto de deshacerse en un charco de baba mientras uno de los sacerdotes les mostraba unos conejos-paloma multicolores que acababan de eclosionar. —¿Cómo consigues un alebrije de mascota?

—¡No son mascotas! —explicó el sacerdote. —Muchos alebrijes se adentran en las ciudades al sur de Los Restos. En general, los buscamos y volvemos a liberarlos, pero algunos resultan heridos y tenemos que rehabilitarlos, como a estos cuatro.

—¿Así que los cuidan? —preguntó Teo.

—Solo hasta que sean fuertes y puedan irse a casa.

—¡Quiero cuidar alebrijes cuando crezca! —anunció un pequeñito que acariciaba con ternura a una bola de pelos diminuta.

—¡Yo quiero ser Portadora del Sol! —exclamó una niña de cabello rizado y le ofreció una sonrisa radiante a Niya.

A Teo se le revolvió el estómago y recordó la conversación que había tenido con Aurelio. Auristela le susurró algo a su hermano y a Ocelo detrás de la mano y se rio con crueldad de la inocente niña mortal. Pero Niya le devolvió la sonrisa.

—¡Yo también!



Después de agradecerles a los trabajadores del santuario y de despedirse de sus nuevos amigos, alebrijes y mortales, por fin fue hora de dirigirse al templo Fauna, el que Teo en principio había creído que era una montaña alta en medio de la ciudad. En lugar de ser de piedra o de acero con bordes afilados, los muros estaban cubiertos de musgo y césped. Crecían árboles enormes alrededor de la construcción, cuyas ramas gruesas y retorcidas servían de apoyo y hogar para la vida salvaje. Cuando se aproximaron, Teo notó que había animales de todas clases y tamaños tallados en cada fragmento de madera.

En lugar de los escalones icónicos de piedra que llevaban a los

observatorios de la mayoría de los templos, en el de Fauna había una rampa con césped. En la cima, la Piedra Solar de El Valle brillaba hacia el cielo anaranjado del atardecer.

Atravesaron el patio central por una serie de puentes de madera y cuerdas suspendidos sobre el agua, en donde manatíes devoraban cabezas de lechuga enteras que les daban los sacerdotes.

—Cuiden donde pisan —les advirtió Luna cuando entraron al piso principal, en donde los animales deambulaban con libertad. Por las paredes, había aves que anidaban en casitas de madera, pero Teo tenía que mantener la vista baja porque ratoncitos y puercoespines enanos correteaban por el suelo de piedra, con una mofeta que intentaba seguirles el ritmo. Subieron por las escaleras y cada piso por el que pasaban estaba dedicado a un ecosistema o clima diferente. Incluso, uno era un acuario completo.

—¿Cómo es que no se comen unos a otros? —preguntó Niya mientras caminaban por un nivel selvático, en donde monos arañas se perseguían unos a otros alrededor de un ocelote dormido.

—Fauna —dijo Xio como si eso explicara todo. Cuando Niya y Teo lo miraron desconcertados, él sonrió. —Es una presencia aplacadora para los animales, así que, cuando están en el templo, son muy tranquilos y relajados.

—¿Te sientes muy tranquilo y relajado? —le preguntó Niya a Teo.

—¡Yo no soy un animal! —resopló él.

—Bueno, técnicamente… —comenzó a decir Xio, pero él no lo dejó terminar.

—No soy un *ave* —exigió. —Sí, tengo alas, ¡pero el resto es cien por ciento humano!

—También eres mitad dios —señaló Xio.

—Así que eres como veinticinco por ciento humano, veinticinco por ciento ave y veinticinco por ciento dios de las aves. —Niya contó con los dedos.

—Eso solo suma setenta y cinco por ciento —le advirtió el pequeño.

—Es pésima en matemáticas —susurró Teo.

—¡*Teo*! —Ella le dio un pisotón. —¡Sabes que soy sensible al respecto!

—¡Perdón! —trató de disculparse entre risas. Niya dio vuelta la cabeza de golpe, de modo que le golpeó las mejillas con las trenzas.

—¡Y veinticinco por ciento idiota! ¿Qué te parece?

Los dos chicos la persiguieron llenándola de halagos para volver a ponerla de buen humor. Para cuando llegaron a destino, ya lo había superado. El salón comedor del templo de El Valle era más pequeño que el de La Cumbre, pero no menos grandioso. Los muros estaban decorados con estatuas de animales, desde un ratoncito sobre un pedestal hasta un cocodrilo gigante. La mesa robusta en el centro había sido tallada de un solo árbol, cuyos anillos demostraban los siglos que había tardado en crecer.

Los sacerdotes Fauna, vestidos con túnicas de color maíz suave, esperaban en filas para asistirlos. Junto a la diosa anfitriona, había dos mujeres a las que Teo no reconocía.

—Bienvenidos, competidores —los saludó Fauna con voz suave. Era tan tranquilizadora que Teo sintió que la tensión de sus hombros y alas desaparecía, hasta que se encontró allí parado sonriendo como un chico raro sin poder evitarlo.

—Gracias por recibirnos, Diosa —dijo Luna.

—Mis hijas, Catalina y Alejandra, también están encantadas de conocerlos. —La diosa señaló a las dos mujeres a sus lados.

Catalina saludó con la cabeza. Vestía un traje casi idéntico a los que les habían dado a los competidores. A juzgar por su postura, con las manos unidas detrás de la espalda, Teo supuso que era muy seria, un contraste muy marcado con su hermana.

Alejandra era más baja y mucho menos seria. Vestía un abrigo de piel peludo, que resultaba extraño teniendo en cuenta el calor. Tenía fragmentos de césped seco, ramitas y matas de pelusa en la piel del abrigo y en el cabello enmarañado. Saludaba a los recién llegados con entusiasmo y una sonrisa radiante.

Niya fue la única que respondió al saludo.

—Tomen asiento, por favor. Estoy segura de que deben estar cansados y hambrientos —agregó Fauna.

—¿Conoces a las semidiosas? —le susurró Teo a Xio mientras se sentaban.

—Catalina es una de las semidiosas en actividad más condecoradas

en Reino del Sol. Es capitana del escuadrón de jinetes femeninas de Fauna, las que nos escoltaron a la prueba —explicó el chico. —Hacen misiones de búsqueda y rescate en terrenos difíciles, como en las montañas o en el desierto, y también asisten en situaciones de emergencia que involucren animales, como estampidas o si alguna criatura peligrosa deambula por la ciudad.

—¿Y qué hay de Alejandra? —preguntó Niya señalando hacia donde estaba la semidiosa.

—Nunca oí de ella… —Xio se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Así que Fauna es como tu abuela? —continuó la chica.

—¿Qué? —Él la miró confundido.

—Es la diosa de los animales, ¿o no? —razonó Niya al tiempo que los sacerdotes llevaban comida en bandejas grandes. —Y tu mamá es la diosa de las aves…

—Estás pensándolo como una estructura familiar, pero es más como una jerarquía corporativa —explicó el pequeño.

—Mi mamá le reporta a Fauna, pero no tenemos relación familiar —confirmó Teo, aunque seguía distraído por Alejandra. Tal vez lo engañara la luz, pero podría haber jurado ver algo moviéndose en el abrigo. Luego, cuando sirvieron un plato con bollos, Alejandra desmigajó uno sobre su palma. Y, en ese momento, Teo *sí* vio que algo se movía debajo del abrigo.

—¿Qué demo…? —Tres criaturas fluorescentes corrieron por la manga. Auristela, que estaba sentada junto a la mujer, jadeó y se alejó de un salto, con lo que golpeó a Aurelio y lo hizo derramar el agua que estaba bebiendo. —*¿Qué son esos?* —chilló la chica. Aurelio la miró disgustado y comenzó a secarse el agua de la falda con una servilleta.

—Ah, ¡son mis amigos! —respondió Alejandra, sonriéndole a las criaturas como si no hubiera notado que Auristela estaba aterrada. En la mano de la mujer, un ajolote de color púrpura neón, con pinzas de cangrejo, hacía pedazos un bollo, mientras que un gato-zarigüeya-taltuza azul mordisqueaba su parte, y un geco-milpiés amarillo verdoso, con cientos de patitas con ventosas, succionaba un trozo de pan.

—Conocimos algunos en el santuario —dijo Teo con una sonrisa, inclinado lo más posible para ver mejor.

Auristela obligó a Aurelio a cambiar de lugar con ella.

—Ale, ¿tienes que dejarlos andar por la mesa? —advirtió Catalina, mientras que Fauna y Luna estaban inmersas en una conversación en la otra punta.

—No se preocupen, son indefensos —dijo Alejandra, que ignoró a su hermana. El geco-milpiés caminó hacia Aurelio con sus múltiples patas, lo miró desde abajo sacudiendo el cuerpecito y moviendo la cola, y emitió un graznido extraño. —¡Le agradas a Pepe! —le explicó la semidiosa.

Teo vio cómo el chico extendía la mano, dudoso; y, de inmediato, el alebrije Pepe se puso patas para arriba para exponer su barriga amarilla. Aurelio lo acarició con el dedo índice, con lo que Pepe se sacudió y gorgoteó con alegría. Él se rio, un sonido cálido que salió de lo profundo de su pecho; un fenómeno infrecuente y fugaz que Teo no había visto en años.

—Este es Gigi y esta, Lala —continuó Alejandra, señalando al gato-zarigüeya-taltuza y luego al cangrejo-ajolote, pero después frunció el ceño. —¿Dónde está Mauricio? —Al oír su nombre, un conejito rosado brillante asomó la cabeza de la manga de la mujer y parpadeó somnoliento. —¡Aquí está! —exclamó ella, sonriente.

Mauricio caminó hacia la mesa. Un conejo rosado ya era impactante, pero Teo no estaba preparado para ver el par de patas de flamenco que extendió.

—¡Por los *dioses*! —Teo se rio y se llevó las manos a la boca para controlarse.

El conejito se tambaleó un poco sobre las patas largas y, cuando Xio le acercó un trozo de pan, su nariz enloqueció; se despertó de repente, tomó la ofrenda y la comió dando mordisquitos.

—Ayudo en el santuario la mayoría de los días —explicó la semidiosa. —Si hay criaturas más pequeñas que necesiten atención personalizada, suelo traerlas a casa y ayudarlas a socializar antes de que estén listas para reunirse con los demás alebrijes que no pueden volver a la naturaleza.

—¿Te enseñaron eso en la Academia? —preguntó Teo mientras

intentaba imaginárselo.

—No, no —rio Alejandra. —La dejé después de un par de años. Ser Heroína no era para mí, así que fui a la escuela de Veterinaria y comenzaron a gustarme los alebrijes.

Él asintió, esforzándose por no verse molesto. Al parecer, algunos Dorados iban a la Academia aunque *no quisieran*, pero, aun así, rechazaban a los Jades.

Los sacerdotes Fauna sirvieron el plato principal, con cuidado de no molestar a Mauricio, que se había quedado dormido con una de las patas flexionada.

—Vaya —jadeó Niya cuando presentaron carnes con abundantes vegetales. —¡Pensé que todo sería vegano! —agregó en voz tan fuerte que llamó la atención de Fauna.

—Aquí cuidamos y respetamos a los animales —explicó ella. —Incluso cuando son sacrificados. Los honramos al usar cada una de sus partes para nuestra ropa, telas y comidas. Nuestros abrigos de invierno son de piel, aislados por plumas. También usamos estiércol seco como combustible.

—¿Eso no apesta? —preguntó Atzi, demasiado asombrada como para contenerse.

—Usamos el de los herbívoros, así que solo huele a césped quemado —respondió la diosa. Mientras que Atzi estaba muy impresionada, Teo vio cómo Auristela ponía cara de asco. —Las prendas que les dimos fueron hechas con los mismos principios —continuó y miró a Dezi, a quien Luna le traducía con lenguaje de señas. —Se cosen con agujas hechas de huesos e hilos hechos con nervios. Los botones los hacemos con cornamentas, los cinturones con cuero crudo y los zapatos con cuero teñido. Incluso los sombreros están hechos con pelo de caballo y de conejo.

—Esta *tiene* que ser la ciudad más sostenible en todo Reino del Sol —comentó Xochi, maravillada por las costuras de su sombrero.

—Es muy probable —afirmó Fauna con una sonrisa. Era evidente que estaba muy orgullosa de eso. —No queremos que el sacrificio de ninguna criatura sea desperdiciado, por eso se usan para comida, ropa, decoración o herramientas. —Miró a Teo con los ojos grandes. —Incluso tus huesos huecos podrían ser flautas hermosas, Teo.

Él se sobresaltó cuando todos giraron a mirarlo.

—¿Tienes huesos huecos? —preguntó Marino con asombro.

—Eh… Yo… Sí… —balbuceó.

—¿Por eso eres tan liviano y fácil de manipular? —exigió Niya.

—No, tú eres espantosamente fuerte —repuso Teo.

—¡Eres como un alebrije! —señaló Alejandra.

—¡Ay, mis *dioses*! —Niya aferró la mesa como si estuviera viendo a su amigo con otros ojos.

—¡Es verdad! —jadeó Xio. Teo se quedó boquiabierto y con el estómago revuelto antes las preguntas de todos en la mesa.

—¿Naciste de un huevo? —quiso saber Atzi con emoción.

—¿Te posas en los árboles? —se preguntó Xochi.

—Si pusiera una rama frente a tus pies, ¿tú…? —Marino simuló garras con las manos.

—¿Comes *insectos*? —bufó Ocelo.

—*¡No!* —Teo se sonrojó.

Dezi le dijo algo en señas a Marino, quien negó con la cabeza y respondió también en señas, lo que de algún modo se sintió peor que saber lo que decían.

—¿Tienes cloaca? —le susurró Alejandra estirada sobre la mesa, pero todos estaban muy atentos.

—¿QUÉ?

—Has llegado demasiado lejos, *otra vez*, Ale. —Catalina suspiró y se apretó el puente de la nariz.

Teo se levantó de un salto y derribó la silla con las alas.

—Discúlpenme —murmuró al correr hacia la puerta. El corazón le galopaba en el pecho y la humillación le recorría las venas. Una vez en el corredor, se desplomó en un sofá que estaba contra la pared y se tapó el rostro con las manos.

¿Por qué, solo por el hecho de que su cuerpo fuera diferente al de los demás, creían que podían hacerle cualquier pregunta inapropiada que quisieran?

—¡Fueron demasiado lejos! —exclamó Niya dentro del salón. Luego abrió las puertas de un empujón y salió de prisa. Al ver a Teo, se dejó caer junto a él. —¿Estás bien? —preguntó con un golpecito en el hombro.

—Eso creo —bufó él antes de dejar caer las manos sobre sus piernas.

—No era mi intención avergonzarte —dijo ella mientras se jalaba una de las trenzas con culpa.

—Sé que no lo era. —Teo inhaló profundo y exhaló por la nariz. —Es solo que estoy cansado de sentirme como un fenómeno en comparación con los demás.

—Lo siento.

—Lo sé. Gracias por disculparte. —Se reclinó en el sofá e intentó sonreírle.

—¿Oye, Teo? —Su amiga se acurrucó y metió las piernas flexionadas debajo de ella.

—¿Sí? —Ella apoyó la mejilla contra el respaldo del sofá y lo miró.

—¿Qué es una cloaca? —preguntó, entonces él la empujó del sofá.



De vuelta en el barco, Teo ya se había cambiado y estaba revolviendo el bolso de dulces, que estaba casi todo lleno de envoltorios vacíos, cuando alguien llamó a la puerta despacio.

—¿Teo? ¿Puedo preguntarte algo? —dijo Xio al asomar la cabeza.

—¡No tengo una cloaca! —rugió al aventar una almohada con rabia.

—No, no era eso. —El pequeño parpadeó confundido.

—Ah. —Teo se relajó. —Perdón, yo… —Sacudió la cabeza para aclarar las ideas. —¿Qué sucede?

Xio entró a la habitación y cerró la puerta detrás de él. Ya se había puesto el pijama (una camiseta holgada de mangas largas y pantalones pijama), y la maraña de rizos despeinados hizo que Teo se preguntara si había salido de la cama para hablar con él.

—Solo me preguntaba… —Retorció las mangas entre los dedos mientras se acercaba sin mirar a Teo. Él inclinó la cabeza con curiosidad, pues el chico estaba actuando más reservado e incómodo de lo normal, lo cual ya era demasiado. —TÚ ERES TRANS Y ESO —soltó Xio de pronto con las mejillas rojas.

Aaaaah. Así que tendrían esa Charla. Con una sonrisa divertida, se sentó en la cama.

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿Cómo es…? —Xio dejó caer los hombros y pareció aliviado, aunque aún inseguro. —¿Usar testosterona?

—Eh, sudoroso y un poco apestoso —respondió, con lo que se ganó una risa. Era una pregunta muy amplia, pero intentó pensar en una respuesta útil. Lo último que quería hacer era asustar a Xio. —Es bueno, supongo. No definí mi orientación hasta que tenía quince años, así que mi fiesta de quinceañera y mi ceremonia de confirmación de género fueron la misma semana…

—Sí, lo recuerdo —se apresuró a decir Xio antes de aclararse la garganta. —Fue algo muy llamativo para mí —confesó como al pasar. —En cierta forma, me ayudó a reunir el valor para tener la mía el año pasado.

—También la recuerdo —repitió. Nunca se había sentido tan halagado.

Cuando un semidiós descubría que su género no coincidía con el de nacimiento, se celebraba una ceremonia de confirmación de género como si fuera una fiesta de cumpleaños. Eran aún más grandes que las fiestas de quinceañera porque eran un reconocimiento y una celebración importantes para la comunidad.

—No sé cómo decirlo… —Xio hablaba mirándose los pies, pues era incapaz de mirar a Teo a los ojos. —Es como si verte me hubiera ayudado a entender algo sobre mí mismo, supongo. De algún modo, siempre sentí que no era yo mismo del todo, pero no lograba descifrar por qué, ¿entiendes? —Lo miró con nerviosismo.

—Por supuesto que lo entiendo. —Teo había vivido muchos años sintiéndose confundido y perdido, como si se hubiera puesto los zapatos en el pie equivocado, solo que de forma constante y con muchos más colapsos emocionales. —Empecé a usar testosterona unos meses después de la ceremonia —dijo de forma aproximada al calcular las fechas. —Tuve que armarme de valor porque me aterraban las agujas —confesó. —Pero ya no es nada.

—¿Y te hiciste la cirugía de pecho?

—Sí, el año pasado —asintió él.

—¿Y eso se sintió… bien?

—Cielos, fue como el día y la noche —rio. Aún se sentía aliviado al

verse el pecho plano. —Las prendas que quería usar por fin se veían y se *sentían* bien. La única desventaja fue que mis alas no hicieron la transición igual que el resto, así que, aunque ya no tenía que usar la faja de compresión para el pecho, tuve que usar una para las alas porque verlas me hacía sentir… —Hizo silencio en busca de la palabra correcta.

—¿Disforia? —ofreció Xio.

—Exacto. Pero ahora son perfectas y no puedo dejar de mirarlas —continuó al ver su reflejo con cariño en el espejo. —No sé por qué se tomaron tanto tiempo, pero la transición nunca es algo que ocurra de la noche a la mañana, ¿sabes? Es tanto física como mental, supongo. La pubertad fue *horrible*.

—*¡Lo fue!* —Xio por fin se acercó a la cama y se sentó junto a Teo. —Lo cambió *todo* —agregó con el rostro fruncido como si estuviera adolorido.

—¿Te refieres a tu período?

—Sí. —El pequeño se frotó la nuca. Lucía como si no hubiera dormido bien en dos días. —Fue la muestra de casi todo lo que odio sobre mí mismo. Fue un momento muy duro para mí.

—Mi período desapareció unos meses después de que empecé a usar testosterona —ofreció Teo para intentar ser de ayuda.

—Yo no la uso —dijo el chico, que jugaba con su brazalete otra vez.

—¿Inhibidores? —arriesgó Teo, pero el otro negó con la cabeza. Quizás estaba pensando con la mente muy estrecha. —¿Y quieres usarlos? —Entonces Xio asintió con convicción, con lo que hizo que sus rizos rebotaran. —¿Y por qué no lo haces?

—Mi papá es… reticente con la medicina.

Teo frunció el ceño porque algo no tenía sentido. Las transiciones de género eran comunes y naturales. Él nunca había oído que alguien estuviera en contra, mucho menos un dios.

—Pero tuviste tu ceremonia de confirmación de género.

—¡No tiene nada en contra de eso! —aclaró enseguida. —Pero no confía en los médicos. Supongo que llevar mala suerte a un hospital no es buena idea.

—Es posible… —Aún no tenía sentido.

—Siento que aún hay parte de mí que las personas no pueden ver o entender —explicó el pequeño. —Nunca sentí que encajara o perteneciera a ningún lugar, no solo porque soy… un Jade. Aún no estoy seguro de quién soy…

Teo se rompió la cabeza pensando en qué podía significar eso.

—¡Ah! ¿Quieres decir que quizás seas agénero, bigénero, no binario o algo?

—Algo así. —Xio se encogió de hombros con debilidad.

—¿Te gustaría que usara pronombres neutros? —ofreció él. Tal vez eso podía ayudar.

—Todavía no estoy seguro.

—No encajar en un género binario es normal. Ya sabes, Sol, nuestro dios más importante y poderoso, nuestro *creador*, es no binario. En mi opinión, es increíble —comentó Teo con un empujoncito en broma. Aunque Xio rio con un suspiro, él sintió que seguía perturbado. —Bueno, está bien si aún no lo has definido. Tienes todo el tiempo del mundo —agregó para intentar darle seguridad, pero la expresión del pequeño se desplomó, entonces el corazón de Teo también lo hizo. Xio pensaba que estaba destinado a morir, al igual que los otros Jades. Al igual que Paloma. —Oye, no… —quiso decir, pero el otro lo interrumpió.

—Bueno, gracias por hablar conmigo —dijo y se puso de pie de repente. —Y por dejarme, eh, actuar extraño contigo. —Soltó una risa forzada. —Estoy muy cansado y mañana nos espera un gran día. —Se estiró y bostezó. Fue obvio que estaba fingiendo, pero Teo no quería forzarlo a hablar de algo para lo que no estaba listo. Tendría que hacerlo a largo plazo.

—Está bien —concedió.

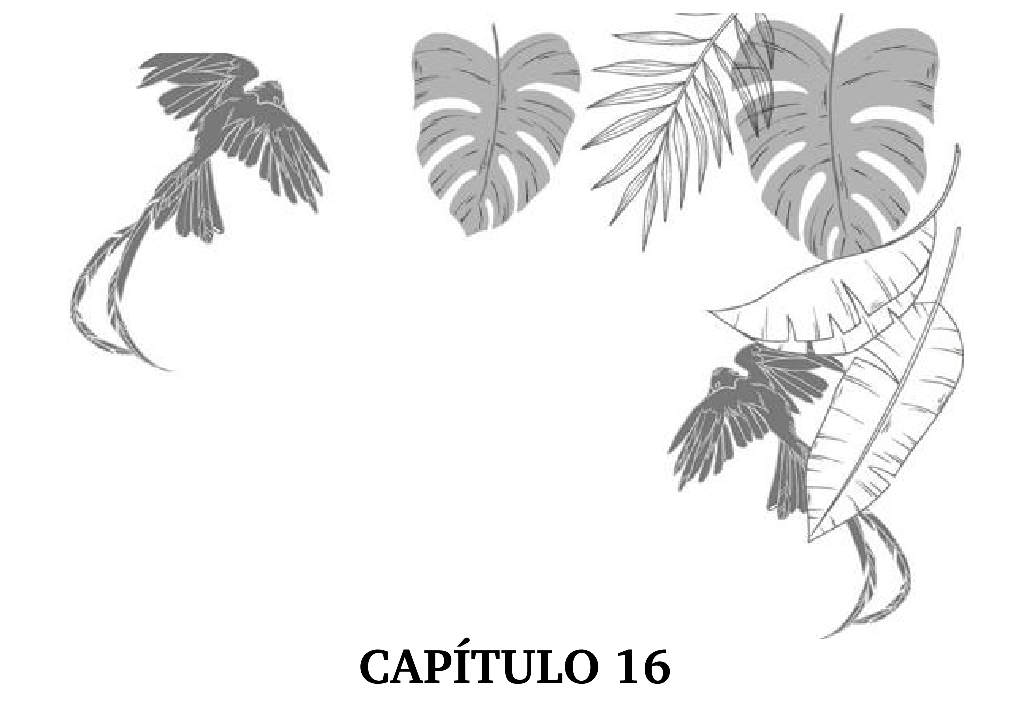
—Gracias. Y perdón —agregó Xio enseguida. —Como sea, adiós… O… Buenas noches.

Saludó a Teo con la mano temblorosa y desapareció.

Teo se metió en la cama, se hizo un ovillo de costado y navegó en TúTube en busca de algún video de Paloma. ¿Había tenido amigos en las pruebas? ¿Había estado como Xio, sola y asustada? El dolor que sentía en el pecho era sordo y absorbente.

Xio debía pensar que las pruebas lo dejarían sin tiempo para

descubrir quién era. Bueno, Teo no permitiría que eso pasara. El futuro no estaba decidido. Había diez competidores por una razón. No se haría realidad para todos ellos, pero Teo se aseguraría de que Xio volviera a casa a salvo y tuviera la vida que merecía.



CAPÍTULO 16

—La tercera prueba se llevará a cabo en Oasis Opal, y Diose Guerrero será su anfitrione —anunció Luna durante el desayuno a la mañana siguiente.

—¡SÍ! —Ocelo golpeó la mesa con los puños, con lo que sacudió todos los utensilios.

—*¡No es justo!* —se burló Niya en voz lastimosa, por lo que Ocelo la fulminó con la mirada.

Oasis Opal se encontraba al sureste de El Valle. A medida que avanzaban por el agua, el terreno costero varió de planicies verdes a un desierto desolado. Pronto, el calor fue demasiado sofocante como para seguir en la cubierta, así que todos fueron adentro a beber zumo frío bajo el aire acondicionado de la sala común, hasta que ingresaron a la sombra de un cañón.

El río zigzagueaba entre laderas de acantilados escarpados. El agua se veía turquesa allí, en contraste con las franjas rojas y anaranjadas

de las formaciones rocosas. En poco tiempo, comenzaron a aparecer cactus regordetes y arbustos verdes en los márgenes del río, hasta que dejaron el cañón atrás y la escena se abrió para revelar el Oasis Opal.

Así era cómo Teo esperaba que luciera una ciudad Dorada.

Era un área de color verde radiante y descomunal en medio del desierto árido, construida alrededor de un manantial de agua fresca alimentado por acuíferos. Entre los edificios enormes, en su mayoría de vidrio y pintura dorada, crecían palmares frondosos. Bajo el sol, la urbanización destellaba en tonos azules, verdes y anaranjados, que a Teo le recordaron a los ópalos de fuego, por los que la ciudad guerrera debía haber recibido su nombre. Los habitantes de Oasis Opal eran muy orgullosos de su ciudad. Era frecuente oírlos alardear de cómo los más fuertes podían sobrevivir y desarrollarse en uno de los lugares más inhabitables del planeta.

La piedra preciosa de la ciudad era el templo dorado de Diose Guerrero, emplazado en un margen del manantial aguamarina. El oro brillaba tanto con el sol que a Teo le dolía mirarlo de frente.

El barco tuvo que disminuir la velocidad al adentrarse, pues la ciudad estaba tan aislada que había tráfico constante de embarcaciones que llevaban cargas por los canales artificiales hacia el puerto. Botes más pequeños llevaban bienes importados hacia otras partes de la ciudad a través de canales más estrechos.

Cuando llegó la hora de caminar hacia la arena, los ciudadanos de Oasis Opal fueron a apoyar a su semidiose en hordas. Un mar de gente bañó las calles, cantando el nombre de Ocelo en la procesión. Cada vez que elle saludaba, los aplausos se convertían en un clamor. Los espectadores lanzaban flores y jaguares de felpa al camino, y los sacerdotes de Guerrero, vestidos con túnicas rojas, los recogían y cargaban en un carro. Adoraban a Ocelo, algo que para Teo no tenía ningún sentido. No podía entender cómo a alguien podía agradarle le semidiose de la guerra, mucho menos que fuera toda una ciudad.

Aunque era difícil ver el lugar a través de la multitud, Teo vio destellos de gimnasios y bares deportivos. Incluso pararon por una tienda elegante que, al principio, pensó que era una joyería, hasta que vio que los escaparates de cristal exhibían armas hermosas.

La tercera arena había sido convertida en una selva tropical en

medio de la ciudad desértica. Se veía neblina entre las copas frondosas de los árboles, e incluso el aire olía a tierra húmeda. Sus padres esperaban en la plataforma, mientras que las pantallas gigantes mostraban a Verdad y a Chisme conversando; debían estar presentando la prueba, pero eran inaudibles. Allí, los vítores para Ocelo eran más fuertes y también, en una esquina de la tribuna, habían formado un tifo de su cabeza rugiendo. Debía haber más de cien personas sosteniendo pancartas sobre las cabezas al unísono para formarlo.

—Nuestras tierras han tenido paz durante miles de años —comenzó Luna cuando todos estuvieron reunidos alrededor de la plataforma. Los semidioses ocuparon sus lugares asignados frente a sus padres. —Pero eso no significa que nuestro pueblo no quisiera vivir la emoción de una batalla. —Junto a ella, Guerrero sonrió con orgullo, con los puños sobre las caderas. Fantasma no dejaba de mirarlos de reojo con nerviosismo. —En la antigüedad, las ciudades se invadían unas a otras para capturar a sus figuras prominentes; no para asesinarlas ni con un objetivo más que probar que podían hacerlo. Se trataba de competencias no violentas y honorables. En la prueba de hoy, recrearemos la tradicional Batalla Pacífica. Competirán en pares. Si alguien del otro equipo los toca, quedarán capturados y no podrán capturar a nadie más. Quedarán marcados con el glifo del semidiós que los haya tocado.

El rostro de Auristela se iluminó con una sonrisa radiante cuando miró a los ojos a su hermano, quien respondió asintiendo con la cabeza. Todos miraron alrededor en silencio en busca de un compañero, y Teo de pronto sintió que estaba de vuelta en la escuela y que necesitaba una pareja para la clase de Biología.

—Sol designará los pares —agregó Luna, como si hubiera estado esperando a que se hicieran ilusiones para aplastárselas. Teo no pudo evitar sonreír con suficiencia al ver las expresiones devastadas de los Dorados. Auristela tenía la mirada más asesina. Luego, él se dio cuenta de que eso también aplicaba para él. *Mierda*. —Semidioses, por favor avancen y formen un círculo —les ordenó la diosa.

Antes de que Teo se uniera a los demás, su madre le dio un beso en la cabeza. Luego, él le rezó a Sol en silencio para que se apiadara de él

y lo emparejara con Xio o con Niya, o al menos no con Auristela ni Ocelo. Los diez se enfrentaron formando un círculo y se movieron con incomodidad a la espera de la selección de parejas. Teo miró alrededor esperando a que algo pasara y, de repente, se encontró con la mirada de Aurelio. El chico asintió con la cabeza, un ligero movimiento del mentón, que revolvió el estómago de Teo. Entonces, la multitud comenzó a murmurar y desvió su atención. Sobre la cabeza de Marino, como si lo hubieran dibujado en el aire, se encontraba el corazón dorado llameante de Diosa Amor. Él le sonrió desde el otro lado del círculo a Dezi, cuya sonrisa radiante se iluminó al tiempo que el glifo de la ola de Diosa Agua aparecía sobre su cabeza. La pantalla gigante exhibió los retratos de ambos, uno junto al otro.

Teo hubiera estado feliz de hacer equipo con cualquiera de los dos chicos, pero seguía teniendo esperanzas de quedar con uno de sus amigos. Xochi y Atzi fueron los siguientes. Una vez más, Teo hubiera preferido a alguno de ellos antes que las otras alternativas, pero, al parecer, Sol estaba teniéndoles piedad al emparejarlos con competidores con los que se llevaran bien.

Eso duró hasta que seleccionó a la dupla siguiente.

El brillo de un glifo a la izquierda, sobre la cabeza de Xio, llamó la atención de Teo de inmediato. Se le llenó el pecho de esperanza y levantó la cabeza para ver su propio glifo, solo que no tuvo tanta suerte. Se trataba del jaguar de Guerrero.

—¡No es justo! —resonó la voz de Ocelo. Al otro lado del círculo, el ojo color jade de Mala Suerte apareció sobre su cabeza, y el chico se enfureció. —¡Es de mala suerte! ¡Me hará perder! —protestó.

Al instante, los oídos de Teo comenzaron a zumbar. Pudo ver que lo mismo le pasaba al resto del grupo, pues todos se sobresaltaron y apretaron las mandíbulas. Él se mordió la lengua mientras que la ira apenas controlada de Mala Suerte resonaba por la arena. Diose Guerrero le dio un golpecito a la nunca rasurada de Ocelo y rugió una advertencia entre dientes.

—¿Tienes tan poca fe en tus propias habilidades que esperas que tu compañero cargue con la responsabilidad del equipo? —preguntó Luna con voz fría y monótona. Ocelo abrió y cerró la boca como un

pez sin decir nada. Niya resopló, y Teo se esforzó por no mostrar reacción alguna. —¿O estás cuestionando la voluntad de Sol? ¿Otra vez? —agregó la diosa.

Ocelo cerró la boca de una vez.

El pobre de Xio se encogió ante la atención, con los hombros levantados hacia las orejas. Mientras tanto, su padre estaba cernido detrás de él, listo para arrancarle los dientes a cualquiera que se atreviera a decir algo en contra de su hijo. Teo se estiró para darle un golpecito en el hombro al pequeño.

—No te preocupes, todo estará bien —murmuró, muy consciente de que era mentira. Xio mantuvo la vista en el suelo y giró su brazalete. En ese momento, él estaba preocupado, no solo por el pequeño, sino por sí mismo también. Las únicas opciones que quedaban eran Niya, Aurelio y Auristela, pero el último rastro de esperanza que le quedaba se apagó cuando los glifos de las dos chicas aparecieron en las cabezas de la otra. Auristela apretó los labios carnosos en una línea hosca mientras miraba a Niya y a su hermano una y otra vez, con lo que la cola de caballo daba latigazos. Niya puso los ojos en blanco y se ajustó una de las trenzas.

—Supéralo —bufó por lo bajo. Sonó un poco molesta, pero más que nada contrariada.

Si ellas dos estaban juntas, eso significaba que… A Teo se le cerró el pecho. No necesitaba levantar la vista para saber qué glifo vería. Frente a él, el glifo del quetzal de su madre apareció sobre la cabeza de Aurelio.

Sol no podía darles un respiro, ¿no?

Aurelio siguió sonriéndole al público, solo que de una forma que parecía forzada. Teo debía conceder que el chico era bueno ocultando sus emociones, una habilidad que era muy consciente de que a él le faltaba. Con el ceño fruncido, intentó ver más allá de la reacción de Aurelio, pero el chico estaba enfocado por completo en Luna, a la espera de más instrucciones.

—Te cambio de compañero —le dijo Niya por lo bajo.

Por mucho que Teo odiara admitirlo, Aurelio era un competidor muy hábil, mientras que él… no, para nada. Ya podía sentir la humillación que le esperaba. El chico podía haberse mostrado

dispuesto a ayudarlo en el entrenamiento, pero eso no significaba que quisiera hacer equipo con un Jade.

—Esta prueba no tendrá límite de tiempo, terminará cuando el último equipo o persona quede en pie —explicó Luna mientras los guiaba hacia el puente que los llevaría a la arena. —Es hora de que ocupen sus posiciones.

—No te preocupes. Niya y yo te buscaremos lo más pronto posible —le aseguró Teo a Xio al seguir a la diosa. El pequeño asintió con la cabeza. —Solo intenta no ponerte en la mira, ¿de acuerdo?

Xio volvió a asentir, aunque no parecía convencido. Estaba pálido como un fantasma y no dejaba de mirar con nerviosismo a Ocelo, quien iba zapateando detrás de Luna como un niño caprichoso.

Si se encontraban, podrían reagruparse, planear una estrategia defensiva y superar a los demás por el mayor tiempo posible. Hasta entonces, serían solo él y Aurelio. Compañeros.



Todos los equipos comenzaron en el margen exterior de la isla, equidistantes unos de otros. Había apenas unos cinco metros entre el agua y los árboles, por lo que era imposible ver dónde estaban los demás.

Teo se sentía ridículo parado junto a Aurelio. Mientras que el chico era alto, fornido y tenía un estoicismo heroico, él era desgarbado, de cabello enmarañado y con una gran falta de valor. De todas formas, hizo su mayor esfuerzo por pararse derecho, con las alas replegadas con cuidado contra la espalda, junto al chico que tenía una postura perfecta, listo para salir.

—¿Estás listo? —preguntó Aurelio. Era la primera vez que le hablaba desde que los habían emparejado.

—Por supuesto —replicó él con la mirada fija en la selva, pues se rehusaba a mirarlo. A la distancia, sonó la trompeta de Mariachi, y el reloj en su muñeca vibró.

El dúo salió corriendo en dirección a la selva y, de inmediato, a Teo lo azotó un muro de aire caliente y húmedo. Era firme y pesado, ya que no lograba filtrarse ni una gota de brisa por el follaje espeso. La humedad se le coló por la piel e hizo brotar una línea de sudor en

su frente. Tomar aire se sentía sofocante. Además, como las copas de los árboles bloqueaban el paso del sol, estaban inmersos en una oscuridad sombría. La selva era una formación de árboles de caucho delgados y de palmeras frondosas que se elevaban cientos de metros. Las lianas gruesas de enredaderas se extendían por todos lados y amenazaban con atrapar a Teo si pisaba en falso. Por suerte, gracias a la falta de luz, en el suelo solo crecían algunas palmeras xate, cuyas hojas largas se extendían desesperadas en busca de una pizca de sol.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Teo. Su concentración estaba dividida entre mantener las alas plegadas para que no se enredaran con nada y respirar con el calor pesado e implacable.

—¿Dividirnos y vencer? —sugirió Aurelio, a quien no le faltaba el aire en absoluto.

—¿Eso funciona *de verdad* alguna vez? —Teo bufó al pensar en que el chico ya estaba intentando deshacerse de él.

—A veces.

—Vamos, esto es básicamente una competencia de congelados más elaborada.

—No sé qué es eso —suspiró el otro.

—Vamos, Chico Dorado. Tú eres el que recibió una educación de lujo, ¿no deberías tener algún consejo?

—Que no te capturen.

—Ah, genial. Gracias, ¡fue de mucha ayuda!

—Y no hagas tanto ruido o los demás te escucharán —agregó mientras saltaban sobre un tronco caído, uno con mucha más gracia que el otro.

Era difícil no hacer ruido cuando ya estaba jadeando como un perro. Aunque Teo corría lo más rápido posible, era evidente que Aurelio estaba conteniéndose para mantenerse a su ritmo.

—¿Sabes que, en las películas de terror, dividirse es lo que hace que atrapen a los protagonistas? —señaló.

—No veo películas —respondió el chico sin expresión.

—¿*Qué*? —chilló Teo. De repente, se le atoró el pie en una raíz y casi se cae hacia adelante, pero, por suerte, Aurelio lo sujetó del brazo y lo ayudó a enderezarse sin siquiera detenerse. Mientras se estabilizaba, le echó un vistazo a su compañero y vio el mínimo rastro

de una sonrisa. —¿Qué clase de tortura te están haciendo pasar en ese lugar? —exigió.

—¡Concéntrate, Cerebro de Pájaro!

—¡Cállate! —Teo le dio un empujoncito con el hombro. Aurelio no redujo la marcha, pero sonrió, lo que fue agradable. De hecho, fue tan agradable que Teo tardó un momento en darse cuenta de que había voces más adelante.

—Iré a la izquierda, tú ve a la derecha —indicó Aurelio en tono serio y con una expresión muy intensa.

—Yo iré hacia la izquierda, *tú* ve a la derecha —replicó él, pues no pensaba obedecer órdenes de un Dorado, y se cruzó por el camino del otro antes de que pudiera detenerlo. Estaba casi seguro de que Aurelio quería deshacerse de él, pero eso no importaba, él iba a abandonarlo primero para buscar a Xio. Esa era su prioridad. Justo después de oír pasos fuertes, Ocelo atravesó los árboles y se interpuso en su camino. Con un grito ahogado, agitó las alas y se elevó lo suficiente para que le otre atrapara el aire. Volvió a aterrizar cuando Ocelo rodó por el suelo y chocó con un árbol, pero volvió a ponerse de pie, decidide.

—¡Ven aquí! —rugió.

—Sí, ¡no gracias! —Teo retrocedió deprisa, y Ocelo corrió hacia él como un toro. Entonces, agitó las alas azules y verdes lo mejor posible para volver a despegar del suelo. Estaba desequilibrado y se tambaleaba a un lado y al otro a medida que subía más alto. En la desesperación, golpeó el follaje con las alas, con lo que asustó a un grupo de ranas de árbol de ojos rojos. Por algún milagro de Sol, logró llegar a las ramas más bajas o, más bien, colisionó contra un tronco del que se aferró por su vida.

—*¡Baja aquí!* —gritó Ocelo con el rostro enrojecido, al tiempo que caminaba de un lado al otro debajo del árbol como un jaguar enfurecido.

—¡Gracias, pero estoy bien aquí! —respondió Teo y se sujetó con más fuerza. Las ramas parecían lo suficientemente firmes como para sostenerlo.

—¡*No puedes quedarte ahí para siempre*!

—Ah, sí, ¡claro que puedo! —Teo soltó una risa gutural, regodeándose por el hecho de haber sido más listo que Ocelo. Le otre

empujó el árbol y, con un rugido, se transformó, con los músculos hinchados. —¿Qué harás, tirar el árbol abajo? —preguntó él en tono condescendiente. Ocelo alzó las manos, blandió las garras, las clavó en la corteza suave y comenzó a trepar a toda prisa. Teo se había olvidado de que los jaguares podían trepar árboles. Entonces, decidió abandonar el barco y saltó hacia otro árbol. Por suerte, el follaje era tan espeso y con tantas ramas entrecruzadas que, con ayuda de las alas, era bastante sencillo saltar de una rama a la otra. Mientras avanzaba, se raspaba las manos con las cortezas y esparcía hojas en el aire, pero las copas de los árboles lo mantenían oculto y, en poco tiempo, logró perder a Ocelo y los rugidos furiosos fueron desvaneciéndose.

Teo se adentró en la selva a través de las copas de los árboles. Dirigirse al centro de la arena parecía un buen plan, ya que era probable que los demás estuvieran yendo hacia allí. Tenía que encontrar a Xio y a Niya antes de que los atraparan. Se sintió un poco mal de haber dejado a su compañero atrás, pero, de todas formas, Aurelio no contaba con él para ganar la prueba. Las hojas húmedas ofrecían buena cobertura y estar tan arriba le permitía escabullirse sin llamar la atención. Después de avanzar varios minutos sin cruzarse más que con un escuadrón de hormigas tejedoras y un perezoso, Teo comenzó a preocuparse, hasta que escuchó una conmoción más adelante y siguió el sonido. Saltó hacia un metapalo y usó las alas para ayudarse a mantener el equilibrio, agachado sobre una rama. En medio de un claro, había un ceibo enorme, cuya parte inferior era una masa gigante de raíces que penetraban en el suelo y, sentado en la base, estaba Xio.

Una sonrisa amplia se desplegó en el rostro de Teo. ¡Por fin algo salía bien! Estaba a punto de saltar hacia el pequeño, pero había algo en la forma en la que estaba sentado que hizo que se detuviera. Estaba de piernas cruzadas, con las manos sobre la falda, pero desplomadas de costado. La postura era extraña, demasiado rígida para ser normal. Entonces, vio los glifos le que flotaban sobre la cabeza: la ola de Diosa Agua y el corazón en llamas de Diosa Amor.

A Teo se le revolvió el estómago porque habían atrapado a Xio, y el culpable seguía allí. Dezi estaba parado de espaldas al pequeño, a

poca distancia, atento a lo que había atraído a Teo hacia allí en primer lugar: Niya y Auristela estaban inmersas en una pelea intensa. Auristela lanzó una bola de fuego, que Niya esquivó de un salto y lanzó una espada dorada como una jabalina. La otra la evitó justo a tiempo, de modo que el arma se clavó en un árbol con un estruendo.

—¡Siempre haces eso! —gritó Auristela con el rostro enrojecido.

—¿Qué cosa? —exigió Niya entre dientes.

Se miraban fijo con furia, pero había algo muy raro en sus miradas. Los ojos de Niya no tenían el tono avellana usual, sino que se veían negros. Los de Auristela también habían cambiado, y la piel que los rodeaba lucía oscura, como amoratada. ¿Sería una ilusión por la luz? ¿Por la sombra de las copas de los árboles?

—¡Arrasar con todo como una avalancha!

—¡Al menos yo soy una catástrofe *natural*, tú rocías fuego!

Auristela rabiaba. En un movimiento rápido, extendió los brazos y unió las manos, con las palmas apuntando a Niya.

¡Zaz!

Disparó fuego como un lanzallamas.

Teo perdió el equilibrio por un instante y ahogó un grito de pánico, pero su amiga fue rápida, levantó un brazo y creó un escudo plateado, que usó para protegerse de las llamas. El metal se calentó y comenzó a brillar con un tono anaranjado, fuerte y furioso, pero, por suerte, no se derritió. El chico apretó los dientes aunque quería gritarles. Quería decirles que estaban actuando como completas tontas; ¡estaban en el mismo maldito equipo! ¿Por qué estaban peleando entre ellas? A pesar de eso, no lo hizo, porque Dezi estaba distraído observando la rabieta de las dos chicas. Si Xio ya estaba fuera de juego, él al menos podía vengarlo encargándose de Dezi. La rabia le nubló cualquier pensamiento a excepción de: *Dezi debe pagar*.

Saltó del árbol, con las alas posicionadas para caer sobre el objetivo. Las estiró como Aurelio le había mostrado, pero los nuevos músculos fibrosos no tuvieron la fuerza suficiente para detener la inercia del cuerpo cuando se lanzó hacia adelante. Chilló al sentir un dolor intenso en los hombros.

Dezi debió haber sentido el movimiento en el aire, porque giró con brusquedad para mirar por encima del hombro. Sus ojos se fijaron en

los de Teo, llenos de sorpresa. Teo se impulsó hacia el frente para derribarlo, con una sonrisa complacida, pues sabía que era demasiado tarde para que el chico lo esquivara, pero, de repente, sucedió algo extraño. Dezi no retrocedió ni tuvo la decencia de reconocer la derrota. En cambio, *sonrió* y, en ese momento, Teo supo que la había cagado. Cuando tocó el brazo del chico, una energía estática impactó en su dedo y ascendió por su brazo. El cuerpo de Dezi se puso rígido de inmediato, cayó de costado, y los glifos de Teo y de Aurelio aparecieron sobre su cabeza. Al mismo tiempo, Teo sintió una oleada de malestar. Mareado, se tambaleó hacia adelante. La ira que sentía hacia un momento había desaparecido por completo, de modo que frunció el ceño e intentó recordar *por qué* se había enojado en primer lugar.

De pronto, a Teo ya ni siquiera le importaba la razón del enojo. En su lugar, sintió que algo cálido y dulce como la miel se extendía por su cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los pies. Llenó los pulmones con una inhalación profunda y satisfactoria y, al exhalar, todos sus músculos se relajaron, por lo que brazos y alas cayeron inertes. Se sentía bien, *muy* bien, y en paz absoluta. La sensación le recordó las tardes de verano, en las que se recostaba al sol en los muelles de los canales después de un largo día de nado. Quería hacerse un ovillo y tomar una siesta. Sabía que había otras personas alrededor, pero la confusión en su mente hacía que no le importara. No veía más que figuras en sombras que le eran indiferentes, hasta que se dio vuelta y Dezi apareció a la vista. Cuando sonrió, cada fibra del cuerpo de Teo cosquilleó.

Dezi. Era tan perfecto. ¿Por qué no eran más cercanos? Teo podía apostar a que tenían muchísimas cosas en común. Por ejemplo, que ambos creían que Dezi era el chico más lindo que hubiera existido. ¡Lo era! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Con un suspiro de alivio, Teo se dejó caer de rodillas, se arrastró hacia él, le apoyó la cabeza en el hombro y, con una nueva inhalación profunda, cerró los ojos. Sintió que le estaban dando el abrazo más cálido del mundo. Oyó que llamaban su nombre a través de la neblina, pero lo ignoró. En tanto estuviera con Dezi, estaría feliz y nada podría salir mal. Se acurrucó más cerca, lo tomó del brazo y dejó que un ala los envolviera. Era

capaz de quedarse dormido allí, en el suelo de la selva, convencido de que nada malo podría pasar.

De repente, alguien le sacudió el hombro con fuerza.

—Vete —bufó y lo empujó para acomodarse contra el cuello de Dezi. Sin miramientos, la otra persona lo levantó a la fuerza.

—Despierta —ordenó en voz alta y seria. A Teo alejarse del chico le provocó un dolor intenso en el pecho. Sintió escozor en la piel. *Necesitaba* a Dezi; necesitaba la sensación de seguridad y comodidad. Sin Dezi, algo terrible le pasaría. El pánico le cerró la garganta.

—¡Déjame en paz! —Se sacudió y luchó para liberarse de su captor, pero el otro se rehusaba a soltarlo.

—*¡Detente!* —le ordenó mientras le apretaba los brazos y lo sacudía. El corazón de Teo se aceleró y su visión comenzó a aclararse. Frente a él, el rostro de Aurelio comenzó a enfocarse. Tenía una expresión adusta y los ojos en llamas. Emanaba calor, no era como la suave calidez de Dezi, sino que generaba un ardor intenso que le erizaba la piel. —Tienes que alejarte de Dezi.

Teo se enfureció. Aurelio, quien no le causaba más que dolor y jaqueca, quería alejarlo de la única persona que lo hacía feliz.

—¡No! —Se liberó y volvió junto a Dezi. Al instante, la satisfacción de la somnolencia apaciguó el dolor y el pánico.

—Lo que sientes no es real.

Fulminó a Aurelio con la mirada; le ardían los ojos y le quemaba la garganta. Qué palabras terribles y crueles le había dicho.

—¡Vete! —gritó, desesperado por disfrutar de la euforia que Dezi lo hacía sentir. Aurelio lo estaba *arruinando*; arruinaba *todo*.

Los ojos del chico miraron por sobre su hombro, luego se paró de un salto y lanzó una bola de fuego. Él se agachó y se lanzó frente a Dezi. Cuando levantó la vista, vio a Marino entrando al claro y un árbol en llamas a su lado. Aurelio cerró el puño y el fuego se apagó. Marino estaba parado, moviendo los brazos de forma rítmica para hacer girar un hilo de agua, que parecía una serpiente plateada, a su alrededor. Teo había atrapado a su compañero, así que estaba buscando desquitarse.

Aurelio se alejó de Teo y de Dezi, con llamas en las palmas de las manos. Por un momento, él y Marino se miraron uno al otro, hasta

que, en un parpadeo, corrieron para enfrentarse en un remolino de fuego, agua y vapor sibilante.

—¡Cuidado, Teo!

Auristela estaba yendo por él, con rostro manchado de hollín y una mirada determinada. A Teo no le importaba. Mientras que pudiera quedarse junto a Dezi, se dejaría atrapar. Sin embargo, antes de que la chica pudiera acercarse, una red dorada cayó sobre ella desde el aire y la derribó. Rugió y se sacudió enfurecida para liberarse, al tiempo que Niya se le acercaba.

—¡Traidora! —chilló mirándola con odio desde el suelo.

—Bésame el trasero, princesa. —Niya jadeó de forma exagerada y puso los ojos en blanco. Entonces, la otra golpeó el suelo con los puños, con lo que creó una fogata que la cubrió entera. Teo pudo ver a través de las llamas cómo la red se derretía y Auristela volvía a ponerse de pie. —Mierda —gruñó Niya antes de que la chica le lanzara una bola de fuego a la cabeza.

Las compañeras de equipo reanudaron la batalla en un embrollo de llamas y metal que desapareció entre los árboles.

Teo se apostó junto a Dezi, listo para echar a Aurelio otra vez, solo que el chico estaba concentrado en Marino. Mientras que uno lanzaba torrentes de agua, el otro los esquivaba acercándose a Teo, hasta quedar parado justo frente a él. Antes de que pudiera entender qué demonios estaba haciendo, Aurelio giró hacia la izquierda, con lo que la ráfaga de agua roció a Teo en el rostro. Se le metió por la nariz y lo ahogó por completo. Se le cerraron los pulmones cuando el agua helada le recorrió el cuerpo. Tosió, escupió y se sacudió el agua del rostro.

—¡Qué demonios! —Una mano le aferró el brazo y lo levantó.

—¿Ya despertaste? —exigió Aurelio en tono irritado y con el ceño fruncido.

¿Despertar?

—¿Qué rayos pasó? —preguntó Teo mientras se secaba los ojos.

—Dezi.

Antes de dar más detalles, Aurelio lo empujó y se apartó del camino al tiempo que otro torrente de agua bañaba el metapalo. Marino estaba frente a ellos, con aspecto agraviado y devastado.

Aurelio también lucía mal. Teo no recordaba haberlo visto tan sudoroso y falto de aire.

—¿Dezi? —Miró hacia donde estaba el chico, que seguía congelado, pero con una expresión de desconcierto. Su corazón se desplomó. ¿Había estado… acurrucado con Dezi? ¿En medio de una prueba? ¿Delante de todos? *¿En televisión*?. —Por los *dioses*.

—Satisfacción adictiva —explicó Aurelio. Con algo de esfuerzo, le lanzó otra bola de fuego a Marino, que la esquivó.

Idiota. Huemac se lo había advertido, ¡y él mismo lo había atestiguado durante la segunda prueba, cuando Dezi había tocado al gallo con cuernos de toro! Se apartó del chico enseguida por temor a que volviera a atraparlo con sus poderes.

—Mierda, ¿me porté como un completo estúpido? —bufó.

—Un poco —concedió el otro, sin aliento.

Teo miró a Xio, que seguía congelado, pero lucía bien. Haber sido atrapado tan rápido no sería bueno para la posición del pequeño, pero podían preocuparse por eso después. El tiempo no estaba de su lado.

Marino lanzó otro ataque, ante el que Teo extendió un ala para protegerse a sí mismo y a Xio. El agua lo azotó con la fuerza bruta de una manguera de incendios y le arrancó algunas plumas, por lo que Teo maldijo en voz alta.

—Me encargaré de Marino —afirmó su compañero al alejarse de él y de los demás.

—¿Estás seguro? —Teo frunció el ceño, confundido. El otro asintió y volvió a centrarse en Marino al mismo tiempo que encendía llamas en las manos.

—Ve a buscar a alguien para atrapar —indicó con expresión enjuta.

—Pero…

—Y que *no* te capturen a ti.

Las mejillas de Teo se acaloraron cuando Aurelio chasqueó los dedos del guante de sílex y arrojó una bola de fuego. No necesitaba que se lo dijera dos veces. Empujó con los pies lo más fuerte que pudo y voló de vuelta hacia la cubierta de las copas para dejar que Aurelio, con suerte, superara a Marino.

La situación no iba del todo bien, pero tampoco mal. Al menos

ellos no querían arrancarse los ojos como Niya y Auristela. Incluso, Teo había capturado a Dezi. Solo tenía que encontrar a otra persona a la que atrapar, aunque era más fácil de decir que de hacer. Él seguía siendo un Jade en una arena llena de Dorados. La única ventaja que tenía eran sus alas y, para vencer a alguien más, tendría que hacerlo con cautela. Avanzó por las copas lo más rápido posible sin hacer mucho ruido. Sentir el viento en las mejillas y en las plumas lo ponía eufórico, mientras recorría en círculo el lugar en donde había dejado a Aurelio para poder encontrarlo otra vez si se metía en problemas. La idea de contar con el chico para algo seguía resultándole descabellado, pero tenía que seguir el juego. Al oír una nueva conmoción, siguió el sonido a través de los árboles.

Al parecer, Auristela y Niya habían entrado en razón o, quizás, la primera por fin había matado a la segunda, porque encontró a la chica batallando contra Atzi. Era como un juego singular del gato y el ratón, una danza entre las dos, en la que Atzi tenía una clara posición defensiva, mientras que Auristela arremetía hacia ella sin cansancio. Atzi lanzaba rayos para contenerla, pero a duras penas.

Teo se sintió mal por la chica, pero no tanto como para interferir entre dos Doradas poderosas, así que siguió su camino. Atzi mantendría a Auristela ocupada, hasta ser capturada de forma inevitable.

—Por los *dioses*, ¿puedes tranquilizarte? —dijo la voz de Niya entre los árboles.

Aliviado, él aceleró por las ramas hasta encontrar a su amiga de pie sobre Ocelo, que estaba tendido boca abajo en el suelo, con los glifos de Niya y de Auristela sobre la cabeza.

—¡Aquí estás! —le dijo al bajar junto a ella.

—¡Aquí estoy! —Niya le ofreció una sonrisa radiante.

—¿Te encuentras bien? —preguntó analizándole los ojos.

La oscuridad ya no estaba, solo quedaba el color avellana habitual. Ella exhaló entre los labios pegados.

—¡Por supuesto! ¡Derribé a Cabeza de Albóndiga! —respondió señalando hacia el lugar en el suelo desde el que Ocelo los fulminaba con la mirada, con la mejilla sobre la tierra, enfurecido. —No es que haya sido tan difícil —agregó la chica, que se cruzó de brazos y miró a

su víctima con desaprobación. —¿Sabes? Si no perdieras los estribos tan rápido, no sería tan fácil engañarte. —El cuerpo de Ocelo se sacudió, por lo que Teo dio un paso largo hacia atrás. Si alguien podía romper la atadura mágica de la prueba, ese era Ocelo, y él no querría estar en su camino. Niya le sacudió con el pie. —¡Tranquilo!

—Hablando de estribos… Creí que Auristela y tú acabarían matándose —comentó él con una mirada alrededor en caso de que la chica decidiera aparecer de un salto. Su amiga frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Juro que suelo ignorarla mejor, pero desde que empezaron las pruebas, *no puedo evitarlo* —respondió mientras se frotaba los ojos.

—Sí, lo entiendo —coincidió él. Quizás el estrés de las pruebas los estaba afectando a todos.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó ella tras girar hacia él.

—¿Por qué tengo que idear un plan? ¡Tú eres la dorada! —replicó.

—Sí, ¡pero tú eres el planificador!

—El plan *era* evitar que Xio fuera atrapado —bufó.

—Bueno, eso no funcionó. ¿Cuál es el plan B?

—¡¿Tengo que pensar en un plan A y un plan B?!

—¡Tú eres el chico de los planes!

—Yo…

Dos personas aparecieron luchando entre los árboles. Teo y Niya gritaron, y ella se acercó para tomarlo del brazo, pero él se alejó enseguida.

—¡CASI ME CAPTURAS!

—¡PERDÓN, ME ASUSTÉ!

Marino había perseguido a Aurelio hasta el claro, rociándolo con agua sin piedad. Aunque Aurelio alzó los brazos para escudarse, fue inútil para enfrentar el diluvio. Teo esperaba que su compañero se levantara y le lanzara fuego al otro, pero no lo hizo. Con otro golpe de agua, Aurelio perdió el equilibrio y cayó con una rodilla al suelo.

—Tu compañero no se ve muy bien —dijo Niya con precaución.

Teo nunca pensó en que llegaría el día de ver a Aurelio superado. No tenía sentido, hasta que cayó en la cuenta de que Marino era el semidiós del agua, mientras que Aurelio era el del fuego. Eran elementos opuestos. Recordó las cartas de Xio, en las que detallaba las

debilidades de los Héroes. Las de Marino eran el fuego y el calor, las de Aurelio, el agua y el frío. Además, si se mojaba, sus guantes de sílex no funcionaban. Necesitaba ayuda.

Con una decisión rápida, Teo voló y aterrizó frente a su compañero, justo a tiempo para quedar con el rostro bañado de agua y levantar las alas. En ese momento, Marino ya no era tan fuerte, quizás él también estaba quedándose sin fuerzas. Al tiempo que el agua rociaba en vano sus alas, él miró atrás, donde Aurelio estaba en cuclillas.

—¿Estás bien? —preguntó. El chico lo miró bastante aturdido. Tenía las mejillas rojas, la ropa empapada pegada al pecho agitado, y jadeaba intentando recuperar el aliento. Se secó el agua del rostro antes de asentir con una mirada determinada.

Marino se estaba acercando. Un paso más y llegaría a tocar una de las alas de Teo.

—Despega —le indicó Aurelio, con la mirada fija al frente.

—Pero tú… —Su necedad haría que lo atraparan.

—¡Ya!

Teo salió volando sobre Marino, que se lanzó hacia adelante, solo para atrapar el aire. En el mismo instante, Aurelio se lanzó hacia sus pies y le tocó la pierna derecha. El cuerpo del chico quedó inmovilizado de inmediato y cayó al suelo lodoso. Teo dio las hurras con un puño en el aire, por lo que casi se cae, pero logró recuperarse enseguida. Aurelio se levantó del suelo, inestable pero erguido. Los dos habían logrado atrapar a alguien y, por un milagro de Sol, tenían una posibilidad certera de ganar la prueba. Sin embargo, la sensación victoriosa duró poco.

—Hija de…

Abajo, Niya estaba tendida de espaldas, con las muñecas y los tobillos amarrados por enredaderas. Xochi estaba a poca distancia, sonriendo triunfal al tiempo que usaba la enredadera como cuerda para arrastrar a la chica hacia ella. Teo bajó de un salto, tan fuerte que casi se cae de bruces. Luego corrió hacia su amiga y jaló de la planta para intentar arrancársela a Xochi de las manos, pero la semidiosa primaveral era más fuerte.

—¿Recuerdas la debilidad de Xochi? —exclamó él, que se sujetaba

por su vida.

—¡No, pensé que tú la sabías! —respondió Niya mientras forcejeaba con la enredadera.

—¡Corta la enredadera!

—¡No puedo, tengo las manos amarradas! —La chica luchó contra el amarre, pero fue inútil.

Con un tirón fuerte, Xochi hizo que Teo perdiera el equilibrio. Él se tambaleó y clavó los talones en el suelo para resistirse, pero poco sirvió para detener a la chica. Era un juego de tirar la cuerda que él no ganaría. En un destello de luz anaranjada, una llamarada pasó frente a los ojos de Teo y cortó la enredadera. Él se cayó del lado carbonizado, mientras que Xochi soltó un grito incoherente. Aurelio estaba de pie otra vez, con pequeñas llamas en los dedos. Con la enredadera liberada, Niya extendió los brazos para romperla.

Xochi arremetió hacia ellos, pero antes de que pudiera atrapar a Teo, Niya golpeó el suelo con la mano abierta y cerró el puño. La tierra succionó los pies de la otra chica hasta los tobillos e hizo que cayera hacia adelante. Mientras seguía desorientada, Niya se apresuró a tocarle el brazo.

—¡No sabía que podías hacer eso! —dijo Teo, boquiabierto. Ella se puso de pie y arrojó una de las trenzas hacia atrás por sobre su hombro.

—Tengo muchos trucos de los que no sabes —respondió con una sonrisa de oreja a oreja. —Vamos. —Le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse. Él estaba a punto de tomarla.

—¡No! —gritó Aurelio.

—¿Querías atraparme? —exclamó él al apartar la mano.

—¡Valía la pena intentarlo! —Ella rio y se encogió de hombros.

—¡Su suponía que trabajáramos juntos! —Teo la fulminó con la mirada.

—¡Somos los únicos cuatro que quedan en pie! —bufó su amiga. —Te capturo yo o…

Una luz blanca y enceguecedora estalló delante de los ojos de Teo, seguida por un estallido. Cuando recuperó la visión, vio a Niya tendida de lado, inmóvil, con un corte reciente en la mejilla, del que brotaba sangre dorada. Atzi estaba detrás de ella, con los puños en

posición mientras miraba a Teo y a Aurelio.

—¡Niya! —Con el corazón adolorido, intentó correr hacia ella, pero Aurelio lo detuvo.

—Ella está bien. Si la tocas, también quedarás electrocutado —le advirtió con la mirada en Atzi. Corrían pequeñas chispas eléctricas por el cuerpo de Niya.

—¡No está bien, está inconsciente!

—Recibió decenas de impactos de Atzi —explicó el chico con tranquilidad. Teo lo miró con rabia, pero él le sonrió. —Estás listo para acabar con esto, ¿o no?

—No quiero que me impacte un rayo otra vez. —La primera vez, no había tenido una buena experiencia.

—Ha estado lanzando muchos rayos, así que debe estar débil —comentó su compañero señalando a la chica con la cabeza. Al verla, Teo notó que su pecho se movía muy rápido. Los listones plateados que siempre usaba trenzados en el cabello estaban caídos y desaliñados. Estaba cansada, pero seguía decidida y, si seguía en pie, eso significaba que debía haber ganado la batalla contra Auristela. Teo hubiera pagado por ver la expresión de Auristela al ser capturada.

—¿A cuántas personas atrapaste? —preguntó al alcanzar a Aurelio.

—A una.

—Yo también. —Los labios de Teo se curvaron en una sonrisa. El chico lo miró de reojo con una ceja en alto. —Te reto a una carrera. —Aurelio exhaló fuerte por la nariz. —A menos que tengas miedo… —lo instó. El otro sonrió, lo que provocó una oleada de calor en el pecho de Teo.

—A la cuenta de tres —dijo. Teo rio desde la garganta. —Uno, dos…

Él corrió lo más rápido posible. Atzi giró y salió corriendo entre los árboles. En menos de cinco pasos, Aurelio había alcanzado a Teo. Mientras la chica iba zigzagueando entre los árboles para intentar perderlos, giró y lanzó una cortina de lluvia, pero fue apenas una llovizna que no logró ralentizarlos. Por mucho que se esforzara, se estaba debilitando. Cuando se acercaron, Aurelio alargó los pasos y fue ganando la delantera, lo que hizo que adrenalina y una determinación testaruda corrieron por las venas de Teo. Se obligó a

correr más rápido, esforzarse más, *correr, correr, correr*.

Atzi saltó sobre un tronco musgoso y resbaladizo que estaba en el camino. Teo y Aurelio llegaron a él al mismo tiempo, pero, en lugar de pasarle por encima, Teo saltó sobre él y despegó en el aire. Empujó con las alas para impulsarse hacia adelante y tocó a Atzi entre los omóplatos. El cuerpo de la chica se quedó rígido y cayó al suelo. En el aire, resonó la trompeta de Mariachi para marcar el final de la prueba, acompañada por una vibración del reloj.

Teo se tambaleó en el aire, aterrizó con fuerza y dio vueltas algunas veces antes de detenerse al pie de un árbol. Le ardían los pulmones y de seguro tenía varias partes del cuerpo amoratadas, pero había valido la pena.

—¡Ganamos! —exclamó con los brazos sobre la cabeza y embriagado por la victoria. No podía creer haber terminado una prueba sin haber hecho un completo desastre. ¡Y había atrapado a *dos* Dorados! Aurelio se acercó a él. —¡Lo hice! —le dijo con alegría, aún incrédulo.

—Lo hiciste —coincidió el chico al tenderle la mano. Una risa delirante surgió en el pecho de Teo cuando el otro lo ayudó a ponerse de pie. A pesar de que la mano fuerte de Aurelio lo sujetó apenas un momento, la sensación permaneció como una quemadura.

—¡No puedo creerlo! —dijo y se inclinó con las manos en las rodillas para intentar recuperar el aliento. —¡Es increíble! —Aurelio lo miró con una expresión entretenida. No llegaba a ser una sonrisa, pero se le acercaba. Parecía haberse recuperado del ataque de Marino e, incluso, mientras estaba allí parado, el calor altísimo de su cuerpo estaba secándole la ropa y emanando vapor de sus hombros. De hecho, lucía genial. Habían perseguido a Atzi por la selva y ni siquiera le faltaba el aire. —¡Espera! —dijo con el ceño fruncido y se esforzó por pararse erguido. Algo no encajaba. Si el chico siguiera debilitado por el ataque de Marino, debería lucir demacrado, pero no era el caso y, si ya estaba recuperado, debería haberle ganado la carrera *con facilidad* en cuestión de segundos. —¿Me dejaste ganar?

—No sé de qué estás hablando —respondió Aurelio mientras se limpiaba el hollín de las manos y de los brazaletes dorados con el borde de la camiseta.

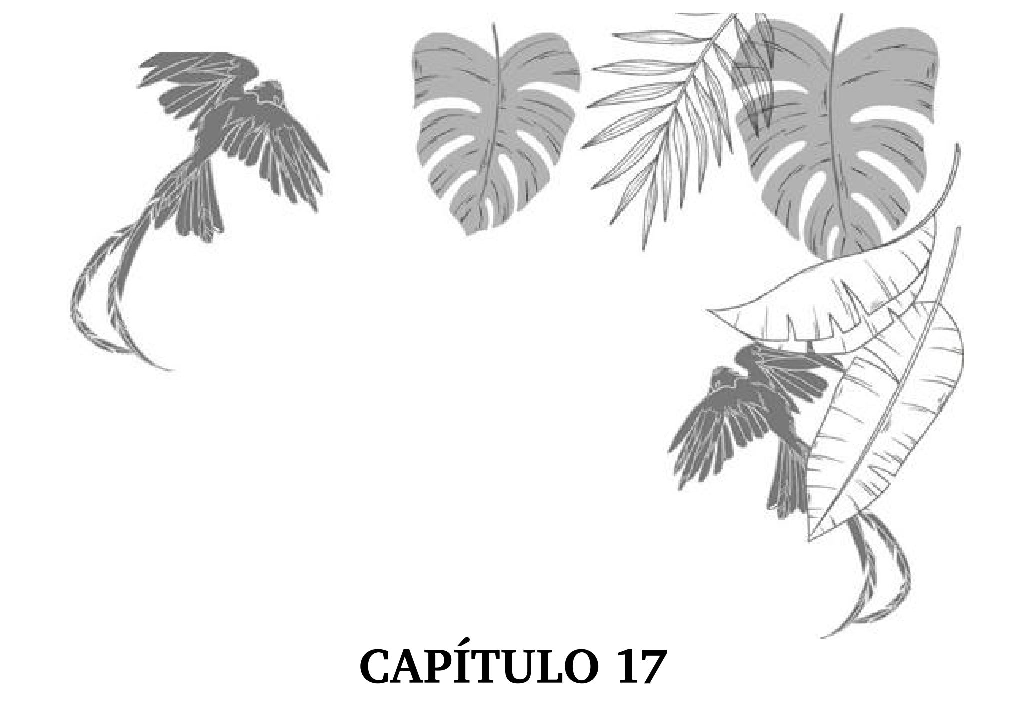
—¡Sí que lo sabes!

—Vamos, es hora de ver las posiciones.

Sin mirar atrás, el otro se dio la vuelta y comenzó a caminar.

—*¡Vuelve aquí, mongrelo!*

Echando humo, Teo lo siguió.



CAPÍTULO 17

Los semidioses volvieron a reunirse con Diosa Luna en la plataforma. Al mirar alrededor, Teo percibió lo diferentes que eran los ánimos en comparación con la primera prueba. Al principio, la energía competitiva estaba cargada, pero, en ese momento, las inseguridades de todos comenzaban a aparecer. Mientras esperaban la tabla de posiciones, la emoción y la ansiedad fueron reemplazadas por agotamiento y recelo.

Diosa Médica, que estaba vestida con un traje blanco impoluto, fue convocada para asistir a Niya, a quien habían obligado a sentarse en una silla. Con una expresión seria, le revisó el corazón y los pulmones con el estetoscopio dorado. El pobre Dios Tierra era un despojo, que esperaba detrás de su hija, jugando con la corbata o retorciendo las manos en los guantes. Lucía consternado; o todo lo consternado que podía lucir alguien enmascarado.

Niya, que era dura como una roca y siempre parecía indestructible, estaba lánguida y se estremecía cada vez que se movía. Tenía

pequeñas quemaduras con un patrón emplumado en los brazos y el cuello. Diosa Médica por fin la liberó y, cuando la chica se puso de pie, el público estalló en una ovación alentadora.

—¿Estás bien? —preguntó Teo por lo bajo cuando Niya y Dios Tierra ocuparon sus lugares junto a él y Diosa Quetzal.

—Bah, hace falta más que eso para dejarme fuera de juego —respondió con una sonrisa cansada y un guiño. Aliviado, él le devolvió la sonrisa, pero el momento no duró mucho, pues Diosa Luna se acercó a la laja de piedra con una expresión muy disgustada.

—Sol ha definido las posiciones —anunció sin preámbulos.

En esa oportunidad, el movimiento de los glifos fue más que nada en la parte superior, pero Teo estaba conteniendo la respiración, concentrado en los últimos puestos a la espera del resultado de Xio. Al final, exhaló tranquilo: Xio seguía en octavo lugar y, aunque no había ascendido, al menos no había descendido. A pesar de que era un alivio, también era confuso. ¿No había sido el primer capturado? Sin embargo, por algún motivo, Ocelo seguía debajo de él. Teo alzó la vista, seguro de que le vería echando humo de la rabia otra vez, pero, para su sorpresa, Ocelo tenía una quietud poco característica. En lugar de furia, su rostro dejaba entrever miedo.

Diosa Amor alzó las manos y las agitó sobre la cabeza con un grito triunfal. Por poco bailaba en el lugar por el éxito de su hijo y le hacía señas con frenesí, mientras él tenía una sonrisa radiante. Dios Tormentoso casi tenía que doblarse para decirle palabras suaves y reafirmantes a Atzi, que estaba al borde del llanto. A pesar de tener los ojos vidriosos y el mentón caído, permanecía fuerte y asentía a lo que él le estuviera diciendo. Cuando Tormentoso volvió a enderezarse, tenía una expresión turbulenta, y los truenos de la barba retumbaban por el mal humor.

Aunque Auristela había bajado al quinto puesto, tenía una sonrisa alegre en el rostro al tiempo que sacudía el brazo de su hermano con fuerza. Teo se dio cuenta de que no estaba reaccionando a su posición, sino que estaba celebrando que Aurelio estaba en primer lugar. Tenía un nuevo brillo anaranjado detrás de los ojos, mientras que él estaba tambaleándose por su entusiasmo. Cuando Verdad tomó al chico del brazo para llevárselo a una entrevista, Aurelio miró hacia atrás por

sobre el hombro, se encontró con la mirada de Teo y le sonrió. No fue el gesto forzado que formaba parte de su uniforme, sino una sonrisa *auténtica*, de las que le arrugaban los ojos y le redondeaba los pómulos. Verla dejó a Teo sin aliento.

—¡Teo!

El jadeo de su madre lo dejó perplejo y le revolvió el estómago.

—¿Qué? —preguntó y buscó el glifo con frenesí al final de la tabla.

—¡Mira! —señaló Quetzal, no hacia la base, sino hacia la cima.

—¿Cuarto lugar? —dijo casi a los gritos, pasmado por completo. Debía ser un error, ¿no?. —Espera, ¿cómo puede ser?

—Creo que es la posición más alta que ha alcanzado un Jade —comentó Mala Suerte con una voz suave como la seda, mientras lo miraba con curiosidad.

—Mierda —jadeó Teo. No podía creer lo que veía, no podía ser real. —*¿Yo?*

A su lado, Xio miraba hacia arriba con la misma confusión. Mala Suerte no era el único que había dirigido la atención hacia Teo, otros Dorados también lo estaban observando con curiosidad. Diosa Amor le sonrió y pasó la mirada entre él y Dezi, que le hablaba rápido en señas, con expresiones enfáticas. Diose Guerrero le dedicó una mirada sospechosa con los ojos entornados, mientras que Dios Tierra, con su corazón amable, le alzó los pulgares con discreción. Y después estaba Diosa Lumbre, quien lo miraba con tal intensidad y maquinación en ojos llameantes, que Teo estaba seguro de que le ampollaría la piel. Junto a ella, Auristela lo observaba con el mismo ardor. Debía estar molesta porque él la había superado en la tabla de posiciones.

—¿Cómo demonios es que yo estoy en segundo lugar? —soltó Niya con sorpresa genuina. —¡Estuve inconsciente durante al menos cinco minutos!

—¿Por qué estoy tan abajo? —preguntó Atzi en voz baja. Dios Tormentoso estaba parado firme junto a ella, con una mano sobre su hombro.

—Niya, a pesar de que has estado inconsciente al final de la prueba, no fuiste capturada y capturaste a dos de tus contrincantes —explicó Luna antes de que los demás pudieran expresar sus dudas. Niya sacudió la cabeza con un ojo entrecerrado, como si estuviera

haciendo los cálculos mentales. —Atzi —continuó Luna hacia la semidiosa de la lluvia. —El nombre de esta prueba era Batalla Pacífica. Se les indicó que no debían causarles daños físicos a sus competidores, pero no has seguido esa consigna. —La chica se refugió en su padre, quien la abrazó por los hombros con los brazos fornidos. A pesar de que asintió comprensiva, le temblaban los labios. —Esta prueba fue diseñada para evaluar su capacidad de trabajar en equipo. Teo y Aurelio fueron los únicos que trabajaron juntos. Por el contrario, Ocelo abandonó a su compañero en cuanto sonó la trompeta.

Teo miró a Xio para confirmarlo. El pequeño tenía una mueca burlona en el rostro, como si le alegrara ver que le llamaran la atención a Ocelo. Teo también sonrió.

—Estas no son pruebas con calificación como las que tienen en la escuela —agregó Diosa Luna en tono tranquilo. —No hay un sistema de puntuación ni un valor numérico asignado a cada prueba para determinar sus posiciones. —Niya bufó desanimada; Teo sabía que ella necesitaba soluciones literales. Veía las cosas en blanco y negro, por lo que se le dificultaba comprender las zonas grises. —Sol ve el corazón del campeón, al igual que el del sacrificio. *Así* es como elige al Portador del Sol. Sería bueno que todos lo recuerden.

—¡Es muy irritante! —protestó Xio y se metió las manos en los bolsillos con una mueca petulante. Como de costumbre, los tres fueron detrás del resto mientras Luna los guiaba hacia el templo. —¡Es imposible entender cómo funcionan las posiciones!

—Es verdad. Nada va cómo imaginaba —coincidió Teo negando con la cabeza. —Supongo que ese es el punto, ¿no? Que Sol vea más allá de la superficie para decidir quién es digno…

—Vamos, ¡al menos no estás en último lugar! —recordó Niya al sacudirle los rizos a Xio. —¡Y *este chico* podría tener posibilidades de ser Portador del Sol! —agregó con un empujón juguetón hacia Teo, que se tambaleó por su fuerza.

Él puso los ojos en blanco de forma dramática, aunque ese resultado ya no sonaba imposible. Niya debía ser quien superara a los otros Dorados, y Teo no creía *de verdad* que pudiera ser *él*. No era posible que Sol lo viera como un posible ganador; sin embargo, estaba

en *cuarto lugar*. Era una absoluta locura y, a pesar de saber que no había forma de que Sol lo considerara digno de ser Portador… ¿Qué tal si lo hacía?

Nunca había ganado un Jade las Pruebas del Sol. Si él ganaba sería una gran sorpresa. No pudo evitar pensar en Paloma y en cómo había enfrentado el final con valentía. Si se convertía en Portador, tal vez las personas por fin comenzaran a tomar a los Jades en serio.

—¿Sabes qué? Tienes razón —afirmó Xio. Cambió de humor de forma repentina y les sonrió a los dos. —*En verdad* creía que estaría condenado al último lugar para esta altura, pero, en realidad, voy bastante bien.

—Dijeron que uno de nosotros acabaría como sacrificio, ¡y míranos ahora! —Una risa de alivio brotó desde el pecho de Teo.

—¡Esa es la actitud! —canturreó Niya.

Los tres se echaron a reír, y fue el momento en que mejor se sintió Teo desde que había llegado al Templo del Sol. Al principio, su esperanza había sido ligera como una pluma, pero fue creciendo a medida que soñaba. Su victoria sería una lección para todos los que creían que los Dorados eran mejores que los Jades y les demostraría a los dioses lo equivocados que habían estado al no admitirlos en la Academia. A tiempo que esa idea creció en su mente y se afirmó allí, una llama de determinación le recorrió las venas. *Podía hacerlo*, no solo por él mismo, sino por todos los Jades a los que habían hecho sentir inferiores alguna vez. Era algo más grande que hacer perder a los matones.

Antes había querido sobrevivir y proteger. A partir de ese momento, quería *ganar*.

Durante la cena en el barco, los Dorados lucían sombríos y con varios niveles de agotamiento. Ocelo no dejaba de mirar el plato con el ceño fruncido y de sacudir las rodillas con ansiedad. Atzi no apareció, pero Xochi se ofreció a llevarle comida. La pobre Niya se había ido a la cama temprano, pues el impacto del rayo había afectado mucho a su cuerpo exhausto. No dejaba de decir que necesitaba un buen descanso para recuperar las neuronas, y Teo no se había molestado en explicarle que así no funcionaba el cerebro. Todos estaban apaleados y compadeciéndose de sí mismos, a excepción de

Teo y de Xio. El pequeño estaba del mejor humor del que Teo lo había visto hasta entonces. Sonreía con facilidad e incluso se reía de los chistes malos de Teo, así que él estaba feliz de transmitirle buenas energías.

Cinco días de pruebas demandantes, noches de dormir mal y de aprender a usar un nuevo par de extremidades estaban agotando a Teo. Sentía dolor sordo y constante en los músculos y un poco de jaqueca, pero, aun así, estaba de buen humor por el éxito de ese día. Quería captar la mirada de Aurelio, pero el chico estaba de espaldas mientras su hermana le hablaba por lo bajo. Cada vez que ella lo veía observando en su dirección, le lanzaba una mirada horrible. Al parecer, no tendría oportunidad de felicitarlo.

Después de la cena, casi todos se fueron a dormir. Por su parte, Teo se duchó, se puso unos pantalones de chándal y una camiseta a la que los sacerdotes Sol le habían hecho aberturas para sus alas y caminó de un lado al otro por la habitación durante varios minutos. Le cosquilleaba la piel con energía acumulada; la sensación embriagadora provocada por falta de sueño y exceso de excitación. Todavía estaba extasiado por la prueba y se sentía demasiado bien, por lo que hubiera sido un desperdicio que se quedara encerrado en el camarote toda la noche. Hacía mucho tiempo que no hacía travesuras y comenzaba a inquietarse, así que pensó en un plan.

El suelo de madera se sentía frío debajo de los pies mientras caminaba despacio por el corredor, asegurándose de ser muy silencioso al pasar por las habitaciones de Xio y de Niya. Se sintió un poco culpable, pero no quería tener que dar explicaciones si lo atrapaban. Con cuidado, llamó a la puerta con el glifo de fuego. Tenía el corazón en la garganta y, en parte, esperaba que Aurelio ya estuviera durmiendo. Sin embargo, después de un momento, oyó pasos. La puerta se abrió para revelar al chico parado con unos pantaloncitos diminutos y una de esas camisetas holgadas sin mangas, con la sisa enorme, abierta hasta la cintura. Era la primera vez que lo veía con el cabello suelto; le caía hasta los hombros y ocultaba los costados afeitados de la cabeza con ondas suaves. Teo supo que nunca debería haber visto esa versión ligera de ropa, cansada y adormilada de Aurelio. Le provocó un escalofrío que le recorrió la columna y una

punzada en la boca del estómago. El chico lo observó por un segundo con los ojos nublados amplios por la sorpresa, mientras que él lo devoraba con la mirada.

—Rayos, amigo, se te ven los pezones —soltó, anonadado por la extensión de piel morena y de músculos. Aurelio cruzó los brazos sobre el pecho y se sonrojó. —En serio, ¿por qué te molestas en usar una camiseta si no te cubre nada? —agregó con una sonrisa.

—Tenía calor —respondió el otro con el ceño fruncido y la voz áspera por el cansancio.

—¿También duermes con eso? —preguntó Teo señalando los brazaletes dorados. —¿Son como tu objeto de apego o algo así?

Negó con la cabeza despacio, con lo que el cabello destelló y le rozó los hombros con las puntas delicadas.

—¿Necesitas algo? —interrumpió Aurelio. Teo también negó con la cabeza y volvió a levantar la vista hacia el rostro del chico.

—¿Qué estabas haciendo?

—Veo videos de cocina —respondió con el teléfono en alto. Tal como dijo, había un video de un hombre decorando un muffin con música de piano de fondo.

—¿De verdad? Pensé que me estabas molestando el otro día —rio Teo.

—Son relajantes —dijo Aurelio, un tanto a la defensiva.

—¡Bueno, yo tengo otros planes! —Teo levantó la mochila y alzó las cejas. —¿Quieres venir?

—¿Qué piensas hacer? —El otro inclinó la cabeza y lo miró con sospecha.

—Vamos, ¿qué es lo peor que podría pasar? —bufó él.

—Esa no es una respuesta válida. —La mirada de Aurelio se desvió hacia la habitación de su hermana.

—Por los dioses —resopló Teo. —Si quieres ven, si no, no. ¡Me da igual! —Giró para marcharse, pero el chico lo detuvo.

—¡Espera! Iré.

—¡Genial! —festejó Teo. —Pero primero ponte presentable, por el amor de Sol. No quiero que tus pezones me miren toda la noche.

Aurelio volvió adentro y se puso una sudadera negra.

—¿A dónde me llevas? —preguntó mientras Teo lo llevaba a la

cubierta.

—Baja la voz —siseó, asegurándose de que no hubiera nadie alrededor. —Tenemos una misión.

—¿Qué misión? —insistió el otro en voz más baja.

—Conseguir golosinas para Niya como regalo para que se recupere pronto. Se me acabaron las provisiones, y son una apuesta segura para animarla —explicó él, al tiempo que esperaban a que un marinero terminara su ronda.

—Espera, ¿quieres escapar del barco?

—¡Sí! —Cuando el marinero entró, Teo salió corriendo hacia el muelle. Iba por la mitad cuando se dio cuenta de que Aurelio no lo seguía. Al voltear, vio que el semidiós del fuego seguía en la cubierta. —¿Qué estás esperando? —susurró con urgencia.

—No deberíamos salir del barco —respondió el otro mirando alrededor.

—¿Siempre haces lo que te dicen? —protestó Teo.

—O sea, sí.

—Oye, se suponía que yo estaría recorriendo todas estas ciudades por mi cuenta, pero, en cambio, me eligieron para que compita en las pruebas, ¡así que tengo que recuperar el tiempo que me han robado! —insistió él.

Aurelio puso los ojos en blanco y, por fin, cedió.

Parecía imposible que incluso algo tan grande como ganar las Pruebas del Sol compitiera con la alegría triunfal que estalló en el pecho de Teo. Con sorpresa y dicha, tiró de la manga del chico.

—¡Vamos!

Juntos, bajaron del muelle y corrieron hacia la libertad.



Era sorprendente lo animado que estaba Oasis Opal por la noche. Salían personas de los bares de deportes y llenaban las calles de conversaciones animadas. Entre tanto movimiento, sería fácil que alguien reconociera a Aurelio, el primero en la tabla de posiciones en las Pruebas del Sol, y a Teo, un chico con *alas*. Teo al menos había tenido la precaución de esconder las alas debajo de la sudadera y, al bajar del barco, subió la capucha de Aurelio de inmediato para

ocultarle el rostro.

Teo no tenía idea de a dónde iban, pero fue sencillo seguir el camino principal hasta que encontraron una tienda pequeña en una esquina. El interior estaba lleno de estanterías con productos: torres de todos los sabores de patatas fritas imaginables, una sección de productos de higiene personal, y una pared ocupada por refrigeradores con sodas, bebidas energizantes y cerveza. También había toda una sección dedicada a productos de limpieza, y piñatas coloridas colgadas del techo, desteñidas por el sol.

Teo buscó rápido las golosinas preferidas de Niya y las dejó sobre el mostrador, mientras que Aurelio deambulaba por los pasillos y deslizaba los dedos por los dulces de colores. Después de pagarle a la mujer de cabello cano, Teo tomó la bolsa de papel llena y guio a su compañero a una banca en el parque iluminado.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Aurelio al revisar las golosinas que Teo dejó entre ellos.

—¿Cómo que "qué es todo eso"? —dijo él con una risa confundida. —¡Son Dulces!

Aurelio murmuró y miró los dulces con muchísima concentración, más digna de un juego de ajedrez.

—Lucas, Pulpa, Payaso, Pulparindo, Vero Mango… —enumeró. —¿De verdad no sabes qué son los dulces? —exigió.

—Sé lo que son, pero no suelo comerlos. —Aurelio se encogió un poco de hombros, consciente de sí mismo, y se bajó la capucha.

—¿Qué? ¿Por qué? —reaccionó Teo.

—No hay en la Academia.

—¿En absoluto?

—No deberíamos, pero algunas las meten a escondidas —especificó el otro. —Como Niya.

—Eso es *horrible*.

—A veces Pan Dulce nos prepara pastelillos y chocolate caliente —agregó Aurelio y, dudoso, tomó un paquete de Limón 7. Se metió la paleta en la boca, pero tosió de inmediato, escupió y lanzó polvo por todas partes. —Esto es *asqueroso.* Sabe a *agua de mar* —se quejó con los ojos llorosos.

—¡Sabe mejor con pepinillos! —Teo se inclinó hacia atrás, con las

manos sobre el estómago, muerto de risa. Aurelio seguía teniendo los ojos bien abiertos, el labio fruncido con disgusto y una expresión de alarma ridícula, que hizo que Teo volviera a estallar de la risa. —Ten, prueba esto, es de tamarindo —le dijo y se secó las lágrimas al tiempo que le daba una paleta cachetada azul.

—Eh, ¿cómo funciona esto? —preguntó el chico al analizar con detenimiento el dulce ovalado. Lo levantó con las dos manos y miró a con un ojo Teo a través de la paleta como si fuera una lupa. Tenía una sonrisa inquieta en el rostro, tan grande que casi era bobalicona. Con un cosquilleo traicionero, Teo se dio cuenta de que eso era lo que Aurelio hubiera hecho cuando eran niños. Con un suspiro dramático, extendió la palma abierta.

—No tienes remedio —dijo. El chico dudó un momento antes de entregar el dulce, que luego Teo se apoyó en la pierna y le retiró la capa superior de papel celofán. —Es más fácil con una mesa —explicó al doblar la otra capa de papel sobre sí misma. Después presionó la palma de la mano contra su muslo para aplastar el dulce plegado, al tiempo que intentaba no abochornarse frente al otro. Hizo movimientos lentos y medidos para doblar la paleta entre los dedos una y otra vez, hasta convertirla en un rectángulo pequeño por el que ya no pasaba la luz. —El combustible perfecto para convertirse en Portador del Sol —anunció al entregárselo.

—Si las golosinas son el factor decisivo, es probable que Niya nos patee el trasero —respondió Aurelio mientras masticaba el dulce pegajoso.

—Maldición, yo que empezaba a pensar en que me gustaría ir a la Academia, pero ya cambié de opinión —bromeó Teo. —¿No hay golosinas en tu ciudad?

—Estoy seguro de que sí, pero no salgo mucho de la escuela, excepto cuando me convocan a una misión —confesó el chico.

—¿No vas a casa a visitar a tu padre?

—Mi madre nos deja volver a Auristela y a mí para nuestro cumpleaños, pero eso es todo. Piensa que es mejor que usemos el tiempo para entrenar en la Academia a que lo perdamos en casa.

Vaya. Y Teo que pensaba que *él* pasaba demasiado tiempo en la escuela. No podía imaginarse cómo sería vivir allí las veinticuatro

horas del día, los siete días de la semana, y solo poder salir una vez al año. Sonaba a tortura.

—¿Qué hay de tu mamá? —preguntó Aurelio. En general, Teo no hubiera aceptado que desviaran el tema, pero su compañero lucía tan cansado que decidió dejárselo pasar.

—Puedo verla bastante. En la semana, entrega sus bendiciones en el templo y, los fines de semana, pasa más tiempo conmigo. Aún preside las festividades y hace viajes especiales para los quinces y esas cosas —explicó. —Supongo que es una ventaja de ser Jade: menos responsabilidades y más tiempo para hacer lo que queremos.

—Suena bien —respondió Aurelio con una sonrisa seca.

—Pero tengo a Huemac, que es mi guardián cuando mi mamá no está. Básicamente, él me crio. Pobre hombre —agregó él con una sonrisa.

—Lo sé, lo recuerdo. Siempre me agradó —asintió el otro en voz baja, y Teo tragó con fuerza. No sabía qué era más difícil de digerir: el hecho de que Aurelio tuviera recuerdos de ellos o que fueran recuerdos queridos. —Tienes suerte. Stela y yo tuvimos una procesión de sacerdotes gruñones. Ser nuestro cuidador era la tarea menos popular del templo.

La sonrisa de Teo se desvaneció porque, cuanto más hablaban, más creía que la vida de Aurelio como Dorado no debía ser como él pensaba. ¿Era igual para todos los semidioses Dorados? Sabía que Niya amaba volver a casa, y no podía imaginar que Dios Tierra no estuviera encantado de ver a su hija. De hecho, estaba seguro de que el dios de la máscara de oro ansiaba ver a su hija más de lo que Niya ansiaba verlo a él, lo cual era decir mucho. La crianza del chico sonaba demasiado solitaria. Por el contrario, Teo había crecido con Huemac siempre a su lado, cuidándolo, y los demás sacerdotes de Quetzlan eran su familia. Incluso los habitantes de la ciudad habían ayudado en su crianza. ¿Cómo había sido para Aurelio y Auristela el solo tenerse el uno al otro?

Aurelio tomó uno de los anillitos de mazapán y abrió el paquete, por lo que la golosina delicada se hizo pedazos en su mano de inmediato.

—¡No, no, no! —Teo se inclinó hacia él.

—¿Qué? —El chico se quedó congelado, con las piernas llenas de polvo de mazapán.

—¡Lo estás haciendo mal! Tienes que abrirlo *despacio*, sin romperlo. —Él tomó un paquete y lo abrió con cuidado. La mayor parte del mazapán permaneció intacto, excepto un borde que se rompió. —¿Lo ves? Tienes que hacerlo así —dijo con el dulce en alto.

—¿Por qué? —El otro frunció el ceño.

—No sé. ¡Solo es así como se hace! —Teo se encogió de hombro. —Nadie lo cuestiona. Es como morder tu pastel de cumpleaños.

—¿Por qué tendrías que morder tu pastel? —Con eso, el chico lo miró confundido *de verdad*.

—¡Lo haces y ya! —rio él, pues su compañero estaba muy fuera de onda con la diversión. —Sí que tengo mucho que enseñarte —agregó negando con la cabeza con desaprobación. —Ten, prueba con otro.

Aurelio aceptó otro mazapán y comenzó a abrir el envoltorio rosado con cuidado, pero se hizo pedazos de inmediato; entonces, Teo resopló.

—Si te conviertes en Portador del Sol, podrás ver todas las ciudades —comentó el Dorado mientras abría otro dulce. —Todas ofrecen fiestas descomunales.

Teo tenía un panorama de lo que implicaba ser Portador del Sol. En la escuela, hacían más foco en la ceremonia de sacrificio, sin profundizar en lo que sucedía después más allá de que el Portador era quien llevaba el elixir del sacrificio a todos los templos para alimentar a las Piedras Solares.

En ese momento, el orgullo de estar cuarto en la tabla de posiciones seguía muy vívido en su pecho, por lo que sonrió a pesar de sí mismo.

—Sería genial. Aunque me sorprende que siquiera consideres que yo podría ganar —respondió.

—Todos tienen oportunidad —señaló Aurelio.

—Supongo que sí, pero todos *esperan* que sea uno de ustedes. Los Jades no tenemos muchas expectativas en casa —comentó, con el palillo de la paleta entre los dientes.

—¿Qué suelen hacer los semidioses Jades? —Aurelio inclinó la cabeza con curiosidad.

—Para ser honesto, depende de sus padres. Los hijos de Mariachi y de Baile suelen convertirse en artistas. La hija mayor de Diosa Médica acaba de convertirse en la entrenadora del equipo de futbol de su ciudad. Después de graduarme, es probable que siga viviendo en el Templo Quetzlan, ayudando a Huemac a administrar la ciudad y a cuidar de las aves —confesó Teo.

—Suena muy agradable —respondió el otro con una voz extraña que él no pudo descifrar.

—No es nada comparado con ser un Héroe —señaló. —Ustedes pueden viajar por todo Reino del Sol, rescatan personas y salvan vidas. Todos saben quiénes son.

—Saben *sobre* mí, pero no me *conocen* de verdad —dijo Aurelio, con la mirada intensa sobre el mazapán que tenía en las manos. —Ser un Héroe implica estar siempre ocupado y tener que viajar a dónde te necesiten. No puedo establecerme en ningún lado ni llegar a conocer a nadie que no esté en mi equipo. Al menos tú tienes opciones —explicó.

Teo no lo había pensado de ese modo antes, sino que suponía que los semidioses Dorados podían tener vidas de fama y lujos. Nunca había evaluado lo que eso implicaba en realidad. Aurelio no tenía más familia que su hermana. ¿Ser Héroe era tan grandioso como decían? ¿Valía la pena estar solo y no tener vida propia? ¿Ser famoso y adorado, pero de lejos?

Faltaba un año para que se graduaran, y Teo había pensado que, tal vez, esa fuera su oportunidad de volver a ser amigo de Aurelio; pero la verdad era que, probablemente, esa fuera la última vez que sus caminos se cruzarían. Después, la vida los alejaría todavía más.

De repente, ya no tuvo estómago para comer dulces. Se inclinó para tirar el palillo de la paleta en un cesto de basura cercano y, al hacerlo, sus alas se abrieron de forma abrupta; al parecer, decidieron que necesitaban estirarse. La mirada de Aurelio se disparó hacia ellas de inmediato, y el rostro de Teo se acaloró.

—Perdón. —Se alejó y volvió a replegarlas con esfuerzo contra la espalda antes de bajarse la sudadera otra vez. Incómodo y a la defensiva, preguntó—: ¿Te impresionan o algo?

—¿Qué? —El otro miró alrededor como si no entendiera a qué se

refería.

—Mis alas —explicó él con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Claro que no. —El rostro de Aurelio se arrugó por la confusión.

—Ah.

—¿Por qué piensas eso? —quiso saber el chico mientras manoseaba otro mazapán.

—No sé, siempre las miras raro. —Teo se encogió de hombros y sintió que la vergüenza ascendía por su cuello. —Incluso cuando éramos niños —agregó moviéndose con incomodidad en el asiento. Cuando eran pequeños, solía descubrirlo mirándole las alas de reojo. Después, cuando dejaron de hablar, había asumido que sus alas eran parte de la razón por la que el chico ya no quería ser su amigo. Sin embargo, en ese momento, Aurelio negó con la cabeza como si no tuviera idea de qué estaba hablando. —Sé que son un poco…

—Me gustan tus alas —interrumpió él chico. Breve, pero sincero. Y el corazón de Teo dio un vuelco.

—Pensé que… —De repente, estaba nervioso y le costaba formar una oración completa. —Siempre evitas tocarlas…

—No. —Aurelio negó con la cabeza, con una pequeña arruga en el entrecejo.

—¿Y por qué no lo has hecho? —insistió él con frustración. Todos los demás las tocaban todo el tiempo sin pensarlo. Si a Aurelio no le disgustaban, ¿por qué parecía que siempre se alejaba para evitarlas?

—Nunca dijiste que pudiera hacerlo —respondió encogiéndose de hombros.

—Ah —soltó Teo por lo bajo, sorprendido con la guardia baja. Miró al chico, la tensión de sus músculos se aflojó y se relajó en la banca. Estaba tan acostumbrado a que las personas le tocaran las alas sin consentimiento que no había considerado que Aurelio no las tocaba porque él no le había dado permiso. Entonces, se aclaró la garganta y se esforzó por mostrarse compuesto e indiferente. —Bueno, puedes tocarlas si quieres —dijo en el tono más casual posible.

—¿Estás seguro? —Las mejillas del chico Dorado se tiñeron de un rosado suave, y la forma en que lo preguntó con tanta inseguridad hizo reír a Teo.

—Sí, amigo, no lo vuelvas incómodo. —Se adelantó en la banca

para poder girar la espalda. —Pero ten cuidado, a veces tienen mente propia —le advirtió. Al parecer, las alas quisieron comportarse ese día, pues se quedaron plegadas, expectantes.



Los nervios de la expectativa hubieran hecho reír a Teo de no haber sido porque estaba lidiando con el palpitar intenso del corazón en sus venas. Después de una pausa larga, los dedos de Aurelio acariciaron las plumas pequeñas en la parte superior de las alas, que se estremecieron ante el contacto. Teo soltó una risita incómoda.

—Perdón, hace cosquillas. —Se le erizó el vello de los brazos ante el tacto sorprendentemente suave y, como siempre, cálido de Aurelio. El chico siguió deslizando los dedos por las plumas largas principales, que terminaban en las puntas de las alas.

—No creí que fueran tan suaves —comentó por lo bajo.

—¿Esperabas que fueran como escamas? —preguntó él al girar para mirarlo por sobre el hombro e intentar ocultar el temblor con una risita.

Aurelio le dedicó una mirada devastadora, con una sonrisita en los labios, de las que le daban calidez a sus ojos y suavizaban su expresión siempre tan seria. Era una distracción tan grande que Teo no podía dejar de mirarlo, mientras todos los músculos de su cuerpo se agitaban y cosquilleaban. Luego, la sonrisa del chico cambió por un gesto muy suave que hizo que Teo contuviera la respiración.

—Creí haber dejado en claro que no podían bajar del barco.

Los dos chicos dieron un salto y se alejaron de inmediato. Luna estaba parada frente a ellos, con una expresión seria y con Auristela a su lado, de brazos cruzados sobre el pecho. La semidiosa estaba fulminando a Teo con la mirada, nada nuevo para él, pero sí para Aurelio, cuyos hombros se encogieron con culpa.

—¡Luna! —exclamó Teo con los brazos abiertos. —Solo estábamos… —Miró a su compañero, pero no era de ayuda en absoluto, pues estaba pálido por completo y miraba a la diosa con terror. Él se esforzó por pensar en una excusa, pero no se le ocurrió nada. Debía ser la primera vez que no sabía qué decir para salvarse de los problemas. —¿Quieres un dulce? —preguntó con una sonrisa

culposa.



Teo, Aurelio y Auristela siguieron a Luna en la procesión de la vergüenza de vuelta al muelle.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Aurelio a su hermana, intentando que nadie más escuche.

—Luna me atrapó escapando para buscarte —murmuró ella. Típico. Teo puso los ojos en blanco.

—Vuelvan a sus habitaciones los tres —ordenó Luna con seriedad una vez que llegaron al barco. —Si los descubro rompiendo las reglas otra vez, las consecuencias serán graves.

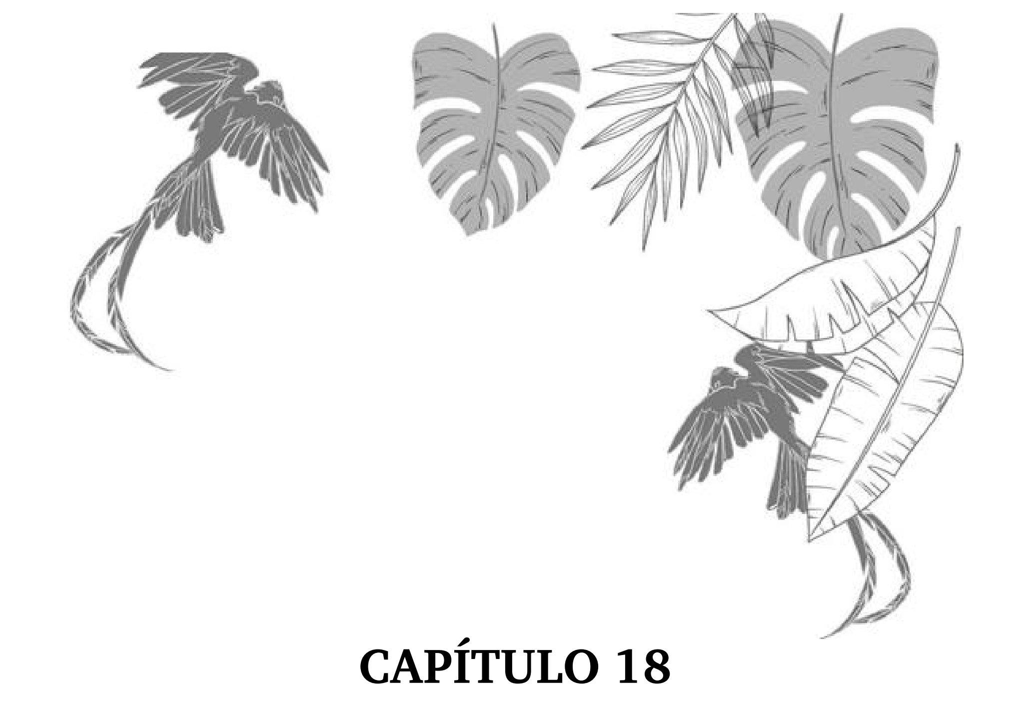
Los dos chicos abordaron lado a lado.

—Vamos, Relio —dijo Auristela al señalar las habitaciones con la cabeza. Por un momento, él no se movió, y Teo pensó que, quizás, se quedaría, pero la esperanza duró poco. Como la chica no se movió, su hermano soltó un suspiro.

—Sí, voy —dijo. Giró hacia Teo con la mano cerrada, a lo que Teo extendió la suya abierta. —Ten. —Con mucho cuidado, le dio el mazapán abierto a la perfección, que hizo brotar una risita en el pecho del otro. —Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Con eso, Aurelio siguió a su hermana adentro y dejó a Teo solo con el mazapán en la mano y un dolor fuerte en el pecho. No había notado que el calor corporal del chico lo estaba manteniendo caliente hasta que se fue.



CAPÍTULO 18

Como castigo por la escapada de la noche anterior, Teo no pudo asistir al partido de futbol que Diose Guerrero había organizado. Aurelio, noble y moralista como era, había dicho que debía recibir el mismo castigo, pero Teo había argumentado que había sido su idea, que por poco lo había arrastrado con él. Luna había aceptado que esa era la verdad con bastante facilidad, por lo que, tal vez, Teo debería haberse sentido ofendido. De cualquier manera, no tenía sentido que ambos se lo perdieran.

Una vez que el grupo se fue, Teo fue a la sala común para convencer a algún sacerdote de que jugara al dominó con él mientras veían el partido por televisión. Como para restregárselo en el rostro, la cámara enfocaba a los otros nueve competidores en sus asientos en el reservado, frente a una fastuosa variedad de comidas y bebidas. Después de perder dos partidas de dominó seguidas, los sacerdotes se apiadaron de él y le llevaron pan dulce preparado por la propia diosa.

Llegado el momento, todos volvieron, cargados de recuerdos. Niya

le dio a Teo su jaguar de felpa (mascota del equipo de Oasis Opal), y Xio le dio su bufanda a lunares amarillos y rojos. Mientras que Niya parloteaba acerca de lo divertido que había sido, Xio al menos tenía la delicadeza de lucir culpable por haberla pasado bien sin él.

Más tarde, para el viaje al Templo Guerrero, recibieron túnicas negras sin mangas y pantalones a juego, adornados con broches dorados en las costuras laterales. También tenían capas rojas con sus glifos bordados que usaban atadas sobre el hombro izquierdo y acomodadas sobre el derecho. Niya tuvo que ayudar a Teo con la suya, porque las alas no dejaban de interponerse en su camino.

Al final, desembarcaron y Ocelo lideró el camino al templo.

Después de haber pasado todo el día enjaulado, Teo estuvo feliz de salir del barco, aunque el Templo Guerrero no sonaba hospitalario. Debía tener algo que ver con los dos jaguares gigantescos de oro apostados sobre cada ala del edificio enorme. Sus ojos vacíos y penetrantes le provocaron un escalofrío, pues no le gustaban los gatos, en especial los grandes, y esas estatuas presagiosas le daban la sensación de que en cualquier momento saltarían y se lo comerían de un bocado.

El patio del templo albergaba una pequeña arboleda selvática, con ramas gruesas y lianas colgantes sobre un estanque. En el borde del lago había una estatua de Diose Guerrero más grande de lo natural, junto con la estatua negra de un jaguar tendido a sus pies. O, al menos, Teo pensó que era una estatua, hasta que se acercaron. El animal levantó la enorme cabeza cuadrada, con los ojos color ámbar que casi brillaban sobre la piel oscura, se levantó y caminó hacia el grupo. Teo apenas alcanzó a gritar y a aferrarse al brazo de Niya antes de que el animal saltara sobre Ocelo y le tirara al suelo.

Emergió un grito aterrado de la garganta de Teo cuando el jaguar… lamió el rostro de Ocelo.

Él siguió mirando azorado por completo cómo otros tres jaguares con pelaje normal emergieron de entre los árboles y se lanzaron sobre el semidiose de la guerra. Ocelo rio y saludó a sus gigantescos amigos, peleando y empujándolos con afecto, mientras los animales frotaban las cabezotas contra elle como saludo.

—¿Estás bien? —preguntó Niya con una sonrisa entretenida. Teo

se percató de que seguía aferrándose al brazo de ella por su vida, así que la soltó enseguida y se secó las manos sudorosas en los muslos.

—*Sí* —respondió con el ceño fruncido. —Yo solo… —Al menos Xio tuvo la consideración de tapar la risa con una mano. De repente, algo jaló el ala de Teo y, cuando miró atrás, vio que un cachorro de jaguar lo estaba tocando con la pata y olisqueándole las alas con curiosidad. —¡AYUDA! —Saltó hacia Niya, casi trepado a su espalda, pero ella estaba demasiado ocupada riéndose como para hacer algo mientras que el cachorro le daba manotazos juguetones.

Ocelo se acercó y tomó al jaguar en brazos.

—Esa es mi chica —dijo con una sonrisa al regresar hacia el frente del grupo. El cachorro le apoyó las patotas a ambos lados de la cabeza y le acicaló la cabeza rasurada. El diseño teñido en el cabello de Ocelo empataba casi a la perfección con la piel del animal.

—¡Muchas gracias a ambos! —sentenció Teo con el rostro enrojecido hacia sus amigos, mientras Niya seguía riéndose.

—¡Me voy a orinar! —Xio estaba desternillado de risa, con los brazos sobre el estómago.

Como no era suficiente humillación, vio que Aurelio lo miraba entretenido, así que dio vuelta la cara enseguida para ocultar las mejillas sonrojadas. El jaguar negro caminaba junto a Ocelo y a Luna mientras el grupo avanzaba por el patio. Aunque los demás felinos iban detrás, Teo podía jurar que lo estaban mirando a él. Diose Guerrero, en lugar de recibirlos en el salón comedor como los demás, esperaba con su figura descomunal en la entrada del templo.

—¡BIENVENIDOS, HÉROES! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja de dientes brillantes. Saludó a todos de forma amistosa y luego alcanzó a Ocelo y le abrazó por los hombros con el brazo fornido.

El comedor era pequeño, pero acogedor. La mesa ya estaba rebosante de casi todos los tipos de carne imaginables, más que nada filetes jugosos. Los sacerdotes de túnicas rojas eran muy conversadores y nunca dejaron que el vaso de Teo estuviera vacío. Diose Guerrero compartía la cabecera con su hije, mientras que el jaguar negro se puso cómodo sobre un almohadón supermullido, masticando carne y huesos que Guerrero le compartía de su propio plato. El cachorro, que seguía sobre la falda de Ocelo, recibía comida de la mano y, entre

bocados, le lamía los dedos.

Diose Guerrero era muy diferente a cómo Teo le había imaginado, tan amargade e intimidante como Ocelo. Sino todo lo contrario. Guerrero era ruidose, amigable y tenía una sonrisa fácil, aunque llena de dientes afilados. Le gustaba hacer bromas y luego estallar en una carcajada que hacía eco por todo el salón. Lo más extraño era ver a Ocelo en su entorno natural, sonriente y riendo con los demás.

Para cuando llegaron de vuelta al barco, todos estaban llenísimos de comida. Los Dorados se desplomaron en los sofás de la sala común para recuperarse de sus comas alimenticios, pasando canales de televisión sin parar.

Por su parte, Teo, Niya y Xio se aislaron en unos sofás de la esquina para ver videos de otras pruebas lideradas por Diose Guerrero. En resumidas cuentas, todas implicaban alguna clase de competencia uno a uno. En una oportunidad, los competidores habían sido puestos en parejas dentro de un cuadrilátero y obligados a luchar hasta que uno de ellos sacara al otro de los límites; otra prueba era una variación de capturar la bandera.

Con el caer de la noche, Xio se fue quedando cada vez más callado. Niya no pareció notarlo, pero Teo podía ver la tensión que le subía por los hombros. Eran los únicos que quedaban en la sala común y, cuando la chica empezó a cabecear y a roncar, Teo decidió que era hora de ir a la cama.

—¿Tenemos que ir a dormir? —preguntó Xio en voz baja sin dejar de girar el brazalete en la muñeca con ansiedad.

—Es muy tarde. Deberías dormir un poco para estar descansado para mañana.

—Eso creo… —Xio dejó de hablar, con la mirada en la puerta que iba afuera.

—¿Estás bien? —preguntó Teo. De repente, comenzó a preocuparle que el pequeño pudiera huir. No sabía qué pasaba con los competidores que intentaban escapar de las pruebas y tenía demasiado miedo como para averiguarlo. Xio estuvo en silencio por un momento, pero luego giró hacia él con una sonrisa forzada.

—Sí, estoy bien. —Teo supo que mentía y quizás fue obvio, pues el otro se apresuró a agregar—: Es solo que es agradable tener compañía,

supongo. En casa, comparto la habitación con tres de mis hermanos. Es raro y silencioso estar solo.

—Puedes quedarte conmigo —ofreció Teo, que se sintió mal por él. Aunque no tenía idea de cómo era compartir habitación, pues era el único hijo de Quetzal (el único con vida), imaginó que el cambio debía ser muy grande. —Estoy seguro de que los sacerdotes Sol podrían traer una cama extra…

—No, está bien —se apresuró a refutar el pequeño, con la misma sonrisa forzada de antes. —Tengo cosas que hacer antes de dormir. —Como Teo lo miró intrigado, agregó—: Quiero repasar mis notas una vez más.

—Puedo acompañarte si quieres…

—No es necesario, está bien, de verdad —negó Xio enseguida.

Teo apretó los labios entre los dientes. No le gustaba que el chico se sintiera solo, pero tampoco quería tratarlo como a un niño.

—Está bien. Bueno, estaré cruzando el corredor si cambias de parecer, ¿de acuerdo?

Xio asintió con la cabeza. Luego, Teo se estiró para sacudir a Niya. Ella era de sueño pesado, así que, si no era un poco rudo, permanecería en otro mundo. Con un ronquido breve que le agitó la nariz, ella se sentó de un salto.

—¿Qué pasó? —preguntó al mirar alrededor, adormecida.

—Es hora de ir a la cama, Bella Durmiente —bromeó Teo, al tiempo que Xio recogía su archivador de cartas.

—Ah, qué bien, ya estaba sintiéndome cansada. —Niya bostezó y se estiró.



Teo dio vueltas en la cama toda la noche, pues estaba lleno de energía inquieta. A diferencia de las noches previas a las pruebas anteriores, en lugar del temor habitual, sentía un cosquilleo de excitación. Todavía no podía creer haber llegado al *cuarto* lugar. Aurelio había dicho que todos tenían oportunidad, pero ¿de verdad lo creía?

A la mañana siguiente, durante el desayuno, sus rodillas no dejaban de rebotar de forma incontrolable, y su mirada se desviaba hacia Aurelio todo el tiempo. Cuando el chico también lo miró, le

encendió un fuego en la base del estómago que siguió ardiendo cuando Luna llegó para decirles hacia dónde se dirigían.

—Para la cuarta prueba, viajaremos hacia Laberinto —anunció.

Teo se quedó sentado, perplejo, mientras que una ola de confusión recorría la mesa.

—¿Laberinto? —repitió Xochi como si no hubiera oído de ese lugar antes. Atzi se encogió de hombros, tan perdida como ella.

—Laberinto es una ciudad Jade —dijo Teo, más fuerte de lo que quería. Luego miró a Luna, a la espera de alguna explicación, pero ella se limitó a asentir.

—Correcto.

No sabía si reírse, aplaudir o hacer cualquier otra cosa.

—Mierda —soltó la voz asombrada de Xio.

—¿Por qué iremos a una ciudad *Jade*? —exigió Auristela, que escupió la palabra como si le dejara mal sabor en la boca.

—Porque Diosa Opción será la anfitriona de la cuarta prueba —explicó Luna, que decidió ignorar la actitud de la chica.

—Nunca hubo una prueba en una ciudad Jade antes —señaló Aurelio en voz pausada, pero sin hostilidad.

—Así es, y tampoco habíamos tenido dos competidores Jades antes —agregó Luna con una mirada hacia los dos chicos. Teo podría haber jurado que estaba conteniendo una sonrisa. —Creo que estas pruebas están llenas de eventos inesperados y sin precedentes.

—¡No lo puedo creer! —dijo él extasiado mientras caminaba con Xio y con Niya a la cubierta de popa para conversar sobre la notica reciente. —¡Una *ciudad Jade*! —repitió con las manos entre el cabello.

—No sé qué pensar al respecto —confesó Niya al desplomarse en un sofá.

—¡Yo tampoco! Significa *algo*, ¡pero no sé qué! —insistió él.

¿Los demás dioses por fin veían que los Jades no eran del todo inútiles? Que Sol los eligiera para competir y que una diosa Jade fuera *anfitriona* de una prueba, ¿significaba que, tal vez, los Jades por fin tendrían una oportunidad? Era una que Teo no pensaba desaprovechar. Si lograba salir airoso de eso, podría hacer un cambio enorme para los Jades.

Mientras que él batallaba con su crisis interna, Niya empezó a

hacer preguntas más prácticas.

—¿Diosa de qué es Opción? Hay demasiados dioses Jades, es difícil recordarlos —dijo y agregó enseguida—: ¡Sin ofender!

—De la resolución de problemas, la ingenuidad y las elecciones —respondió Xio con su conocimiento enciclopédico. Habían revisado y dejado a un lado el archivador de cartas, pues no había información histórica que pudiera ayudarlos en esa ocasión.

—Suena difícil —comentó Niya con expresión preocupada.

—¡Todavía no puedo creer que sea una ciudad Jade! —repitió Teo, aproximadamente por décima vez, al tiempo que caminaba de un lado al otro.

—Puede que sea un juego de mesa —arriesgó Xio.

—Si la cuarta prueba es un maldito juego de mesa, exijo que me devuelvan mi dinero —bufó Niya.

Siguieron intercambiando ideas mientras Marea los trasladaba hacia el este. Laberinto era una ciudad costera, en el extremo opuesto a Quetzlan en el ecuador. En el último tramo del viaje, el río se ensanchó e ingresaron a un canal en el que el agua dulce se encontraba con el océano, y la ciudad apareció a la vista. Teo, Xio y Niya fueron a la cubierta para verla mejor.

Era una pequeña ciudad sobre un acantilado en una península, con vista hacia el océano oriental. El aire transportaba el ruido de las olas y del canto de las gaviotas, y olía salado, como agua de mar. Mientras que el océano occidental sobre el que se encontraba Quetzlan era tranquilo, azul radiante y de playas de arena, las costas en la base de Laberinto eran todo lo contrario. Golpeaba espuma blanca contra los costados del barco, y olas negras y espumosas rompían contra la costa, cargadas de serpentinas de algas en la marea.

Arriba, en la cima del acantilado, se emplazaba la ciudad de Laberinto. Dado que estaba demasiado congestionada como para tener una arena dentro, habían construido una en un terreno cerca del mar. El viento soplaba con fuerza y cargaba los aplausos de la multitud expectante, que, de forma extraña, sonaba más escandalosa de lo habitual, solo que Teo no pensó en eso, pues estaba demasiado ocupado en sus propios pensamientos. Iban contra reloj, pues les quedaban solo dos pruebas para terminar. Debía concentrarse y evitar

distracciones, por eso, cuando entraron a la arena y estalló una ovación, él no lo notó.

—Santo cielo. —Niya se detuvo en seco, por lo que Teo chocó con su espalda firme.

—Avisa antes de detenerte, Niya…

—¡Mira!

—Casi se me rompe la nariz contra…

—¡TEO! —Ella lo sujetó de los hombros y lo hizo girar hacia las tribunas. —¡MIRA!

Al principio, él no entendía qué se suponía que viera. Las tribunas escalonadas estaban llenas de personas sentadas hombro con hombro, sacudiendo estandartes y banderas en el aire al igual que en las otras pruebas. Pero luego lo notó…

No eran las banderas blancas de los Dorados ni la de Sol, sino que eran de un verdeazulado brillante.

Jade.

Teo se quedó sin aliento. No solo eran banderas Jade, sino que todas tenían el glifo del quetzal con alas desplegadas de su madre. Los fanáticos sostenían carteles hechos a mano con su nombre y la fotografía desastrosa del primer día. Incluso había afiches de quetzales pintados a mano.

Un letrero decía: HÉROE DE LOS JADES.

En la pantalla gigante transmitían imágenes de las pruebas anteriores. Teo de rodillas frente a la madre alebrije, con ella cernida sobre él. Teo esquivando ataques entre los árboles. Teo volando sobre la montaña de Tierra con sus alas renovadas. No mostraban la parte en la que había sido impactado por un rayo en el cielo. Después, cambiaron por una transmisión en vivo, enfocada en su rostro boquiabierto, y el público estalló en gritos, alaridos y silbidos. Resonaban con tanta fuerza que Teo los sentía reverberar dentro de su pecho. Poco a poco, comenzaron a silabear una palabra al unísono.

—*¡Pa-ja-ri-to! ¡Pa-ja-ri-to!*

El chico no podía creerlo.

—¡Están aquí por *ti*! —Niya casi le gritó en el oído.

Xio giró a mirarlo, con las cejas en alto y los labios abiertos como si él tampoco pudiera creerlo. Teo soltó una risa espontánea. Le ardían

los ojos y sentía el pecho tan cerrado que casi no podía respirar. Se llevó las manos a las mejillas y negó con la cabeza. ¿Cómo era posible? Caminó hacia su madre con el estómago revuelto.

—¡Esto es increíble, Teo! ¡Eres su Héroe! —dijo ella con una abrazo fuerte.

Héroe.

Teo giró para ver a Aurelio. Cuando lo encontró, él también estaba mirándolo con una sonrisa desplegada que le iluminaba el rostro. Teo lo correspondió con una sonrisa enorme que le hizo doler las mejillas. No le importó que Auristela estuviera echando chispas junto a él. No era asunto de ella.

Él, un Jade insignificante, de una ciudad pequeña y olvidada, estaba entre los mejores Héroes jóvenes de Reino del Sol. El pueblo estaba alentándolo. Quería que él ganara. Y Teo no los defraudaría.

Para la cuarta prueba, había un templo emplazado en el centro de la arena; en realidad, eran más bien las ruinas de un templo, cubiertas por helechos brillantes y musgo resbaladizo. Había partes del techo desplomadas, negras y cubiertas de enredaderas. Los escalones de piedra que ascendían hacia el centro estaban rotos y atravesados por raíces gruesas. La imagen era extraña, algo en ella resultaba inquietante e hizo que Teo se acercara más a Niya. Nunca había oído de un templo que estuviera tan destruido. Aún los templos Jades más humildes recibían cuidados amorosos de su pueblo.

Estar allí era como echar un vistazo hacia un futuro desolado o hacia un pasado lejano.

—Para la cuarta prueba, los competidores tendrán que recolectar piedras escondidas dentro del templo —explicó Diosa Luna en voz alta y en señas. —Hay cuatro clases de piedras, cada una con puntajes diferentes. Las obsidianas otorgan diez puntos, los jades, veinticinco puntos y las piedras de oro, cien puntos. Y, por último, hay una réplica de la Piedra Solar oculta en el templo que les otorgará quinientos puntos.

Marino silbó por lo bajo.

Sonaba sencillo, pero incluso Teo podía ver que esa prueba sería más difícil que las anteriores. Buscar piedras escondidas en un templo desconocido sería como buscar una aguja en un pajar.

—Las piedras de menor puntaje son más numerosas y fáciles de encontrar, mientras que las de oro son menos y más difíciles de localizar —continuó Luna. —Los competidores tendrán una hora para recolectar tantas como puedan.

Se acercaron sacerdotes Sol para entregarles mochilas ajustables y lo que parecían relojes deportivos elegantes. Teo murmuró en agradecimiento al recibir el suyo y, cuando se lo puso en la muñeca, se iluminó con números de color verde radioactivo.

60:00

—Deben dejar sus piedras en el altar en la cima del templo antes de que termine la hora —agregó Luna señalando al templo. Teo echó la cabeza atrás para mirar hacia arriba; no se alcanzaba a ver la cima, pero sí algo que brillaba con la luz del sol. —Pueden dejarlas en cualquier momento, pero solo una vez. Cuando lo hagan, se determinará su puntaje definitivo en la prueba. —Recorrió la fila de competidores con los ojos negros como la noche. —Pueden usar cualquier método que tengan a su disposición para recolectar las piedras y para interferir con los demás jugadores —concluyó con una sonrisa, como si supiera algo que ellos no.

Los llevaron a todos hacia el borde del puente para que empezaran juntos. Como a Teo le resultaba muy engorroso ponerse la mochila en la espalda con las alas de por medio, se la colocó en el pecho para evitar dificultades. Algunos de los Dorados tuvieron la misma idea, pues, al menos, así sería más fácil meter las piedras dentro y mantenerlas a salvo.

—Tengo un mal presentimiento sobre esta prueba —dijo Xio, con la mirada fija en el templo.

—Oye, ¡nada de pensamientos negativos! —ordenó Niya mientras lo ayudaba a ponerse la mochila y a ajustarla en el lugar. —Solo se permiten energías positivas, ¿no, Teo?

—Claro —coincidió él sin pensarlo, pues estaba distraído por los mellizos, que estaban cerca estirando y, probablemente, pensando una estrategia mientras esperaban el comienzo de la prueba.

—Esta vez podremos mantenernos juntos —aseguró Niya. —Juntaremos todas las piedras que podamos y luego las dividiremos. Le

daremos más a Xio porque está muy abajo en las posiciones. Apuesto a que esos tontos pelearán por las piedras de mayor puntaje, así que concentrémonos en las de jade y de obsidiana…

La voz de Niya se fue convirtiendo en ruido de fondo cuando Teo se acercó a Aurelio para empujarle la rodilla con la punta del pie. La pierna del chico se flexionó y, cuando giró, Teo le sonrió con malicia.

—¿Listo para caer del primer puesto, Chico Dorado?

Auristela dirigió la atención hacia él, con el rostro comprimido por la rabia contenida. Pero la expresión de su hermano se suavizó con una sonrisa entretenida.

—¿Crees que podrás obtener más puntos que yo, Cerebro de Ave?

—*Sé* que puedo.

—Pruébalo. —Se encendió una chispa en los ojos de Aurelio, y algo profundo ardió dentro del pecho de Teo. Ni siquiera le importó cuando Auristela tomó a su hermano del brazo y lo hizo girar. Cuando se volvió hacia sus amigos, Niya le dio una palmada en el brazo de inmediato, que, viniendo de la semidiosa corpulenta, se sintió como un puñetazo.

—¡Auch!

—¡Argh, Teo! —sentenció ella en tono acusador.

—¡¿Qué?! —repuso entre risitas culposas. —¡Un poco de competencia amigable nunca le hizo daño a nadie!

Mientras Niya se reía, la mirada de Xio se movía con curiosidad entre la espalda de Aurelio y Teo.

—Semidioses, en sus marcas —resonó la voz de Luna.

La trompeta de Mariachi sonó al mismo tiempo que el reloj de Teo vibró en su muñeca. Entonces, todos salieron corriendo por el puente, con los mellizos en la delantera. Teo y Niya fueron despacio para seguir el ritmo de Xio y, cuanto más se acercaban al templo, más disminuía la confianza de Teo. Los vítores de las tribunas eran aplastantes ese día y retumbaban en sus oídos.

El primer escondite que encontraron estaba en el patio. El suelo estaba cubierto por una capa de maleza, que amenazaba con atrapar los pies de Teo si pisaba en falso. En partes de los muros exteriores del templo, asomaban manchas de ceniza entre cubiertas de vegetación. En el centro del patio se levantaba una estatua con forma humanoide,

hecha de piedra rajada y desgastada por el tiempo. Se le habían borrado todos los rasgos faciales que había tenido alguna vez, por lo que solo quedaban restos afilados. Todos corrieron hacia la estatua, pues Teo alcanzó a ver la piedra dorada del tamaño de un puño que tenía sobre la cabeza. Los Dorados que iban al frente se debatieron para alcanzarla de inmediato.

—Es escalofriante —dijo él y se detuvo.

—¡Diu! —coincidió Niya con la nariz arrugada.

—Deberíamos… —Él miró a Xio, pero el pequeño ya no estaba entre ellos, sino que se había detenido unos pasos antes. Estaba mirando a la estatua con los ojos bien abiertos y el rostro blanco, así que se apresuró a alcanzarlo. —Oye, está bien —le aseguró con un choque suave de hombros. —Nos protegeremos.

Era evidente que el pequeño estaba aterrado, y Teo no podía culparlo por eso.

—¡Esta vez nos quedaremos juntos! —le recordó Niya. —¡Juntemos unas piedras y acabemos con esto!

—Cuanto antes, mejor —coincidió Teo. Xio asintió despacio y tembloroso, con la vista aún en la estatua. Para cuando los tres llegaron a ella, Aurelio ya había conseguido la piedra dorada y Auristela había agarrado uno de los tres jades más pequeños que la figura tenía en las palmas hacia arriba. Ocelo tomó la segunda y Xochi, la tercera.

Los demás habían seguido de largo por completo y corrían hacia el templo. —Nadie siquiera tocó las obsidianas —comentó Teo a medida que se acercaban a la estatua desplumada. A los pies de la figura había una pequeña pila de piedras negras del tamaño de huevos de gallina. —¿No las vieron?

—Deben pensar que ellos son demasiado geniales para tomarlas —protestó Niya.

—¿De verdad?

—*De verdad.*

—Suena como una mala estrategia —musitó Teo al recoger dos, que se sintieron frías sobre sus dedos, y meterlas en su mochila.

—La mayoría de ellos buscarán las piedras doradas —aseguró Niya al colocar las ocho restantes en la mochila de Xio.

—¿No necesitarás algunas? —preguntó el pequeño, sorprendido.

—Encontraremos más —lo desestimó ella. —Además, estoy arriba en las posiciones. No es que quiera alardear ni nada —agregó con un guiño.

—Esto parece demasiado fácil, ¿no? —Al mirar alrededor del patio abandonado, Teo sentía que algo andaba mal. —¿Hay piedras esperándonos como si nada?

—¡Teo! —sentenció Niya con una señal con la mano como si se cortara la garganta. —Acepta un regalo amable de los dioses y sigue adelante, ¡no nos eches mala suerte! Sin ofender —agregó hacia Xio.

—No te preocupes —respondió y se encogió de hombros.

Teo intentó ocultar esa sensación agobiante en el fondo de su mente porque, en ese momento, tenía que concentrarse en superar la prueba, en especial si quería ganarle a Aurelio.

—Avancemos antes de que se lleven todas las piedras buenas. —Se abrió paso por el patio y los escalones desvencijados que subían a la cima del templo. Cada cierta distancia, había una arcada oscura a cada lado del camino. —¿Izquierda, derecha o arriba? —preguntó.

—Aurelio, Auristela y Ocelo fueron hacia la izquierda —dijo Niya.

—Vi que Xochi, Marino, Dezi y Atzi fueron a la derecha —agregó Xio, con las manos en las correas de su mochila.

—Entonces vamos hacia arriba —concluyó él y, sin esperar confirmación, subió, dos escalones inestables por vez. —Será mejor si encontramos un escondite intacto primero en lugar de sus sobras. —Cuando el camino se dividió, giró hacia la izquierda de inmediato. —¡Vamos!

Vieron el último destello de luz antes de atravesar la arcada y sumergirse en la oscuridad. El alboroto de la multitud quedó apagado al instante, y el silencio repentino hizo que el corazón de Teo se disparara. Los tres se detuvieron de golpe en el suelo resbaladizo.

—¿Ustedes también escuchan eso? —preguntó Xio mientras se frotaba las orejas para asegurarse.

—Sí —respondió él al mirar alrededor. A diferencia de los niveles a cielo abierto del Templo Quetzlan, los corredores con luz tenue eran estrechos y se abrían en muchas direcciones diferentes. Los suelos de piedra agujereada estaban flanqueados por paredes cubiertas por

tallados desdibujados y moho oscuro. Los únicos sonidos eran de agua goteando y viento que soplaba por los corredores vacíos. —¿Cómo se supone que recorramos este lugar?

Sin ventanas ni guía, sería imposible orientarse. Las antorchas en las paredes eran la única fuente de luz.

—Bueno, sabemos que ir hacia arriba nos llevará hacia la meta —sugirió Niya, que estaba olisqueando una protuberancia verde y esponjosa en la pared.

—Sí, qué novedad. —Teo puso los ojos en blanco. —No lamas eso.

—¡No iba a hacerlo! —aseguró ella con el ceño fruncido.

—Supongo que deberíamos elegir una dirección y esperar lo mejor —intervino Xio, inseguro.

—¡Eso creo! —Ella levantó las manos y encogió los hombros de forma exagerada.

—No tuvimos un plan verdadero para ninguna de las pruebas anteriores, ¿por qué empezar ahora? —resopló Teo.

—Probemos por aquí. —Xio señaló un corredor lleno de arcadas. Al correr por allí, estaba tan oscuro que Teo no alcanzaba a ver qué había en el otro extremo.

—Dios, ¿qué tan grande es este lugar? —se preguntó mientras avanzaban. El camino frente a ellos parecía infinito; era imposible ver dónde terminaba, o si lo hacía.

—No puede ser más grande que la arena, ¿no? —ofreció Niya, aunque también sonaba insegura.

—Intentemos con este corredor —agregó Xio al girar en una de las arcadas sombrías. Una vez que la atravesaron, se encontraron en otro pasillo idéntico, y el estómago de Teo se revolvió con intranquilidad. Un cosquilleo lento ascendió por su cuello al seguir a Xio a través de otra arcada…

Hacia otro corredor idéntico.

—¿Es el mismo corredor? —preguntó Niya al detenerse y girar en círculo.

—No lo creo —respondió Xio, que no sonaba preocupado.

—No tengo idea —admitió Teo con los ojos entornados para ver en la oscuridad. —Apenas puedo ver.

—Esperen. —Cuando se dio vuelta, vio a Niya transformando un

metal tintineante en un hacha brillante. La levantó sobre su cabeza y la lanzó contra el suelo: la hoja golpeó la roca y dejó una grieta astillada. —Listo. ¡Ahora sabremos si es el mismo corredor! —anunció al colocarse el hacha sobre el hombro como un bate y señalar la roca dañada.

—¡Por aquí! —se apresuró a decir Xio, listo para continuar por otra arcada.

Teo lo siguió y acabaron de nuevo en un corredor. Y allí, en el suelo, estaba la grieta que había dejado Niya.

—Es el mismo corredor, sin dudas —protestó. Apenas terminó de hablar, cuando Niya lo empujó y lo hizo tambalearse hacia adelante.

—¡Nos diste mala suerte! —rabió.

—¡No lo hice! —Él se estabilizó antes de chocar con la pared babosa.

—¡Dijiste: "esto parece demasiado fácil"! —lo imitó con una voz grave y ridícula. —¡Díselo, Xio!

—¡No sueno así! —replicó él al devolverle el empujón, que, por supuesto, no sirvió de nada. Le cosquilleaba la piel por la irritación. —¡Y no es mi culpa que dobláramos en este corredor estúpido!

Xio se interpuso y los miró a ambos mientras discutían.

—Bueno, ¡tampoco es *mí* culpa! —repuso ella.

—¡Tenemos que concentrarnos! —Teo bufó con tanta frustración que sonó casi como un graznido. —¡Encontramos un solo escondite y no tenemos idea de cuántos hay! ¿Qué camino deberíamos seguir a continuación?

—¡Por aquí! —respondió Xio.

Teo y Niya lo siguieron a través de otra arcada y, una y otra vez, acabaron en el mismo corredor.

—¡Esperen! —intervino Teo antes de que pudiera correr por otra arcada. Los otros dos se detuvieron de golpe. —Esto no está funcionando —agregó al secarse el sudor de la frente. El aire húmedo y estancado se sentía pesado en los pulmones.

—¡Esto no tiene sentido! —Niya soltó un grito, que hizo eco en las paredes, y golpeó el suelo con los pies. —¡Estas arcadas de porquería no están funcionando! —Los brazaletes que tenía en las muñecas se fundieron para convertirse en un asta de metal larga.

—Niya —le advirtió él, pero fue demasiado tarde. Ella levantó el hacha como si fuera un bate y, con una mirada determinada, la blandió contra la pared. El golpe atravesó la roca y retumbó en el corredor. El suelo se sacudió con violencia, por lo que Teo arrastró a Xio hacia atrás tomándolo de la capucha. Por suerte, el único daño fue un agujero en la pared.

—¡Listo! —anunció ella con alegría. —Si las arcadas no funcionan, ¡abrimos otra puerta! —Cuando el asta volvió a convertirse en brazaletes, hizo a un lado las piedras sueltas para agrandar la grieta. La roca antigua no opuso mucha resistencia.

—¡Niya, podrías haber hecho que el suelo colapsara! —la regañó Teo.

—No seas tan dramático. ¡Casi no hice fuerza!

—¿Eso fue *poca* fuerza? —preguntó Xio con los ojos grandes como platos. Ella se pavoneó en respuesta.

—Intentemos no causar derrumbes mientras estemos aquí —advirtió Teo al frotarse las sienes. Revisó el reloj y vio que habían pasado más de cinco minutos. —¡Vamos!

Niya se encogió para pasar por el agujero primero, y Teo dejó que Xio pasara antes que él. Mientras lo atravesaba, la oyó quejarse.

—¡Ay, no!

—¿*Ahora* qué? —Del otro lado de la pared, no había otro corredor, sino una habitación pequeña. Además de moho y del desagradable olor a humedad, no había nada. Sobre la pared opuesta había una sola puerta de madera oscura con manchas de agua. —Bueno, no es peor que antes —comentó al acercarse a la puerta con cuidado.

—Huele mal —dijo Xio, que se tapó la nariz con la manga.

—Esa puerta me da mala espina —agregó Niya con la voz afectada.

—Vamos, Niya, ¿desde cuándo le temes a…? —Giró para ver a su amiga: tenía el ceño fruncido y la mirada fija en la puerta, y Xio tenía el rostro arrugado con disgusto. Sin embargo, lo que lo sorprendió fue el hueco en la pared o, mejor dicho, la ausencia del hueco. Sus hombros se desplomaron y su estómago se hundió hasta el suelo. —Está bien, quizás *sí* sea peor. —Señaló la pared intacta detrás de ellos, que no tenía señales de la destrucción causada por Niya y, lo más

importante, no tenía salida.

—¿Qué demonios? —jadeó ella al recorrer la piedra resbaladiza con las manos. —¿Debería hacer otro agujero?

—¡No! Tengo la sensación de que buscar atajos fue lo que nos metió en esto —reflexionó Teo, esforzándose por mantener una voz tranquila. Aunque no quería admitirlo, el pánico ya estaba cerrándole la garganta. No estaba acostumbrado a estar encerrado en lugares pequeños y no le gustaba ni un poco la sensación de estar encarcelado en una habitación de piedra. Las alas no dejaban de agitarse, por lo que debía concentrarse al máximo para mantenerlas bajo control.

—Quizás alguien debería probar la puerta —sugirió Xio. Tenía razón, por supuesto, y cuanto antes salieran de allí, mejor. Teo necesitaba aire fresco y ver el cielo.

—Bueno, ¡intentémoslo! —Niya llevó los hombros atrás, alzó el mentón y marchó hacia la puerta para tomar la manija. Por alguna clase de milagro, se abrió con un crujido, y el alivio fue como una oleada de agua fría en el rostro para Teo. —¡Funcionó! —La chica giró hacia ellos con una sonrisa.

Tan pronto como las palabras salieron de la boca de ella, Teo vio que algo se movía del otro lado. Antes de que pudiera hacer más que soltar un grito ahogado, una mano gigante empujó a Niya, que cayó de espaldas y resbaló por el suelo hacia los pies de los dos chicos. Después, la puerta se cerró de un golpe.

—¡Hijo de…!

—¡Niya! ¿Estás bien? —Teo se agachó junto a ella, que jadeaba para recuperar el aliento.

—¿Qué mierda fue eso? —chilló mientras se frotaba el pecho y tosía.

—Parecía una mano —respondió Xio con curiosidad al mirar la puerta cerrada con los ojos entornados.

—Creo que tenemos que detenernos a pensar… —comenzó a decir Teo mientras ayudaba a Niya a levantarse, pero ella se lanzó devuelta hacia la puerta.

—Lo tengo, no te preocupes —insistió al tiempo que la barra de metal volvía a materializarse en su mano.

—¡No creo que…!

Demasiado tarde.

Niya volvió a abrir la puerta, lista para atacar, pero la mano de piedra apareció otra vez. En esa oportunidad, le voló el bate con un golpe del dedo. Teo abrazó a Xio y usó las alas para saltar lo más alto posible y esquivar la barra que voló por el suelo debajo de ellos. Antes de que la chica pudiera reaccionar, la mano volvió a empujarla y a hacerla volar. Golpeó de espaldas contra la pared y cayó al suelo junto con el bate. Cualquiera que no fuera un semidiós hubiera acabado con el cráneo roto.

—Creo que no está funcionando —comentó Xio con tranquilidad al tiempo que Teo ayudaba a su amiga a levantarse una vez más.

Sin embargo, ella no estaba dispuesta a escucharlo. Extendió el brazo, la barra voló hacia su mano como si tuviera un imán y, entonces, las tobilleras se unieron par a convertirse en un martillo gigante.

—¡Saldremos por esa puerta! —gritó y arremetió contra la abertura, con mugre en las piernas y brazos musculosos desnudos. En esa oportunidad, fue más rápida y, cuando la puerta se abrió, estaba lista para darle un golpe a la mano con el martillo. Sin embargo, la mano aferró el arma, apretó y dejó caer un trozo de metal amorfo e inútil al suelo. —¡ERES UN…!

Antes de que pudiera terminar de insultarla, la mano la levantó y la lanzó hacia Teo y Xio, que se apartaron del camino, por lo que la chica impactó contra la pared. Entonces, cuando se deslizó hacia el suelo, dejó grietas en forma de tela de araña en la pared.

—¡Por el amor de Sol, Niya! —exclamó Teo al correr de vuelta junto a ella, al tiempo que la puerta se cerraba de un golpe otra vez. —¿Puedes parar? ¡No está funcionando!

Tras ayudarla a sentarse, vio los mechones de cabello que se habían escapado de sus trenzas y estaban disparados en todas las direcciones. Ella escupió sangre dorada, que cayó en el suelo y brilló en sus labios, y alzó la vista, sus ojos color bronce llenos de rabia.

—¡MONGRELO GROSERO! —rugió.

—No creo que le importen tus palabras —balbuceó Xio, pero algo encajó en la mente de Teo.

—Tengo una idea —dijo y regresó hacia la puerta. —Si el templo

nos encerró en esta habitación porque no le gustó que abriéramos un hueco en la pared para pasar…

—*¿Abriéramos?* —inquirió Niya.

—Bueno, que *tú* abrieras un hueco —se corrigió Teo, con su máximo esfuerzo por no sonar molesto. —Quizás *nosotros* fuimos los groseros.

—No entiendo —dijo Xio.

—Tal vez estamos jugando mal —explicó él y se acercó despacio a la puerta. Cada fibra de su ser le decía que se alejara, incluso sus alas se agitaban para desequilibrarlo como si quisieran tomar vuelo, solo que no tenían a dónde ir. Se detuvo frente a la puerta, con el corazón retumbando en el pecho y los puños apretados para estabilizarse. Luego respiró hondo y le rezó una plegaria a Sol antes de llamar a la puerta. El eco se desvaneció, pero no sucedió nada. Él tragó saliva y se aclaró la garganta seca. —¿Podemos pasar? —preguntó.

La puerta se abrió con un rugido, por lo que Teo cayó al suelo y giró las alas para protegerse la cabeza. Pero ninguna mano de piedra lo empujó al otro lado de la habitación.

—Vaya, mierda —rio Niya.

Él espió entre las plumas de sus alas: la puerta estaba abierta y la mano no estaba a la vista.

—¿Funcionó? —preguntó incrédulo.

—¡Eso parece! —Ella lo puso de pie. —¿Quién iba a decir que serías el cerebro para mis músculos? —bromeó con una palmada tan fuerte en la espalda que lo dejó sin aire.

—*Gracias* —tosió él.

—¿Cómo supiste que debías hacer eso? —preguntó Xio con el ceño fruncido.

—No lo sabía —admitió y se encogió de hombros. El pequeño no pareció satisfecho con la respuesta, pero no tenían tiempo para discutirlo.

—¡Sigamos adelante! —exclamó Niya, como si no hubiera estado a punto de convertirse en papilla humana hacía un momento.

Teo tomó la delantera para atravesar la puerta: del otro lado había una habitación mucho más grande, angosta, pero bastante larga, con antorchas destellantes en las paredes que iluminaban el siguiente

escondite.

—Deberíamos recogerlas todas, ¿no? —preguntó para recibir la confirmación moral de Niya y de Xio.

—¡Sí, claro, al demonio con los demás! —coincidió ella y resopló.

—¡Espera! —Xio quiso avanzar, pero Teo lo aferró del cuello de la chaqueta.

—¿Qué pasa? —repuso confundido.

—Debe haber un truco, ¿no? —razonó él. —Es decir, acabamos de quedar atrapados en un corredor interminable y luego casi hacen puré a Niya…

—*¿Tú me ves muerta?* —replicó ella. Teo decidió ignorarla.

—Debemos tener cuidado y no avanzar sin pensar.

—Ya que lo mencionas, el suelo se ve un poco extraño —señaló Niya. El suelo era de mosaicos de piedra.

—¡Son glifos! —notó él. La llama de Lumbre, el corazón sagrado de Amor y el quetzal de su madre estaban a la vista. —No son los de todos los dioses, sino los de los competidores.

—¡Ahí está el de mi padre! —chilló Niya al señalar con emoción el glifo con tres montañas.

—No reconozco ese —admitió Teo. Entre los glifos familiares, había una serie de mosaicos con una cabeza de cabra sonriente, con la boca llena de dientes afilados.

—Maldición, es el de Venganza —comentó Niya y se alejó del mosaico.

—El dios de la venganza —agregó Xio, que estaba pálido.

—Ah. —Teo había aprendido sobre los dioses Obsidianos en la escuela. Era evidente que no conocía la historia de los dioses traidores tan bien como los Dorados.

—Sí, será mejor que no los pisemos. No nos llevarán a nada bueno —aconsejó Niya.

—Supongo que solo deberíamos pisar los que tienen los glifos de nuestros padres, ¿no? —arriesgó Teo al señalar el camino de glifos de Quetzal que llegaban hacia el pedestal con obsidianas. —Los mosaicos se hacen más pequeños hacia adelante.

—Debe ser para que sea más difícil llegar a las piedras de oro y de jade —indujo Niya.

—¿No podrías usar las alas para agarrar las piedras? —sugirió Xio, a lo que Teo negó con la cabeza, con las mejillas acaloradas por la vergüenza.

—El techo es demasiado bajo. No creo poder tomar las piedras sin chocar con el techo por accidente y caer sobre los mosaicos —admitió. Se le revolvió el estómago por la culpa al ver a Xio observando los mosaicos con los nudillos pálidos al apretar las correas de su mochila. Lucía más pequeño y joven que sus trece años. Y, una vez más, a Teo lo impactó darse cuenta de lo injusto que era que Xio estuviera en las pruebas para empezar.

—Teo y yo podemos buscar las piedras —dijo Niya con un empujoncito al hombro del pequeño.

—No es nece… —comenzó a protestar, pero Teo lo interrumpió.

—Sí. ¡Tú quédate aquí a montar guardia! —coincidió.

—Puedo ir por las de jade y la de oro y tú por las de obsidiana —sugirió ella y lo miró para confirmarlo.

—No sé, tienes pies bastante grandes. ¿Estás segura de que podrás con los mosaicos pequeños? —la provocó él.

—Tendré pies grandes, pero también mucho mejor equilibrio que tú, ¡con tus alas que se sacuden por todos lados como pichones! —replicó ella.

—Tú ganas esta vez —rio Teo.

—Gracias, chicos. —Xio logró mostrar una sonrisita.

Teo insistió en probar la teoría antes de que Niya se pusiera en acción. Ella le sujetó el brazo con las manos firmes para ser su ancla, mientras él daba un paso experimental hacia un glifo de Quetzal. El mosaico se mantuvo firme. Luego cambiaron de posición para que ella probara su glifo y, como también funcionó, fue prueba suficiente para Teo.

Ella avanzó primero, de mosaico en mosaico con facilidad, hacia la piedra de oro en el otro extremo de la habitación. El corazón de Teo se comprimió al verla saltar sin detenerse, así que tuvo que dejar de mirarla y concentrarse en su propio camino. Avanzó con cuidado, mirando tres pasos más adelante en busca del glifo de su madre para no quedarse estancado y tener que retroceder.

—¡La tengo! —anunció ella con alegría y levantó la piedra de oro

para que la vieran antes de guardársela en la mochila. Cuando emprendió la vuelta por los jades, Teo apenas había llegado al mosaico Quetzal más cercano al pedestal. Aflojó la cuerda que cerraba su mochila y guardó las diez obsidianas. El lado negativo de recolectar todas las obsidianas era que su mochila se estaba llenando rápido y comenzaba a hacerse pesada.

—¡Tengo las obsidianas! —exclamó al cerrar la mochila con seguridad. —Recoge los jades y salgamos de aquí —le dijo a Niya.

—¡Estoy en eso! —respondió ella, que ya estaba cerca de la última pila de piedras. Él exhaló aliviado. La prueba había empezado de forma desastrosa, pero al menos ya se habían recuperado.

—Asegúrate de no…

Un crujido de la roca atravesó el aire, y Teo giró para ver a Niya. Ella estaba parada sobre un mosaico, con los ojos desorbitados.

—¡Yo no fui! —dijo negando con la cabeza de forma espasmódica.

El pánico le cerró la garganta a Teo, que dio la vuelta para mirar a Xio. El pequeño tenía el pie sobre un mosaico, que estaba quebrado por completo.

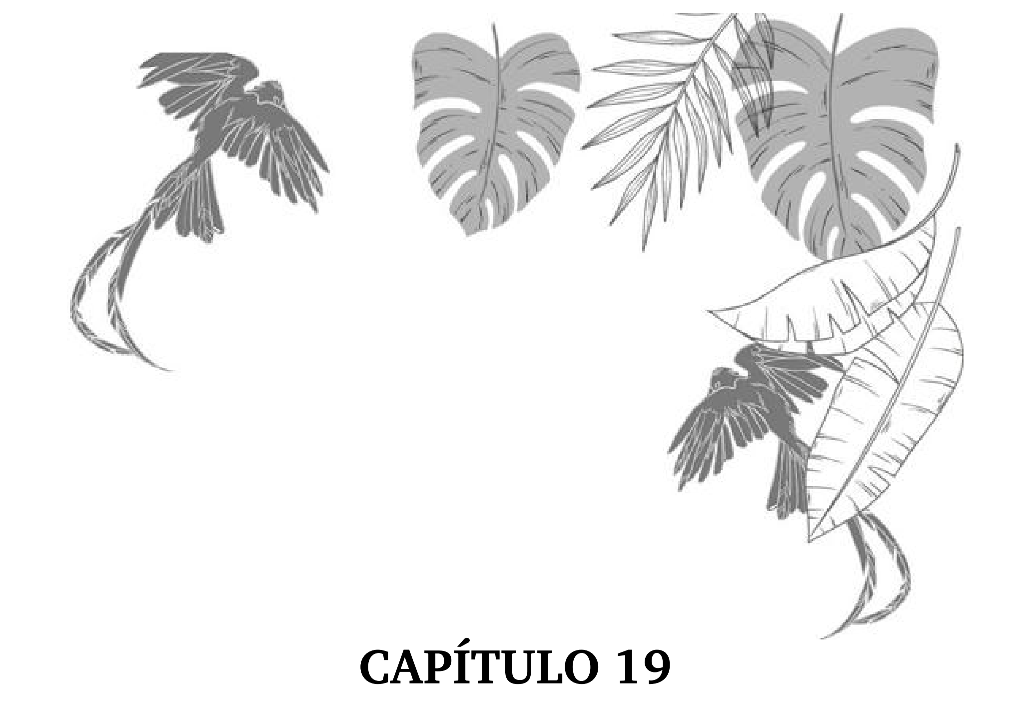
—¡Resbalé! —gritó con los ojos desorbitados. Antes de que Teo pudiera reaccionar, el suelo comenzó a sacudirse y el lugar se llenó de ruido de roca arrastrándose contra roca. Los mosaicos debajo de sus pies se abrieron como si tuvieran bisagras. Él desplegó las alas para intentar sostenerse, pero fue demasiado tarde, cayó de espaldas y se deslizó por el suelo hacia el abismo abierto en la roca.

Xio se tambaleó e intentó aferrarse de lo que pudiera, pero sus manos pequeñas se deslizaron por la roca resbaladiza sin lograr nada.

—¡TEO! —chilló Niya, y él pudo ver el terror en sus ojos antes de que cayera en el pozo.

—¡NO! —El grito le desgarró la garganta, pero ya no había nada que pudiera hacer.

Teo se sumergió en la oscuridad.



CAPÍTULO 19

Las alas de Teo fueron raspándose contra la roca mientras caía por lo que parecía un túnel desmoronado. Como era incapaz de ver en la oscuridad absoluta, se golpeaba contra protuberancias en la roca que le arrancaban piel y plumas. Intentó detenerse, pero sus manos y pies resbalaban por la pared mohosa.

Ese era, sin dudas, el peor tobogán por el que se había deslizado en su vida.

Vio un desello de luz al final, antes de ser escupido sin consideración sobre una malla metálica. Gruñó cuando el metal frío le lastimó la mejilla y sintió sabor a sangre en la boca. Al mismo tiempo, las piedras pesadas dentro de la mochila le aplastaron el pecho. Con muchísimo esfuerzo, se puso de pie y miró alrededor. Caían gotas de agua sobre él desde raíces retorcidas que colgaban del techo, y el aire estaba cargado de hedor a moho y a algas. Había varios túneles secundarios en la pared de piedras protuberantes detrás de él e hilos de agua que corrían por la rejilla del suelo hacia el pozo turbio

inferior. Los agujeros en el hierro eran casi del tamaño de sus puños, no lo suficiente para que sus pies cayeran por allí, pero sí para que tropezara si no tenía cuidado.

—*Maldita sea* —protestó. Lo último que necesitaba era quedar separado de sus amigos. ¿Y dónde demonios *estaba*?

Se colaban pequeños rayos de luz entre las grietas de la roca, lo cual era un alivio, pues ver la luz del sol significaba que no estaba bajo tierra. Si tenía suerte, aún podía llegar a la cima del templo para depositar sus piedras. Sin embargo, el tiempo corría y tenía que encontrar una salida.

Al darse la vuelta, se encontró frente a frente con otro escondite de piedras. Había tres cofres llenos, con las tapas abiertas para revelar las piedras en sus interiores. Las obsidianas estaban a la izquierda, los jades en el centro y la única piedra de oro se encontraba en el cofre de la derecha. Y, lo más importante, había escaleras del otro lado. El corazón de Teo dio un vuelco: ¡no estaba *del todo* arruinado! Podía agarrar algunas piedras y usar las escaleras para escapar. Aunque, por supuesto, tendría que atravesar el obstáculo que estuviera esperándolo en medio.

Lo más sensato era ir primero por las obsidianas, que eran las más fáciles, así que avanzó despacio por la malla de hierro, sin dejar de mirar a todos lados atento a cualquier señal de peligro. Comenzaron a crecer olas en el agua debajo de él, pero, cuando se detuvo, hicieron lo mismo.

Era agónico ir acercándose al cofre, *consciente* de que algo lo acechaba debajo, pero sin saber *qué* era. Para cuando llegó al objetivo, tenía el estómago tan revuelto por los nervios que estaba a punto de vomitar. La ansiedad de la anticipación era peor que cualquier peligro que pudiera estar esperándolo en el agua turbia. Con las últimas pizcas de valor que le quedaban, extendió la mano para tocar una de las piedras negras. No sucedió nada, así que, despacio y con sumo cuidado, comenzó a meterlas en la mochila haciendo el menor ruido posible. Sin embargo, mientras lo hacía, el agua empezó a agitarse. Se apresuró a guardarlas y, cuando tomó la séptima piedra, algo le sujetó el pie. Al bajar la vista, vio dos tentáculos de color verde pálido que le habían rodeado los tobillos a través de la reja de hierro.

Teo soltó un grito ahogado e intentó retroceder, pero los tentáculos solo apretaron más fuerte y lo hicieron caer de espaldas sobre las alas. Se sacudió de forma frenética para liberar los tobillos, y otro tentáculo le aferró una muñeca, jaló con fuerza y volvió a dejarlo tendido de espaldas. Quiso deshacerse de ellos con la mano libre, pero no cedían, por el contrario, apretaron con más fuerza, por lo que comenzaron a cortarle la circulación y a provocarle cosquilleo en la mano y en los pies. En un acto desesperado, Teo giró y mordió el tentáculo de su muñeca lo más fuerte posible. Los tres lo liberaron y se retrajeron hacia el agua, al tiempo que algo soltó un chillido que le heló la sangre. Sin embargo, no tenía intenciones de descubrir qué era ese "algo".

Ignorando el asqueroso sabor en su boca, se puso de pie y se abalanzó sobre el cofre. Abrió su mochila en un movimiento y metió las últimas tres obsidianas antes de que un tentáculo saliera disparado hacia su tobillo de nuevo. Esta vez, lo pisoteó tan fuerte como pudo.

Cuando la criatura volvió a chillar, un tentáculo pasó de ser verde pálido a ser rojo furioso, lo que debía ser una mala señal.

Teo saltó y se ayudó con las alas en un intento por escapar hacia las escaleras, pero otro tentáculo salió disparado por la reja, le aferró un tobillo y lo hizo caer con un impacto fuerte. El dolor en las alas lo hizo gritar. Luego giró de prisa sobre el estómago y quiso gatear hacia las escaleras, solo que, antes de que pudiera ponerse a salvo, otro brazo con aspecto de serpiente le rodeó el muslo. El hierro se clavaba de forma dolorosa en su piel. Estaba perdiendo las fuerzas. Si no pensaba rápido… Bueno, no quería pensar en el destino que lo esperaba.

Estaba resistiendo por su vida, sin herramientas con las que defenderse. Excepto por el cofre vacío. Su cerebro se aceleró para idear un plan y el resultado fue terrible desde un punto de vista objetivo: un plan pésimo que podía salir mal de media docena de formas diferentes, pero que era el único que tenía. Se le estaban adormeciendo los dedos, ya no le quedaba más tiempo. Tras rezar una plegaria silenciosa para su madre, puso manos a la obra.

Giró de espaldas, al tiempo que el tentáculo lo jalaba haciendo que las alas se arrastraran de forma dolorosa por la reja. Al pasar junto al

cofre vacío, giró de costado, lo tomó y, con todas sus fuerzas, lo levantó por encima de su cabeza y golpeó el tentáculo, por debajo de donde le aferraba el muslo. La criatura chilló y la piel viscosa se puso blanca. Con un destello de sangre azul, el tentáculo volvió al agua.

Por fin libre, Teo corrió por su vida, se lanzó hacia las escaleras y miró atrás, listo para combatir con más tentáculos. Sin embargo, todos se deslizaron por la malla metálica y desaparecieron en el agua.

—Mierda, *mierda* —jadeó, con el pulso haciendo eco en los oídos.

Primero se aseguró de seguir teniendo la mochila colgada, con las obsidianas seguras en el interior, luego comprobó si aún tenía las seis extremidades. A excepción de algunas raspaduras y de marcas de succión en las muñecas, estaba intacto. Desplomado en los escalones, intentó recuperar el aliento.

Si era tan difícil conseguir las obsidianas de bajo puntaje, no podía imaginarse las cosas terroríficas que debían enfrentar quienes apuntaran a las piedras de jade o de oro. Como para responder a su interrogante, se oyó un grito desde el otro lado de la habitación.

Alguien salió volando de uno de los túneles laterales y aterrizó hecho un montículo sobre la reja. Teo reconoció de inmediato que se trataba de Ocelo, que, desconcertade, se sentó y sacudió la cabeza alborotada con fuerza, como si quisiera reacomodarse el cerebro en su lugar. Luego miró alrededor y, cuando sus ojos de jaguar se encontraron con la piedra de oro intacta en el cofre, exhibió una sonrisa llena de dientes. Hasta que vio a Teo, entonces, la sonrisa se convirtió en una mueca de desprecio. Se levantó y se lanzó hacia la piedra con pisotones que sacudían la reja debajo de sus pies.

—¡Cuidado! ¡Hay un…! —quiso advertirle Teo.

—¡Cállate! —rugió Ocelo sin siquiera mirarlo.

Un segundo después, un tentáculo rojo, grueso como el pecho de Teo, emergió del agua y destruyó una sección de la reja de hierro.

—¡Intenté advertírtelo! —gritó Teo al tiempo que el tentáculo levantaba a Ocelo y le lanzaba contra la reja. Después apuntó hacia le chique, por lo que Teo se sobresaltó al imaginar que lo haría pedazos. Por el contrario, en el movimiento más salvaje que Teo hubiera visto jamás, Ocelo atrapó al tentáculo pringoso y lo apretó con los brazos musculosos como si quisiera ahorcarlo. La criatura se sacudió con

salvajismo y golpeó a Ocelo contra la reja, pero elle se aferraba con fuerza, con los bíceps abultados. El tentáculo cambiaba de color rojo furioso a blanco atemorizado.

—Por el amor de Sol —murmuró Teo para sí mismo mientras Ocelo luchaba cuerpo a cuerpo contra la criatura monstruosa. Logró acomodar el agarre para estrangular el tentáculo con un brazo y golpearlo con el otro. Podía ser une maldite, pero sí que era fuerte. —Bueno, ¡veo que tienes las manos llenas! ¡Buena suerte! —dijo Teo al ponerse de pie. Luego corrió escaleras arriba lo más rápido que su cuerpo apaleado se lo permitió. Mientras subía varias secciones de la escalera, comprobó el tiempo en el reloj: ya iban casi por la mitad de la prueba. Si quería tener alguna posibilidad de pasar al primer lugar, tendría que arrasar con cualquier otro escondite que encontrara.

Una vez que creyó haber subido lo suficiente como para estar cerca de la cima del templo, giró en un corredor para buscar otro lote de piedras. Un ruido sibilante, rítmico y extraño, le llamó la atención. Al seguirlo, se encontró en una habitación cavernosa gigante. Desde la entrada, veía tres caminos que se abrían en distintas direcciones. En medio, troncos gruesos se movían como péndulos colgados del techo, con hojas de obsidiana pulida, curvas y afiladas, en los extremos. También vio que, en lugar de estar apiladas en un lugar como antes, las diez obsidianas estaban colocadas a intervalos irregulares entre las cuchillas pendientes. Él no debía haber sido el primero en llegar en esa ocasión, pues no veía a la piedra de oro al final del camino. Aunque, para ser justo, era difícil ver algo entre la docena de troncos que se deslizaban a gran velocidad.

En medio del camino, dos competidores estaban luchando por uno de los jades. Marino y Xochi danzaban entre las cuchillas e intentaban agarrar la última piedra al final de la habitación. Era vertiginoso verlos intentando hacer perder el equilibrio el uno al otro: Xochi usando sus enredaderas como látigos, Marino lanzándole chorros de agua en el rostro. Sin perder el tiempo, Teo se apresuró a recoger las obsidianas antes de que lo notaran.

Comenzó a saltar en puntas de pie para captar el ritmo de las cuchillas, como si estuviera jugando a saltar a la soga en un recreo de la escuela. Le tomó un momento descifrar el ritmo, pero, una vez que

lo hizo, se podría decir que fue fácil saltar entre ellas y recoger las pequeñas piedras en el camino. Alcanzó la última al mismo tiempo que Xochi y Marino llegaban al último jade. Un segundo más rápido, Marino barrió la piedra por debajo de ella, que rugió enfadada mientras el chico corría hacia la salida. Luego, en un despliegue de habilidad extremo, Xochi lanzó sus enredaderas y, como si fueran dedos, las usó para arrancarle la mochila a Marino de los hombros y llevarla hacia sus manos expectantes.

—¡Ja, ja! —rio en tono agudo antes de abrir la mochila y meter la mano dentro. Sin embargo, Marino no dejó de correr con una mueca burlona. A su paso, hizo que Teo se detuviera en un lugar seguro entre las cuchillas. De la profundidad de la mochila, Xochi sacó… Rocas grises y polvorientas. Con un jadeo, dirigió los ojos desorbitados hacia Marino.

Él iba saltando entre las cuchillas, abrió la cremallera de un bolsillo al frente de su chaqueta y, con una sonrisa, sacó dos jades. Por la forma del bolsillo, Teo supuso que tenía más piedras dentro. El astuto Marino debió haber llenado la mochila con piedras falsas de las ruinas y escondido las reales en sus bolsillos. Xochi echaba humo. Más que eso, sus ojos se oscurecieron y una mueca de rabia le deformó las facciones.

Entonces, Marino dejó de sonreír.

Teo gritó para advertirle que corriera, pero Xochi fue más rápida. Extendió los brazos y lanzó lianas, pero no las verdes radiantes que solía conjurar, sino unas verdeazuladas oscuras, gruesas y retorcidas. Él intentó esquivarlas, pero fue en vano; las lianas lo aferraron y lo tiraron al suelo mojado, con un estruendo que hizo que Teo se sobresaltara. Luego, la chica flexionó los dedos, las lianas se engrosaron y apretaron el torso de Marino, con los brazos pegados a las costillas.

—¡Xochi, ya basta! —gritó él con las pupilas dilatadas. Ella no lo escuchó, sino que cerró los puños, con lo que las lianas se ajustaron alrededor del pecho de Marino, que se puso frenético y comenzó a patear para todos lados. —*¡Detente!* —chilló con la voz ahogada.

Teo estaba helado en su lugar por la impresión, pues a pesar de ser competitiva, Xochi nunca había sido violenta durante las pruebas. No

podía creer lo que veía. Los ojos de la chica estaban rodeados por una sombra oscura que los hacía lucir huecos. De las lianas, surgían violentas espinas de color rojo, que se enterraban en el cuerpo de Marino, cuya sangre dorada brotaba sobre la piel morena. Él gritó, y fue tan horrible y estremecedor que Teo salió del aturdimiento y se puso en acción. Sin pensarlo, corrió hacia adelante, saltó y se lanzó sobre Xochi. La chica estaba concentrada por completo en su objetivo, por lo que Teo pudo arremeter contra ella y hacerla perder el equilibro. Ambos cayeron despatarrados. Él sintió dolor en las manos al impactar contra el suelo, pero lo importante era que había roto la concentración de la chica.

Las enredaderas liberaron a Marino y cayeron marchitas en el suelo; él retrocedió arrastrándose. Teo se levantó y se alejó todo lo posible de Xochi porque temía convertirse en el nuevo foco de su ira, solo que, en lugar de hervir de la rabia, la chica estaba horrorizada. Lo miró con los ojos café desorbitados por el estupor y luego giró hacia donde Marino jadeaba para recuperar el aliento. Al final, se miró las manos y tembló como si les tuviera miedo.

—¡Perdón, Marino! Lo siento mucho, yo…

Pero el chico no iba a esperar una explicación, y tampoco Teo. Ambos salieron corriendo.

—¿Estás bien? —jadeó Teo mientras intentaba seguirle el ritmo.

—Eso creo —respondió el otro, a pesar de que seguía luciendo impactado. Le echó un vistazo de costado y agregó—: Me salvaste el trasero, te debo una.

—Bueno, te devolví el favor —dijo él. —Pero si quieres pagarme con piedras…

—No te debo *tanto* —rio Marino.

—¡Tenía que intentarlo! —Teo rio sin aliento.

—¡Nos vemos en la meta! —Marino le dio una palmada en la espalda antes de que el camino se dividiera y tomaran rumbos separados.

En esa oportunidad, Teo fue más cuidadoso en cada esquina. Las cosas se estaban poniendo peligrosas. No sabía por qué, pero todos estaban volviéndose cada vez más brutales con el correr de las pruebas; quizás producto del estrés y la presión de la competencia. No

quería pensar en qué le habría pasado a Marino si él no hubiera intervenido. Tenía que terminar la prueba y encontrarse con Niya y con Xio.

Volvió a girar y a correr escaleras arriba. Había subido varios pisos cuando, al dar vuelta a una esquina, vio que alguien atravesaba una arcada y, en una decisión apresurada, cambió el rumbo para seguirlo. Apenas alcanzó a verlo pasar por otra arcada en los corredores oscuros, así que se acercó corriendo lo más rápido posible. Si encontraba un escondite, él quería su parte del botín. Pero, luego de otra arcada, Teo se detuvo de forma abrupta. Estaba en una habitación alta y angosta, como si estuviera parado al fondo de un pozo cuadrado estrecho, de alrededor de un metro por un metro. Las paredes curvas estaban cubiertas de raíces que parecían cuerdas, que también colgaban por el hueco superior a través del que se filtraba la luz del día y por donde se podía ver el cielo azul adornado de nubes esponjosas.

Dezi estaba parado de espaldas a unos centímetros de distancia, pero no notó la presencia de Teo, pues tenía la cabeza hacia atrás para inspeccionar las paredes. Él le siguió la mirada y descubrió que había tres repisas pequeñas más arriba. Las diez obsidianas se encontraban en la primera, a la altura de la vista. Los cuatro jades estaban a mitad de camino y la única piedra de oro estaba a pocos centímetros de la abertura en el techo. Dezi giró en círculo despacio con la mochila colgando de la muñeca, y Teo pudo ver la concentración en sus ojos por una fracción de segundo antes de que la vista del chico llegara a él. Perplejo, Dezi saltó, lo que hizo saltar a Teo, lo que, a su vez, hizo que el otro aferrara la mochila de forma protectora contra el pecho. Luego, sin un momento de dudas, se puso en acción.

Como si fuera el personaje de un videojuego, Dezi trepó a la pared ayudándose con las raíces colgantes y luego comenzó a saltar de un lado al otro para seguir subiendo.

Teo se quedó boquiabierto. ¿Qué *demonios* comían los Dorados en la Academia? A decir verdad, él ni siquiera estaba molesto al verlo, solo impresionado.

Con la agilidad de un gato, Dezi llegó a la segunda repisa, en la que esperaban los jades y, apoyado en algo que Teo ni siquiera *veía*,

alcanzó el primero con una sonrisa. Sin embargo, la victoria duró poco. Tan pronto como tomó la primera piedra, las paredes se sacudieron con intensidad. Una laja se desplomó detrás de él y bloqueó parte de la salida. Teo se tambaleó, y Dezi se aferró de las raíces, que se mecían de un lado al otro. Al principio, Teo pensó que los ojos lo engañaban, pero no era así, las paredes de verdad estaban cerrándose poco a poco.

—¡Cuidado! —le gritó en vano al chico. A pesar del peligro, Dezi metió el resto de las piedras en la mochila antes de empezar a rebotar por las paredes otra vez. De repente, Teo se dio cuenta de que era él quien debía tener cuidado. Las paredes se estaban cerrando y, si no se daba prisa, también acabaría aplastado. La primera prueba había dejado en evidencia que era pésimo escalador y que no tenía habilidad en absoluto para subir muros verticales. Al pensar en eso, un pánico helado y desesperado invadió su cabeza, pero, por instinto, sus alas se desplegaron.

Quizás no pudiera escalar, pero podía volar. Se lanzó hacia arriba y metió las obsidianas en la mochila a toda velocidad. Cuando miró hacia arriba, Dezi miró hacia abajo desde el agujero en el techo. Tenía la piedra de oro en una mano y, con la otra, le hizo señas frenéticas para que se diera prisa. Él salió disparado hacia arriba. Cargado de adrenalina y con una torpeza peligrosa, fue chocando con las paredes al ascender lo más rápido posible, mientras que las paredes seguían cerrándose. La roca le raspaba las alas.

Estaba muy cerca de la salida, ya *casi* llegaba.

Estiró los brazos lo más alto que pudo; le faltaban centímetros para llegar, solo tenía que agitar las alas una vez más… Pero no había espacio suficiente, así que se atoraron contra la roca. Perdió la inercia y quedó pendiendo en el aire por un instante; la calma previa a caer en picada hacia la muerte. Se le cerró el estómago y apretó los ojos al anticipar la que, con suerte, sería una muerte rápida. Pero una mano lo tomó del antebrazo. Con un tirón que casi le arranca el brazo, lo jaló a través del hueco hacia la salida. Una vez libre, dio vueltas de cabeza antes caer en un montículo de extremidades desparramadas junto a otra persona.

A corta distancia, el hueco se cerró con un estruendo. Teo giró,

respirando agitado.

—Mierda. Maldita sea. —Estalló una ovación en la multitud, pues, de milagro, habían llegado a la cima del templo. Dezi estaba despatarrado a su lado en condiciones similares, mirándolo con el rostro blanco como un papel y con aspecto igual de aterrado.

—¡DEZI! —Marino apareció junto a él de inmediato para ayudarlo a levantarse. —¿Estás bien? —exigió mientras hacía señas frenéticas con una mano. Dezi asintió, aunque un poco aturdido. Después giró hacia Teo y movió el mentón, con las cejas fruncidas en expresión interrogativa. Teo asintió con la cabeza y, exhausto, alzó los pulgares desde el suelo.

—Estoy bien —afirmó. Cuando se levantó, el público volvió a rugir. Él giró hacia el mar color jade, y la pantalla gigante mostró un acercamiento a su rostro, así que sonrió y saludó.

—*¡Pa-ja-ri-to! ¡Pa-ja-ri-to!*

Fue como una inyección de adrenalina pura directo al corazón.

Marino debió haber llegado a la cima al mismo tiempo que ellos dos. Atzi ya había llegado a la meta y estaba detrás de la barrera ondulante. Junto a ella, había un tazón de oro en el centro de un estrado alto. Dezi se acercó y volcó el contenido de su mochila dentro: algunos jades y una piedra de oro descendieron en espiral, desaparecieron por el agujero inferior y fijaron los puntos del chico. Marino lo siguió a través de la barrera e hizo lo mismo.

Por algún milagro divino, Teo había llegado a la cima sin haber muerto en el intento y con tiempo de sobra. Se descolgó la mochila, listo para dejar las obsidianas que había recolectado, pero al acercarse para cruzar la barrera final, escuchó hablar a Marino.

—¿Alguien encontró la Piedra Solar?

Dezi negó con la cabeza, pero Atzi asintió.

—Está en el piso debajo de nosotros —dijo también en señas y apuntó hacia la escalera exterior principal. —Pero es imposible de alcanzar. Está colgando sobre un pozo enorme. Yo me rendí de inmediato, pero los mellizos seguían pensando cómo agarrarla cuando me fui.

Aurelio y Auristela.

Teo miró el reloj: aún quedaban quince minutos antes de que la

prueba terminara.

—¡Pa-ja-ri-to! ¡Pa-ja-ri-to!

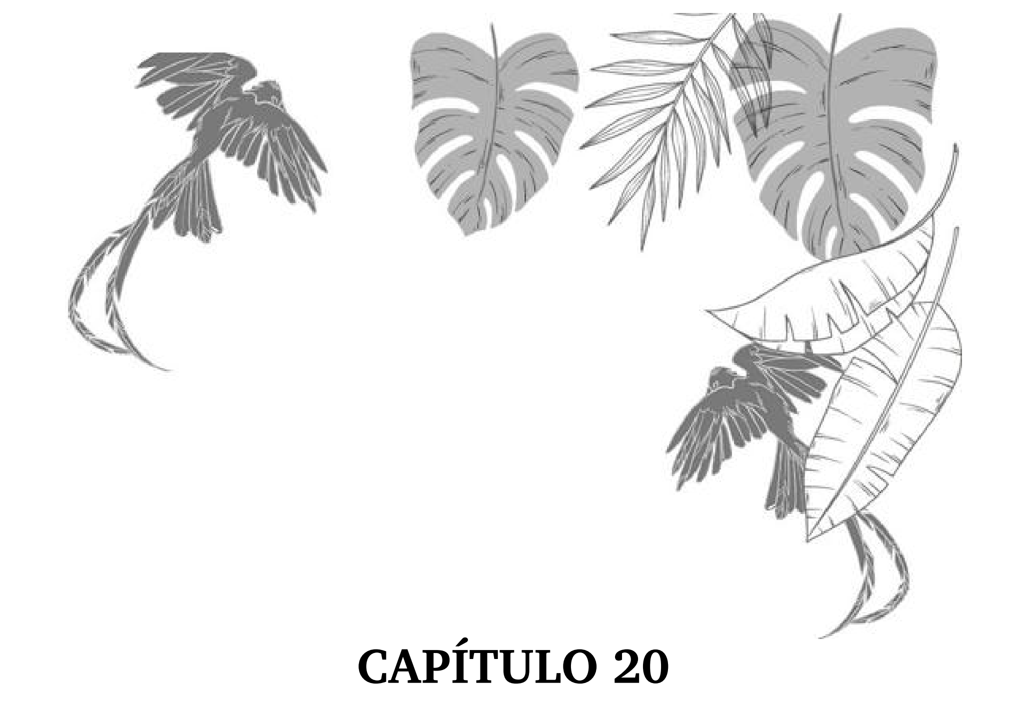
Era imposible que él quedara en primer lugar solo con las obsidianas que había recolectado. Todavía tenía tiempo, y sus amigos aún no habían llegado a la cima.

—¡Pa-ja-ri-to! ¡Pa-ja-ri-to!

Podía conseguir la Piedra Solar. Podía conseguirla y ganar.

—¡Pa-ja-ri-to! ¡Pa-ja-ri-to!

Decidido, giró y salió corriendo escaleras abajo.



CAPÍTULO 20

En el piso inferior, había una sola entrada al templo y, tras ella, un corredor llegaba a la cámara donde se encontraba la réplica de la Piedra Solar. Al principio, a Teo le resultó sospechoso lo fácil de encontrar que era, pero luego vio la razón. Era una habitación en forma de domo, con un pozo enorme en el centro del suelo. Desde donde estaba, Teo no alcanzaba a ver la profundidad, pero, a juzgar por el viento intenso que cosquilleaba en su rostro, debía llegar hasta el fondo del templo. Debía tener treinta metros de ancho, imposible de saltar incluso para un semidiós Dorado.

Arriba, una mano gigante de obsidiana bajaba desde la oscuridad del techo, con la palma hacia arriba, dedos huesudos y uñas afiladas. El techo ondulaba con tonos oscuros de índigo y de azul medianoche. En él, centelleaban estrellas en constelaciones familiares, y la réplica de la Piedra Solar brillaba con luz dorada sobre la palma de la mano. Parecía imposible de alcanzar, y Teo comprendió por qué los demás se habían rendido.

Todos, excepto Aurelio y Auristela.

Del otro lado del pozo se encontraba la única salida además de la suya y, en una saliente idéntica, estaban los mellizos. Sus mochilas de aspecto pesado colgaban de sus espaldas mientras miraban la Piedra Solar. Ella señalaba hacia arriba y le explicaba algo a su hermano, que asentía con las cejas oscuras fruncidas. Cuando la chica vio a Teo, sus ojos llameantes ardieron de furia. Al seguir la mirada de su hermana, Aurelio también lo vio desde el otro lado de la sala, y sus labios se abrieron con sorpresa.

Teo sonrió satisfecho y con una sensación cálida en su interior. *Por fin* había un obstáculo en el que él tenía la ventaja. Solo tenía que evitar arruinarlo. Con la cabeza en alto, se acercó al borde, esforzándose por no mirar hacia abajo para no entrar en pánico. Podía con eso. Tenía que volar alto y tomar la Piedra Solar, así obtendría más puntos que cualquiera de los demás semidioses. Respiró profundo para estabilizarse antes de lanzarse hacia el aire.

Despegar fue fácil, aterrizar resultó un poco más difícil. Como la palma de la mano era curva, no tenía una superficie plana donde apoyarse, por lo que, sin una pizca de gracia, se abrazó de la muñeca, que era demasiado grande para abarcarla por completo. Como tenía las manos cubiertas de sudor, perdió el agarre y se deslizó por la obsidiana pulida hacia la palma. En el proceso, su pie golpeó la Piedra Solar, que giró hasta balancearse a duras penas en el borde, con las fauces del pozo abiertas debajo.

—¡NO! —A Teo se le paró el corazón. Cuando la piedra giró sobre el borde, él se lanzó hacia adelante; se golpeó el mentón contra la mano, pero logró sujetar la Piedra Solar, cuya superficie suave resbalaba en sus dedos. Se apresuró a levantarla sobre el borde y abrazarla contra su pecho mientras recuperaba el aliento. Al aferrarla debajo del mentón, le sorprendió lo fría que era al tacto. Pero, claro, era una réplica. De cerca, mirarla era embriagador. Se arremolinaban llamas solares entre los dedos de Teo y, debajo de la superficie, danzaban lo que parecían rayos de sol líquidos. Con los ojos entornados, podía jurar que había algo oculto en el interior, dos sombras que parecían estar mirándolo. Pero debía ser su reflejo, un truco de la luz.

¡Lo hice! Festejó por dentro, mientras que una risa delirante borboteó en su pecho. Como no le quedaba espacio en la mochila para una piedra tan grande, la envolvió con los brazos y desplegó las alas. Luego, con cuidado de no mirar hacia abajo, voló hacia la saliente opuesta. Aunque se tambaleó un poco, fue un aterrizaje prolijo. Con una sonrisa triunfal, giró para mostrarle la piedra a Aurelio.

—*¡Stela!*

Una fuerza brutal golpeó a Teo y lo hizo caer. Perplejo, vio a Auristela apostada sobre él. Ella usó las rodillas para inmovilizarle las alas contra el suelo y le arrancó la Piedra Solar de las manos. Tenía los ojos negros como la noche, con círculos azules y violáceos alrededor de ellos.

—¡No! —gritó Teo al intentar recuperar la piedra, pero la chica ejerció más fuerza con las rodillas, y un dolor intenso atravesó los hombros de él. Después, en lugar de apoderarse de la piedra y salir corriendo, Auristela extendió la mano.

—¡Toma! —dijo para entregársela a su hermano. Aurelio estaba congelado en el lugar, con el rostro teñido de sorpresa y de alarma.

—¿Qué estás *haciendo*? —preguntó mirándolos a ambos.

—¡Apártate! —Teo intentó levantarse.

—¡Cierra la boca! —rugió la chica. —¡*Tómala*, Relio!

—No. —Él palideció y dio un paso atrás. Entonces, Teo suspiró aliviado, aunque la sensación duró poco.

Auristela se sacudió como si la hubieran abofeteado. Un destello de dolor le atravesó el rostro, antes de ser consumido por la rabia en un instante.

—¡*Te dije* que te estaba manipulando! —bramó, con venas negras alrededor de los ojos.

—¡¿De qué estás *hablando*?! —replicó Teo.

—¡*Detente,* Stela! —insistió Aurelio, pero ella no lo escuchaba. Levantó la Piedra Solar sobre la cabeza, y él dio un salto. El pecho de Teo se comprimió con terror, por lo que se tapó la cabeza con los brazos y cerró los ojos con fuerza.

¡Paf!

Volaron restos sobre las mejillas de Teo y, cuando abrió los ojos, vio que Aurelio tenía los brazos extendidos para intentar protegerlo.

Auristela había destruido la piedra contra el suelo, por donde volaron fragmentos de vidrio y esquirlas blancas que parecían huesos espeluznantes.

Por un momento, nadie se movió.

Teo miró a la chica, congelado por el miedo y la furia. El pecho de ella se agitaba mientras respiraba con fuerza entre dientes apretados, con la mirada en los restos de la Piedra Solar falsa. Aurelio lucía más que sorprendido, parecía asustado.

—Stela —pronunció por lo bajo. Luego extendió una mano para tocarle el hombro.

Ella se sacudió como si se hubiera olvidado de dónde estaba. Después parpadeó y negó con la cabeza, como si se hubiera aclarado la vista y, de repente, todo volviera a enfocarse. Las marcas oscuras se desvanecieron y sus ojos volvieron a ser color café llameante. Miró a su hermano, a los fragmentos de piedra y luego a Teo, que seguía inmovilizado debajo de ella. Se tambaleó para alejarse de prisa. Entonces, él aprovechó el momento para levantarse de un salto.

De repente, los relojes de los tres dieron un pitido, y el de Teo vibró. Al verlo, comprobó que estaba en la cuenta regresiva de los últimos cinco minutos en números rojos furiosos.

Ya casi se acababa el tiempo.

Auristela se levantó de un salto y, a pesar de que Aurelio la llamó, corrió hacia la salida.

Teo no le encontraba sentido a lo que acababa de pasar. Lo único que sabía era que le temblaban las manos y que el corazón palpitaba de forma dolorosa en su pecho. Aurelio caminó entre él y la puerta por la que su hermana acababa de desaparecer. Tras mirar el reloj otra vez, gruñó desde el fondo de la garganta.

—Vamos —le dijo a Teo, llamándolo con la mano rumbo a la salida. —Conozco el camino. *¡Date prisa!*

No había tiempo para considerarlo, así que Teo corrió tras él.

Aurelio lo dejó ir primero y fue dándole indicaciones y advertencias cuando estaba por girar en la dirección equivocada. Lo guio de vuelta hacia la luz corriendo por las escaleras. Cuando llegaron a la cima, Teo era apenas consciente de que Diosa Luna y los demás dioses estaban esperándolos.

Niya estaba junto al tazón dorado, con las piedras entre los brazos.

—¡¿Dónde está Xio?! —gritó al buscarlo con desesperación detrás de Teo, solo que el pequeño no estaba con él.

—¡No lo sé! —El reloj vibró para anunciar los últimos segundos.

—¡¿Qué hacemos?! —insistió ella con pánico en la voz.

—*¡Depositen sus piedras!* —gritó Aurelio, como si no pudiera creer que estaban perdiendo el tiempo.

Niya se estremeció y miró a Aurelio perpleja antes de volver a ver a Teo. No quedaba tiempo para dudar. Tenían que actuar, de lo contrario, Xio no sería el único que quedaría descalificado.

—¡Depositalas! —le gritó a su amiga.

Ella dudó por un segundo, en el que miró hacia las escaleras, luego giró y volcó las piedras en el tazón.

Teo se descolgó la mochila y abrió el cordón mientras corría. Aurelio lo empujó para apresurarlo. Con el estómago revuelto, dio vuelta la mochila para dejar caer las obsidianas. Aurelio estaba pegado a él, por lo que volcaron las piedras al mismo tiempo; dorado y jade girando juntos. Justo cuando la última piedra atravesó el fondo, Xio apareció casi en la punta de las escaleras, con obsidianas acunadas sobre su pecho.

—¡CORRE! —le gritó Teo.

—¡DATE PRISA! —agregó Niya con desesperación.

Xio corrió, pero tropezó con el último escalón y cayó de rodillas.

Teo soltó un jadeo ahogado, y un pavor lo bañó como un baldazo de agua helada.

Tres obsidianas cayeron de las manos del pequeño y rebotaron en el suelo al mismo tiempo que resonaba la trompeta de Mariachi.



Teo ocupó el lugar junto a su madre mientras una ovación estruendosa sacudía la arena.

—¿Estás bien? —preguntó Quetzal. Le pasó el pulgar por el mentón y, cuando lo retiró, estaba teñido de sangre color jade.

Él asintió sin pensar, distraído viendo cómo Mala Suerte abrazaba a Xio. Por su parte, Niya caminaba de un lado al otro frente a Tierra como un animal enjaulado. Cuando presentaron el tablero de

posiciones, Teo le echó un vistazo a Aurelio. El chico tenía una delgada capa de sudor brillante en la frente e intentaba sonreír para las cámaras, pero no dejaba de mirar a Auristela, que estaba rígida y con la mirada al frente.

Lo que había sucedido hacía unos minutos no dejaba de dar vueltas por la mente de Teo. ¿Qué demonios había sido eso? ¿Auristela era tan despiadada? Le fallaron las piernas al mirarla por temor a que volviera a arremeter contra él.

—Sol ha definido las posiciones —anunció Diosa Luna, y los glifos se deslizaron por la laja de piedra.

Teo desvió la mirada de los mellizos hacia la tabla de posiciones. El público estalló en una ovación estruendosa y gritó por él. Mientras sacudían pancartas Jades, comenzaron los cánticos.

—*¡Pa-ja-ri-to! ¡Pa-ja-ri-to!*

—¡Estás en *tercer* lugar! —chilló Quetzal con voz aguda al apretarle el brazo.

—¿Tercero? —repitió incrédulo. El quetzal color jade estaba tercero entre los glifos dorados que ocupaban la cima. —¡Estoy *tercero*! —Rio perplejo y se metió los dedos en el cabello. ¡No podía creerlo! Respiró hondo con satisfacción. ¡Ya casi lo lograba! De verdad tenía posibilidades de convertirse en Portador del Sol.

—Auristela —jadeó Atzi.

Teo buscó el glifo de Lumbre con la "a" en el centro, esperando encontrarlo cerca de la parte superior, pero lo confundió no verlo. Bajó la vista más y más, hasta que por fin la encontró.

Estaba octava. En una sola prueba, había caído del quinto lugar al *octavo.*

La chica estaba parada junto a su madre, con los puños tan apretados que estaban pálidos. Aunque estaba inmóvil, Teo podía jurar que le temblaban los labios y el mentón. Aurelio ya no sonreía. Luego estaba Xochi, que había caído hasta el noveno lugar. Estaba acurrucada contra su madre, con las manos en la boca y los ojos llenos de lágrimas.

Todos lucían molestos, incluso Dezi, a quien se llevaron para entrevistarlo. La situación hacía que los aplausos se sintieran presagiosos y fuera de lugar.

Teo buscó a sus amigos: el glifo de Niya estaba seguro en el cuarto lugar, pero Xio…

Se le heló la sangre. El ojo color jade de Mala Suerte había caído hasta el último puesto.

—Xio —jadeó al buscarlo entre la multitud. El pequeño estaba apoyado contra su padre, con la nariz roja y los ojos vidriosos. Mala Suerte lo abrazaba por los hombros con todas sus fuerzas. —¿Qué… qué pasó? —balbuceó.

—Intenté hacer lo que me dijeron —respondió Xio con la voz afectada. —Pero casi no encontré piedras. No podía encontrarlos a ustedes y no sabía dónde estaba la salida.

Teo sintió náuseas.

Habían fallado.

En esa oportunidad, los semidioses no celebraron, pues la realidad los golpeó en el estómago, certera y fría como el hierro.

En sus ansias de convertirse en Portador del Sol, Teo se había olvidado del objetivo principal: mantener a sus amigos a salvo. Y, como resultado, Xio estaba en peligro de ser sacrificado.



De vuelta en el barco, Xio fue directo a su habitación y no volvió a salir.

—¿Deberíamos intentar hablar con él? —preguntó Teo.

—No sé. Cuando estoy molesta, suelo querer estar sola —razonó Niya, aunque tampoco estaba conforme con su propia respuesta.

La culpa de Teo estaba consumiéndolo de adentro hacia afuera. Niya canalizó la preocupación como rabia y, como no tenía con quién descargarla, acabó deambulando de un lado al otro en el área común. Incluso Auristela y Ocelo estaban en silencio. Ella estaba pálida, pero seguía intentando conservar sus aires de superioridad.

Después de darse una larga ducha caliente, Teo se quedó en la habitación durante la cena. No tenía hambre y no podía enfrentarse a los demás competidores, así que se recostó a pensar de forma obsesiva en cómo podrían haber hecho las cosas de otro modo; recapituló cada movimiento que habían hecho durante las pruebas para llegar hasta ese punto. Si él no hubiera regresado por la Piedra Solar, quizás

podría haber buscado a Xio junto con Niya. Al llegar a la meta, quizás podría haber bajado por Xio para hacer que llegara a tiempo. Podrían haber compartido las piedras. Si él no hubiera estado tan concentrado en ganar, quién sabía qué más podrían haber hecho para ayudarlo.

Se le revolvió el estómago. Recordó la primera noche en el templo, cuando con Niya habían convencido a Xio de que le suplicara por chocolate caliente a Pan Dulce. Recordó cómo se había sentido al ver al pequeño niño resignado sonreír por primera vez desde que habían llegado. Había pensado que podría ayudarlo y mantenerlo a salvo, pero fue claro que se había equivocado. Así no era cómo funcionaban las pruebas.

Se hizo un ovillo en la cama, y las alas lo abrazaron desde atrás. Aurelio había estado en lo cierto desde el principio: él no debía estar allí, no merecía eso. Sol había visto algo dentro de él que no existía.



A la mañana siguiente, después del desayuno, los sacerdotes Sol le llevaron ropa nueva. Era la primera vez que lo dejaban elegir qué ponerse. Sin embargo, en opinión de Teo, eran demasiadas opciones. En lugar de un traje elegido con detenimiento, había todo un perchero lleno de prendas, todas de estilos y colores diferentes. Teo tardó en elegir algo que combinara y por fin se decidió por pantalones de vestir azules, una camisa verde pastel y un suéter negro.

Cuando se reunió con los demás, no le sorprendió ver que Aurelio y Auristela habían elegido prendas negras y rojas combinadas, con las que, de algún modo, aún lucían como supermodelos. Teo miró a la chica con recelo, molesto por el hecho de tenerle miedo de verdad después de la última prueba. Al parecer, Dezi se había puesto todas las prendas rosas que había encontrado, mientras que Ocelo tenía una mezcla de colores tan horrenda que debía ser daltónico.

—Luces cómodo —le dijo a Xio, que vestía vaqueros y una sudadera púrpura.

—Estoy congelado —protestó el chico mientras temblaba en la cubierta.

—¡Ten! —Niya se sacó la bufanda de cachemira blanca y la enroscó tantas veces alrededor del cuello de Xio que, al final, lo único

que se le veían eran los ojos y la nariz.

—Gracias —dijo ahogado.

—¿Cómo estás? —le preguntó Teo, esforzándose por sonar despreocupado. Lo último que quería era asustarlo o hacerlo sentir peor por estar en último lugar. El pequeño se encogió de hombros, con lo que la bufanda de Niya le tapó aún más el rostro.

—Bien. ¿Por qué?

Teo miró a Niya para que lo apoyara, frunció el ceño y señaló a Xio con la cabeza. Ella se encogió de hombros en respuesta, como diciendo, *¿Qué podemos hacer?*

En esa oportunidad, no hubo un teleférico elegante que los llevara a través de la ciudad. En cambio, tuvieron que subir unos escalones de madera muy empinados y destartalados hacia una plataforma, en donde los esperaban tres camionetas.

—*Asqueroso* —resopló Auristela por lo bajo cuando se dividieron para subir.

Sacerdotes de Opción con túnicas a cuadros blancos y negros los llevaron por la ciudad. Fue un viaje turbulento con hedor a cansancio, por un camino de gravilla que llegaba desde el muelle hasta la calle principal. Cuando giraron en una esquina, Laberinto por fin apareció a la vista. La península subía en una pendiente empinada hacia la base del acantilado, en donde se podía ver toda la ciudad.

Esa era, sin dudas, la ciudad más extraña en la que Teo había estado. No había dos edificios iguales, muchos estaban sin terminar, mientras que otros comenzaban con un estilo y luego continuaban con otro totalmente distinto. Las zonas residenciales también eran eclécticas, las casas no tenían ningún estilo en común; eran de colores brillantes y estaban pegadas unas a otras en las que parecían calles sin sentido, hasta que Teo se dio cuenta de algo…

—¡Es un laberinto! —De hecho, las calles atestadas se entrecruzaban, giraban unas sobre otras, y varias no tenían salida.

Niya silbó por lo bajo.

—Siento pena por el cartero.

Los sacerdotes Opción los llevaron hacia el famoso mercado a cielo abierto, *¡en donde las opciones eran infinitas!* Les dieron una hora y media antes de la cena para que compraran todo lo que quisieran en

cualquier tienda o restaurante que les gustara. El lugar estaba dispuesto en un bloque rectangular y largo de construcciones bajas y puestos, con aceras de pavimento reluciente, bloqueadas para el tráfico de la ciudad. El olor a carnes asadas de uno de los puestos se extendía por todo el mercado. Auristela tomó las manos de Ocelo y de Aurelio y salió corriendo hacia una tienda de ropa de lujo.

—¡Sí! ¡Día de compras! —chilló Niya. —Me pregunto si tendrán una tienda deportiva. *Ah,* o una joyería. Me gustaría tener brazaletes nuevos para convertirlos en armas. ¿A dónde quieres ir, Teo?

Él había puesto sus ojos en una fuente grande que había en el centro del lugar. Tenía un borde plano y buena altura para ser una banca.

—Creo que me quedaré por ahí en realidad. No estoy de ánimos para hacer compras.

—Yo tampoco —coincidió Xio.

—Vamos, ¡al menos deberían *intentar* divertirse! —bufó ella.

—De verdad, Niya, no tengo ganas. Ve tú. Estamos exhaustos por las pruebas y, en realidad, no hay nada aquí que *necesitemos*. Nosotros descansaremos junto a la fuente; puedes venir a buscarnos cuando termines.

—Uff, está bien —concedió Niya. —Pero buscaré unos nuevos pantalones cortos para ti. Esos desgastados que usas para dormir son vergonzosos.

—¿Qué hay de vergonzoso en mis pantalones? —exigió él, pero su amiga ya se estaba alejando, sacudiendo la mano. Teo suspiró y se dirigió hacia la fuente con Xio detrás. Una vez que se sentaron, intentó abordar otra vez el tema de que el pequeño estuviera en último lugar. Podía entender que quisiera mostrarse rudo e indiferente, pero el pobre chico debía estar asustado. —Así queeeee —comenzó, antes de que pudiera continuar, Xio negó con la cabeza.

—Estoy bien, Teo —insistió. —De verdad, es un milagro que haya durado tanto tiempo fuera del último lugar. Nos queda una prueba más, solo tengo que esforzarme al máximo.

—Eso es… muy saludable —admitió Teo. ¿Por qué él se sentía tan mal?

—¿Puedo sentarme con ustedes? —preguntó alguien desde arriba.

Era Marino, quien miraba el agua detrás de ellos con anhelo.

—Claro —afirmó Teo al señalar el espacio vacío entre los dos. El chico se sentó con expresión aliviada.

—No me malentiendan, el mercado es genial y todo, pero yo…

—¿No estás de humor? —arriesgó Xio, a lo que Marino asintió con entusiasmo.

—¿Cómo se supone que nos relajemos con tanta presión?

—*Es verdad* —coincidió Teo. Del otro lado del pasillo, veía a Ocelo y a Auristela apilando trajes y vestidos en las manos de una pobre empleada mortal. Mientras ellos estaban ocupados, vio que Aurelio se desviaba por su cuenta, mirando de un lado al otro como si buscara algo en particular.

—¿Están hablando sobre las pruebas? —preguntó Xochi, que se acercó y se sentó junto a Marino. Se deslizó en el asiento de modo que su cabeza quedó colgando sobre el agua, estiró las piernas largas y cruzó los tobillos. —Estoy tan cansada.

—Yo solo quiero ir a casa —agregó Atzi, que apareció de la nada junto a ella. En lugar de sentarse en la punta, avanzó hasta sentarse en el espacio junto a Xio. Teo creyó notar rubor en las mejillas del pequeño debajo de la bufanda descomunal.

—Dudo que la Academia nos dé tiempo entre de las pruebas y el entrenamiento para ir a casa.

—¿Es en serio? —preguntó Teo. —¿Aunque estén compitiendo?

Marino y Xochi negaron con la cabeza, con los ceños fruncidos.

—Perderíamos tiempo de entrenamiento precioso —explicó Marino.

—*Mataría* por tener una semana libre —dijo Xochi, pero se sobresaltó al instante. —Perdón, pésima elección de palabras. Quería decir que daría lo que fuera por pasar algún tiempo con mi madre en los jardines.

—Yo para flotar en mar abierto —agregó Marino. —Sin luchar contra monstruos ni rescatar civiles, tan solo por un tiempo.

Todos cayeron en un silencio incómodo. Teo sintió una simpatía extraña hacia los estudiantes Dorados de la Academia. Claro, eran consentidos, egoístas y monopolizaban la atención, pero eran personas, por mucho que desearan que todos los demás pensaran lo

contrario. Teo no podía imaginarse que no lo dejaran ir a casa cuando todo eso terminara.

Unos minutos después, Niya reapareció desanimada desde la tienda deportiva, donde se había encontrado con Dezi. Se desplomó en el suelo a los pies de Teo y le apoyó la cabeza en las piernas.

—Recorrí la tienda de arriba abajo, estoy agotada —declaró con un suspiro. Dezi le dio una palmada compasiva en la cabeza.

—¡No compraste nada! —rio Teo.

—¡No! —lamentó ella. —¿No es patético? No pude concentrarme en eso. Estas estúpidas pruebas están matando mis vibras.

Los demás murmuraron en aprobación.

Luego, durante el resto del tiempo destinado a las compras, se quedaron sentados pensando en la inminente prueba final. Cada algunos minutos, uno de ellos intentaba distraer a los demás con poca energía, pero todas las conversaciones que intentaban iniciar se apagaban enseguida. Niya tenía razón: las vibras estaban *muy* mal.

Los últimos tres competidores reaparecieron de sus aventuras de compras. Auristela tenía una bolsa en cada mano, llenas de ropa y accesorios. De alguna manera, Ocelo había logrado comprar una bolsa de boxeo llena de arena, que intentó meter en la parte trasera de la camioneta ante las miradas ofuscadas de los sacerdotes. Por su parte, Aurelio solo tenía una bolsa de papel pequeña debajo del brazo.

—Relio —dijo su hermana, con preocupación y molestia en igual medida. —No compraste nada.

—Sí —la contradijo él al meter la mano en la bolsa. —No sabía lo que era nada, así que el tendero eligió todo por mí. —Sacó la mano llena de dulces con envoltorios de colores.

—¿Dulces? —preguntó ella, mirándolo confundida.

Teo rio sorprendido de forma impulsiva. Luego, Aurelio le dio un mazapán, con una sonrisita avergonzada.

—¡¿Pulparindo de chamoy?! —jadeó Marino con los ojos bien abiertos.

—¡Borrachitos! —festejó Atzi.

—¡No como Coconugs hace *años*! —agregó Xochi.

—¿Nos compartes algunas? —suplicó Niya con las manos unidas contra el pecho.

—Tengo más de las que necesito —respondió el chico y extendió la bolsa. Los demás lo rodearon de inmediato.

—¡Esto es increíble!

—¡Eres el mejor!

—¡Gracias, Aurelio!

Él solo asintió con la cabeza, sonrojado. Cuando Teo lo miró y le sonrió, le complació ver que las mejillas del chico aún más encendidas. Cuando los sacerdotes volvieron para escoltarlos hacia la cena, Aurelio siguió siendo el centro de atención mientras todos comían dulces y hacían chistes. Teo disfrutó el mazapán durante el viaje de vuelta y decidió ignorar a Auristela, que lo miraba con furia.

El viaje al Templo Opción los llevó a través de las calles zigzagueantes. Pasaron por el distrito gastronómico, en donde había restaurantes alrededor de un parque con bancas para hacer picnics. Afuera de los edificios de oficinas había varias mesas con sillas y con juegos de mesa para uso público. Cuando estacionaron frente al templo, a Teo no le sorprendió ver que tenía la misma naturaleza caótica que el resto de la ciudad. La arquitectura era una combinación de estilos diferentes; algunos pisos eran de roca lisa, mientras que otros tenían pintura de colores. Todas las ventanas eran de formas diferentes, algunas con molduras elaboradas, otras de forma cuadrada y aburrida. Era como si todos los residentes de Laberinto pudieran contribuir al diseño del templo y, a juzgar por el andamiaje en el ala oeste, cambiaba con regularidad.

Los sacerdotes los guiaron por corredores que parecían interminables hasta llegar al salón comedor.

Diosa Opción se encontraba en el centro del lugar; tenía el cabello tan corto que parecía apenas una sombra y usaba un vestido blanco sencillo. Su rostro era redondeado y muy amigable, aunque había algo en su expresión que parecía decir que ella sabía algo que tú no y que le resultaba muy entretenido.

—¡Bienvenidos, competidores! —Mientras entraban, les ofreció una sonrisa cálida y amistosa. —Siéntense donde gusten, por favor — indicó señalando la mesa. A diferencia de las otras ciudades, donde las mesas habían sido rectangulares, allí era redonda.

A Teo se le hizo agua la boca de inmediato al sentir el olor a

comida. Allí, no les sirvieron los sacerdotes, sino que la comida estaba dispuesta en una mesa larga en la pared al fondo del salón. Había todas las comidas imaginables, pero tenían una gran selección de pescados, y él supuso que tenía que ver con su cercanía al océano.

Después de elegir qué comer, él, Niya y Xio eligieron dónde sentarse. Diosa Opción esperó a que todos estuvieran sentados antes de ocupar el asiento vacío junto a Teo. Cuando él giró para agradecerle por su hospitalidad, la mujer tenía un aspecto completamente diferente. De no haber sido por el hecho de que debía medir más de dos metros, hubiera pensado que era otra persona. En un abrir y cerrar de ojos, le había crecido el cabello, que le caía en rizos castaños por debajo del mentón que, de repente, era afilado. Él notó que cuando se movía, el color del vestido cambiaba, como si no pudiera decidir de qué color quería ser. Mientras la miraba boquiabierto, ella le dedicó la misma mirada misteriosa que antes.

—Guau —jadeó Xio sin disimulo.

—Gracias —respondió la diosa con una sonrisa entretenida. Se llevó un rizo detrás de la oreja, y el cabello volvió a cambiar para volverse largo, lacio y color maíz. Comieron conversando con tranquilidad y viendo cómo la diosa cambiaba con la misma frecuencia que masticaba.

—Me sorprende que te consideren una Jade —le dijo Xio.

—¿Por qué?

—Porque eres… *muy* poderosa —respondió sonrojado.

Ocelo bufó.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó la diosa mientras le observaba pensativa. Ante los ojos de los demás, el cabello de Ocelo mutó, hasta que las manchas de jaguar se volvieron rosa pálido y fucsia oscuro. Dezi jadeó divertido y Xochi se rio.

—¡¿Qué?! —exclamó Ocelo.

Xochi sacó un espejo compacto de su bolsillo.

—Creo que el rosa te sienta bien —dijo al entregárselo.

—¿Tú hiciste esto? —preguntó Ocelo, entre sorprendide e impresionade. Miró de reojo a la diosa, pero, al parecer, no podía apartar la vista de su reflejo.

—Es una opción —respondió la diosa. —Una decisión simple para

una criatura simple. —Tan pronto como había cambiado, el cabello de Ocelo volvió a la normalidad. Elle cerró el espejo de un golpe y se lo devolvió a Xochi, con la mirada furiosa en el plato. —El poder de decisión es la mayor fuerza que existe. Es mucho más poderoso que yo —agregó ella como al pasar, con lo que se ganó varias miradas sorprendidas. —Jades, Dorados… Los nombres no significan nada en realidad —dijo y agitó la mano para restarle importancia. —Nosotros mismos nos los dimos. La humanidad es la que tiene todo el poder.

—¿Cómo puedes decir eso? —sentenció Auristela, como si hubiera sido un insulto hacia ella.

—Tan parecida a tu madre —comentó Opción, y la chica se sentó derecha, como si alguien le hubiera clavado el dedo entre los omóplatos. —Crees que los humanos están para servirnos, ¿no? —Nadie dijo ni hizo nada. Sonaba como una pregunta engañosa, solo que Teo no entendía por qué. Así era como funcionaba el mundo y todos lo sabían. —*Nosotros* los servimos a *ellos* —aclaró la diosa. —Ese es nuestro poder. Es un privilegio que nos concedieron. Nuestra gente tiene libre albedrío y nuestro poder no significa nada si ellos no creen en él.

—Sin los dioses, el mundo se acabaría —dijo Niya en tono pausado, como si pensara que la diosa estaba confundida.

—Nos mantienen a salvo, al igual que Sol y su sacrificio —afirmó Marino.

—Sí, por eso tenemos las Pruebas del Sol, ¿no? —preguntó Atzi, insegura.

—Para seguir alimentando a la Piedra Solar.

Todos giraron hacia Aurelio, él solía estar callado siempre que comían, por eso fue un poco sorprendente que hablara en ese momento. Sin embargo, él ignoró las miradas y siguió mirando a Diosa Opción con la expresión dura y seria.

—Sin ellos, el mundo acabaría —continuó.

—Sí, una simple decisión podría acabar al mundo —coincidió ella. —Y solo uno de ustedes puede tomarla. ¿Qué dice eso respecto al poder de todos los demás? Pero supongo que por eso están todos aquí, ¿no? —respondió sonriente.

Teo no sabía qué pensar de su mirada misteriosa.

—Eso fue raro —dijo Xio mientras bajaban los escalones desvencijados hacia el muelle.

—Sí, ¡como si hubiera hablado con acertijos o algo así! —coincidió Niya frotándose las sienes. —¡Me provocó jaqueca! ¿Qué demonios quiso decir con todo eso?

—No lo sé —respondió Teo, aunque estaba inmerso en sus pensamientos.

Una simple decisión podría acabar al mundo. Opción lo había dicho como un comentario al pasar, pero estaba perturbando la mente de Teo. Algo lo hacía pensar en todas las discusiones que había tenido con Aurelio, en lo que significaba ser Portador del Sol o ser el sacrificio. Era como si la respuesta estuviera justo frente a sus ojos, pero él no pudiera verla.

De vuelta en el barco, los tres intentaron ser productivos y hacer una tormenta de ideas de último minuto en la sala común. Al día siguiente regresarían al Templo del Sol para pasar el último día antes de la quinta prueba, pero estaban exhaustos. Niya fue la primera que se quedó dormida, y sus ronquidos suaves se convirtieron en ruido ambiental para Teo, que estaba analizando pruebas anteriores en las notas de Xio, en busca de una pista de lo que podría esperarles. Después de no recibir respuesta a una pregunta, levantó la cabeza y vio a Xio desplomado contra Niya, dormido.

—Deberíamos ir a la cama —susurró al sacudirle la manga.

—¿Ahora? —El pequeño abrió los ojos de golpe y se sentó derecho. —¿Ya? —preguntó adormecido y parpadeó para enfocar la vista.

—Ya casi amanece —le dijo Teo.

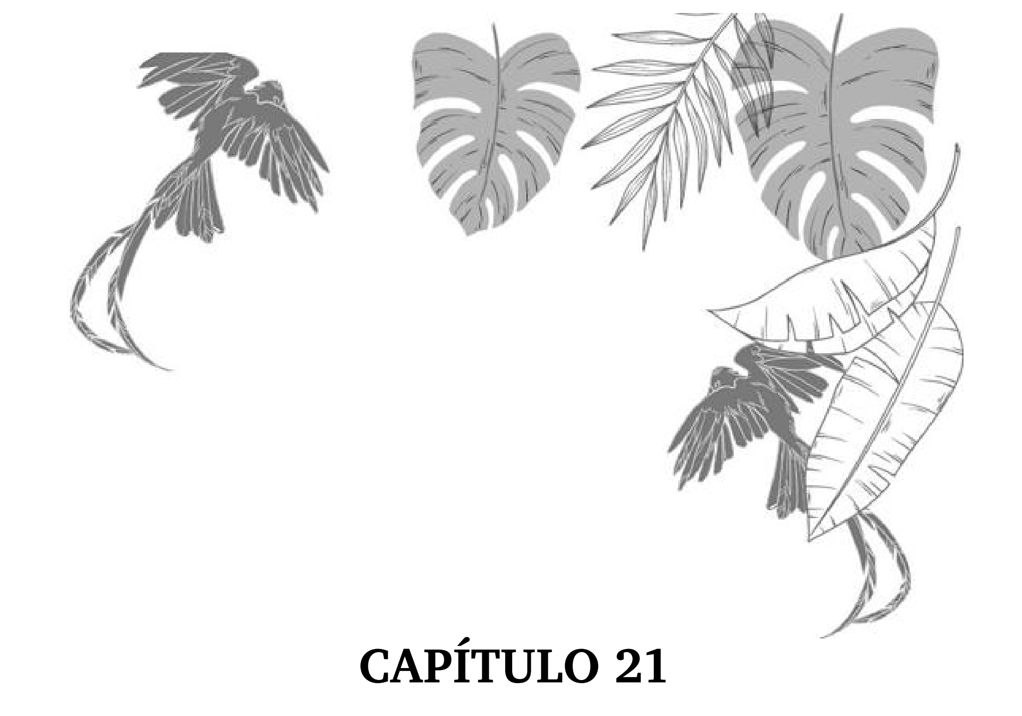
—¿Podemos quedarnos un poco más?

La mirada furtiva hacia los camarotes y el tinte en la voz de Xio sorprendieron a Teo. Quizás tenía miedo por la última prueba o no quería estar solo. En cualquier caso, él no pudo decirle que no.

—Está bien, un poco más —suspiró. —Pero después vamos a dormir.

Xio asintió. Teo se sentó junto a él, encendió el televisor, bajó el volumen y comenzó a cambiar de canales ociosamente mientras el pequeño se acomodaba sobre los almohadones. Cuando el rostro

irritante de Chisme apareció en la pantalla, cambió de canal de inmediato por un documental de la naturaleza. Las respiraciones profundas y pausadas de Xio se mezclaban con el zumbido de la voz del narrador y dejaron que Teo apagara el cerebro, al menos por un rato.



CAPÍTULO 21

Las pruebas ya casi llegaban a su fin. Cuando el barco atracó, estaban de vuelta en el Templo del Sol, en donde todo eso había empezado y en donde, a la noche siguiente, todo terminaría.

Les quedaba un día y, como celebración final antes de la quinta prueba, tendrían un último banquete. Todos los competidores con sus padres y sacerdotes estaban invitados a comer, beber y celebrar. Se suponía que fuera un gran evento, algo de lo que los Dorados no dejaban de hablar y que esperaban con ansias, aún con toda la tensión que había en el aire. Sin embargo, para Teo sonaba terrible. No quería tener que fingir que estaba feliz ni que ese era un honor. Estaba cansado y asustado, y se sentía incapaz de hacer algo al respecto.

Cuando desembarcaron, los guiaron de vuelta al Templo del Sol y, una vez más, les advirtieron que debían quedarse en sus habitaciones y no deambular. Se sentía como si hubiera pasado todo un año desde su partida en lugar de nueve días. Antes de que los competidores

fueran a las mismas habitaciones de antes, les ordenaron que se alistaran. La cena comenzaría a las seis en punto y debían usar los trajes de gala otra vez, lo último que Teo quería. Cuando entró a su habitación, su traje ya estaba esperándolo colgado en el perchero, y él deseó lanzarlo todo por la ventana.

Estaba a punto de darse una ducha, pero alguien llamó a la puerta. Abrió de prisa con esperanzas de encontrar a Aurelio del otro lado, pero no era él. Era alguien mucho peor.

—Hola, Teo —saludó Verdad en su tono profesional permanente. Chisme guiñó un ojo detrás de su hermana y agitó los dedos en un saludito.

—Eh, hola —respondió él. Miró por el corredor, y un pavor le retorció el estómago. ¿Qué demonios hacían esos dos en su habitación?. —¿Pasó algo? ¿Estoy en problemas?

—En absoluto —aseguró Verdad.

—¿Hay alguna razón para que estuvieras en problemas? —Chisme alzó las cejas.

—No —respondió él enseguida.

—Nos preguntábamos si estás dispuesto a darnos una entrevista —explicó Verdad. —Me encantaría hablar con el semidiós Jade que alcanzó el tercer lugar en la tabla de posiciones. Eres una gran inspiración para los tuyos.

—O lo serías si hablaras con ellos. ¡Tenemos los medios para facilitarlo! —agregó Chisme.

—Supongo que podría hacerlo —dijo aunque seguía inseguro. Tenía una enemistad con Chiste y no estaba seguro de que su hermana no fuera tan poco confiable como él. —Tengo que ir a esa cena elegante en un rato…

—No te retendremos mucho tiempo —aclaró ella enseguida.

—Sí, está bien —concedió al final con un suspiro.

Lo llevaron hasta uno de los pisos más bajos del templo y a una habitación grande que Verdad y su equipo habían convertido en un centro de control. Estaba lleno de escritorios y de sillas; aunque era oscuro, estaba iluminado por la luz azul que emitía la pared llena de pantallas de televisión. Había reporteros y editores sentados frente a las computadoras armando videos con escenas de las pruebas, al

tiempo que transmitían las noticias en vivo en otras pantallas.

—Toma asiento —indicó Verdad al llevarlo a lo que él supuso que era su lugar de trabajo. El escritorio tenía tres monitores, una pila enorme de papeles organizados a la perfección y una hilera prolija de bolígrafos. Chisme se sentó frente a una segunda silla frente a una pila desordenada de noticias amarillistas y de anotadores.

Teo arrastró una silla y se sentó, tenso y a la espera de que aparecieran un montón de cámaras frente a su rostro, pero Verdad solo sacó un anotador amarillo.

—Empezaré yo —explicó. —Luego, mi hermano también te hará algunas preguntas. En mi parte, me gustaría darle al público una visión más holística del semidiós Jade que ha estado dominando las pruebas, para *humanizarte* un poco, si me lo permites.

La chica comenzó con preguntas fáciles: cómo era vivir en Quetzlan; si había viajado por Reino del Sol antes; cómo era la relación con su madre. Luego comenzó con temas más profundos. Con algunos toques al teclado, abrió una imagen en uno de los monitores. Era de la primera prueba: Ocelo estaba en la cima de la montaña, con los ojos ensombrecidos y la roca sobre la cabeza, mientras que Teo le miraba desde abajo con los ojos desorbitados.

—Has estado en varias situaciones difíciles durante las pruebas —comentó ella mirándolo a través de las gafas. —Y sin el entrenamiento que han tenido la mayoría de los competidores. ¿Cómo fue para ti?

Teo no estaba seguro de cómo quería que respondiera.

—Bueno, son las Pruebas del Sol —dijo con una mirada inquieta a la imagen congelada. —No es como un paseo en el parque. —Tampoco sabía a dónde iba todo eso, pero ya estaba arrepentido de haber accedido.

—Es cierto —coincidió Verdad. —Pero, este año, los competidores parecen especialmente… digamos que determinados.

—¿Sí?

—Chico —intervino Chisme, —estas han sido las Pruebas más jugosas desde que el hijo de Pan Dulce le confesó su amor a la hija de Guerrero en la mitad de la quinta prueba. —Verdad se acomodó las gafas y le lanzó una mirada a su hermano, por lo que él alzó las manos en señal de rendición. —Perdón, perdón. Adelante, esperaré mi turno.

A continuación, Verdad abrió un video de la cuarta prueba, reconocible por las plantas verdes y las paredes de piedra. Ella lo reprodujo y Teo se vio a sí mismo derribado por Auristela, que estaba a horcajadas sobre él, con las rodillas sobre sus alas. Se había asustado en el momento, pero incluso allí, en la habitación silenciosa con una silla firme debajo de las piernas, una oleada de terror le recorrió la columna.

—¿Qué pasó en este momento? —preguntó la semidiosa.

—Auristela me derribó —respondió él, moviéndose con incomodidad.

—Algunos piensan que, de no haber sido por ella, ya tendrías tu lugar asegurado como Portador del Sol —comentó Chisme.

—Lo dudo. —Teo lo miró incrédulo. Podría haber terminado con el mayor puntaje, pero no había forma de que hubiera estado tan cerca de ser Portador.

Verdad detuvo el video en Auristela con la Piedra Solar levantada sobre la cabeza y el rostro desfigurado por la furia. Era claro que la grabación era de una cámara oculta, pues estaba difusa, pero Teo aún pudo ver la oscuridad en los ojos de la chica y recordó cómo lucían cuando ella le gruñía desde arriba.

Cuando Verdad volvió a hablar, lo hizo en voz baja y analizando el rostro de Teo para ver su reacción.

—¿Qué pasó por tu mente en ese momento?

—No sé… —A él le temblaban las manos, así que se las secó en los pantalones.

—¿Pensaste que iba a matarte? —preguntó Chisme.

—*Chisme*, deja de guiar sus respuestas, por favor —lo reprendió su hermana. Sin embargo, Teo observó su rostro en la parte inferior de la pantalla: tenía los ojos cerrados con fuerza y los brazos sobre la cabeza.

—Sí —admitió, pues era la verdad. —Por un segundo, pensé que quizás iba a matarme.

—¿Tienes una enemistad de larga data con Auristela? —Los labios de Chisme se contorsionaron en una sonrisa aterradora, como un depredador que había acorralado a su presa. Teo resopló entre risas.

—La mayoría de los Dorados no son mis amigos…

—Pero matarte hubiera sido algo bastante extremo, ¿no?

Teo dudó. Había algo que lo inquietaba en el fondo de su mente, una sensación persistente que no había logrado dejar atrás desde la primera prueba.

Sí, hubiera sido extremo.

—Pero estoy seguro de que debe ser fácil dejarse llevar por el calor del momento durante las pruebas —reflexionó Chisme mientras se miraba las uñas.

—Supongo que solo puedo hablar por mí —comenzó a responder Teo al intentar concentrarse. —Pero sí, estoy muy, eh… orientado a mis objetivos. —El suyo siempre había sido claro: desenvolverse lo mejor posible y cuidar a sus amigos. Sin embargo, al mirar a Auristela en la pantalla, supo que el objetivo de ella en ese momento no había sido ganar, sino lastimarlo para evitar que él ganara.

—Ha funcionado muy bien para ti —comentó Verdad, enfocada en devolver la conversación al curso que ella prefería. —Has vencido las dificultades una tras otra.

—Eso creo… —Él frunció el ceño. A decir verdad, había sido tan joven durante las últimas pruebas que no sabía cuál era el comportamiento habitual de los competidores. Solo había asumido que los Dorados eran despiadados y que harían cualquier cosa por convertirse en Portadores del Sol; o al menos eso creía hasta que había conocido a Niya.

Verdad presionó el teclado otra vez y volvió a girar el monitor hacia Teo, en esa ocasión, con una imagen de la ladera de la montaña de La Cumbre. Él se vio a sí mismo aferrado por su vida a la roca durante la primera prueba, también a Ocelo, parade más arriba, decidide a arrojarles una roca a los demás competidores. La cámara hizo un alejamiento para capturarlo a él en el aire, con sus alas renovadas brillando con el sol, pero Teo estaba distraído mirando a Ocelo en la cima de la montaña. Le chique bajó la roca y lo miró como si no la reconociera ni se reconociera a sí mismo. Luego, la mente de Teo rememoró el momento en que el jaguar había saltado sobre Ocelo, que tenía el rostro lleno de alegría incontenida. No había sido le misme que estaba en la cima de esa montaña. Verdad hizo otra pregunta, pero él ya no estaba prestándole atención. Su mente iba a

toda prisa mientras revisaba las imágenes y recortes de video. Vio el nido quemado de la segunda prueba. A Niya y a Auristela luchando durante la tercera. Las enredaderas espinosas de Xochi ahorcando a Marino.

Teo creía que lo había imaginado, era fácil pasarlo por alto, pero lo estaba viendo, aunque los videos fueran temblorosos y las imágenes, borrosas. Cada vez que alguien había actuado de un modo particularmente violento, sus ojos se habían tornado negros y vidriosos. Algunas situaciones habían sido breves, como la de Niya en la segunda prueba, pero otras habían sido más notorias, como las venas negras que se habían extendido como telas de araña alrededor de los ojos de Auristela cuando sostenía la Piedra Solar falsa sobre su cabeza.

Algo o alguien estaba alterando a los competidores.

—Oh, me temo que te retuve demasiado tiempo —dijo Verdad. —El banquete ya empezó…

—Tengo que irme. —Teo se levantó de forma abrupta y casi derriba la silla.

—¿Y mi turno? —preguntó Chisme.

—Creo que ya tuviste suficiente —respondió su hermana con sequedad.

Cuando él se dispuso a dirigirse hacia la puerta, Verdad lo tomó del brazo y presionó.

—Teo —dijo mirándolo con ojos firmes. —Buena suerte.

Teo corrió hacia el salón del banquete mientras pasaba videos de las pruebas con frenesí en TúTube, en busca de mejores ángulos de los momentos que habían estado acechando sus recuerdos. Niya y Auristela luchando en la jungla de Oasis Opal con una crueldad anormal. Algo estaba *mal*. Abrió las puertas del salón de un golpe, pero se detuvo de forma abrupta. El lugar estaba lleno con todos los dioses, competidores y sacerdotes sentados a la mesa larga, con Luna en la punta. Todos giraron a verlo, incluso Aurelio.

—Teo, ¿y tu uniforme? —preguntó su madre, mirándolo de arriba abajo, confundida. Junto a ella, Huemac frunció el ceño, debatiéndose entre la confusión y su instinto de reprenderlo, pero a Teo lo que menos le importaba era lo que llevaba puesto en ese momento.

—¿Todo está bien? —preguntó Luna al levantarse de su silla.

¿Bien? *¿Todo estaba bien?*

—¡Algo anda mal en las pruebas! —gritó.

Surgieron jadeos y miradas alarmadas alrededor de la mesa, y Luna lo miró anonadada.

—¿De qué estás hablando?

—¡Mira! —Teo corrió hacia la punta de la mesa, ignorando la mirada perpleja de su madre y los murmullos de los demás. Levantó el teléfono y pasó videos e imágenes de las pruebas. —¿Ves sus ojos? Algo ha estado alterando las mentes de las personas durante las pruebas, volviéndolas furiosas y violentas, y yo… No lo sé —balbuceó al intentar ordenar sus pensamientos alterados. —¡Solo *mira*!

Extendió el teléfono hacia la diosa, pero antes de que ella se pudiera mover, Lumbre se puso de pie.

—¡Silencio! —rugió ella. Teo vio que el rostro de su madre oscilaba entre confusión y ofensa al pasar la vista entre su hijo y los Dorados. —Que *él esté aquí* ya es una burla para nuestras tradiciones sagradas. ¡Este no es más que otro intento desesperado por llamar la atención!

—¿Perdón? —repuso él, quizás no en el tono más indicado, pues Lumbre echaba chispas. —*No* soy el primer Jade que compite en las pruebas, pero *sí* podría ser la primera vez que la competencia es saboteada. —La última palabra inspiró jadeos desde algún lugar de la mesa. —Si se supone que seamos juzgados por nuestro heroísmo y por cómo actuamos, pero algo más tiene poder sobre nosotros, ¿eso no hace que toda la competencia sea injusta?

—¡Ya tuve suficiente de ti y de tu dramatismo! —Lumbre le arrancó el teléfono de la mano de un golpe, con lo que cayó al suelo y se le hizo pedazos la pantalla.

—¡No! —Su corazón se hizo pedazos.

Aurelio se levantó de un salto.

—¡Siéntate! —le ordenó Lumbre, pero él no se movió. Su mirada alternaba entre su madre y Teo, sin saber qué hacer. Auristela le aferró el brazo desde el asiento. Entonces, Teo respiró hondo e intentó calmar la tormenta de emociones que se revolvían en su estómago.

—Luna, *por favor,* escúchame. ¡Tú más que nadie debiste haber

notado que algo anda mal!

—No estoy en posición de cuestionar la voluntad de Sol. —Luna tragó saliva, con las manos inquietas frente a ella.

—¡Entonces lo notaste! —exclamó Teo y miró a sus amigos, con esperanzas de que sumaran su indignación a la de él; Niya, Xio, demonios, al menos uno de los Dorados. Sin embargo, todos lucían tan confundidos e inseguros como Luna.

—Teo… —dijo Quetzal con gentileza y una mano sobre el hombro de él.

—¡Mamá, esto es serio! —Nadie estaba *escuchándolo*. —Puedo mostrártelo…

—El espectáculo terminó, Hijo de Quetzal —sentenció Lumbre. —Toma asiento y sé agradecido. Llegar tarde a un banquete celebrado en tu honor como competidor ya es desgracia suficiente. ¡No avergüences más a tu madre!

—¡Alguien será asesinado mañana! —gritó en respuesta e hizo eco por las paredes. —¿Y todo lo que te importa es que llegué tarde a la cena?

El salón quedó en silencio. Nadie lo había dicho de forma tan directa durante todo el transcurso de las pruebas. Todos tenían un acuerdo tácito de ignorar la mitad del resultado de todo aquello.

—¿Cómo funcionan las posiciones, Luna? ¿Cómo es que el gran Sol decidirá quién será asesinado mañana? ¿Alguno de nosotros está a salvo? —Luna se limitó a mirarlo fijo, consciente, al parecer, de que él no esperaba una respuesta. —¡Las posiciones han sido extrañas todo este tiempo! Todos lo sabemos. —Su corazón estaba acelerado, no podía controlar el curso de las palabras que salían de su boca, ya no se trataba de lo que Verdad le había mostrado. Era como si toda la furia y frustración que había estado sintiendo durante las pruebas hubieran llegado a un punto sin retorno. —Tu hija podría morir mañana, Diosa Lumbre, ¿eso no te importa? —soltó.

—¿Cómo te atreves? —Se encendieron llamas en los ojos ardientes de la diosa.

—*Ya basta, Teo* —dijo alguien de repente. Xio estaba sentado junto a su padre, con el rostro pálido.

—Xio —pronunció perplejo. ¿No le importaba? ¡Estaba en último

lugar!

—Estás *empeorando* las cosas —agregó en tono afectado y con lágrimas en los ojos oscuros. Mala Suerte lo abrazó por los hombros de forma protectora.

—Sabías a lo que te enfrentabas cuando viniste a este lugar —afirmó Luna con voz pausada y deliberada.

—¡Yo no elegí competir! —argumentó, aunque podía percibir la derrota en su propia voz.

—Así es como funciona nuestro mundo, Teo —continuó la diosa con calma. —Lo sabías, solo que no te importaba cuando no te afectaba.

Él dio un paso atrás, pues las palabras fueron como un golpe en las entrañas. Miró alrededor: Niya, sin palabras por primera vez, lo miraba con el ceño fruncido por la confusión. Los demás competidores intercambiaron miradas alarmadas, mientras que los sacerdotes se susurraban detrás de las manos. Aurelio seguía de pie, listo para hacer *algo*, pero también él parecía perdido.

—Pero sus ojos… —insistió mirando el teléfono que estaba roto e inutilizado en el suelo.

—Teo… —Su madre se levantó y se acercó despacio. —Creo que estás muy cansado —dijo con voz suave y lenta, como si le hablara a un ave asustada. —Has pasado por mucho, tal vez deberías descansar.

Su corazón se desplomó. Ni siquiera su madre le creía.

—¡Esto es una desgracia! ¡Debe ser castigado! —rugió Lumbre.

—Esta es la noche previa a la prueba final, Diosa Lumbre —respondió Luna con tranquilidad, y la realidad cayó sobre ellos con pesadez. ¿Qué podía ser peor que lo que los esperaba al día siguiente?

—¡Entonces debe ser confinado a su habitación! —Lumbre le dio un golpe a la mesa. Luna suspiró, pero no discutió.

—Teo, ve a tu habitación a tranquilizarte —le ordenó y se frotó la frente. —Mañana será la quinta y última prueba. Espero que transcurra mejor que esta noche.

Humillado y enfadado, Teo se fue dando tumbos a la habitación antes de que alguien pudiera intentar detenerlo. Una vez adentro, cerró la puerta de un golpe. ¿Por qué nadie le creía? Sabía que era un poco descabellado, ¡pero la evidencia estaba ahí! ¿O no? La duda se

sentía amarga. Podía jurar que había visto lo que hubiera sido *eso* en los ojos de las personas en las imágenes. Su madre tenía razón, estaba exhausto, pero eso no implicaba que lo hubiera inventado. ¿Habría sido una ilusión de la luz? Cerró los ojos con fuerza y se los frotó con los puños.

¿Qué le estaba pasando?

Cuando alguien llamó a la puerta, se sobresaltó y su estómago se llenó de pavor. ¿Sería Lumbre, que quería terminar de descargarse con él? Se sintió tentado a ignorarlo, pero luego volvieron a tocar con más insistencia, así que se arrastró hasta la puerta y abrió.

Era Huemac. Lucía como si no hubiera dormido en días. Teo se preparó para recibir un sermón o para que lo reprendiera por su comportamiento en el banquete. Por el contrario, el sacerdote suspiró.

—Revoltoso —dijo por lo bajo, y los ojos de Teo se llenaron de lágrimas de inmediato. Cuando intentó parpadear para contenerlas, solo empeoró. Huemac entró y cerró la puerta. —En qué problema te has metido, revoltoso —dijo con una sonrisa cansada.

Teo se desmoronó en los brazos del anciano, y sus lágrimas oscurecieron la túnica verde esmeralda, de un modo que no lo hacían desde que era un niño. Huemac lo abrazó con fuerza y frotó el espacio entre sus alas. Él no había sentido una caricia tan reconfortante en años.

—Tus alas se ven increíbles —señaló el sacerdote con la voz ronca a pesar de que se había aclarado la garganta. —He estado esperando poder decírtelo. Estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué? —Teo rio con amargura. —No he hecho ni una sola cosa para enorgullecerte.

—¿Por qué lo dices? —Huemac lo alejó con las manos cálidas sobre los hombros e hizo que se parara derecho. —Teo, te has convertido en ti mismo por completo, y estoy impresionado por el jovencito que tengo frente a mí.

—Ni siquiera debería estar aquí. —Teo negó con la cabeza.

—No es como si hubieras tenido opción.

Con eso, Teo recordó lo que Diosa Opción había dicho. *Todos tenemos elección*.

—Soy un desastre —lamentó al frotarse los ojos. —Arruino *todo*.

—Ay, Teo. —Huemac suspiró, se sentó al borde de la cama y le indicó que lo acompañara. —Te he llamado "revoltoso" desde que tenías dos meses de edad. Nunca te conté la historia: yo te tenía en brazos mientras tu madre daba un discurso. Acababas de comer y no eructabas. —Negó con la cabeza, pero una sonrisa divertida curvó sus labios. —Al final, tuve que regresarte con tu madre antes de que ella volviera al estrado y, cuando te recibió, vomitaste todo el frente de su vestido. Y luego me miraste y te reíste. Juro que lo hiciste. Fue la primera vez que te llamé revoltoso —rio Huemac.

—No veo qué tiene que ver el vómito de un bebé con esto —respondió con debilidad.

—No importó que vomitaras, Teo —continuó el sacerdote sin prestarle atención a su queja. —Tu madre también se rio. Después le tomaron muchísimas fotografías con vómito en la ropa. Tú me enseñaste que eso no tenía importancia. Nunca has respetado las formalidades, desde el principio. —Huemac lo observó con seriedad. —Pero no causas problemas con intención de lastimar a los demás. Cuando ves injusticias o a alguien que actúa de forma injusta, causas problemas para detenerlas.

—No fue por eso que…

—Eres un ruidoso, impulsivo e insistente justiciero —interrumpió. —Y eso incomoda a las personas, pero no significa que seas malo. En realidad, significa que eres bueno. Mucho mejor que todos los que nos quedamos callados por temor.

—Creo que es lo más lindo que me has dicho hasta ahora —bromeó Teo entre sollozos.

—Y puede que no vuelva a pasar en mucho tiempo, así que mejor recuérdalo.

Una risa sorpresiva vibró en el pecho de Teo y liberó un poco la tensión que albergaba dentro.

—Creo que quedé como un tonto delante de todos —confesó.

—No, Teo —negó Huemac. —Alzaste la voz porque debías hacerlo. No es tu culpa que los Dorados no te escucharan.

—No fueron solo los Dorados los que no escucharon. —Recordó el vacío que sintió en el estómago al darse cuenta de que Quetzal tampoco le creía.

—Yo soy un simple mortal, Teo. —El hombre suspiró. —Sé cómo es sentir que mis acciones no tendrán consecuencias. Pero debemos intentar hacer lo correcto, sin importar quién esté dispuesto a escuchar.

Permanecieron sentados en silencio, hasta que Teo dijo:

—Tengo miedo.

—Tendrías que ser un idiota para no tener miedo. —Huemac sonrió y le palmeó la rodilla. —Los revoltosos generan cambios, Teo. Eres hijo de tu madre. Eres el Héroe de Quetzlan, lo quieras o no —agregó cuando el chico hizo una mueca. —Es una gran responsabilidad.

Una que Teo aún no creía haberse ganado, pero podía empezar a hacerlo.

—Arruiné esa estúpida cena elegante y todos creen que estoy inventando historias sobre las pruebas. Ahora todos me odian —lamentó al frotarse la nariz.

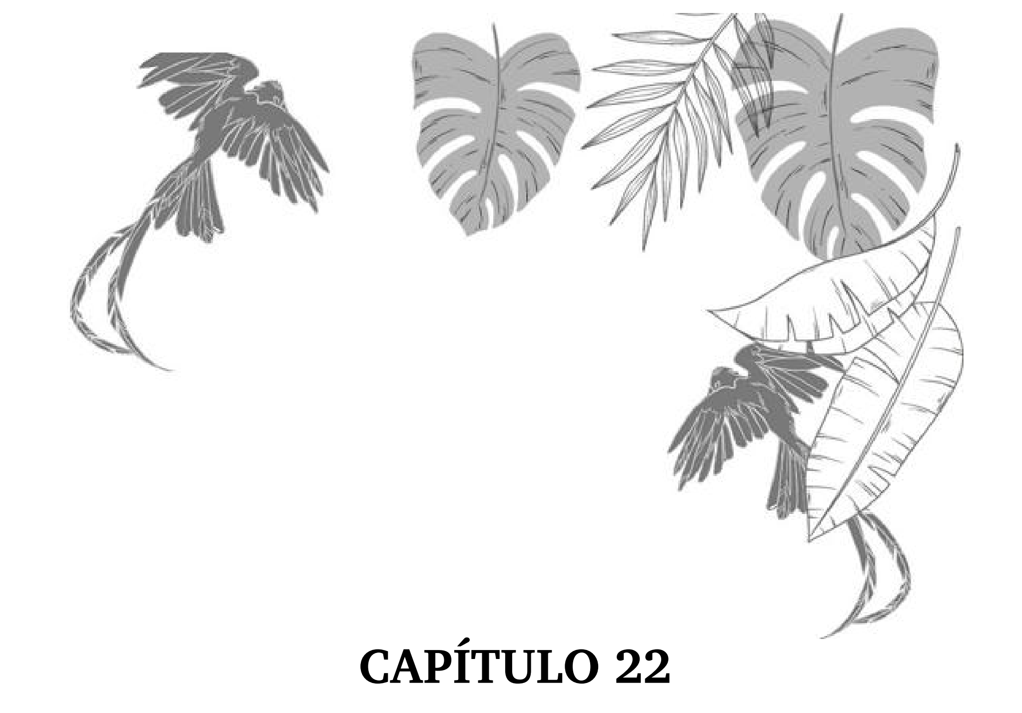
—Si tus amigos te conocen, saben que eres una muy buena persona con buenas intenciones.

—¿Y si aun así me odian?

—Niya te conoce, Teo. No la subestimes. Hubiera sido mucho más fácil no ser tu amiga durante todos estos años, así que no te dejará de lado con tanta facilidad. —Como el chico seguía sin parecer convencido, agregó—: Si nada funciona, compra su perdón con las golosinas que tienes en la mochila.

—Lo sabías, ¿eh? —Teo sonrió con sequedad, y el sacerdote rio y le dio una palmada en la espalda.

—Sol no es el único que lo ve todo.



CAPÍTULO 22

Después de que Huemac se fue, Teo no soportó quedarse encerrado en una habitación que no era suya, en una cama que era demasiado suave como para resultarle cómoda. Incluso la ropa que vestía tenía el logo de la Academia, un recordatorio de que solo estaba disfrazado para un espectáculo pomposo retorcido. Se quitó el pijama elegante aprobado por la Academia y buscó sus pantalones cortos desgastados y la camiseta deportiva azul jade de la Secundaria Quetzlan en su bolso.

Teo volvió a romper las reglas y salió del ala de competidores. No le importaba que lo hubieran confinado a su habitación. Ningún otro castigo que Luna o Lumbre pudieran darle sería peor que estar obligado a competir en las pruebas.

Subió a la cima del Templo del Sol hasta el observatorio, que estaba vacío excepto por la Piedra Solar y por el altar que esperaba al final de la competencia.

Sin nadie más alrededor, percibió que la Piedra Solar emitía un zumbido suave al rotar, y que pequeñas llamas solares ondeaban a los

lados. Desde allí arriba podía ver todo Reino del Sol extendiéndose en la oscuridad a su alrededor. Titilaban luces en las ciudades lejanas, y los rayos de sus Piedras Solares brillaban desde sus templos. Desde su hogar, había demasiada contaminación lumínica como para ver las estrellas, pero allí brillaban con fuerza en el cielo.

Teo se sentó en el borde del observatorio con las piernas colgando y con la Piedra Solar calentándole la espalda. Contempló el pequeño haz de luz más lejano en el oeste que sabía que era del Templo Quetzlan. Extrañaba su hogar. Sentía que habían pasado meses en lugar de días desde que se había ido. Con los codos apoyados en las rodillas, se frotó el rostro con las manos.

—Ahí estás —dijo una voz familiar.

Dio un brinco y giró hacia Aurelio, que estaba parado detrás de él. Vestía los pantalones cortos de la Academia y una camiseta sin mangas a juego, y tenía el cabello largo recogido como siempre. Las esquinas de sus labios estaban elevadas en una sonrisa cansada.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Teo, con las alas replegadas contra la espalda.

—Como si hubiera tantos lugares donde esconderse. —Aurelio se encogió un poco de hombros, y Teo lo miró con sospecha. —De hecho, el templo es bastante grande, llevo un tiempo buscándote —admitió y se sentó con un suspiro pesado. A Teo le agradaba como la piel suave de su estómago se enrollaba cuando se sentaba.

—Se suponía que nos quedáramos en nuestras habitaciones por el resto de la noche. ¿Tu madre no se enojará si se entera que saliste?

—Casi siempre está molesta conmigo, no creo que haga mucha diferencia. —El chico volvió a encogerse de hombros. Como Teo no sabía qué decir, se quedó callado. Aurelio emanaba un calor suave y adormecedor que lo calentaba en el frío de la noche. Junto al muslo desnudo, fuerte y de piel morena de Aurelio, él lucía pálido y delgado hasta un punto cómico. —¿Cuál es tu ciudad? —preguntó apuntando hacia las luces.

Teo señaló el brillo tenue de Quetzlan.

—¿Y la tuya? —preguntó. Aurelio se inclinó hacia él, con el hombro contra su ala, y señaló en la dirección opuesta. San Fuego estaba más cerca y era más brillante, casi como una llamarada que

penetraba el cielo nocturno. —Cielos, deseaba tanto poder ver las demás ciudades —comentó él con una risa débil.

—¿Y ahora? —quiso saber Aurelio, con la mirada aún en la Piedra Solar de su ciudad.

—Ahora, creo que tendrás que vencer a Dezi para convertirte en Portador del Sol. Y luego podré hacerte un recorrido por Quetzlan —respondió con un codazo ligero.

El otro solo tarareó en respuesta y se quedaron sentados en silencio por un momento. Teo esperó a que dijera algo, pero su singular rigidez lo hizo pensar que, tal vez, Aurelio estaba esperando a que *él* dijera algo primero. *Quédate callado*, se dijo a sí mismo. *No arruines el momento*. Pero no pudo evitarlo.

—Y… ¿Tú también crees que soy un mentiroso?

—¿Qué? ¿Por lo que pasó en la cena? —inquirió Aurelio con el ceño fruncido, a lo que él asintió. —No, no lo creo. Algo sí parece estar… mal.

Se volvió a hacer silencio entre los dos. Teo no quería presionarlo porque no quería sentir la puñalada de la incredulidad de Aurelio sumada a todas las demás. Aunque también sentía, en lo profundo de su pecho, que Aurelio lo escucharía.

—Por un segundo pensé que tu hermana me rompería el cráneo, ¿lo sabes? —arriesgó con una risita. El otro por fin lo miró antes de responder.

—Por un segundo, yo también lo pensé. Pero ella no es así —agregó con las cejas negras fruncidas. —Auristela es competitiva, pero no es violenta.

—Supongo que tendré que tomarte la palabra —balbuceó Teo.

—Así es. Nunca había hecho algo así —continuó Aurelio un tanto consternado. —Ha estado actuando de forma extraña. Todos lo han hecho, para ser honesto.

—Como espectador —comenzó Teo señalándose el pecho, —veo que todos los Dorados parecen dispuestos a hacer lo que sea para ganar.

—Somos competitivos, sí, pero incluso en la Academia es algo amistoso —explicó Aurelio mientras jugaba distraído con el cordel de su capucha. —Competimos con todo, pero después seguimos siendo

amigos, bromeamos…

—¿*Tú* bromeas?

—Hablo en serio. —El chico le dedicó una mirada devastadora. —En general, los enfrentamientos son cara a cara y sin todo este sabotaje y… brutalidad.

—Quizás el estrés de las pruebas esté afectándonos —sugirió él al encogerse de hombros. Aunque, más que nada, intentaba convencerse a sí mismo porque las demás opciones eran demasiado aterradoras. —La posibilidad de tener fama y gloria o una muerte inminente no inspiran lo mejor de las personas.

No lo había hecho en él, eso era seguro.

—Puede ser —concedió el otro tras una larga pausa, pero no parecía convencido. Más allá de lo que resultaba obvio, había sucedido algo más durante la cuarta prueba que aún perturbaba a Teo.

—Antes de que tu hermana destruyera la réplica de la Piedra Solar, quiso que tú la tomaras. ¿Por qué no se la quedó para ella?

—Es… complicado. —Aurelio contuvo la respiración e inclinó la cabeza de costado.

—Tengo tiempo.

—Auristela y yo siempre fuimos cercanos.

—Bueno, son mellizos.

—Es más que eso. —El chico puso los ojos en blanco. —Fuimos criados en mayor parte por nuestro padre mortal porque nuestra madre estaba ocupada. En ese entonces, me emocionaba mucho ingresar a la Academia —relató con una risita débil.

—Me acuerdo de eso. —Una sonrisa soñadora se elevó en los labios de Teo. Todas las noches que habían pasado juntos en vacaciones y en celebraciones pasaron por su cabeza. Las veces que habían jugado a ser Héroes que combatían villanos y monstruos para proteger a los habitantes de Reino del Sol. Aurelio siempre se emocionaba mucho y hablaba de lo genial que sería cuando estuvieran los dos juntos en la Academia.

—Y después empecé la escuela de verdad, pero nada fue cómo esperaba —continuó mirándose las manos con el ceño fruncido. —Ya no teníamos a nuestro padre, nuestros hermanos estaban ocupados siendo Héroes y los sacerdotes Lumbre no eran los más amigables. —

Teo podía imaginarlo. —Mi madre no dejaba de insistir en la importancia de que fuéramos *Dorados* y con que solo debíamos ser amigos de *otros* Dorados, aunque solo de los más fuertes. —Luego giró a mirarlo, por lo que Teo se encontró conteniendo la respiración. —Perdón por la forma en la que te traté. —El estómago de Teo se revolvió, se le acaloraron las mejillas por la vergüenza, y sus hombros se encogieron. —Fue una actitud horrible —agregó Aurelio sin apartar la vista. —Tú eras muy bueno conmigo; fuiste el único que intentó ser mi amigo. Sin embargo, te traté mal y me arrepiento de eso todos los días.

La sinceridad de Aurelio era inquietante, y el dolor de que lo hubiera rechazado durante tantos años aún lo afectaba. No estaba seguro de poder perdonarlo todavía. El chico lo miró con intensidad un segundo más antes de apartar la vista y liberarlo de la presión.

—Es curioso —agregó con una risa sin gracia. —Pasé toda mi infancia ansioso por entrar a la Academia y por entrenar para convertirme en Héroe. Estaba desesperado por tener la atención de mi madre, pero cuando la tuve, no fue como esperaba. Y no tenía con quién hablar al respecto, nadie que pudiera entenderme. A excepción de Auristela. Por eso soy tan cercano a ella —concluyó con una mirada de reojo con sus ojos cobrizos. —Ella es la única persona a la que tengo *permitido* ser cercano. Es la única persona con la que puedo contar de verdad. —Sonaba horrible y solitario. —Mi hermana siempre fue muy… protectora.

—Sí, lo noté —bufó Teo mientras se masajeaba el nudo detrás del cuello.

—Se supone que seamos estudiantes ejemplares, Héroes ejemplares. Los mejores entre los mejores. Debemos entrenar sin parar, competir sin parar. Todas nuestras vidas nos han inculcado que tenemos que ser los mejores, que tenemos que ser *excepcionales*.

—Y lo lograste, ¿o no? Niya dice que Auristela y tú son los mejores estudiantes. Y ambos fueron elegidos para competir en las pruebas —remarcó Teo. Si estaba intentando ganarse su compasión, no sabía a quién se enfrentaba. —¿Y qué tiene que ver todo eso con que haya destruido la Piedra Solar?

—Auristela quería que la tomara porque quiere que yo gane las

pruebas —respondió el chico.

—Es obvio que quiere que uno de ustedes gane —dijo Teo, que esperaba alguna clase de revelación.

—No, quiere que *yo* gane. Así que, como no agarré la Piedra Solar, que consiguió con un plan muy poco elaborado, decidió que era mejor que *nadie* la tuviera para que yo quedara en primer lugar.

—Pero Dezi está primero.

—Como dije, un plan muy poco elaborado.

—¿Por qué desea tanto que ganes?

—Para poder probarle a nuestra madre que no soy un fracaso.

Lo dijo con tal simpleza que, al principio, Teo pensó que había escuchado mal.

—*¿Qué?* —exclamó con una risa repentina. —¿Cómo demonios puede pensar que *tú* eres un fracaso? —Debía ser una broma. Él era *Aurelio*, el Chico Dorado. ¿Cómo podía alguien pensar que era menos que perfecto?

—No soy ignífugo. —Giró a mirarlo con el ceño arrugado, como si no estuviera seguro de que Teo fuera a responder. Y, claro, él no sabía *cómo* responder porque esas palabras no tenían sentido.

—Pero eres el hijo de Lumbre —dijo negando con la cabeza. —Todos los hijos de Lumbre son resistentes al fuego, es lo que los define, ¿no?

—Sí, bueno, a mí no —respondió Aurelio con hosquedad mientras se movía intranquilo en el lugar. —Puedo manipular el fuego, pero mi piel no es ignífuga. No se daña tan rápido como la de los mortales, pero puedo sentirlo. —Se levantó las mangas de la sudadera para revelar los brazaletes dorados omnipresentes. Cuando llevó la mano a la hebilla pequeña en el brazo izquierdo, a Teo casi se le sale el corazón por la garganta. Quería detenerlo y decirle que no lo hiciera porque no estaba listo para ver lo que estuviera por mostrarle. —Mientras que no me exponga al fuego por mucho tiempo, no me lastima.

La hebilla se abrió con un chasquido mínimo, y el brazalete dejó expuesta la piel lastimada que ocultaba. Teo tomó aire entre dientes. El brazo de Aurelio estaba rodeado por marcas marmoladas, algunas más oscuras, otras rojas y brillantes. Las miró más de cerca: formaban

una silueta que conocía, pero no lograba identificar.

—Fue cuestión de acostumbrarme —comentó Aurelio en voz baja mientras seguían sentados uno junto al otro con las cabezas inclinadas hacia su brazo. Cuando apretó los dedos, el tejido cicatrizado se tensó sobre los músculos abultados. —Mi madre lo llama entrenamiento de resistencia —murmuró.

Teo sintió un golpe frío en el pecho al reconocer las marcas. Eran las huellas de una mano. Del mismo tamaño, superpuestas y en distintas etapas de sanación. Apretó los dientes al tiempo que un calor furioso le recorría las venas. Si existía alguna razón para golpear a un dios, era esa. Aurelio estaba sentado en silencio, cabizbajo y con las cicatrices expuestas. Teo tragó el ardor que sentía en la garganta y extendió los dedos hacia el brazo de su compañero, pero se detuvo en el aire.

—¿Duele? —preguntó apenas más fuerte que un susurro.

—En cada oportunidad. —El chico mostró la misma sonrisa exhausta.

Teo recordó todas las veces que lo había visto en contacto con fuego. El alebrije geco le había escupido fuego en las manos. La cortina de llamas a la que se había enfrentado para protegerlo a él. El terrible incendio en la panadería de Quetzlan, frente a toda su gente. Aurelio lo había sentido en cada ocasión, pero había corrido hacia las llamas de todas formas.

—Auristela cree que todos mis problemas se solucionarán si me convierto en Portador del Sol —explicó, con lo que devolvió a Teo al presente. —Con ese título, quizás mi madre se convencería de pasar por alto mis… defectos.

—*Defectos* —repitió Teo con una risa amarga. Aurelio era la imagen perfecta de un Dorado, moldeado para ser Héroe, desde el corte de cabello hasta la ropa que usaba; incluso su personaje listo para las cámaras.

—Auristela estuvo mal con lo que hizo…

—¿Destruir la piedra o intentar aplastar mi cabeza?

—Pero entiendo por qué lo hizo. —Aurelio decidió ignorarlo. —Al final del día, ella es lo más importante para mí, no los títulos. —Volvió a colocarse el brazalete sobre la piel antes de mirar a Teo con

una mirada firme. —Haría lo que fuera por mi hermana, y ella haría lo mismo por mí. Ya no me importa convertirme en Portador del Sol ni impresionar a mi madre. Lo único que quiero es que ambos salgamos de esto con vida. —Estaba preocupado porque su hermana estuviera en último lugar. Ambos estaban en una situación similar, con personas que les importaban en los últimos puestos de la tabla.

Pero alguien tenía que morir, y no cualquier persona, sino alguien que *conocían*. Teo odiaba admitirlo, pero habían llegado a agradarle algunos de los Dorados. Eran divertidos y eran chicos como ellos, no los supervillanos que se había representado en su mente. Dezi y Marino lo habían salvado más de una vez durante las pruebas. Auristela y Ocelo eran de lo peor, claro, pero no lo suficiente como para merecer morir. Y si la situación seguía así, sería Xio el que acabaría asesinado.

De repente, Teo sintió repulsión hacia sí mismo. Había querido ganar por las razones equivocadas, no por una causa noble, sino porque quería sentirse digno. Pero no era tarde, todavía tenía tiempo para arreglarlo. Podía hacerlo aunque algo estuviera interfiriendo con las pruebas, manipulando a los competidores para que se volvieran violentos, aunque nadie le creyera y no supiera cómo probarlo. La realidad era que tenían que competir en la prueba final sin importar lo que pasara, así que, más allá de todo lo demás, tenía que descubrir cómo salir de eso con vida, con Niya y con Xio.

—Haré lo que sea para mantenerla con vida —afirmó Aurelio con una intensidad feroz en los ojos cobrizos.

—Esa es la parte complicada, ¿eh? —Teo soltó una risa forzada, mirando la Piedra Solar.

—¿Cuál? —quiso saber Aurelio, que pasó la vista entre él y la Piedra.

—Que alguien tenga que morir de todas formas —respondió con una sonrisa amarga.

Quedaron en silencio por un tiempo largo, hasta que Aurelio levantó el brazo y señaló una agrupación de estrellas.

—Ahí están los Obsidianos —dijo.

—Nunca fui bueno identificando estrellas. Las veo todas iguales —comentó Teo al mirar al cielo con los ojos entornados.

—No son solo estrellas —explicó Aurelio y señaló una sección más amplia. —Son constelaciones. ¿Ves esa agrupación brillante a la izquierda? Es la de Chupacabra. Y al lado, ¿ves esa forma que parece un reloj de arena? Ese es Caos.

—¿Y Venganza? —Teo creyó que podía distinguirlas.

—Allí. ¿Ves? —dijo Aurelio señalando a la derecha. —Se ve como la cabeza de una cabra con cuernos. Allí es donde Sol los atrapó entre las estrellas.

—Así que por eso estamos luchando, ¿eh? ¿Para mantener lejos a unas enormes bolas de fuego? —Teo no pudo contener la amargura de su voz, pero el otro negó con la cabeza.

—Es mucho peor que eso.

Volvió a extenderse el silencio entre ambos mientras miraban el cielo nocturno. Teo intentó imaginarse a los Obsidianos antes de la guerra, cuando eran dioses tan reales como su madre y como Luna, pero no pudo. Eran más bien monstruos en una historia de terror.

—Estuve pensando en lo que dijiste la otra noche —murmuró Aurelio.

—Dije muchas cosas, tendrás que ser más específico —respondió él en voz baja.

—Sobre como, si ser el sacrificio es un honor, debería ser el ganador de las pruebas al que sacrifiquen.

—¿Crees que tenía razón? —Teo lo miró sorprendido.

—No. —Aurelio negó con la cabeza, con los ojos cansados en la extensa oscuridad frente a ellos, y soltó un largo suspiro. —Pero tampoco creo que estés equivocado.

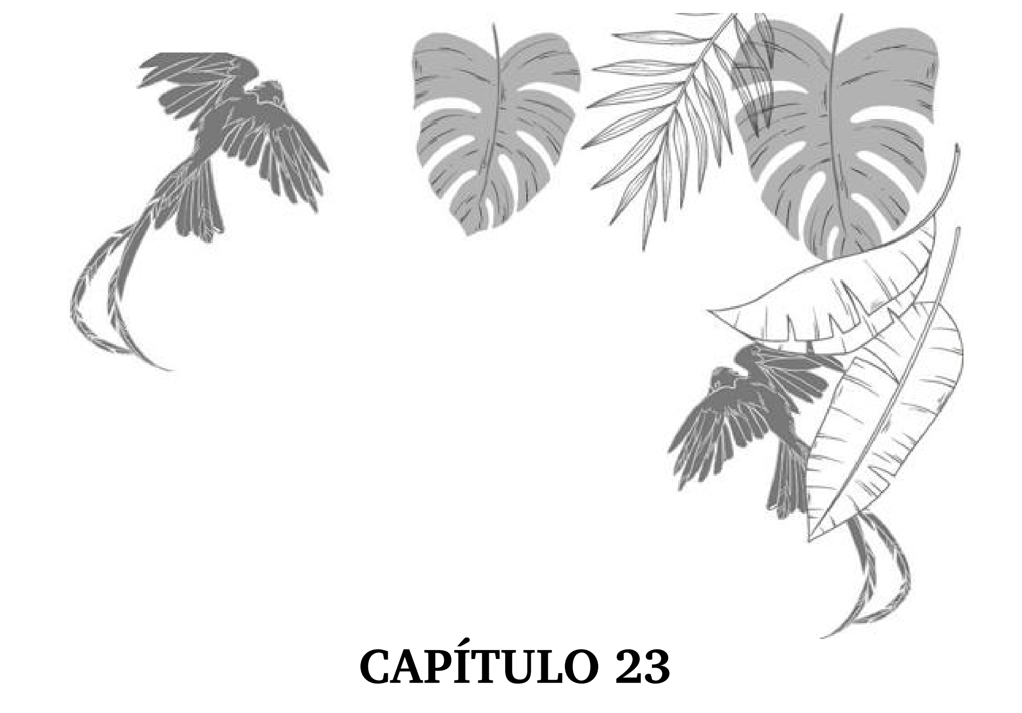
—Es mejor que nada —bromeó él, aunque había un peso enorme sobre ellos.

—Yo no… —El chico hizo una pausa y apretó los labios, por lo que Teo supo que lo que quería decir era difícil. —No sé si podría hacerlo. —Cuando Teo alzó una ceja, explicó—: El sacrificio, ser Portador del Sol. Aunque no fuera… Aunque no conociera a la persona que tuviera que morir, aunque tenga que hacerse. No sé si podría quitarle la vida a alguien.

Teo se apoyó con cautela contra el hombro de Aurelio, que se puso tenso, pero no se alejó.

—Espero que no tengas que hacerlo —dijo por lo bajo.

Aurelio dejó caer los hombros y se inclinó hacia él apenas un poco, suficiente para emanar el calor de su piel hacia Teo. Se quedaron en silencio otra vez, con las miradas en la Piedra Solar ardiente.



CAPÍTULO 23

La quinta prueba era tarde esa noche, así que tenían mucho tiempo que matar durante el día, demasiado para Teo. Todos estaban inquietos y más callados de lo habitual. Él estaba preocupado por Xio, que tenía ojeras negras debajo de los ojos y se rehusaba a comer, hasta que Teo y Niya lo obligaron con delicadeza a probar un poco de pan y de queso.

En algún momento del día, los tres estaban jugando a la lotería en el área común y, cuando Teo alzó la vista, notó que la mayoría de los Dorados también estaban ahí.

Marino, Dezi, Atzi y Xochi estaban jugando al billar a media asta, y alguien mencionó que Ocelo se había ido a la sala de entrenamiento. No estaban conversando y riendo como de costumbre; incluso Dezi, que siempre había estado sonriente y animado, estaba apoyado contra el taco como si fuera a quedarse dormido en cualquier momento.

Por su parte, Aurelio y Auristela estaban sentados juntos en los sofás frente a los ventanales. Se mantenían aislados, pero el chico se

encontró con la mirada de Teo más de una vez al observarlos desde el otro lado de la habitación.

La ciudad bullía mientras los sacerdotes hacían los preparativos para la celebración de esa noche. La quinta y última prueba empezaba después de la puesta del sol y la ceremonia del Portador del Sol sería a la medianoche. El Templo del Sol palpitaba con excitación, entretanto, los competidores almorzaban en silencio.

Teo se preguntaba si todos estarían pensando lo mismo: que en menos de doce horas, uno de ellos sería nombrado Portador del Sol. Y otro de ellos estaría muerto.

A pesar de la intranquilidad, se sorprendió cuando el sacerdote Sol fue a buscarlos y les informó que la prueba final no tendría lugar en una arena en el Templo del Sol. En cambio, viajarían a otro lugar misterioso.

Vestidos con sus uniformes, todos siguieron a Luna de vuelta al muelle. Los sacerdotes Sol detuvieron sus actividades para aplaudirlos y saludarlos. Al recorrer con obediencia el camino de tierra de regreso a la orilla, Teo escuchaba su propia respiración agitada.

En lugar del barco grande al que se habían habituado, los esperaba una flota de trajineras en las que aguardaban sus sacerdotes en un mar de túnicas coloridas. Teo intentó identificar el verde y el azul brillantes de Quetzlan, desesperado por encontrar a Huemac, pero la pequeña trajinera Jade estaba al último.

Luna les indicó que abordaran la embarcación principal, cubierta con los adornos dorados de Sol. Allí, había una mesa llena de frutas, carnes y jugos de todas las frutas que quisieran. Sin embargo, nadie tocó nada después de que se sentaron.

Cuando atravesaron la cascada, por un instante, Teo tuvo la esperanza descabellada de que irían a su hogar en Quetzlan, pero desapareció enseguida cuando la trajinera giró hacia el sur. Él nunca había viajado por esos canales y, dado que era pésimo en geografía, no tenía idea de qué ciudades desconocidas atravesarían en el viaje. En cada una de las que recorrían, había personas en las orillas y en los puentes que los saludaban y celebraban a su paso; sin embargo, a pesar de los gritos que recorrían el aire, ni siquiera Auristela saludaba.

Teo se preguntó si esas personas sabrían por qué estaban

aplaudiendo. No se trataba de un desfile estúpido por algún día festivo, era un cortejo fúnebre.

A medida que el sol bajaba en el horizonte, los nervios de Niya comenzaban a aflorar. Empezó a hablar sin sentido a toda velocidad y nadie dijo nada, sino que la dejaron hablar consigo misma durante el resto del viaje. Incluso eso era mejor que el peso del silencio.

Llegaron a una de las ciudades más alejadas con la última puesta del sol antes de que fuera renovado. Era un sitio pequeño y deteriorado. Muchos de los edificios al borde del canal estaban torcidos y con las ventanas tapiadas. Cuando más se adentraban, más alertas se ponían los Dorados. Dezi se sentó derecho, con la mirada fija más allá de la proa del barco. El ceño tupido de Ocelo se frunció sobre sus ojos de jaguar. Niya de repente dejó de hablar.

La trajinera se había detenido frente a un muelle viejo y desvencijado. Estaban a cierta distancia de las casas más cercanas y, cuando Teo miró hacia el frente, solo vio una noche cerrada. Sus ojos se adaptaron enseguida, entonces notó que había una formación de árboles oscuros que se extendían hacia el cielo nocturno.

—No puede ser verdad —dijo Xochi con voz y señas alarmadas, por lo que Teo se sobresaltó. El cabello de la chica se sacudía cada vez que pasaba la vista desde la mesa hasta los árboles. —¡No puede ser verdad!

Una respiración entrecortada y temblorosa llamó la atención Teo, cuyo corazón de repente tamborileaba con fuerza dentro de su pecho. Luego vio que los ojos oscuros de Xio estaban desorbitados, mirando la jungla amenazante sin parpadear.

Por primera vez en la vida, Niya estaba sin palabras.

—¿Dónde estamos? —preguntó él con la voz ahogada por la adrenalina que le recorría las venas.

—En Los Restos —respondió Aurelio.

Todo el calor que quedaba en el cuerpo de Teo fue consumido por un miedo glacial. Por lo que podía recordar de la escuela, Los Restos era la jungla inhóspita del sur en donde las ruinas de los dioses traidores yacían fuera del alcance de Sol. Después de que Venganza, Chupacabra y Caos fueron encerrados en sus prisiones celestiales, los dioses destruyeron sus ciudades y templos. Con el tiempo, la

naturaleza había proclamado el dominio sobre las ruinas, por las que deambulaban animales y monstruos peligrosos con libertad. A veces se colaban por las fronteras de Reino del Sol, aunque esos eventos eran esporádicos y los Héroes los controlaban enseguida. Era espeluznante ver cómo empezaba la jungla donde terminaba la ciudad, casi como si una barrera invisible contuviera a las raíces y plantas.

De repente, comenzó a llover. No era la lluvia suave y cálida que Teo acostumbraba a ver en temporada de huracanes, sino que era intensa, helada y dolorosa al contacto con la piel. Mientras seguían a Luna hacia el límite de la jungla, escuchó el rugido de truenos a la distancia. Las estrellas plateadas del vestido de la diosa y las hebras descoloridas de su cabello reflejaban la poca luz que tenían para iluminar el camino.

Al final, los esperaban diez senderos de madera elevados, cubiertos por musgo espeso. Debían subir por escaleras de cuerda inestables hasta las plataformas a unos seis metros de altura. Todas estaban construidas con troncos entrecruzados y se extendían hasta desaparecer en el follaje denso delante de ellas.

Por primera vez, la presencia de Fantasma no fue consuelo para Teo. Por el contrario, era un recordatorio presagioso del destino que le esperaba a quien quedara en último lugar.

—Esta prueba requiere que sigan un camino, pero no es una carrera —explicó Diosa Luna en voz alta y en señas, mientras que un sacerdote la cubría con un paraguas. Sonaba fatigada y distante. —Cuanto más se adentren en la selva, más extrañas y peligrosas serán las cosas que verán. Luego los caminos comenzarán a converger y cruzarse. La meta de esta prueba se encuentra en la convergencia de todos los caminos, en donde habrá una plataforma grande con el glifo de Sol esperándolos. Una vez que crucen la barrera final, no podrán regresar. —Teo quería prestarle atención, pero un temblor profundo le recorría la columna y le impedía concentrarse. Lo único que podía pensar era que si estaban separados, él, Niya y Xio tendrían que encontrarse de alguna manera. —Esta prueba no tiene reglas, solo tienen que llegar a la meta —anunció Luna en tono vacilante. Teo la había visto ser estoica y amable, incluso rigurosa, pero nunca la había visto asustada. Eso hizo que se le erizara el vello de los brazos por

completo. —La jungla de Los Restos ha sido corrompida por el poder antiguo de los Obsidianos, y su influencia sigue presente. La luz de Sol no puede alcanzarlos a través de las copas oscuras de estos árboles. Estarán solos y serán evaluados por cómo se defiendan del poder residual de los Obsidianos. No tenemos forma de saber qué peligros los esperan. Pueden usar cualquier medio necesario para defenderse. La única regla es que si se desvían del camino, no podrán continuar y su luz se apagará.

¿Luz? Los uniformes de todos se encendieron a la vez. El motivo de panal de abeja, las costuras y las partes de red se iluminaron con luz cálida; excepto los de Teo y de Xio, que brillaban de color verdeazulado.

La expresión de Diosa Luna flaqueó por un instante. Estaba mirando a Xio con preocupación y abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Luego apartó la vista de él y recorrió a los demás competidores. Cuando su mirada plateada se encontró con la de Teo, cerró la boca y su expresión volvió a ser la máscara rígida que mostraba siempre, aunque su mandíbula estaba demasiado tensa.

—Los llevarán a sus puntos de partida y comenzará la prueba —indicó. Acto seguido, una hilera de sacerdotes Sol se acercaron para escoltar a los competidores.

La lluvia seguía cayendo con fuerza cuando Teo llegó a la plataforma. Buscó dónde habían llevado a sus amigos, lo que no fue difícil de descubrir con los uniformes iluminados en la oscuridad.

Intentó ignorar los espasmos que hacían que sus alas se sacudieran para sacarse el agua de las plumas. Seis metros parecían mucho menos cuando estaba al nivel del suelo. La madera nudosa debajo de sus pies estaba retorcida y resbaladiza, pero no había ningún borde o pasamanos del que pudiera agarrase, solo corteza mojada, musgo y la oscuridad profunda debajo de él. La barrera traslúcida conocida de luz dorada lo separaba del resto del camino, pero podía ver que, detrás de ella, los troncos desaparecían en las profundidades de la jungla.

—Competidores, en sus marcas —resonó la voz de Luna.

Teo miró a Xio con los pulgares en alto, a lo que el pequeño respondió con un movimiento de la cabeza tembloroso y cortés. La trompeta de Mariachi sonó y, al mismo tiempo, vibró el reloj de Teo y

desapareció la barrera.

En cuanto corrió más allá de la línea de los árboles, todo se sumió en la oscuridad, con el traje como única fuente de luz. El camino de madera elevado viraba hacia la derecha y hacia la izquierda, por lo que era imposible ver mucho más adelante. Además, estaban debajo del follaje espeso que bloqueaba las estrellas. Los árboles estaban más cerca, pegados unos a otros, y las ramas se entrelazaban como dedos. Cualquier esperanza que tenía de volar para buscar a sus amigos desapareció de inmediato, pues la jungla era tan cerrada que era imposible que se elevara sin enredarse. Aunque lo hiciera, tenía las alas fatigadas por haberlas usado demasiado, tal como Aurelio le había advertido, y que Auristela las aplastara con las rodillas no había ayudado.

Así que tenía que correr como en los viejos tiempos. Y era terrible. Sintió una punzada en el costado de inmediato y cada paso le sacudía los hombros adoloridos. Se mantuvo en el centro del camino, ya que si se acercaba demasiado al borde, la selva oscura debajo de él le daba vértigo. Las copas de los árboles bloqueaban la caída directa de la lluvia, pero también hacían que el agua se acumulara y cayera sobre Teo en torrentes. En la oscuridad, era imposible ver las lianas y ramas enrevesadas que se extendían desde la jungla, así que tenía que recuperar el equilibrio continuamente para no caer de cara al suelo. Hubiera sido más astuto avanzar despacio, evaluar cada paso, solo que la sensación repentina y opresiva de soledad entre la vegetación oscura lo instaba a ir rápido hasta que encontrara a sus amigos.

Después de lo que pareció una eternidad, su camino se encontró con el de la derecha, entonces Teo redujo la marcha y aguzó ojos y oídos en busca de alguien más. Escuchó movimiento entre los árboles, de algo pesado e inhumano. Las gotas heladas bombardeaban su piel y le caían en los ojos. No entendía cómo podía llover de ese modo. Al protegerse los ojos con la mano y mirar hacia arriba, pudo jurar que las nubes de tormenta estaban *debajo* de las copas. Antes de que pudiera encontrarle sentido, sintió un cosquilleo en la cabeza y un sabor extraño en la lengua.

Estalló una luz a sus pies, medio segundo antes de que un crujido estruendoso penetrara sus oídos. Tras caer de costado, se arrastró

enseguida lejos del tronco humeante que había quedado rostizado. Cuando alzó la vista, descubrió que Atzi había aparecido tras él. Caminaba a paso firme y retorcía las manos para arremolinar nubes de lluvia obedientes sobre su cabeza. Había algo extraño en su forma de moverse; Teo estaba a punto de gritarle cuando la vio curvar los labios en una sonrisa burlona muy poco típica de Atzi. Luego extendió el brazo, lista para atacar.

¡Mierda, mierda, mierda!

Teo se apresuró a ponerse de pie con los pies resbaladizos.

Atzi llevó las manos hacia atrás, con lo que una corriente eléctrica chispeante apareció entre ellas. Teo logró esquivarla antes de que impactara como una lanza en el lugar en el que había estado. El tronco quedó astillado. Una luz plateada iluminó el rostro frustrado de la chica, que soltó un grito furioso y lanzó otro rayo. Él dio un salto y sintió un dolor intenso en los hombros cuando las alas lo ayudaron a esquivar otra descarga que estalló en vano contra un árbol.

—¡Vamos, Teo! —rugió ella. —¿No recuerdas cuando te bajé del cielo durante la primera prueba? ¿No quieres vengarte? —Había algo extraño en ella. Teo no la conocía bien, pero en el breve tiempo que llevaban viajando juntos, nunca había sido tan confrontadora. Siempre era muy determinada, pero tranquila. —O quizás prefieras luchar contra mí —dijo, solo que ya no era Atzi. Las facciones se contorsionaron y curvaron mientras la figura crecía. De repente, el que estaba frente a él era Ocelo, con los dientes afilados a la vista. —Ven, Chico Pájaro. —El falso Ocelo saltó hacia él con las garras expuestas. Teo se tambaleó hacia atrás y cayó fuerte con el trasero sobre los troncos. Ocelo arremetió otra vez, así que él giró, pensó rápido y, como Aurelio había hecho en su contra, barrió las piernas de Ocelo de una patada. —¿Eso es todo lo que tienes, Jade? —se burló al levantarse de un salto. Teo debía reconocer que era una buena personificación. En esa oportunidad, cuando giró, le golpeó el mentón. Las alas de Teo fallaron cuando lo derribó de costado. Sintió sabor a sangre en la boca, pero seguía firme.

—¿Eso es todo lo que *tú* tienes? —preguntó al escupir sangre jade y ponerse de pie.

—Podría hacer esto todo el día. —Los labios de Ocelo se retrajeron

de forma sobrenatural en una sonrisa de dientes afilados. Luego volvió a mutar hasta casi doblar su tamaño, y la expresión sobradora se convirtió en la mueca irritada de Diosa Lumbre. —Sigues siendo una decepción —dijo en una imitación perfecta de la voz de la diosa. Surgieron bolas de fuego en las manos de Lumbre, y el estómago de Teo borboteó de la rabia. No había forma de que esa fuera la diosa de verdad, era evidente que se trataba de uno de los trucos de Los Restos.

Lumbre lanzó la primera bola de fuego hacia el rostro de Teo, y él hubiera jurado que le quemó las cejas antes de esquivarla. Podía no ser la verdadera Diosa Lumbre, pero el fuego sí era de verdad. La mujer rio, algo que Teo nunca había escuchado hacer a la original.

—Pequeño Jade patético. Debo admitir que no creía que llegarías tan lejos. Ansiaba ver que mi hija te destruyera. —Lanzó otra ráfaga de fuego hacia él. Con una plegaria hacia Sol, su madre y cualquier dios que quisiera escucharlo, Teo sacudió las alas frente a él. La ráfaga de viento fue suficiente para alejar las llamas, pero no estaba seguro de poder hacerlo por segunda vez. Tenía que acercarse y derribar a Lumbre antes de que creara más fuego. Usó las alas como impulso extra y arremetió hacia adelante con los brazos arriba. Golpeó la nariz de la diosa con el codo, con lo que la hizo caer hacia atrás. Cuando ella levantó la vista, le brotaba sangre de la nariz, pero estaba sonriendo. Asomó la lengua por una esquina de la boca y se lamió el icor negro. —Qué triste que eso sea lo mejor que puedes hacer.

—¡Cierra la boca! —gritó Teo y corrió hacia adelante otra vez, apuntando a la boca enorme y estúpida de la diosa. Lumbre tan solo rio sin siquiera molestarse en esquivarlo mientras él le lanzaba un golpe tras otro. ¿A qué estaba jugando? Podría haberlo hecho caer de los troncos con un rayo de Atzi o podría haberlo mutilado con las garras de Ocelo. Y él *sabía* que no era contrincante para la verdadera Diosa Lumbre. Era como si hubiera abandonado la lucha para dejarlo asestar los golpes.

No hay reglas para esta prueba, solo tienen que llegar a la meta, había dicho Diosa Luna. ¿Cuánto tiempo había perdido luchando contra esa cosa? No había forma de que la venciera. Sin importar qué tan fuerte la golpeara, siempre volvía a levantarse como si estuviera ilesa. La pelea no tendría fin.

Teo intentó pensar. ¿Qué haría Niya? ¿Aurelio? ¿La Academia se molestaba en enseñarles a enfrentar batallas que no podían ganar?

Batallas que no puedes ganar. Teo tuvo una revelación repentina.

Dejó caer los puños hacia los costados. Lumbre aprovechó la oportunidad para empujarlo, pero no intentó lanzar más fuego. Entonces, Teo sonrió.

Era como su videojuego preferido. A veces, para escapar de un enemigo al que no podía vencer, lo único que debía hacer era correr fuera de su alcance. Así que eso hizo.

Lumbre ni siquiera se molestó en perseguirlo, sino que volvió por donde había aparecido. Lo único que hizo fue gritar:

—*¡Débil!* ¡Alguien tan cobarde como tú nunca será digno de mi hijo!

No era Lumbre, estaba claro, pero era tan maldita como ella.

Teo tendría que encontrar otra forma de avanzar; tenía que haber otros caminos. Todos habían corrido en distintas direcciones, pero las plataformas tenían que converger en algún punto. Siguió adelante. Lo único positivo en tener que correr tanto era que ya no tenía frío. Sí, tal vez sus brazos desnudos ya estuvieran entumecidos, pero su torso estaba caliente y eso evitaba que temblara.

Después de dar vuelta en algunas esquinas más sin inconvenientes, casi no se dio cuenta que los caminos volvieron a encontrarse. En esa oportunidad, había alguien esperando más adelante. Marino estaba de rodillas en el borde de la plataforma, tratando de alcanzar algo a tientas en la oscuridad. Debió haber escuchado que Teo se acercaba porque levantó la cabeza y lo miró con pánico en el rostro.

—¡Ayúdame! ¡Tenemos que ayudarlo! —suplicó con el brazo extendido hacia la oscuridad acechante. Teo se acercó sin saber qué esperar, pero todo lo que vio fue más oscuridad.

—No hay nada allí…

—¡Dezi! —gritó el chico. Lo ignoró, volvió a mirar hacia abajo y movió las manos rápido para hacer señas hacia la oscuridad. —No toma mi mano. ¡Ayúdame a sujetarlo! —dijo con la voz temblorosa. Tenía casi todo el torso asomado por el borde del camino y no tenía idea de que estaba apuntando a la nada.

—¡Dezi no está ahí, Marino! —Lo tomó del hombro para intentar

levantarlo. Resopló por el esfuerzo de querer levantar el peso del otro chico, pero Marino se negaba a ceder. —¡Los Restos malditos están jugando con tu mente!

Él no quería escucharlo. Le lanzó una patada al abdomen, pero al menos Teo logró evitar que se cayera y fuera eliminado. Cuando apareció otra figura en el claro, se le revolvió el estómago al anticipar otra patada, solo que, para su sorpresa, sí vio a Dezi en esa ocasión. Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de una visión, luego vio a los dos chicos con claridad.

Marino ya estaba arrastrándose de vuelta hacia el borde de la plataforma.

—¡Marino, mira hacia arriba! —gritó Teo al jalarle la pierna. La expresión de Dezi se endureció al verlo hacer eso. Finalmente, Marino miró hacia atrás y, cuando vio a Dezi, al verdadero, su rostro se desmoronó aliviado. Corrió hasta lanzarse contra el pecho del chico y lo sujetó como para asegurarse de que estuviera allí de verdad, no colgando del borde a punto de perderse para siempre.

Perplejo, Dezi lo abrazó con fuerza y lo alejó para interponerse entre él y Teo. Con eso, el corazón de Teo se desplomó, pues todos tenían a alguien a quien querían proteger. Tenía que encontrar a Xio. No podía imaginar la clase de ilusiones temibles que había enfrentado el pequeño ni podía soportar pensar en que las había enfrentado solo. Al final, Marino y Dezi lo miraron.

—No lo entiendo, vi a Dezi colgando del borde… —dijo Marino para ambos.

Los ojos de Dezi se desorbitaron al mirarlos a ambos.

—Yo también he visto personas —respondió Teo mientras intentaba recuperar el aliento. Evitar que un Dorado se arrojara de una plataforma elevada era mucho más difícil de lo que parecía. —Son los peligros sobre los que nos advirtió Luna. Lo que sea que siga en este lugar, está creando ilusiones para engañarnos.

Marino asintió con solemnidad y movió las manos para trasmitirle la revelación a Dezi. El chico lo miró como si lo entendiera y también comenzó a mover las manos.

—Él también vio cosas —tradujo Marino. Ellos se miraron uno al otro con tal tristeza y alivio que Teo sintió que estaba estorbando, así

que apartó la vista para evaluar sus opciones. Había un camino que continuaba hacia la jungla y dos que regresaban al punto de partida. Su corazón palpitaba con fuerza mientras intentaba definir qué hacer. ¿No debería haber tenido señales de Xio para entonces? Si seguía adelante, corría el riesgo de dejarlo atrás. Por otra parte, si retrocedía para buscarlo, Xio podría estar más adelante enfrentándose al peligro solo. Como no podía darse el lujo de tomarse el tiempo para debatirlo, siguió su intuición.

—Buena suerte —les dijo a Marino y a Dezi antes de girar y retroceder por el camino desde el que Dezi había aparecido. Corrió lo más rápido posible con esperanzas de no haber tomado la decisión equivocada y de no estar retrocediendo en vano. Estaba empapado de lluvia y sudor salado y con el pecho agitado. Ese camino era igual al que él había tomado al comenzar, pero en esa oportunidad pudo ignorar los aromas y susurros familiares que intentaban distraerlo de la misión. A medida que corría lo más rápido posible por las esquinas retorcidas, estaba cada vez más inseguro.

—¡HIJO DE PERRA! —gritó una voz conocida.

—¿Niya? —preguntó él tras detenerse sorprendido.

—¿Teo?

—¿Estás bien?

—¡Sí, solo un poco aterrada! —La voz de la chica hacía eco entre los árboles gigantes, así que Teo la siguió por otra curva del camino y, al final, encontró a su amiga de pie en medio de la plataforma. Cuando ella la vio, se le iluminaron los ojos. —¡Teo!

Corrió a abrazarlo antes de que él pudiera retroceder.

—Di algo que solo Niya sabría —exigió. Las palabras sonaron ridículas; era algo que podría haber escuchado en una película, pero no sabía de qué otro modo asegurarse de que fuera su mejor amiga.

—¿Qué? —repuso confundida, al borde del llanto.

—Dime algo que solo Niya sabría para probar que eres tú de verdad…

—¡CUANDO TENÍAMOS DIEZ AÑOS TE COMISTE UN BICHO BOLITA Y ME HICISTE MENTIR AL RESPECTO! —Niya comenzó a hacer una lista de eventos de inmediato, con la voz temblorosa y los ojos brillantes. —¡CUANDO TENÍAMOS TRECE, TE HICISTE UN

CORTE DE CABELLO HORRIBLE Y ME OBLIGASTE A EDITAR TODAS TUS PUBLICACIONES DE INSTAGRAFÍA DURANTE UN MES HASTA QUE VOLVIERA A CRECER! CUANDO TENÍAMOS QUINCE EN…

—¡Está bien, está bien! —gritó con las mejillas en llamas. —¡¿Puedes hablar más bajo?!

—¿Ahora crees que soy yo? —inquirió mientras resollaba y se fregaba la nariz con el dorso de la mano.

—¡Será mejor que lo seas, de lo contrario, la verdadera Niya tendrá que rendir cuentas por haber estado revelando los momentos más vergonzosos de mi adolescencia en televisión!

Niya se arrojó hacia él y lo atrapó en un abrazo que lo dejó sin aliento. Aunque era un alivio estar con ella, era imposible sentirse muy tranquilo en esa jungla.

—¿Has estado escuchando cosas? —preguntó Niya al recomponerse poco a poco.

—Sí, también vi cosas. Personas, mejor dicho. —Teo se encogió de hombros. —A Diosa Lumbre.

—Uff.

—¿Cómo estás? —quiso saber él.

—¡No me gusta estar tan alto! ¡Me gusta tener los pies sobre la tierra! —se lamentó con la voz afectada.

—¿Has visto a Xio? —preguntó Teo y giró despacio en círculo para ver alrededor.

—¡No vi un carajo! ¡Está oscuro como el infierno! —respondió la chica. —¿Le temo a las alturas?

Teo maldijo por lo bajo, pues le estaban fallando a Xio otra vez.

—Tenemos que encontrarlo —declaró. —He estado retrocediendo por si estaba detrás de nosotros.

Niya asintió con énfasis y lo siguió en sentido contrario. Cientos de escenarios terribles pasaban por la mente de Teo y lo distraían tanto que, al girar en otra esquina, chocó de lleno contra otra persona. Intentó levantarse con torpeza lo más rápido posible y giró, listo para luchar contra la ilusión con la que había impactado.

—¡Xio! —Por poco gritó aliviado.

El chico estaba sentado en el camino de troncos mojados. La tela iluminada de la capucha sobre su cabeza revelaba los ojos

desorbitados por la sorpresa.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó con la voz aguda y negando con la cabeza con incredulidad.

—¡Estábamos buscándote! —Niya se acercó enseguida y lo ayudó a levantarse. —¡Creímos que te había pasado algo!

—Niya, ¿cómo sabemos que es él de verdad? —Teo lo estaba observando de cerca, por lo que Xio lo miró lleno de confusión.

—Por supuesto que es él. ¡Mira lo triste que está! ¡Una ilusión no se quedaría ahí sentado indefenso! —Teo no podía discutir con eso.

—¿Qué te pasó? —preguntó.

—Me… me perdí —balbuceó Xio, sonrojado. —Está muy oscuro… Corrí lo más rápido posible… —La mala suerte sí que lo perseguía.

—Ya no importa, te encontramos. —Teo le restó importancia. —Vamos, tenemos que apurarnos. Este lugar está lleno de ilusiones, así que no debes confiar en todo lo que veas o escuches. Me crucé con algunos Dorados, así que tenemos mucho tiempo para alcanzarlos.

Xio asintió tembloroso e hizo lo que le decían. Aunque les seguía el ritmo, Teo podía escuchar la respiración agitada sobre el repiqueteo de los pasos, así que adaptaron la velocidad a lo que Xio podía manejar. Llegaron a la primera convergencia y, para cuando tomaron la segunda, la tormenta ya era una llovizna ligera. Tras otro giro, su camino se unía con otro a la izquierda más adelante. Teo tuvo un breve momento de alivio porque *por fin* estaban llegando a algún lado, pero luego dos figuras de trajes dorados aparecieron frente a ellos desde el camino de la izquierda.

Auristela y Aurelio.

Teo jaló la espalda de la chaqueta de Xio de inmediato para hacer que se detuviera. Niya frenó con ellos, y todos se agacharon, listos para pelear o lo que fuera, solo que los mellizos ni siquiera miraron atrás.

Lucían bastante mal. El cabello de Auristela estaba fuera de la coleta habitual y volaba tras ella. Teo no estaba seguro, pero parecía que Aurelio tenía una ligera renguera. La persona o cosa que los hubiera retenido no había sido nada bueno.

—*¡Rápido, vamos, vamos!* —Teo apuró a Xio en voz baja para no llamar la atención de los mellizos. Con suerte, estaban demasiado

concentrados en terminar la prueba como para mirarlos. Los dos avanzaron despacio, aún con la posible herida de Aurelio.

En poco tiempo, Teo oyó algo más adelante. El camino se volvía recto y se veían destellos de luz a través del túnel de ramas enredadas. De repente, podía ver el follaje que lo rodeaba, y era aterrador. Crecían ramas retorcidas a su alrededor, con puntas afiladas y cristales de obsidiana que brillaban de forma amenazante.

Los mellizos corrían más rápido, con sombras extensas tras ellos.

El ruido se hizo más fuerte y pasó de un murmullo ligero a las conversaciones ruidosas de la multitud.

—¡Creo que ya casi terminamos! —le dijo Teo a Xio. Sus brazos y piernas cosquilleaban exhaustos. El pequeño tan solo asintió en respuesta.

De repente, el camino se abría en una sola plataforma amplia más allá de la línea de los árboles. Aurelio y Auristela fueron los primeros en salir, y los recibió una ovación estruendosa que los dejó perplejos.

Cuando Teo y Xio llegaron a la plataforma, el clamor terminó de forma abrupta y poco natural. Había tribunas debajo y alrededor de la plataforma, atestadas de sacerdotes y semidioses que los alentaban. En el centro de la plataforma, el glifo de Sol se encontraba sobre una tarima elevada, rodeada por una barrera dorada igual a la del inicio. Esa debía ser la meta. Ocelo y Dezi estaban esperando detrás de la barrera.

Teo se frotó los ojos con esperanzas de que fuera real. Cuando los tres se aproximaron al centro de la plataforma, la multitud volvió a rugir con vida. Entonces, los mellizos por fin miraron atrás y lo vieron a él, a Niya y a Xio. Teo podía jurar haber visto el indicio de una sonrisa en los labios de Aurelio antes de que girara y siguiera corriendo. Auristela siguió mirando un instante más, por lo que perdió un poco el ritmo de camino a la meta. Tenía una expresión extraña en el rostro, pero se recuperó cuando Aurelio giró y le dijo algo. En ese momento, el bramar de la multitud cambió de repente por un cántico cada vez más fuerte. La chica sacudió la cabeza y corrió detrás de su hermano.

De pronto, las luces se apagaron y quedaron sumidos en la oscuridad. Teo apenas veía dónde pisaba, pero no tenía importancia,

pues podía ver el objetivo. Los mellizos estaban a pocos metros de la meta, delineada por el brillo tenue del glifo de Sol. Ellos iban a ganar, pero al menos Teo sabía que él y sus amigos terminarían la prueba sin quedar descalificados. Eso tenía que servir de algo en la tabla de posiciones. *Debía contar.*

—¡Vamos, Xio! ¡Ya casi llegamos! —instó al pequeño jalándolo de la manga.

La barrera emanó una luz dorada cuando Aurelio la atravesó. Ocelo y Dezi lo recibieron con aplausos y palmadas en la espalda.

Teo vio la sonrisa radiante en el rostro de Aurelio durante un instante memorable, luego la sonrisa se congeló y el chico frunció el ceño.

El ruido ambiente volvió a la realidad, se oyeron los aplausos estruendosos de la audiencia antes de que se redujeran a estática y luego a un silencio espeluznante. Las luces volvieron a encenderse, tan brillantes que Teo tuvo que protegerse los ojos con la mano y bajar el ritmo.

Auristela no había seguido a su hermano, sino que seguía parada a pocos pasos de la meta, de espaldas a Teo. Aurelio estaba mirándola y moviendo los labios al otro lado de la barrera dorada, pero Teo no podía escuchar lo que decía. La chica lo ignoró y, en cambio, se dio vuelta para enfocarse por completo en Teo y en Xio. Los miró con la cabeza de lado y los labios abiertos como si estuviera escuchando algo.

Al verla, un gran peso cayó en el estómago de Teo. Auristela cerró los ojos y respiró lento y profundo.

Teo extendió el brazo para detener a Xio.

—*Espera.*

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Xio lo miró confundido.

Cuando la chica abrió los ojos, eran negros como el carbón y la piel alrededor de ellos estaba oscura y con una red de venas negras. Infló la nariz, con cabello mojado pagado a las mejillas, y sonrió con los dientes blancos perfectos.

Estaba ocurriendo otra vez y, en esa ocasión, Teo *sabía* que no lo estaba imaginando. Detrás de ella, Aurelio los miraba a ambos de forma frenética mientras golpeaba la barrera, con lo que lograba poco

más que un ruido sordo, y movía los labios en silencio. *Auristela*.

Pero la chica no escuchaba. Con el rostro enrojecido, extendió las manos hacia los costados y surgieron llamas en sus palmas. ¿Qué estaba pasando? ¡Ya casi terminaban, todo estaba por llegar a su fin!

—*¡CORRE!* —Teo sujetó a Xio y lo apartó del camino con brusquedad.

La luz volvió a apagarse alrededor de ellos, pero una bola de fuego iluminó la oscuridad y estalló entre los chicos. Auristela arremetió contra Teo lanzando fuego sin piedad. Él se esforzaba para evadirla volteando y esquivando ataques, pero ella era despiadada. Una ráfaga de calor tras otra le rozaba la piel mientras intentaba superar los ataques. Su cuerpo ya estaba exhausto y le dolían todos los músculos, pero no podía detenerse, solo podía pensar en gritarse a sí mismo que debía correr más rápido, mantenerse en pie y asegurarse de alejarla de Xio. Aunque, en la oscuridad, no estaba seguro de dónde estaba el chico. Había demasiadas imágenes, sonidos y cosas que intentaban matarlo. Las pruebas habían sido confusas, pero esa era una nueva clase de bestia.

Era un caos absoluto.

Auristela se enfureció cada vez más y comenzó a rugir y rabiar mientras lanzaba una bola de fuego tras otra. Una ráfaga de viento de las alas de Teo hizo que una de ellas volara por un camino curvo, conectado con uno de los troncos horizontales de la plataforma, y el fuego chasqueó al tomar la madera. Teo miró a la chica: la piel alrededor de sus ojos estaba morada y hundida, y las venas negras se estaban extendiendo por su rostro. Abrió la boca para hablar, pero fue interrumpida por oscuridad obsidiana que los envolvió otra vez. En esa ocasión, el rugido del público se distorsionó hasta convertirse en un gorgoteo bajo y pausado que aceleró el pulso de Teo. No tenía tiempo para comprender qué estaba pasando, solo podía correr. Lo que le faltaba de fuerza lo compensaba con velocidad. Las piernas temblorosas apenas podían seguir moviéndose, pero sabía que detenerse sería su fin.

Auristela también debía estar agotada, pues, cuando Teo la esquivó hacia la izquierda, ella trastabilló y soltó un grito tan fuerte que resonó por encima de los chillidos de la multitud. Teo miró hacia atrás

en el momento en que la chica lanzaba una patada con la pierna estirada. Por un instante, pareció una bailarina de ballet con la pierna en alto y el pie en punta, pero luego bajó el pie hacia el suelo y lanzó un arco de fuego como un latigazo que llameó en la oscuridad y fue directo hacia Teo. Con toda la energía que le quedaba, él se adelantó, saltó y batió las alas hacia abajo. Las llamas se extendieron con una velocidad sobrenatural y ennegrecieron gran parte de la plataforma.

Cuando Teo despegó, el fuego bañó los troncos debajo de él como una ola que chamuscó las cortezas. Quiso batir las alas para elevarse un poco más, pero un dolor atravesó sus hombros, las alas fallaron y él cayó sobre la plataforma. Giró varias veces hasta quedar peligrosamente cerca del borde y, mientras recuperaba el control con las manos y las rodillas, el sonido se redujo a un zumbido bajo. Palpitaba a un ritmo estable y las luces destellaban al mismo tiempo. Teo se arrastró desesperado para ponerse en pie, pero el mundo aparecía y desaparecía de la vista y no podía hacer que sus piernas funcionaran. Aunque Auristela era rápida, se movía en cámara lenta bajo las luces palpitantes. Se acercó a él con vapor en la piel, levantó las manos sobre la cabeza y creó una bola de fuego. El sonido de la multitud volvió a acallarse, pero las luces seguían centelleando.

Los ojos de Teo se ampliaron, se le aceleró el corazón y le quemaron los pulmones.

—¡Esto es por mi hermano! —rugió ella.

Un grito estrangulado se atoró en la garganta de Teo. Levantó los brazos sobre su cabeza, preparado para sufrir un dolor desgarrador…

—¡ALÉJATE DE ÉL! —Una cadena plateada rodeó las muñecas de Auristela y las inmovilizó sobre su cabeza. La confusión se filtró a través de la rabia durante una fracción de segundo antes de que la chica volara al suelo de costado.

Niya apareció junto a Teo con la cadena en la mano, giró hacia él y lo miró desde arriba, con los músculos abultados debajo de la piel lustrosa.

—¿Te alcanzó? —preguntó con el rostro arrugado mientras lo analizaba con la mirada.

—¡Todavía no! —chilló él, tan feliz de verla que estaba al borde de las lágrimas.

—¡Tenemos que llegar a la meta! —exclamó Niya. Lo tomó del brazo y por poco lo levantó del suelo al ponerlo de pie.

—¿Dónde está Xio? —repuso Teo, aún invadido por la adrenalina. Un movimiento en la periferia le llamó la atención.

—*¡Cuidado!* —Niya lo apartó del camino de otra bola de fuego, que impactó contra la tribuna detrás de ellos.

Algo no encajaba. Auristela había sido agresiva durante las otras pruebas, pero eso estaba a otro nivel. Se estaba comportando de forma *malvada*, despiadada y sin consideración por la seguridad de los demás. Por mucho que odiara a Teo, no encajaba con la imagen que le había descrito Aurelio. Era más que eso; lucía alterada, como si no pudiera controlarse a sí misma, y el parpadeo de las luces hacía más difícil predecir sus movimientos. Detrás de ella, la mayoría de los troncos que conformaban la plataforma se habían ennegrecido. No lucían quemados y carbonizados, sino que brillaban mojados. Había algo en todo eso que no encajaba, pero con las luces intermitentes y los gritos distorsionados de la multitud, era difícil pensar con claridad.

Auristela volvió a ponerse de pie con energías renovadas y, con un estallido, todo su cuerpo quedó consumido por las llamas. Respiró hondo, extendió las manos a cada lado de su rostro e infló el pecho.

—¡ABAJO! —exclamó Niya sobre los sonidos confusos que los rodeaban y lo hizo caer de rodillas otra vez. Entretanto, un enorme escudo redondo de oro apareció en su brazo para protegerlos a ambos, justo cuando Auristela retrocedió para arrojarles otra ráfaga de fuego. Él se agachó detrás de Niya cuando las llamas impactaron en el escudo, las llamas se filtraron por los extremos hacia ellos. Por debajo, los troncos color obsidiana chasqueaban y chisporroteaban. Niya resistió con fuerza, pero el oro comenzó a derretirse por el calor intenso. Sin embargo, justo cuando Teo pensó que quedarían bañados en líquido dorado, Auristela se quedó sin aliento. En el tiempo que le tomó recuperarse, Niya corrió hacia ella como un ariete humano, la impactó con el escudo y la hizo volar.

—Diablos —jadeó Teo al ponerse de pie con esfuerzo. —¡¿Sabías que podía hacer eso?!

—¿Qué, ser una idiota? Sí, claro.

—No, convertirse en una *bola de fuego*.

—¡Lo había olvidado! —respondió ella y se secó el sudor de la frente.

—¿Lo *olvidaste*?

—¿Por qué no volvió por nosotros? —preguntó Niya con el ceño fruncido. Auristela ya no estaba mirándolos, sino que estaba enfocada en Xio, que estaba resistiendo al borde de la plataforma.

—¡Xio! —exclamó Teo. Ella lo miró con una sonrisa maliciosa a través de los destellos de luz. —¡CORRE! —gritaron él y Niya al unísono.

Xio corrió por un tronco que había quedado ennegrecido por una de las bolas de fuego de Auristela. Como si hubiera estado esperándolo, el tronco desapareció en cuanto lo pisó. Xio sacó el pie del agujero, pero cuando siguió corriendo, Auristela lo siguió e hizo que más troncos se carbonizaran y desaparecieran a su paso.

Teo extendió las alas con cuidado, ignorando el dolor agudo que le provocó, y volvió a relajarlas. Intentó analizar la plataforma en ruinas en busca de un camino, pero las luces parpadeantes y los restos temblorosos le hacían doler los ojos. Ya eran más los troncos faltantes que los que quedaban y, al parecer, cualquier paso podía hacer que la plataforma se desmoronara.

Auristela seguía moviéndose con determinación de tronco en tronco y creando hoyos abiertos hacia la jungla inferior entre la madera hecha ceniza. Iba rodeando a Xio como un depredador que jugaba con su presa.

—¡AURISTELA!

El grito llegó desde atrás de ellos, ronco y apagado de forma extraña.

Aurelio estaba pegado a la barrera invisible, golpeándola con los puños y gritando más palabras que Teo no alcanzaba a entender.

Se oyó el crujido de madera astillada: la plataforma se estaba desmoronando alrededor de ellos. Teo volvió a girar hacia Auristela, justo cuando un tronco cayó y el extremo opuesto se elevó entre las piernas de ella y la levantó en el aire. La chica luchó para sujetarse a duras penas de la madera. Algo cambió en sus ojos y el rugido furioso se transformó en sorpresa. El fuego que la rodeaba desapareció junto con el morado y las venas negras que rodeaban sus ojos. Solo quedó

temor en su mirada llameante. Era como si por fin viera la escena con claridad por primera vez desde que habían llegado a la plataforma.

—¡Relio! —chilló, pero era demasiado tarde, su hermano no podía salvarla. Estaba esforzándose por sostenerse, pero sus dedos resbalaban sin remedio por el tronco negro, liso y reluciente. Perdió el control y cayó sin emitir otro sonido. Nadie pudo hacer más que observar cómo la luz dorada de su traje perdía intensidad hasta apagarse.

Luego, Teo buscó a Xio con desesperación entre los escombros y el humo. El pequeño estaba aferrado a la punta de un tronco que se mecía de un lado al otro con un equilibrio precario. Podía darse vuelta en cualquier momento o Xio podía perder el agarre. Estaba demasiado lejos para saltar. Si fallaba, podía caer por uno de los hoyos en la plataforma, por el borde o directo al fuego abrasador. Pero su uniforme seguía encendido, así que todavía no había perdido.

Y Teo tenía alas. Sin el follaje espeso por encima, podía usarlas. No tenía tiempo para pensarlo dos veces, así que se lanzó al aire. Sabía que iba a dolerle y, cuando estaba en el aire, se dio cuenta de que no iba a funcionar en *absoluto*. Con cada aleteo dudaba poder hacerlo otra vez, pues estallidos de dolor se disparaban por su espalda y sus hombros.

No. Podía con eso. Tenía que poder. Tenía que llegar a Xio. Medio metro más, luego otro.

—¡Ven! —dijo con los brazos extendidos hacia el pequeño.

—¡Me caeré! —Xio negó con la cabeza y se aferró al tronco con más fuerza.

Teo se contuvo de bufar por la frustración. Era más grande y fuerte que Xio; podía sostenerlo. Lo tomó de la cintura y *jaló* usando todas las fuerzas de sus alas.

Y, de repente, estaban cayendo juntos. Teo extendió las alas para reducir la velocidad y enganchó el tronco con el brazo libre mientras equilibraba a Xio con el otro. Sus alas eran inútiles, pues habían perdido todas sus fuerzas. El fuego consumía el tronco, cada vez más cerca de ellos. La madera crujía y el calor feroz lamía los dedos de Teo.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo saldría de eso?

—¡TEO! —gritó Niya. Entonces, él tuvo una revelación: no podía salvarse de eso, pero su amigo sí.

—Confía en mí, ¿sí? —dijo.

—¡No! —exclamó Xio, con los brazos en cruz para intentar sujetarse de algo.

No había tiempo para persuadirlo. Teo aflojó el agarre sobre Xio. Lo dejó resbalar con las manos contra el cuerpo, por el pecho, las axilas, los bíceps y, al final, sujetó los antebrazos. Hizo todo lo posible por sostener la chaqueta del chico con las manos sudorosas. Estaban a cinco metros de la barrera que rodeaba la meta. Podía aguantar cinco metros. Reunió inercia con todas sus fuerzas meciendo a Xio hacia adelante y hacia atrás y luego lo soltó. Aunque el pequeño se sacudió durante el descenso, Niya lo siguió y estuvo en el lugar preciso para atraparlo cuando llegó a la plataforma.

Teo no se había atrevido a tener esperanzas, pero Niya se tambaleó hacia atrás, justo a través de la barrera y hacia la meta, con Xio aún en brazos.

Teo cerró los ojos y respiró hondo.

Había funcionado.

Sus amigos estaban a salvo.

Podía dejar de esforzarse.

Mientras caía y la luz de su traje se apagaba, le rezó a Sol que hubiera sido suficiente para mantener a Xio a salvo.

Y, luego, todo se volvió negro.



La prueba había llegado a su fin. Teo y los demás competidores que no habían logrado terminarla (Xochi, Atzi, Dezi y Auristela) fueron llevados a la recta final para esperar las posiciones. Casi la mitad de la plataforma había quedado destruida. Diosa Agua y Dios Tormentoso habían rociado los troncos encendidos, que estaban carbonizados y echaban humo.

Todos los semidioses se reunieron frente a la tabla de posiciones con sus padres dioses detrás. Por primera vez, la presencia de Quetzal no era consuelo para Teo ni había conversaciones emocionadas. Niya se acercó a él de inmediato para envolverlo en un abrazo fuerte con

una mano, pero incluso ella estaba callada. Teo apoyó el cuerpo tembloroso contra su amiga. Mientras tanto, Xio lo miraba como si siguiera perplejo por los acontecimientos. Entre ellos, circulaban los murmullos de la multitud.

A un costado, Aurelio y Auristela estaban pegados, y ella parecía haberse convertido en una persona diferente por completo. La furia y la violencia que la habían impulsado hacía minutos ya no estaban; en su lugar, miraba la tabla de posiciones con el rostro ceniciento y sin parpadear. Su cabello era un embrollo, sus hombros estaban tensos y sus codos, pegados a las costillas. Y luego estaba Aurelio, que tenía la mandíbula apretada, los ojos desorbitados y los nudillos blancos por la fuerza con que tomaba la mano de su hermana. Teo alcanzaba a ver el movimiento rápido de su pecho y el palpitar de los tendones hinchados en su cuello. Estaba parado como una estatua, sin apartar la vista del frente ni una sola vez.

Teo sentía que estaba a punto de vomitar y no podía dejar de temblar. No quería que presentaran las posiciones. No quería verlas. No importaba quién se convirtiera en Portador del Sol porque uno de ellos estaba por ser sentenciado a muerte y otro tendría que ser quien lo matara. Se odiaba a sí mismo tan solo de pensar *Que no sea Xio*, pues ninguno de ellos merecía que acabaran con su vida. ¿Qué otras opciones tenían? Sin el sacrificio de una vida para alimentar a la Piedra Solar el mundo acabaría y los habitantes de Reino del Sol estarían condenados.

¿Cómo podía Sol decidir qué vida merecía ser sacrificada para salvar las de los demás?

Cuando Diosa Luna dio un paso al frente, él contuvo la respiración.

—Sol ha definido las posiciones —anunció en voz baja y resignada.

Teo tenía la vista fija en el glifo de Xio al final de la tabla, esperando ansioso mientras que los demás cambiaban de posición deslizándose sobre la piedra. Con los puños apretados y las uñas clavadas en las palmas de las manos, suplicó por dentro: *Muévete, por favor.* Le ardían los ojos por no respirar y estaba por desmayarse, hasta que, *finalmente*…

El glifo jade del Dios Mala Suerte ascendió al noveno lugar.

—¡SÍ! —chilló Niya y sacudió a Xio, que estaba perplejo por

completo.

Teo sintió un alivio tan grande que se le aflojaron las rodillas. Giró para celebrar con sus amigos, pero, de repente, la plataforma se llenó de sacerdotes Sol de túnicas blancas. Todos rodearon a Aurelio y a Auristela.

—¡Esperen! —La voz débil y quebrada del chico fue como una puñalada en el pecho de Teo.

Presa del pánico, giró hacia la tabla de posiciones: el glifo de Diosa Lumbre ocupaba el último lugar. Pánico y terror le cerraron la garganta. ¿Aurelio? No, no era el glifo de Aurelio, era el de…

Auristela se apartó de su hermano con la cabeza en alto y dejó que los sacerdotes la llevaran con Fantasma.

—*Auristela.* —El dolor era audible en la voz de Aurelio. Dio un paso para alcanzar su hermana, pero Diosa Lumbre extendió la mano para tomarlo del hombro. Aunque él se estremeció, se detuvo, y su mano quedó en el aire. Estaba afectado, y su pecho subía y bajaba con respiraciones temblorosas.

El corazón de Teo se derrumbó al verlo. Como él había salvado a Xio, Auristela había perdido.

La tribuna estalló en una ovación estruendosa. Era desconcertante, ¿por qué aplaudían? ¿No veían lo que estaba pasando? Esa no era una celebración, sino una condena.

Teo giró en busca de Niya, pero se encontró rodeado de sacerdotes sonrientes. Dio un paso tambaleante hacia atrás hasta chocar con su madre, y cada fibra de su ser le gritaba que saliera corriendo.

Diosa Luna se acercó con una sonrisa tranquila en el rostro, pero Teo se apartó por instinto.

—Felicidades, Teo —dijo, y él no entendió por qué.

Por fin levantó la vista hacia la cima de la tabla de posiciones.

Sintió un cambio de peso repentino y familiar en la cabeza. Cuando levantó la mano, las puntas de los rayos en la corona de sol le pincharon los dedos.

Sol lo había elegido como su Portador.

De repente, fue como si Teo ya no tuviera control de su cuerpo. Los sacerdotes lo llevaron hacia adelante para que se parara junto a Auristela de frente a la multitud, que volvió a aullar y a aplaudir.

Junto a él, Auristela estaba erguida, con la mirada al frente. Aunque su rostro estaba desprovisto de emociones, la piel delicada que rodeaba sus ojos estaba arrugada, y una lágrima que rodaba por su mejilla dejó un rastro en la piel cubierta de hollín. Sus ojos color ámbar eran duros y decididos, pero debajo de ellos, su mandíbula temblaba.

No se sentía real. No estaba bien. Nada de eso era lo que Teo quería.

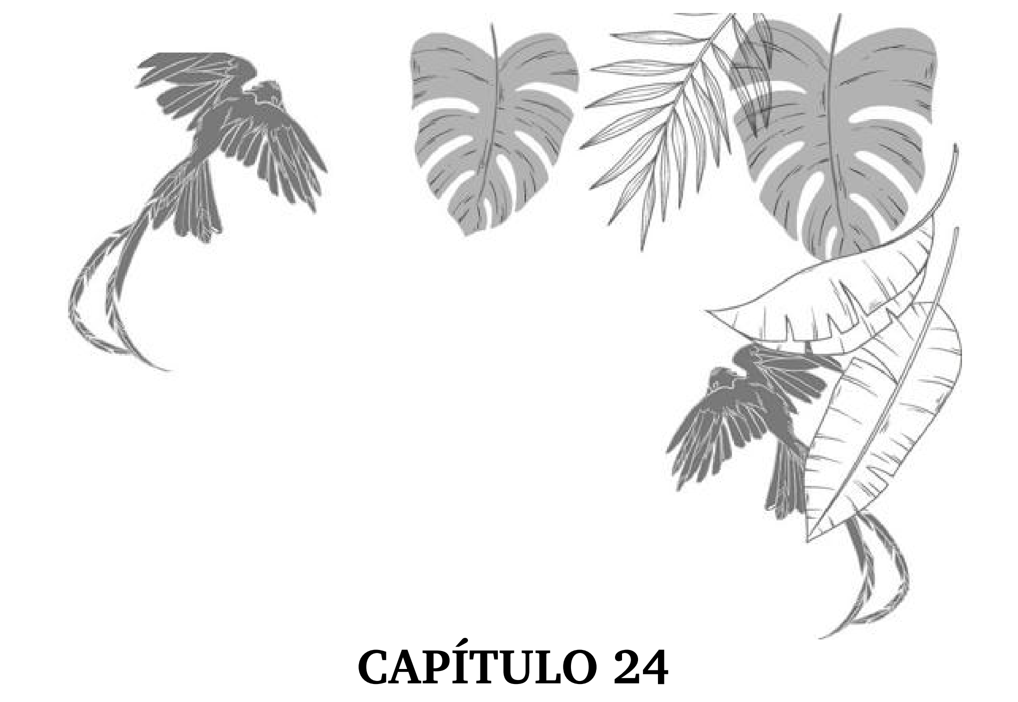
—Las Pruebas del Sol de la década han llegado a su fin —anunció Luna para la multitud. —Es con gran emoción que les presento a nuestro honorable sacrificio, Auristela, hija de Lumbre, y a Teo, hijo de Quetzal, nuestro primer Portador del Sol Jade.

Con eso, Fantasma se llevó a Auristela con delicadeza, rodeada por un grupo de sacerdotes Sol. Diosa Lumbre los siguió, sin siquiera mirar a Aurelio antes de alejarse y dejarlo solo en la plataforma.

Teo se quedó congelado en el lugar. Quetzal se apresuró a abrazarlo con fuerza y, por sobre su hombro, Niya lo miraba sin rastro de triunfo en el rostro. Junto a ella, Xio observaba la corona de Teo.

—¡Lo hiciste, Teo! —canturreó Quetzal al oído de su hijo.

Y tenía razón.



CAPÍTULO 24

La multitud se estaba dispersando y era hora de volver a las trajineras. Aurelio se separó del grupo primero dando pisotones por el camino de madera a través de la jungla.

—¡Aurelio, espera! —Teo intentó seguirlo, con el peso incómodo de la corona sobre la cabeza, pero el chico no redujo la velocidad. Todos los músculos de su espalda estaban en tensión y los tendones del cuello saltaban a la vista. Teo corrió para tomarlo de la muñeca y sintió el brazalete caliente al tacto. —¡Relio!

El chico le apartó la mano de un tirón, giró hacia él y lo apuntó con el dedo.

—¡NO TE ATREVAS!

Teo trastabilló varios pasos hacia atrás, pues nunca lo había escuchado hablar así. Niya se adelantó, pero él extendió la mano para detenerla e intentó tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Lo siento…

—¡Ella es todo lo que tengo! —A pesar de que Aurelio quería contener la rabia, los ojos llorosos lo traicionaban. —*Te lo dije*… —Le falló la voz.

Teo notó un hoyuelo en la mandíbula antes de que volteara frotándose el rostro. Habían atraído a una audiencia de Dorados que los miraban ansiosos y susurraban entre ellos. Xio se escabulló entre Niya y Teo. Él pudo ver un cambio en el rostro de Aurelio: angustia consumida por ira.

—¡Yo hubiera tomado su lugar! —insistió entre dientes.

—Las pruebas no funcionan así —respondió Teo.

—¡La dejaste caer *sabiendo* que quedaría en último lugar! —lo acusó sin mirarlo.

Teo se sobresaltó y sintió una punzada en el corazón. Quería defenderse, pero no podía. No había una respuesta fácil. Alguien tenía que ser el sacrificio, todos lo sabían, esa no era una opción. Sin un sacrificio que alimentara a la Piedra Solar, el mundo acabaría. Sin importar lo que pasara, alguien tenía que ser asesinado.

Eso había estado diciendo Aurelio todo el tiempo, solo que en ese momento se veía obligado a enfrentarlo.

Se alejó con la cabeza gacha y, en esa oportunidad, Teo lo dejó.



Las escaleras hacia el Templo del Sol estaban iluminadas por antorchas y llenas de semidioses y sacerdotes reunidos para la ceremonia del Portador del Sol. Teo, que estaba separado de sus amigos, sentía que estaba viéndose a sí mismo en la larga procesión hacia la cima del templo. Estaba desconectado del resto, rodeado por un mar de personas que le sonreían y lo felicitaban.

Lo llevaron hasta la oficina de Diosa Luna debajo del observatorio. A simple vista, los planetas del reloj astronómico parecían alineados a la perfección para marcar la medianoche inminente.

Tic-tac, tic-tac.

Los sacerdotes Sol iban de un lado al otro conversando emocionados y algunos llevaron el traje formal de Teo en un perchero. También llevaron una bacinica de oro llena de agua caliente y flores

frescas. Teo dejó que le sacaran el uniforme porque no era consciente de sí mismo, pues su cuerpo no parecía ser suyo. Luego comenzaron el proceso metódico de limpiarle la piel con esponjas suaves hasta que el barro y el olor a madera quemada fueron reemplazados por aroma a nicotina, madreselva y caléndula. Mientras ellos trabajaban, Teo observó los murales pintados en las paredes y se detuvo en la escena final. La última vez, había estado tan distraído por el mural de la muerte de Sol que no le había prestado mucha atención a la imagen final. En ella, el astro brillaba en el cielo sobre los habitantes de Reino del Sol que vivían en paz, protegidos por sus rayos. Sol había dado la vida para proteger a su gente, al igual que todos los semidioses sacrificados a partir de entonces. Sin embargo, algo no encajaba en la mente de Teo y no dejaba de asomar desde el fondo de su consciencia.

Los sacerdotes usaron toallas calientes y esponjosas para secarle la piel y los rizos negros iridiscentes. Luego, Teo se cambió la ropa interior con los dedos adormecidos. Al final, cuando fue hora de que se pusiera el traje, oyó una voz familiar detrás de él.

—Yo me encargaré desde ahora. —Huemac se acercó despacio, y su túnica azul brilló entre el mar de blanco y dorado. Teo suspiró aliviado al verlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó y apenas reconoció su propia voz lúgubre.

—Alistarte para la ceremonia es mi honor y responsabilidad como sacerdote del Portador del Sol. —Huemac golpeó las manos y observó a Teo mientras hablaba. Los demás sacerdotes fueron saliendo y, entre tanto, él ayudó al chico a ponerse el traje en silencio. Teo sentía las extremidades pesadas y difíciles de mover, pero el sacerdote fue paciente. Una vez que tuvo la capa de plumas en la espalda, le resultó sofocante. Cuando estuvo listo, Huemac lo rodeó para hacer los últimos ajustes. —Cuando los lleven al altar, Diosa Luna los presentará a ambos ante Sol. Deberás realizar el sacrificio en el momento en que la luz de la Piedra Solar se apague —explicó sin mirarlo a los ojos mientras le acomodaba la capa con cuidado. Teo tragó la bilis que ascendía por su garganta, pero asintió con la cabeza. —Ella estará recostada sobre la mesa y tú recibirás la daga ceremonial. El corazón está en el centro del pecho, un poco a la izquierda del esternón. Debes

colocar el lado plano de la cuchilla de modo que pueda atravesar las costillas con facilidad y llevar el peso hacia el mango. Hazlo con firmeza, Teo —relató, como si no estuviera detallando los pasos para asesinar a alguien, y le posó la corona de sol sobre la cabeza.

—Auristela. —Huemac se detuvo con la corona en el aire sobre Teo y, finalmente, lo miró a los ojos. —Auristela —repitió él. —No *ella*.

Los ojos oscuros y cansados del sacerdote lo analizaron por un instante. Sus facciones eran suaves e inexpresivas, hasta que le ofreció una sonrisa que fue poco más que una mueca desalentadora.

—Auristela —coincidió. Al final, colocó la corona en su lugar. El oro frío penetró en el cuero cabelludo de Teo con los últimos arreglos. Luego, Huemac le apoyó las manos en los hombros.

—No quiero esto —lamentó él con voz ahogada, y las manos del sacerdote presionaron.

—Lo siento mucho, Teo —dijo en voz baja y con la cabeza gacha para que el chico pudiera verle el rostro. El pesar en su voz fue doloroso para Teo. Con el cuerpo tembloroso, se lanzó hacia él y aferró la túnica con fuerza. Huemac jadeó por la sorpresa, pero tras dudar un momento, abrazó a Teo.

—Quiero ir a casa. Quiero que todo esto termine —sollozó el chico con el rostro hundido en la túnica.

—Pronto —aseguró el sacerdote en un intento de sonar tranquilizador.

Solo que no era verdad. Primero tendría que viajar a todos los demás templos de Reino del Sol para llevar nuevas Piedras Solares. Y para que eso pasara, tendría que acabar con la vida de otro ser humano.

¿Cómo podría el mundo seguir funcionando con normalidad después de eso?



Cuando Huemac llevó a Teo al observatorio, todos estaban reunidos esperando alrededor de la Piedra Solar. Mientras seguía al sacerdote entre la multitud, sentía como si estuviera bajo el agua, moviéndose en cámara lenta y con todos los sonidos apagados.

Las personas giraban a mirarlo sin dejar de *sonreír*, como un mar de dientes brillantes y de miradas hambrientas.

En el momento de presentarse frente a Diosa Luna, Teo estuvo a punto de aferrarla del brazo para suplicarle que lo dejara quedarse. Había gastado demasiada energía para probarse a sí mismo y competir con los Dorados, solo para terminar sintiéndose tan pequeño e indefenso como en el transcurso de las pruebas.

Luna lo llevó hacia donde los demás competidores aguardaban alrededor de la Piedra Solar. Todos vestían los trajes ceremoniales otra vez, lo que parecía una réplica extraña del primer día en el Templo del Sol.

Lo primero que hizo Teo fue buscar a Aurelio: estaba rígido, con las manos en la espalda. Lucía como si hubiera atravesado el infierno en el breve tiempo en el que no se habían visto. Tenía los ojos hinchados e irritados y la postura caída, como si la gravedad intentara aplastarlo.

—Acércate, Teo —solicitó Luna con una sonrisa cálida para indicarle que se parara a los pies de la mesa de sacrificio. Sobre ellos, la Piedra Solar brillaba y giraba despacio como siempre lo había hecho. Al estar tan cerca, Teo llegaba a escuchar el zumbido suave que emitía. Sus rayos penetraban el cielo nocturno en todas direcciones, pero la luz iba perdiendo la intensidad ante los ojos de Teo. —Les presento al Portador del Sol. —La diosa hizo que enfrentara a la multitud y, cuando lo hizo, todos lo ovacionaron.

Era nauseabundo.

Incluso Niya estaba aplaudiendo, aunque estaba dura como una estatua, con los ojos bien abiertos y los labios apretados. Junto a ella, Xio observaba a Teo con detenimiento, el ceño fruncido y una expresión calculadora.

Por otro lado, Aurelio se rehusaba a mirarlo, algo por lo que Teo no podía culparlo. Ver a su amigo así ya era malo, no quería ver la mirada en los ojos llorosos si se fijaban en él.

Le quemaba la garganta. No quería estar ahí ni hacer eso. No estaba bien.

La multitud se movió y murmuró inquieta.

Auristela se acercó a la Piedra Solar con Fantasma firme junto a

ella, rodeada por sacerdotes Sol. Vestía el traje de fuego, pero en esa ocasión también llevaba adornos dorados de Sol. En las orejas, llevaba rayos de sol; sobre los hombros y alrededor de la cintura, cadenas doradas; en muñecas y rodillas, brazaletes de oro que tintineaban con cada paso que daba con la cabeza en alto. Caminaba firme y determinada hacia la Piedra Solar. Con los hombros derechos y el mentón elevado, no lucía como un sacrificio que iba hacia su ejecución. Por el contrario, parecía valiente y etérea, como la Heroína Dorada que habían criado.

Teo se sentía como la tierra bajo sus pies.

—Hace muchos años, Sol salvó a nuestro pueblo con el regalo de su sacrificio —relató Diosa Luna. —Hoy honraremos su decisión, renovaremos su regalo y mantendremos el equilibrio de este mundo. Sol eligió a diez competidores dignos para las Pruebas del Sol de este año, y todos han tenido un papel muy importante para el futuro al que daremos inicio hoy. Gracias por sus espíritus valientes e indomables. Y gracias de parte de todos a Auristela por seguir el camino de sacrificio de Sol.

Fantasma llevó a la chica hacia la roca de sacrificio. La mesa estaba cubierta por pétalos de caléndula anaranjados que olían a manzanas dulces, y los cráneos dorados que la sostenían centelleaban con el brillo del fuego. Los adornos dorados de Auristela tintinearon cuando se acostó. Luego Fantasma se arrodilló junto a ella y le cubrió la mano con las suyas.

A continuación, Luna guio a Teo hacia la chica, como si fuera un príncipe acercándose a una princesa dormida en un cuento de hadas retorcido. Auristela cerró los ojos, pero no lucía tranquila, de un modo que pudiera convencerlo de que estaba durmiendo, sino que los apretó con fuerza, presionó los labios entre los dientes y agachó el mentón. Sostuvo los brazos a los costados y los músculos tensos a la espera de que Teo terminara con su vida.

Nada de eso se sentía real, excepto el peso de la daga de obsidiana que Luna le entregó. Le temblaba la mano, así que intentó sujetarla con más fuerza.

Los últimos minutos previos a la medianoche se esfumaban y, en la oscuridad que rodeaba al templo, el resplandor de las Piedras Solares

se reducía a hilos dorados.

Teo sentía que el corazón palpitaba en su garganta y su respiración era superficial y dolorosa. Levantó la vista para encontrar a alguien, a *cualquiera* que pudiera darle seguridad, pero nadie lo miraba a los ojos. Niya había agachado la cabeza. Xio tenía la vista en el brazalete que sostenía en la mano.

El único que seguía mirándolo era Aurelio.

Mientras que todos habían apartado la vista, Aurelio se rehusaba a hacerlo. Lucía indefenso y las líneas tensas de su rostro delataban la angustia que sentía sin importar lo mucho que se esforzara por ocultarla. Diosa Lumbre se cernía estoica detrás de él.

Las Piedras Solares se apagaron con un parpadeo y sumieron al mundo la oscuridad de la noche, lo que permitió que las estrellas ardieran en el cielo. Poco a poco, la luz de la Piedra Solar frente a ellos comenzó a desvanecerse.

Era hora. Debía apuñalar a Auristela para que su sangre alimentara a la Piedra Solar antes de que se apagara por completo. La frente de Teo se llenó de sudor al sostener la daga de obsidiana sobre el corazón de la chica, tal como Huemac le había explicado.

Tenía que hacerlo. No podía retrasarlo más. Era su responsabilidad.

Corrían lágrimas plateadas por las mejillas de Auristela.

Pero Teo no *quería* hacerlo. En la última prueba algo había estado muy mal; en el comportamiento y el aspecto de Auristela. Algo andaba mal.

Nada de eso estaba bien. Teo no quería lastimar a Aurelio. No quería matar a nadie ni que nadie, incluida Auristela, tuviera que morir, mucho menos si era en sus manos. No podía hacerlo.

—Es hora, Teo —dijo Luna en voz baja pero firme.

No lo haría.

—No lo haré. —Las palabras que salieron de su boca lo sorprendieron tanto como a las personas que lo rodeaban. Durante un momento, se hizo silencio, nadie se movió y la Piedra Solar siguió apagándose. Cuando Teo bajó la daga lejos del corazón de Auristela, todos se pusieron en acción.

—¡Tomen la daga! —gritó Diosa Luna. Los sacerdotes Sol

procedieron a rodear a Teo y a sacarle la daga de las manos desesperadas. Él extendió las alas, con lo que alejó a varios de ellos.

—¡AURISTELA! —exclamó Aurelio. La chica observaba a Teo demasiado sorprendida como para moverse.

—*Teo* —dijo una voz tras él. Xio había logrado colarse entre los sacerdotes, con el brazo extendido hacia la mano de Teo. —¡Dame la daga!

Al tiempo que otra oleada de sacerdotes los rodeaba, Xio flexionó los dedos, expectante. Si Teo podía enfrentar a los sacerdotes, quizás el pequeño podría tomar la daga y salir corriendo.

Sobre ellos, los últimos destellos de luz se desvanecieron hacia el interior de la Piedra Solar y revelaron el cráneo dorado que ocultaba dentro.

De repente, Xio cambió.

Su expresión, antes desesperada y temerosa, mutó hacia algo oscuro. Teo pudo ver un parecido con Mala Suerte por primera vez desde que lo había conocido.

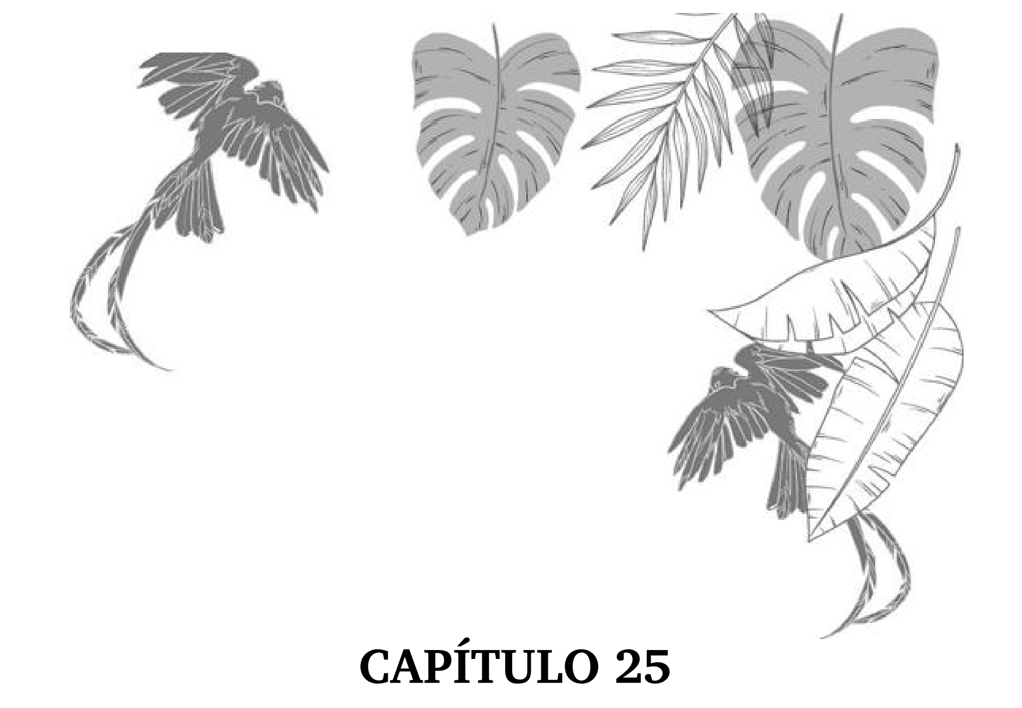
—¿Xio? —preguntó. Incluso los sacerdotes se habían quedado perplejos y los miraban confundidos.

—Es muy tarde —dijo con la daga contra el pecho en actitud protectora. —La piedra se apagó. —Sonó aliviado y exhaló con un temblor que le recorrió todo el cuerpo. —Sol ya no puede ayudarte —concluyó con los ojos negros sobre Teo. De repente, se llevó el filo de la daga a la mano contraria y, cuando lo alejó, un hilo de sangre color negro obsidiana brotó hacia el suelo.

Los sacerdotes jadearon detrás de Teo y, por un momento, él se olvidó de cómo respirar.

—Ya vienen —anunció Xio con la mirada en el cielo.

El mundo se sumió en la oscuridad.



CAPÍTULO 25

La tierra se sacudió e hizo que Teo cayera de costado y que la corona girara fuera del alcance. Caos y terror se extendieron entre los espectadores. De repente, todo se iluminó con una luz plateada y las estrellas del cielo se volvieron abrasadoras. Al principio, Teo pensó que se hacían más grandes, pero luego se dio cuenta de que se estaban acercando.

Llovieron estrellas alrededor y sus cuerpos celestes e imponentes bañaron a Reino del Sol con explosiones de luz brillantes. Impactaron contra los edificios antiguos que rodeaban al Templo del Sol y se hundieron en los canales. La roca rugía y se sacudía, haciendo que las personas cayeran al suelo. Se abrieron fisuras y grietas que desprendieron grandes porciones del templo. La enorme laja dorada con el glifo de Sol se tambaleó, inclinada hacia el altar del sacrificio, donde Auristela seguía tendida. Teo se esforzó por levantarse y correr para tomar a la chica y bajarla al suelo. En ese preciso momento, el glifo cayó sobre la mesa de piedra y la partió a la mitad.

¿Qué había hecho Xio? ¿Qué había hecho *Teo*?

Los sacerdotes corrieron para ponerse a salvo y los semidioses se apresuraron a ayudar.

—¡Váyanse! —gritó Diosa Luna cuando la multitud confundida se convirtió en un caos. Ella intentó moverse, pero le fallaron las piernas y cayó de rodillas con expresión adolorida. —¡De prisa, antes de que lleguen!

Solo que ya era demasiado tarde.

La oscuridad intensa se llenó de estrellas brillantes que cayeron del cielo nocturno hacia el interior del templo. Tres figuras vestidas de negro emergieron en el éter: una mujer con la cabeza lobuna de un chupacabra; un ser alto y delgado, con piel suave de color azul oscuro y rostro inexpresivo; y un hombre con enorme cabeza de cabra, pupilas horizontales y sonrisa amarilla.

Xio estaba en medio de ellos. Ya no mostraba el miedo y la aprehensión que Teo acostumbraba a ver en su rostro, sino que lucía aliviado y triunfal.

—Vaya, vaya, cómo vuela el tiempo cuando llevas varios milenios encarcelado —dijo Venganza mientras extendía las manos huesudas y con garras sobre la cabeza. Bajó los ojos de cabra hacia Xio y agregó —: Buen trabajo, mi muchacho.

Teo respiró ahogado. *¿Mi muchacho?* Muchas cosas encajaron al mismo tiempo: que Xio no tuviera los poderes de Mala Suerte, que no dejara de perder en las pruebas, que hubiera brotado sangre negra de la palma de su mano.

Xio no era un Jade. Era un Obsidiano.

—¡Y miren, nos organizaron una fiesta de bienvenida! —festejó Chupacabra. Retrajo los labios negros con alegría sobre los dientes afilados al ver a las personas correr por sus vidas.

—Y hay muchos semidioses a los que podremos poner bajo nuestras alas —agregó Venganza al contemplar a los competidores. —Ustedes son a los que Sol consideró *dignos*, ¿cierto? —Xochi arrastró a Atzi tras ella. Marino dejó de hacer señas cuando él y Dezi se abrazaron. Niya mostró los dientes, a pesar del miedo que Teo veía en sus ojos. —Es tan poético —rio el Obsidiano.

—¡NO LES PONDRÁS NI UNA MANO ENCIMA! —rugió Diose

Guerrero, corrió hacia adelante y dos espadas largas aparecieron en sus manos.

Chupacabra puso los ojos en blanco.

—Calma, gatito.

Caos giró la muñeca y lanzó una bola de éter que derribó a Guerrero. Luego, un muro que parecía de fuego negro rodeó a los semidioses y le bloqueó el paso hacia ellos.

—¿Y dónde está el chico que hizo todo esto posible? —preguntó Venganza mientras analizaba la multitud con la mirada. Teo no podía hablar ni moverse, pero no fue necesario, pues la sonrisa de Venganza se amplió de forma sobrenatural al verlo. —Aquí está —dijo y se agachó para verlo mejor. Él intentó alejarse, pero su cuerpo no funcionaba. El Obsidiano se imponía sobre él como si pudiera comérselo de un bocado. —¡Debemos darte las gracias, Hijo de Quetzal! Pensé que mi hijo nos fallaría, pero tú nos diste la solución —agregó con una risa triunfal.

Teo miró a Xio en busca de alguna clase de respuesta o de explicación, cualquier cosa que contradijera lo que Venganza acababa de decir, pero el pequeño tenía los rizos oscuros sobre los ojos y se rehusaba a mirarlo.

—Aléjate de él —sentenció Diosa Luna mientras se esforzaba por ponerse de pie.

—Nos exiliaron y nos despojaron de nuestras ciudades y títulos. Nos arrebataron a nuestras familias, así que es justo que tomemos a sus semidioses más preciados —explicó Venganza con tranquilidad mientras el cielo se caía alrededor de ellos. —Sin Sol, no tienes poder sobre nosotros, *Diosa*.

Luna reunió toda su determinación para levantarse e intentó avanzar, pero volvió a caer de rodillas. El color plata de su cabello se había degradado hacia un gris ceniciento.

—Ah, querida Luna, no te ves bien —señaló Chupacabra babeándose.

—Chupacabra, refréscame la memoria, ¿cómo es que vive la luna sin el sol? —preguntó Venganza. Se adelantó y levantó la Piedra Solar del suelo. La luz se estaba apagando rápido a medida que los diminutos rayos solares se desvanecían. Teo podía ver el cráneo

dorado debajo de la superficie de cristal que antes solía ser enceguecedora.

—¡No! —Luna extendió la mano de prisa, y Chupacabra echó la cabeza atrás para aullar con regocijo.

—Ah, claro, no lo hace —murmuró Venganza al mirar a la diosa.

La luz de la Piedra Solar por fin quedó eclipsada por color negro. El brillo anaranjado del sol brotó por última vez a través de las cuencas oculares de la calavera antes de extinguirse por completo.

Diosa Luna abrió bien los ojos y soltó un pequeño jadeo. Su calma habitual fue consumida por sorpresa, miedo y, luego, rabia.

—¡NO! —gritó Teo y corrió hacia ella. Le tomó las manos, pero se sentían frías y extrañas. Cuando miró sus ojos brillantes, se esfumaron en una explosión de estrellas. Sobre ellos, Caos soltó una risotada que produjo un vendaval y esparció el polvo plateado alrededor de Teo.

—¿Vamos a casa, Venganza? —Chupacabra bostezó. Venganza asintió y se dirigió a Caos.

—Si no te importa, Caos —dijo con amabilidad. El último Obsidiano giró las manos y abrió una grieta en el suelo del templo. —Y no olvidemos a los niños —agregó Venganza y agitó la mano de forma despectiva. Luego él y Chupacabra se desvanecieron en el éter.

Una nebulosa de materia oscura espesa con luces enceguecedoras se arremolinó con rocas y pétalos de caléndula. Teo sintió un magnetismo que sacudió su cuerpo y atrapó sus tobillos. Entre los gritos que llenaban el aire, se aferró a un trozo grande de piedra sólida en los escombros para evitar que la grieta lo succionara. Se horrorizó al ver a Ocelo caer en la oscuridad. Xochi se abrazó a Atzi, pero sin tener de qué aferrarse más que de ellas mismas, ambas fueron succionadas por la grieta.

—¡TEO! —Al girar, vio que Niya era arrastrada hacia el abismo y soltó un grito desgarrador. No tenía tiempo para pensar, así que se lanzó hacia ella y usó las alas para resistir la fuerza de succión. Tomó a su amiga por la cintura, pero solo logró un alivio temporal antes de que la grieta siguiera arrastrándolos a ambos.

De repente, el ruido de metal contra roca penetró los oídos de Teo.

Niya había conjurado dos picos largos y los había clavado en la piedra para anclarlos. Tenía los bíceps hinchados y el rostro

contorsionado de dolor al sujetarse con todas sus fuerzas. Más cuerpos se deslizaron junto a ellos. Primero fue Dezi, que intentó sujetarse de algo, pero cayó sin remedio por el suelo, y Teo vio su expresión aterrada antes de que la oscuridad lo consumiera. Luego llegó otra persona: Xio, con las cejas elevadas con sorpresa mientras el suelo desaparecía debajo de él. Teo no lo pensó, solo extendió la mano y lo tomó de la manga antes de que cayera.

—¡Ah! —lamentó Niya. Tenía dificultades para soportar el peso de todos con los picos, por lo que Teo no estaba seguro de cuánto aguantaría. Xio se estaba sacudiendo para liberarse.

—¡Detente! —gritó Teo. Xio estaba involucrado en lo que fuera que estuviera pasando, pero él había jurado protegerlo durante las pruebas y siguió haciéndolo por instinto. —¡Quédate quieto! ¡Niya nos sacará!

—¿No lo *entiendes*? —exclamó el chico. —¡No *necesito* tu ayuda, no quiero que me salves! ¡Soy un Obsidiano y esta es nuestra venganza!

Con un último sacudón, Xio le dio un golpe en el pecho con su puño pequeño, se liberó y cayó a la oscuridad. Sobre él, Niya gritó pasmada, y la cabeza de Teo se llenó de interferencia, pues era incapaz de encontrarle sentido a lo que había pasado.

—¡Relio! —gritó Auristela.

Teo vio a los mellizos atrapados a unos tres metros de la grieta. Auristela colgaba del antebrazo de Aurelio, mientras que él se sujetaba a la mesa del sacrificio con la otra mano. El chico estaba cubierto de sudor y sus tendones se veían tensos por la fuerza que ejercía el vórtice. Su rostro estaba contorsionado por el esfuerzo, pero la mano de Auristela se deslizaba por su brazo.

Él no aguantaría mucho más. Necesitaba ayuda.

Teo giró de costado y evaluó rápido a qué distancia estaba de Aurelio. Si calculaba bien, podría alcanzarlo. Niya debió haber adivinado en lo que estaba pensando, porque gritó:

—¡No, Teo!

Él se soltó. Posicionó las alas e, impulsado por la atracción del risco, se deslizó en diagonal por el suelo. Cayó con el estómago contra la laja de piedra a la que se aferraba Aurelio, por lo que se quedó sin aire. Su cuerpo se dobló sobre la laja y se golpeó el pecho, pero evitó

que el abismo lo succionara.

Aurelio apenas podía sostenerse con los dedos enterrados en una grieta en la piedra, desde donde brotaba sangre dorada. Teo intentó sujetarle la mano, pero estaba demasiado lejos.

—¡Aurelio!

El chico se sobresaltó y miró hacia arriba con confusión en el rostro adolorido.

—¡Estoy resbalando! —gritó Auristela.

Aurelio miró hacia abajo: las manos de su hermana se deslizaban por su brazo, pero él la tomó de la muñeca. Debajo de ella, la grieta empezaba a cerrarse.

Solo tenían que aguantar un poco más. Aurelio estaba centrado en Auristela. Le temblaban los brazos y comenzaba a perder el agarre sobre la piedra.

—¡No te sueltes! —gritó, pero ella siguió resbalando, hasta que solo se sostenían con las puntas de los dedos. La mesa de piedra estaba quebrándose cada vez más, no podría soportarlos a los tres mucho tiempo más. Teo lo sabía; Aurelio lo sabía, y también Auristela.

Teo presionó los muslos contra la piedra para tener más apoyo y estirarse más. La grieta seguía cerrándose. Solo necesitaba unos centímetros más…

Sin embargo, Auristela no lo permitió.

—¡Encuéntranos! —exclamó sobre los gritos de pánico y con una mirada hacia Teo.

Aurelio sacudió la cabeza con fuerza porque se rehusaba a dejarla ir. Cuando cayó un fragmento de la piedra, Teo presionó más y todos sus músculos se lamentaron.

De repente, Auristela encendió fuego en la mano. Aurelio gritó e intentó resistir, pero era demasiado para él y la chica resbaló de sus dedos.

—¡NO! —Él soltó la piedra para zambullirse hacia su hermana, pero Teo se lanzó hacia adelante para sujetarlo de la muñeca. Auristela cayó. Tomó aire y, con los ojos desorbitados por el terror, desapareció en la grieta. —¡STELA! ¡SUÉLTAME! —Un grito desgarrador surgió de la garganta de Aurelio. Intentaba liberarse, pero Teo se rehusaba a dejarlo ir. Cerró los ojos con fuerza mientras, con la

frente apoyada en la piedra y los hombros en llamas, aferraba al chico que no dejaba de sacudirse.

La grieta se cerró de a poco y dejó al mundo sumido en la quietud de la noche.

Teo y Aurelio se desplomaron en el suelo. Aurelio no se movió cuando él lo soltó, sino que se quedó mirando hacia donde su hermana y los demás habían desaparecido. Su pecho subía y bajaba con respiraciones temblorosas.

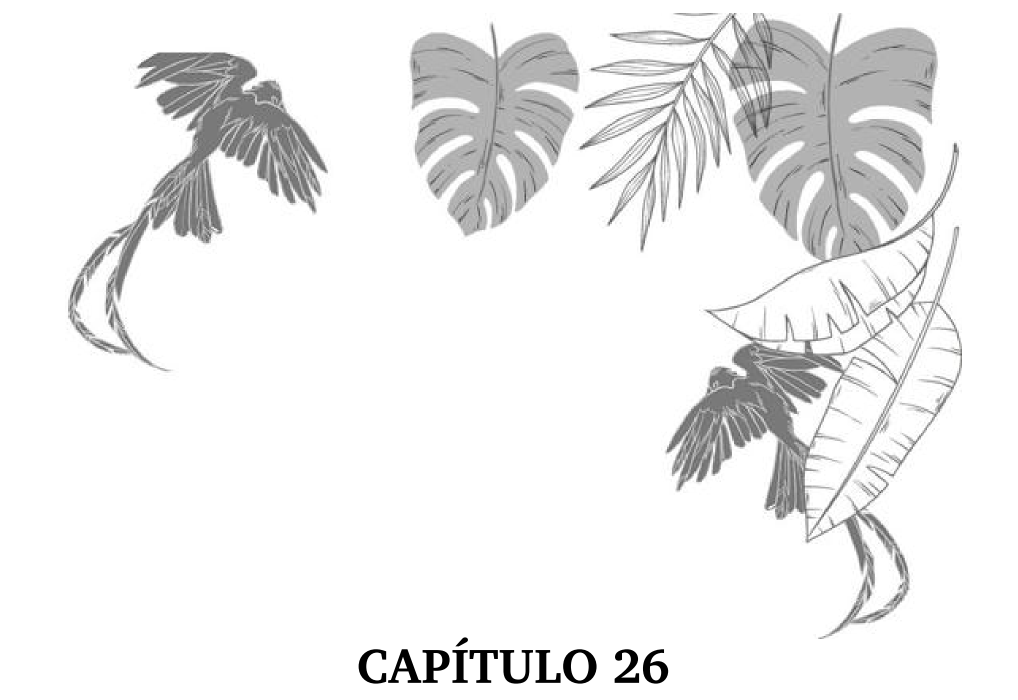
¿Dónde estaba Niya?

Teo se levantó tambaleándose y revisó la multitud. Las personas corrían de un lado al otro con gritos de pánico, y fragmentos grandes del suelo estaban dañados o desprendidos.

—¡Teo! —Su madre lo encontró y lo envolvió en un abrazo aplastante entre plumas y oro. —¡Gracias a Sol estás bien! —jadeó mientras le acariciaba el cabello, los brazos y el pecho.

—Estoy bien —logró responder. —¿Dónde está Niya? —preguntó e intentó mirar entre las plumas de su madre. Encontró a su amiga de rodillas en el suelo, hecha un ovillo. Dios Tierra intentaba apartarle del rostro los cabellos que se había salido de las trenzas. —¿Estás bien? —Teo corrió hacia ella presa del pánico. Cuando ella alzó la vista, tenía los ojos y la nariz rojos y el mentón apretado. —¿Qué pasa? —Teo no vio cortes ni sangre dorada, pero el dolor en su expresión parecía insoportable. Tenía el rostro arrugado y cubierto de lágrimas frescas, y las manos hacia arriba, rojas y en carne viva.

—Se han ido —sollozó. —No pudimos salvarlos. —Miró a Teo con los ojos llenos de una angustia que él nunca había visto antes. —No tuve la fuerza suficiente. —Se desmoronó y él la abrazó fuerte contra el pecho.



CAPÍTULO 26

Teo se acercó despacio a Aurelio, que seguía en el suelo.

—Aurelio…

—No quiero escucharlo —gruñó en respuesta y se puso de rodillas. Había encontrado la daga de obsidiana para el sacrificio y la tenía en la palma de la mano.

—Lo siento —arriesgó Teo.

El chico por fin lo miró.

—*¿Tú lo sientes?*

—Yo… Esto es mi culpa —balbuceó él. No alcanzaba a hacerse a la idea de lo mucho que había metido la pata en esa oportunidad. —Si hubiera…

—¿Si la hubieras matado? —Aurelio tomó aire como si le hubieran dado un golpe en el pecho. —No. No podías hacerlo. Debí saber que no podías. Eres demasiado… —Negó con la cabeza. —Hiciste lo que creías correcto —dijo con esfuerzo. —*Yo* fui quien la dejó atrás.

Se quedó callado por un largo tiempo, solo sentado sobre las rodillas, con los brazos a su alrededor. Tenía los nudillos blancos por la presión que ejercía sobre sus costillas, como si así estuviera manteniéndose en una pieza. Teo dejó de pensar y actuó de forma instintiva: extendió los brazos alrededor de Aurelio y lo abrazó con todo su ser. No lo dejaría pasar por eso solo. No se trataba de quién era el culpable, de las pruebas ni del apocalipsis, lo único importante en ese momento era el dolor de Aurelio. El cuerpo del chico languideció en el abrazo. Luego lo correspondió, con los puños apretados sobre las plumas.

Todo lo que siguió fue nebuloso.

Es mi culpa. Todo es mi culpa.

Niya estaba en alerta, con el cuerpo en tensión y sus padres detrás. Teo se percató de que seguían juntos porque *ella* lo había logrado al impedir que la multitud alterada los separara. Deseaba tener suficiente energía para sentirse bien por ella.

Los dioses se reunieron alrededor de Diosa Lumbre, que estaba parada de brazos cruzados y emanaba una rabia que no lograba contener. Había más personas en el observatorio de las que Teo podía contar. A la distancia, se dio cuenta de que Huemac estaba entre ellos, pero estaba demasiado avergonzado como para ir a buscarlo.

—Cálmense —ordenó Lumbre en voz baja y recorrió a la multitud con los ojos en llamas. Como no logró el efecto esperado, lo intentó otra vez. —SILENCIO. —Con eso, la multitud obedeció. —Necesitamos un plan —declaró. Si tenía alguna idea, no daba indicios al respecto.

—*Necesitamos* saber qué fue lo que pasó —intervino otra voz. Teo creyó reconocerla. Maíz, tal vez.

Del otro lado, Aurelio irradiaba calor. Teo nunca había sido más consciente del espacio que lo separaba de otra persona, pero esos centímetros gritaban todo lo que el chico no le había dicho.

¿Por qué me detuviste?

Ella es mi hermana.

Tendrías que haberme dejado ir.

—Tenemos que llegar al fondo de esto —coincidió Lumbre. La mitad de las miradas en la habitación se dirigieron a Teo. La otra mitad miró alrededor, quizás en busca de Mala Suerte, solo que no

estaba por ningún lado.

Niya se acercó más a Teo. Aunque él no se sentía muy digno de su protección cuando los demás habían desaparecido.

Reiniciaron los murmullos en la habitación, y Aurelio aprovechó la oportunidad para dar un paso al frente, pero se detuvo cuando Diosa Lumbre le dedicó una mirada fulminante.

—Sin la Piedra Solar, el mundo permanecerá en una noche eterna —dijo y los murmullos se apagaron. —Los dioses Obsidianos ganarán poder hasta tener la fuerza suficiente para destruir el mundo, y a nosotros con él.

Se hizo silencio por un momento, pero luego todo estalló. Todos empezaron a gritar al mismo tiempo. Algunos dioses discutían la mejor manera de seguir adelante, otros intentaban irse a casa a proteger a los suyos.

—¿Qué pasó?

—¿Dónde está Mala Suerte?

—¿Vieron la sangre del chico? Era *negra*.

—¿Por qué el Portador del Sol no completó el sacrificio?

—¿Este fue el plan de los Jade desde el comienzo?

—La esperanza aún no está perdida. —A un costado, con la cabeza gacha, Tierra sostenía la corona del Portador en las manos cubiertas por guantes.

Todos se quedaron en silencio al oír la voz ronca y desconocida del dios de la tierra.

—¿Papi? —preguntó Niya con incredulidad.

—Puede que haya una forma de deshacer lo que ha sido hecho —continuó el dios. Su voz era baja y rasposa, como dos rocas en fricción.

—Sol es le unique capaz de exiliar a los Obsidianos otra vez —intervino Lumbre con claro fastidio ante la interrupción sentimental. —Y Sol murió.

—No murió —la corrigió Tierra. —Solo ha dejado este mundo. De nosotros depende traerle de vuelta.

—¿Traerle de vuelta? —repitió Quetzal. Una vez más, la multitud estalló en murmullos.

—Dispersé sus restos en la forma de Piedras Solares —explicó

Tierra. —No puede regresar a Reino del Sol en tantos fragmentos. Pero si volvemos a unirlos…

—¡Sol volverá! —exclamó Niya con un aplauso emocionado.

—¿Quieres *sacar* las Piedras Solares de sus templos? —Diosa Lumbre gruñó en desaprobación.

—Los Obsidianos ya están libres. Si no son alimentadas, las Piedras Solares ya no protegerán a las ciudades —dijo Aurelio con un paso al frente.

—No tenemos tiempo para los planes improvisados de Tierra —negó Lumbre. —Sol ya no puede ayudarnos. Debemos protegernos a nosotros mismos. Guerrero —agregó hacia le diose con cabeza de jaguar, que asintió. —Espero que los últimos siglos de paz no te hayan vuelto débil. A partir de hoy, Reino del Sol está en guerra…

—Iré tras los Obsidianos —declaró Aurelio.

—No. —Lumbre negó con la cabeza sin levantar la vista, como si, incluso en ese momento, siguiera decepcionada.

—Sí —reafirmó él en voz tan alta que silenció la habitación. En lugar de discutir entre sí, todos miraron a madre e hijo, diosa y semidiós. —Iré tras los Obsidianos y rescataré a los semidioses.

La multitud murmuró en aprobación. Él era Aurelio después de todo, su Chico Dorado.

—No enviaré a un niño a combatir dioses —sentenció Lumbre.

La mente de Teo captó la elección de palabras. “Un niño”, no “mi hijo”. Para ser la diosa del fuego, Lumbre era fría como el hielo.

—Los dioses deben quedarse para proteger a las ciudades. Soy la única opción lógica —explicó Aurelio.

—Los Obsidianos no fueron los únicos desterrados a las estrellas, muchacho —siseó su madre. —Los monstruos celestiales fueron encerrados con sus amos. En ausencia de Sol, están libres para desatar caos y destrucción en nuestro mundo. No puedes ni *imaginar* los horrores que se han liberado.

A Teo se le revolvió el estómago. Había aprendido sobre los seres celestiales en la escuela: monstruos mortíferos que habían sido atrapados como constelaciones en el cosmos. Recordó todas las estrellas que había visto caer del cielo. Sin Sol, también habían quedado libres.

—Puedo hacerlo —insistió Aurelio e intentó mantenerse firme.

Lumbre soltó una risa aguda y desagradable.

—Morirás.

—Entonces moriré protegiendo a mi gente.

—Aurelio… —Teo lo tomó del brazo.

—Iré —afirmó el chico sin siquiera parpadear. —Nadie en esta habitación puede detenerme.

—Entonces tu muerte será en vano. —Lumbre no volvió a reír, en cambio, miró a su hijo con frialdad y desapego. La multitud empezó a discutir otra vez, por lo que Lumbre intentó recuperar el control.

Teo vio la expresión determinada en el rostro serio de Aurelio. No se preocupaba por sí mismo ni por su seguridad. El valiente y tonto Aurelio, capaz de arder en llamas para mantener calientes a los demás. Teo se tragó el miedo: si el chico estaba dando la vida para proteger a sus amigos, él también lo haría. Sin embargo, antes de que pudiera anunciar la decisión, Quetzal le colocó una mano en el hombro.

—Ven conmigo —dijo y también le indicó a Aurelio que la siguiera. Luego los guio a través de la multitud, por las escaleras y hacia la oficina de Luna. Al parpadear, Teo vio el cúmulo de estrellas de la diosa detrás de sus ojos. Un segundo estaba ahí, al siguiente desapareció.

Xio hizo esto. Nos traicionó.

Algunos dioses se habían escabullido en medio del alboroto para reorganizarse. Tierra y Fantasma estaban en medio del círculo, con Niya junto a ellos.

—Amigo, tu mamá apesta —dijo ella al ver a Aurelio. Teo le dio la razón en su mente, pero decidió guardárselo. Niya continuó—: Pero no hay problema, ¡mi papá y Fantasma tienen un plan!

—Siempre existió el riesgo de que los Obsidianos escaparan —explicó Tierra.

Teo no creía poder acostumbrarse al sonido de esa voz. Recorrió la oficina con la mirada y, una vez más, se detuvo en los murales de las paredes. Observó la escena del sacrificio de Sol y luego la siguiente, en la que el glifo brillaba en el cielo, sobre los habitantes dichosos de Reino del Sol. Le diose se había sacrificado para mantenerlos a todos a

salvo.

¿Qué había hecho Xio? ¿Qué había hecho *Teo*?

—Lumbre convencerá a la mayoría de los Dorados de que se preparen para la guerra. Traer a Sol de vuelta dependerá de nosotros —explicó Pan Dulce mientras repiqueteaba los dedos sobre el mapa tallado en el escritorio de Luna.

—La renovación de energía de las Piedras Solares no ocurre de inmediato después del sacrificio. En general, lleva una quincena completar el ritual y alimentar a todas las piedras —ofreció Tierra.

—¿Cuánto dura una quincena? —susurró Niya al oído de Teo.

—Eh…

—Quince días —respondió Aurelio.

—Tenemos que terminar la reconstrucción de Sol antes de que termine la quincena. Para alcanzar todas las Piedras Solares a tiempo, tendremos que dividirnos. Un grupo irá al norte, otro al sur, uno al este, otro al oeste —amplió el dios.

—Y alguien debe ir a Los Restos a recuperar la Piedra Solar —agregó Quetzal en tono solemne. —Ahora que los Obsidianos están de vuelta, si nos acercamos a sus templos podrán sentir nuestra presencia.

—*Nuestra* presencia —enfatizó Opción con la mirada en Teo, Aurelio y Niya. —Pero no la de los semidioses.

—No puedes sugerir que… —Quetzal frunció el ceño.

—Dije que iría tras los Obsidianos para liberar a mi hermana y a los demás. También puedo recuperar la Piedra Solar —ofreció Aurelio.

—Podemos recuperar la Piedra Solar —lo corrigió Teo. —Iré contigo.

Niya y Quetzal lo miraron, ambas como si le estuvieran preguntando: *¿Estás seguro?* El corazón de Teo se hinchó de emoción, pues esas dos mujeres eran capaces de defenderlo hasta el fin del mundo. Cuando asintió con la cabeza, Niya se tronó los dedos.

—Entonces yo también iré.

—Los celestiales han regresado, el sol se ha apagado y la luna ha muerto. Estamos en el *apocalipsis*, no en un viaje recreativo —advirtió Tormentoso con un temblor.

Teo no había notado a los pocos Dorados que estaban entre la

multitud. Allí estaban Amor, Agua y Tormentoso, padres de los semidioses a los que se habían llevado.

—Entonces necesitarán toda la ayuda posible —intervino Amor y extendió la mano, en la que tenía un vial pequeño lleno de líquido rojo arremolinado. —Este es el Elixir de Encanto —explicó al entregárselo a Aurelio. —Si lo bebes, te dará el poder de Discurso Aplacador durante diez minutos. Puedes usarlo en humanos o animales. Una dosis suficiente incluso funciona en dioses.

—Gracias —dijo Aurelio al aceptar la botella. Si se trataba de persuadir a alguien, él era la última persona a la que Teo recurriría, pero eso también implicaba que era quien más necesitaba el elixir de los tres.

—Toma esto también —anunció Diosa Agua, con la voz suave como un arroyo sobre la roca, e hizo aparecer una botella de vidrio llena de líquido cristalino. —Es un Decantador de Agua Infinita —explicó. Luego, como Aurelio arrugó el rostro, agregó—: Incluso un chico de fuego necesita agua fresca para sobrevivir.

—Y esto: mi Bolsa de Vientos —agregó Tormentoso al hacer aparecer una bolsa ajustable del tamaño del puño de Aurelio.

Niya resopló y se tapó la boca con la mano. Teo intentó lanzarle una mirada que le advirtiera que fuera seria, pero en cuanto hicieron contacto visual, también brotó una risita en su pecho. Aunque Aurelio los miró molesto, Teo podría haber jurado que Tormentoso sonrió debajo de la barba espesa.

Tierra fue el próximo en dar un paso al frente. Se sacó uno de los guantes para revelar la mano fibrosa de color escarlata y el brazalete de metal gris en su muñeca. Cuando tocó el metal, se convirtió en una esfera, que le ofreció a su hija.

—¡Papi! —jadeó Niya. —¡¿Tu Espada Inquebrantable?! —Tierra asintió. A continuación, una espada enorme, letal y casi negra se materializó en la mano de ella. —¡Este es el *único* metal irrompible del mundo! —explicó mientras recorría el lado plano de la hoja corta con los dedos. —Solo puede ser forjado en el fuego de La Cumbre y solo puede ser transformado por un hijo de Tierra. ¡Gracias! —le dijo a su padre entre lágrimas. Se lanzó hacia él y lo envolvió en un abrazo fuerte. Tierra le apoyó la mejilla en la cabeza de forma afectuosa y le

acarició la trenza con la mano sin guante.

—Toma esto —insistió Diosa Primavera al entregarle una piedra verde brillante. —Es una Gema de Regeneración. Debes sumergirla en agua, que luego podrás beber o usar sobre una herida para sanar.

—Ah, *sí*. ¡Con esto puedo apuñalar a alguien y regresarlo a la vida! —festejó Niya con los obsequios en las manos.

—¡No funciona *tan* bien! —se apresuró a aclarar Primavera, pasmada.

Luego quedaba solo Teo, pero los Dorados se miraron entre sí sin saber qué hacer con él.

—Tú me tienes a mí —le dijo Quetzal. Tras un abrazo breve, se sacó una de las plumas verdeazuladas de la cabeza y se la entregó—. *Siempre* —agregó con una sonrisa reafirmante. —Cuando hayan conseguido la Piedra Solar, usa esta pluma para llamarnos y llegaremos con las demás para hacer el ritual y revivir a Sol.

Teo recorrió el borde de la pluma con los dedos. Con la luz tenue, el verde brillaba con destellos azules y dorados. Él no estaba solo: tenía a Niya y a Aurelio a su lado, y a su madre y a todos los dioses cubriéndole la espalda. Podía solucionar eso. Lo haría.

Se oyó movimiento entre los cuerpos y, de repente, Fantasma se abrió paso entre el grupo. Caminó hacia Teo y sacó algo de la manga de su vestido: una vela larga y angosta que estaba consumida por la mitad. La colocó con delicadeza junto al otro obsequio en la mano de Teo.

—Gracias, Fantasma —dijo con una sonrisa débil, y ella le sonrió con orgullo. Su pluma y vela usada eran muy poco impresionantes, pero fingió estar emocionado de todas formas.

Los dioses volvieron a su conversación ansiosa al salir de la oficina de Luna. Iban planeando estrategias sobre la mejor manera de proteger sus ciudades y reunir todas las Piedras Solares.

El trío de semidioses se detuvo al llegar a la puerta de la oficina, donde Lumbre y Guerrero los esperaban con expresiones de desaprobación.

—Los dioses se están dividiendo. Es una pésima estrategia en tiempos de guerra —comentó Guerrero.

—Y tú… ¿Te pondrás del lado de los Jade en esto? —le dijo

Lumbre a su hijo, a lo que él asintió. —Entonces, ten esto —agregó cuando apareció un círculo delgado en su mano que parecía estar hecho de brasas encendidas. —Es la Diadema de Fuego —explicó cuando Aurelio lo aceptó a regañadientes. —Al usarla, amplificará tus poderes. —El chico asintió y la giró entre sus manos. Sin embargo, la diosa no pudo decir solo eso. —Puede que te haga casi tan poderoso como tu hermana —concluyó, por lo que su hijo se estremeció.

—Qué perra —bufó Teo porque no pudo contenerse. Niya también resopló. Lumbre lo fulminó con los ojos llameantes, pero él se limitó a fruncirle el ceño.

—Ten mi Anillo Escudo —ofreció Diose Guerrero al sacar una sortija dorada de su dedo medio para dársela a Niya. —Solo tienes que levantar la mano y el escudo aparecerá.

Niya lo puso a prueba. Se tambaleó un poco por el peso del escudo que se materializó en su brazo. Estaba cubierto de cuero y tenía la imagen de Guerrero gruñendo grabada en el frente.

—Por los *dioses* —jadeó ella. Con la mano libre, extendió la Espada Inquebrantable y se paró en posición de batalla. —¡Es el fin de esos mongrelos! —Lumbre no pareció impresionada, pero Guerrero rio con aprobación. —Esperen, ¿por qué nos ayudan? —preguntó Niya de modo intempestivo. Agitó las muñecas y las armas relucientes volvieron a sus formas mundanas. —Nuestros padres están yendo *en contra* de sus órdenes.

Los dioses se miraron el uno al otro, y Guerrero respondió:

—Nosotros también queremos que nuestros hijos vuelvan a casa.

Con eso, ambos Dorados dieron la vuelta y se mezclaron con la multitud de dioses y sacerdotes que deambulaban por ahí.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Niya cuando los tres semidioses estuvieron solos.

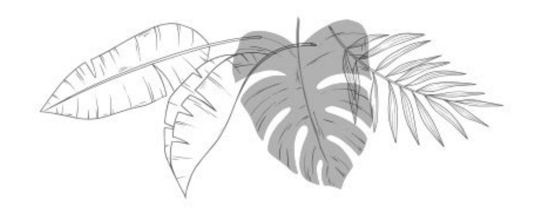
—Intentar deshacer el apocalipsis, supongo. —Teo se encogió de hombros.

—Haces que suene tan fácil. —Aurelio rio sin gracia.

—Tienes que admitir que un viaje por el fin del mundo suena un poco divertido —bromeó él y le chocó el hombro.

Aurelio sonrió. Fue un gesto cansado, pero una sonrisa a fin de cuentas.

—Mierda —protestó Niya con un suspiro. —Necesitaremos una provisión de dulces más grande.



CONTINUARÁ














AGRADECIMIENTOS

Este libro fue ideado y escrito durante la cuarentena por una pandemia. Sin tener a estas personas importantes en mi vida, la historia de Teo nunca hubiera tomado vuelo.

Al primero que quiero agradecer es a Max: mi caja de resonancia, mi voz de la razón, el único que siempre me devuelve a mi centro cuando la vida me supera. Sé que repito mucho esto, pero ¡sin tu hermoso cerebro y tu cálida compañía estaría perdido!

Alex, tu voz y tu sentido del humor resuenan a lo largo de toda esta historia. Gracias por todas las tormentas de ideas, despotriques, chistes malos y las numerosas trasnoches que se convirtieron en madrugadas. ¡A esta altura te debo regalías! O, al menos, unas vacaciones divertidas.

Jennifer March Soloway: ¡eres la mejor agente que cualquiera podría desear! Muchas gracias por todo tu apoyo y ánimo, en especial cuando estoy en pánico o me siento mal conmigo mismo. Das las

mejores charlas alentadoras y siempre sabes cómo hacerme sentir mejor. ¡Gracias por ser mi guía en este viaje loco!

¡Mars Lauderbaugh, el increíble artista de tapa! ¡No puedo creer que hayamos empezado con *fanart* de Oikawa y que ahora hayas hecho la portada de mi segundo libro! No te imaginas lo mucho que tu arte le aporta a mis historias. ¡Trabajar en los personajes se convirtió en una colaboración y es lo mejor de mi proceso de escritura!

Mik, has sido un compañero de escritura constante y confiable. He atravesado cada paso de este libro en videollamada contigo, y tu compañía ha sido un gran consuelo mientras intentaba sobrevivir al apocalipsis. Muchas gracias por todas las risas.

Anda, siempre te aseguras de que cuide de mí mismo y me acosas para que vuelva en mí cuando dejo de ser un humano funcional cerca de las fechas de entrega.

Ezrael, tu capacidad de ver el alma emocional de una historia es un don. Tienes uno de los corazones más amables que he tenido el honor de conocer. Te agradezco muchísimo por siempre impulsarme a llegar más lejos.

A mis *increíbles* amigos, Austin, Bird, Katie, Raviv, Samantha y Teddy: son los mejores animadores y no me alcanzan las palabras para decirles todo lo que significan para mí. Siempre que necesito ayuda para resolver un problema con un libro o que estoy demasiado nervioso para ir solo a un evento, ustedes están ahí. No se dan una idea de lo mucho que eso vale para mí.

Se necesita de un gran equipo para crear un libro ¡y yo tengo al *mejor equipo* de profesionales creativos apoyándome!

Primero y principal, quiero agradecerle a mi increíble editora, Holly West. Eres la verdadera razón por la que tengo la carrera de mis sueños, haciendo lo que amo. Gracias por darme una oportunidad y por seguir haciéndolo con todas las ideas descabelladas que se me ocurren. Soy muy afortunado al tener una editora que me entiende a mí, a mi humor y a las historias que intento contar. ¡Te debo todo!

Gracias a mi editora, Jean Feiwel, por creer en mí. Gracias a Hana Tzou y Oliver Wehner, mis primeros lectores, por haberme dado devoluciones que fueron de mucha ayuda cuando este libro seguía siendo un caos. Gracias a Arik Hardin por hacer malabarismo y por

coordinar los numerosos pasos necesarios para convertir esta idea en una novela. Un reconocimiento para mi correctora, Melanie Sanders, por revisar cuatrocientas páginas de mi vómito verbal y por hacerlas inteligibles.

¡Muchas gracias a Liz Dresner, Trisha Previte y L. Whitt por darme un increíble diseño de tapa y de interior! Y un gran agradecimiento para Raymond E. Colón por encargarse de la producción. ¡Es todo lo que podría haber pedido y más!

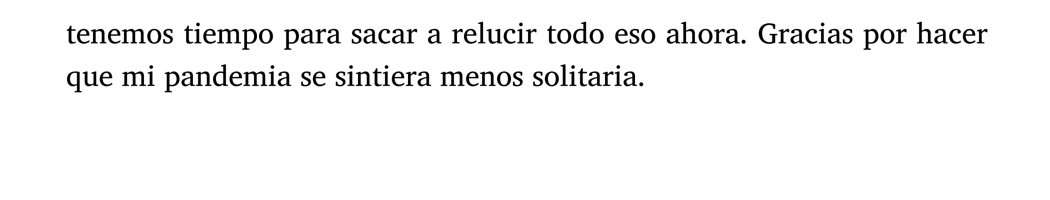
Gracias a mi maravillosa amiga y publicista, Kelsey Marrujo, quien ha estado conmigo desde *Los chicos del cementerio* y quien sigue siendo un gran apoyo. Gracias a mi genio del marketing, Teresa Ferraiolo, quien siempre toma mis ideas locas y mis sueños y los hace realidad. Le debo muchísimo al equipo de derechos subsidiarios: Kristin Dulaney, Jordan Winch y Kaitlin Loss. ¡Una de las cosas más emocionantes de ser autor es ver todos los idiomas a los que se traducen mis libros y lo lejos que llegan mis historias!

Para mí, una etapa crítica del proceso de edición es conseguir lectores que evalúen la autenticidad y la sensibilidad de la historia, que proporcionen devoluciones fundamentales cuando incluyo personajes que escapan de las experiencias de mi vida y que también detecten cualquier cosa hiriente que se me pueda haber escapado. Esto incluye a los personajes que comparten mi identidad, pues nunca sabes si algo que ya has internalizado puede llegar a las páginas.

Melissa Vera de Salt & Sage Books y Johanie Martinez Cools: muchas gracias por haber leído *Las Pruebas del Sol* y por darme devoluciones tan consideradas. Anna-Marie McLemore: te admiro demasiado. Eres le primere autore al que conocí y has sido une amigue amable y generose durante todo este proceso.

Lo más importante: quiero darle las gracias a mi familia. Mamá, Christine, Chris, abuela y abuelo. Gracias por estar siempre y por creer en mí.

Por último, pero no menos importante, quiero agradecerle a Bo Burnham por ayudarme a sobrevivir al 2021. Pasé infinidad de horas solo en un edificio de oficinas abandonado escuchando *Inside* mientras trabajaba en este libro. Tantas horas que estuve entre el dos por ciento de tus principales oyentes en mi resumen anual de Spotify, pero no


tenemos tiempo para sacar a relucir todo eso ahora. Gracias por hacer que mi pandemia se sintiera menos solitaria.





- Dirección editorial: Marcela Aguilar
- Edición: Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo
- Coordinación de arte: Valeria Brudny
- Coordinación gráfica: Leticia Lepera
- Diseño de interior: Cecilia Aranda
- Arte de tapa: ©2022 Mars Lauderbaugh
- Diseño de portada: Liz Dresner & Trisha Previte

www.vreditoras.com

Publicado bajo acuerdo con Feiwel & Friends, un sello de Macmillan Publishing Group, LLC a través de Sandra Bruna Agencia Literaria SL.

Argentina:
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: editorial@vreditoras.com

México:
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN: 978-631-300-018-0

Febrero de 2023

Thomas, Aiden
Las pruebas del Sol / Aiden Thomas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2023.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: María Laura Saccardo.
ISBN 978-631-300-018-0
1. Novelas Fantásticas. 2. Narrativa Juvenil. I. Saccardo, María Laura, trad. II. Título.
CDD 813.9283

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a vrya@vreditoras.com

con el título de este libro en el asunto.

Encuéntranos en





instagram.com/vreditorasya

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag
#Laspruebasdelsol



Perdidos en Nunca Jamás

Thomas, Aiden

9789877478266

408 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hace cinco años, Wendy apareció en el bosque. Sus hermanos, John y Michael, no aparecieron nunca. Jamás. Ahora niños han empezado a desaparecer sin dejar rastro por toda Astoria y el caso de los Darling vuelve a estar en el foco de todas las miradas, ¿acaso están relacionados? Wendy no quiere abrir esa herida. No quiere más

interrogatorios policiales. No quiere sentir esperanza. Pero, entonces, un chico inconsciente cae del cielo directo hacia ella. Un chico imposible. Uno que no debería existir fuera de las historias que Wendy les contaba a sus hermanos antes de dormir. Uno que le dice que, si no actúan pronto, los niños perdidos correrán la misma suerte que John y Michael. ¿Acaso él sabe dónde están sus hermanos? ¿Es posible que ese chico sea realmente Peter Pan?



Estas brujas no se rinden

Sterling, Isabel

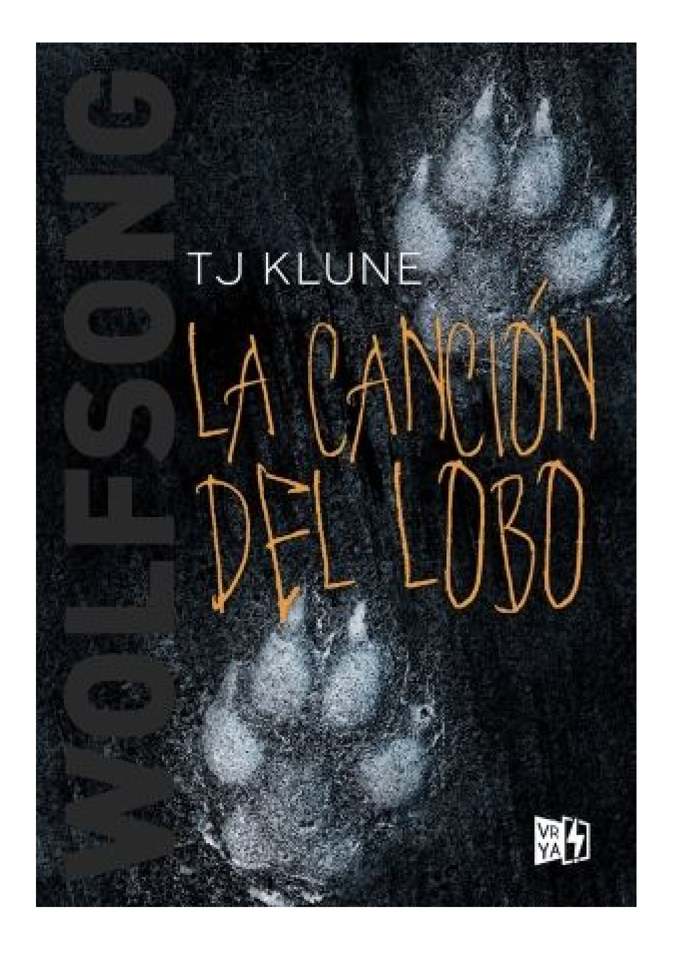
9789877479768

352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Tras los ataques de un par de meses atrás, Hannah solo quiere disfrutar de su último año de secundaria, salir con sus amigos, coquetear con su nueva chica, Morgan. Pero los cazadores están determinados a terminar con la magia. Y cuando brujas en todo el país

comienzan a perder sus poderes, Hannah sabe que se trata de un nuevo ataque y que tendrá que actuar, al fin y al cabo, es una de las pocas que ha enfrentado a un cazador y salido con sus poderes intactos. O eso cree todo el mundo… Porque, aunque trate de ocultarlo, hacer magia se ha vuelto una agonía para ella. Y solo uniéndose a Morgan es capaz de utilizar su poder, pero ¿será suficiente? Con los cazadores cada vez más cerca de su objetivo… ¿PODRÁN LAS BRUJAS DE SALEM DAR PELEA? ¿PODRÁN EVITAR QUE SE PIERDA LA MAGIA PARA SIEMPRE?"



Wolfsong. La canción del lobo

Klune, TJ

9789877475197

704 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ox era un niño cuando su padre le enseñó que nunca sería nadie. Y lo creyó por mucho tiempo. Hasta que se encontró a Joe al final de un camino. Un chico extraño y explosivo, dispuesto a brindarle todo: desde su amistad y su familia, hasta su mayor secreto: uno que teñirá la vida de Ox de Alfas, Betas y Omegas. Sin embargo, cuando la

muerte golpea a las puertas de Green Creek, Joe parte detrás de un monstruo, cegado por la furia y la venganza. Y Ox deberá demostrar su verdadero valor para proteger a quienes ama. Cuando vuelvan a encontrarse, ¿serán capaces de resistir a la canción que aúlla con fuerza entre los dos?



Heartstopper - Tomo 1

Oseman, Alice

9789877478594

296 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Charlie y Nick van al mismo colegio, aunque nunca se habían cruzado hasta el día en que los hacen sentarse juntos en su grupo de estudio. Muy pronto se vuelven amigos y más pronto aún Charlie comienza a sentir cosas por Nick... aunque sabe que es un imposible. Pero el amor

obra de formas inesperadas, y Nick está más interesado en Charlie de lo que ninguno de los dos puede llegar a creer.
¡La novela gráfica que conquistó al mundo llega a VR YA!



Cartas de amor a los muertos

Dellaira, Ava

9789876128568

344 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Todo comienza con un trabajo para la clase de Literatura: escribir una carta a una persona muerta. Laurel decide escribirle a Kurt Cobain, quien murió joven como May, su hermana. Luego de la primera carta, ya no puede detenerse, y escribirá otras a Janis Joplin, Amy

Winehouse, Jim Morrison y Heath Ledger, entre otros personajes famosos. Sin embargo, no le entrega ninguna a su profesora.La tarea permanece oculta… como tantas cosas de su vida. Laurel escribe sobre lo que le pasa: cómo se siente empezar en otra escuela, lo difícil que es forjar nuevas amistades, cómo es el primer amor o vivir con padres separados y, lo más importante, escribe sobre la muerte de May. De esta manera, comienza a relacionar las cosas que compartió con su hermana y sus experiencias personales, con las vidas y muertes de estos íconos. Cuando escriba la verdad sobre lo que le ocurrió, podrá aceptar la muerte de May y solo así logrará verla y recordarla como la persona que siempre fue: adorable, asombrosa e… imperfecta. Crecer es doloroso. Muchas veces hay un mundo secreto que tarde o temprano hay que enfrentar. Y se enfrenta mejor con la verdad y con ayuda. Un libro para leer con el alma, para compartir con quienes de verdad amamos y queremos cuidar.